



Andrei Rubanov

[**E**CLOROFILIA]

se

Moscú, Siglo xxii: Saveliy Hertz trabaja como periodista en «Lo Más», un importante semanario moscovita. El dinero ha dejado de ser un problema: Rusia ha alquilado Siberia a los chinos y la población vive de las rentas.

Pero lo más extraño es que Moscú ha sido invadida por hierba gigante. Cada tallo tiene unos 300 metros de longitud. Es imposible cortarlos o arrancarlos: vuelven a crecer al momento. Lo que es más, la pulpa de la hierba es un poderoso psicoestimulante que provoca la alegría más pura, y no parece tener efectos secundarios. Así que existe una perfecta convivencia entre los seres humanos y la hierba invasora... hasta que algunas personas comienzan a desaparecer...



Andrei Rubanov

# Clorofilia

ePub r1.1

Titivillus 13.04.15

Título original: *Chlorophyll* (Хлорофилия)

Andrei Rubanov, 2009

Traducción: Ester Gómez Parro

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



# Primera parte

# Capítulo 1

—Tengo mucha sed —dijo Saveliy.

—Toma. —Bárbara le tendió una botella de agua enriquecida con vitamina A—. Apaga tu sed de vida. ¿Qué te parece el aspecto que tengo hoy?

—Estoy emocionado —respondió Saveliy sin ninguna emoción. No podía soportar el maquillaje interactivo.

—¿Acaso no estoy sexy?

—Tranquila. Estás sexy.

Aceleró y se cambió de carril.

En el kilómetro 30 un tallo crecía justo al lado de la carretera: un tallo vigoroso, de color verde oscuro, que daba la sensación de que se erguía directamente hasta el centro del cielo. Bárbara echó hacia atrás la cabeza y sacudió el pelo con elegancia.

—De cerca tienen un aspecto horroroso, como cubiertos de escamas. Como si una cola de serpiente saliera de la misma tierra.

—Pues no mires —le aconsejó Saveliy—. Ni siquiera te acerques a ellos. Te tomarán por una herbívora.

Bárbara se ofendió visiblemente y sacó pecho con orgullo.

—¿Qué pasa? ¿Tengo yo aspecto de ser herbívora?

—No, pero da igual.

—Dicen que cada año esa hierba crece más y más.

—Sí —contestó Saveliy—. La hierba es cada vez más alta y la oscuridad se va haciendo más espesa. Cada vez hay más gente pálida. El mundo pronto se derrumbará. Quedarán sólo las hierbas y los que viven por encima del piso cien. Los chinos y sus subordinados.

Bárbara, la novia de Saveliy, no se parecía en nada a las mujeres herbívoras. Los herbívoros de ambos sexos —sobre todo si pertenecían al estrato pálido de la población— siempre parecían estar exageradamente activos. Bromeaban y hacían cosas bamboleándose sin descanso, eran descuidados en su vestimenta y siempre estaban intentando hacer colas cerca de cada solarío callejero barato. Bárbara, como correspondía a una mujer del piso setenta y cinco, tenía un aspecto mustio, incluso un poco marchito. Esa forma especial de parecer anémica, la inseguridad de sus movimientos, la manera de hablar en voz baja, como con pereza, se consideraba de lo más chic entre la juventud de los pisos superiores. En el conjunto de cualidades se incluían unos hombros fuertes y bonitos y unos pechos singularmente firmes, con una elasticidad parecida a la de las pelotas de tenis.

«Tengo tiempo de sobra —pensó Saveliy—. ¿Por qué no echarse a un lado y aprovechar que tengo a esta dama junto a mí? Es una chica guapa, bien dotada, en la redacción me envidian...».

Al aproximarse al puente de la autopista de YugoZápadnaya —como de costumbre, como ayer y anteayer, como hace diez años— apareció ante la mirada de Saveliy, como en mitad del cielo, una imagen holográfica brillantísima (no se podía apartar los ojos de ella) y al mismo tiempo increíblemente suave, de tenues colores marrón y verde: una hermosa mujer de rostro agradable haciendo constantemente el mismo leve gesto con la mano, y por encima, por debajo, atravesándola y alrededor

de ella, se dejaba ver, como si saliera del aire, o de la mismísima organización del sistema de vida local, el principal lema que desde hace ya muchos años tanto ha unido a los moscovitas:

NO DEBES

NADA

A NADIE

Y como siempre, como ayer y anteayer, como hace diez años, Saveliy sonrió y se sintió más ligero. Todo era muy sencillo. Escribe en el cielo, con enormes letras esmeraldinas, una frase sencilla de cinco palabras y todo el mundo será feliz.

Aquí te quieren todos y no esperan nada a cambio. Aquí no debes nada a nadie.

Nadie debe nada a nadie. Nadie tiene obligaciones. Nadie se doblega ante el peso de la necesidad.

En el cruce de Petrosián con Dubovítskaya quedaron atrapados en un atasco. Hacia la ventanilla del coche, abierta debido al calor inhabitual de un día de septiembre, se acercó corriendo un traficante medio desnudo, muy pálido, muy alegre, el típico herbívoro con no menos de cinco años de antigüedad en el trabajo, con el pecho, la espalda y los hombros cubiertos enteramente desde hace tiempo con tatuajes en tres dimensiones ya pasados de moda.

—Cuarta destilación —farfulló, sonriendo.

—Lárgate —le soltó Saveliy.

—Barato —insistió el pálido distribuidor de felicidad—. Puedo dártelo por dinero o por amistad.

Saveliy cerró la ventanilla. «¿Quién necesita tu amistad, miserable? Yo soy Saveliy Hertz, corresponsal especial de la revista *Lo Más*, cuya buena disposición hacia ellos buscan miles y miles de personas».

—Personalmente jamás hablo con los pálidos —apuntó Bárbara.

—Entonces, según tú, ¿no son personas?

En ese momento, el traficante, como si no hubiera pasado nada, se dirigió con andares de payaso al siguiente coche (a la siguiente tripulación), colocándose por el camino el detector de señales policiales que bamboleaba colgado de su cinturón.

«Cuarta destilación —pensó Saveliy—. Vaya mierda». Toda la bohemia moscovita lleva ya un año sin bajar de la séptima. Y ahora prometen la octava. Y en los pisos noventa, en el reino de los más ricos, empieza a circular la novena, y esta novena destilación, según rumores, es algo increíble. Las cápsulas van escondidas en tabletas de vitamina A, una dosis es suficiente para dos días, y llevan incorporados efectos especiales: en ningún momento pareces un herbívoro. No das saltos por los subidones de energía, no sueltas bromas ingeniosas, no sonrías, no gesticulas con las manos y tres veces al día comes comida normal como un ciudadano respetable. Pero por dentro —allí donde está tu alma, en lo profundo de tu «yo», en la cabeza y en el corazón— te sientes tan bien como jamás se ha sentido nadie.

Y se cuenta también que el jefe de Saveliy y Bárbara, editor y redactor jefe de la revista *Lo Más*, el poderoso y repulsivo Pushkov-Riltsev, destructor implacable de carreras ajenas, residente por herencia en el piso noventa y uno, cubierto con tres capas de bronceado natural de color chocolate, una mente brillante de cien años de edad, lleva ya seis meses metido en la novena destilación.

Pero esto son sólo rumores que difunden los envidiosos. Saveliy sabe de sobra que el viejo no consume.

Se pusieron en marcha. Por el retrovisor, Saveliy alcanzó a ver al traficante saltar a la acera y

fundirse con la multitud.

El corresponsal de la revista *Lo Más*, Saveliy Hertz, llevaba unos cuantos años pasando por ese cruce. Tanto por la mañana como por la tarde la misma persona vendía ahí pulpa de hierba, al principio de segunda destilación, después de tercera, y ahora tenía de la cuarta, y en un año más probablemente aparecería la quinta.

«¿Por qué no lo arrestan nunca? ¿Por qué yo —se preguntó asombrado Saveliy—, un periodista profesional, persona informada absolutamente de todo, no comprendo los mecanismos ocultos mediante los cuales se distribuye la hierba más importante de los tres últimos decenios? ¿Por qué en un siglo de control absoluto, cuando el objetivo de veinticinco organizaciones policiales compitiendo entre sí escanea cada metro de espacio, cuando cada mortal lleva desde su más tierna infancia microchips bajo la piel, cuando los participantes en el proyecto «Vecinos» gozan de control sobre sus propias vidas, cómo es posible que al mismo tiempo unos tipos miserables y pálidos, sin temer a nada ni a nadie, puedan ofrecerte en cada esquina pulpa de tallo en la cantidad que quieras, y más teniendo en cuenta que la ley condena a diez años de cárcel por una sola dosis?».

Al acercarse al centro de Moscú la hierba aparecía en mayor densidad. Estar sumido en las sombras era físicamente desagradable. Saveliy aceleró.

Crecían tallos en cada mínimo espacio de tierra, como un reptil con escamas de color negro verdoso y veinticinco metros de diámetro por otros trescientos de altura.

Los tallos crecían apretados unos a otros. Se mecían triunfales agitándose con el viento, privando de sol y obligando a la gente a sentirse como hormigas.

Saveliy decidió pensar en algo más agradable y preguntó:

—¿Cómo está Masha?

—Fatal —respondió al instante Bárbara, quien el día anterior había pasado toda la tarde como invitada en casa de su amiga—. Llegó a casa pasada la medianoche apestando a martini y a humo de narguile[1] de frutas. —En ese momento Saveliy comprendió con placer que ella se sentía culpable—. Esa aventurera ha aceptado un anticipo de cinco cifras para escribir un libro titulado *Cómo casarse con un chino siberiano*.

—¿Y qué tiene eso de horrible?

Bárbara soltó una risotada.

—Pues que ella no tiene ni idea de lo que hay que hacer para casarse con un chino siberiano. Llamó por teléfono a una conocida que está casada con un millonario, y que en realidad es director de un gran complejo agrícola chino. Es de Magadán y se dedica a la plantación de naranjos. Le pidió consejo a esa chica que había conocido por casualidad, y ella le dijo: «Tonta, ¿quién va por ahí contando esas cosas?». Y vino a decirle más o menos que no volviera a llamarla porque ya no era Natashka Gavrílova, sino Tsin Shu, que traducido significa «Abedul Silencioso» o algo parecido...

—Pues que devuelva el anticipo —dijo Saveliy.

—Ja. Ya se lo ha gastado y están anunciando el libro.

—Entonces que esa gran escritora lea un par de guías de viaje, la biografía de Mao Zedong y el librito titulado *Confucio para novatos*. Que lo redacte con sus propias palabras, y que se invente el resto.

Bárbara guardó silencio un instante y objetó:

—De todos modos hace falta un mínimo de concreción. Aunque sólo sean dos o tres consejos reales.

—¿Para qué? —preguntó Saveliy, sorprendido—. Para casarse con un chino hay que aprender su



idioma. Y eso exige por lo menos cuatro años de estudio intensivo. Y las tontas que quieren casarse con un chino siberiano no son capaces de trabajar tan duro, porque quieren tener un marido chino justamente para no tener que trabajar. ¡Es un círculo vicioso! Tu Masha no arriesga nada. Los que comprenden su libro no serán capaces, de entrada, de seguir sus consejos.

—¡Oh! —exclamó Bárbara—, eres un genio. Voy a llamarla ahora mismo.

—Ten en cuenta que exigiré una parte de los honorarios.

—No resultará. Nuestra literata es capaz de matar por un kópec.

—Entonces —replicó secamente Saveliy—, que se rompa la cabeza ella solita. Si es capaz de aceptar anticipos de cinco cifras, significa que ya es hora de que aprenda a utilizar el seso. He observado que últimamente hay demasiadas escritoras. Le tiras una piedra a un perro y seguro que le das a una escritora.

Bárbara lo miró y preguntó:

—¿A santo de qué te pones a discutir?

—Por eso precisamente —contestó, apesadumbrado, Saveliy—. Para escribir una novela, Garri Godunov, si es que te acuerdas de él, se mudó intencionadamente del piso sesenta al quinto, a la humedad y el moho, al barrio más salvaje, a un cenagal donde están los herbívoros acabados. Y desapareció sin dejar rastro.

—Para desaparecer entre los herbívoros terminales no hace falta ser muy inteligente —manifestó Bárbara.

Saveliy sonrió ligeramente. No quería discutir, no le gustaban las disputas, y menos aún con su novia. Un tipo astuto y cruel dijo en una ocasión que de las discusiones nace la verdad. ¿Cuántos millones de horas dedicaron los que le creyeron a verificar tal cosa, agitando inútilmente el aire con sus palabras?

Giró para salir de la avenida. Delante, en medio de unos postes verdes ligeramente inclinados, apareció el destino final de su trayecto: el lugar donde trabajaban Saveliy y Bárbara, la colosal pirámide del ultramoderno complejo de viviendas y oficinas llamado Chkalov.

Saveliy suspiró y puso la radio.

«... el primer ministro señaló que el índice de prosperidad económica ha subido un cuatro por ciento, y destacó especialmente que no hay motivos para esperar en un futuro inmediato que disminuya el ritmo de aumento del bienestar de los ciudadanos. Se reforzará el control sobre los ingresos financieros procedentes de la Zona Económica Libre de Siberia Oriental. “La ideología de la prosperidad absoluta prevé una indexación ininterrumpida de impuestos que se establecerán basándose en la inflación y los precios de los principales productos de consumo. Los chinos van a trabajar y a pagar, y nosotros nos dedicaremos a gastar y pasarlo bien”. Así concluyó su discurso el primer ministro. Su intervención fue interrumpida varias veces por las ovaciones...

»Pasamos ahora a otras noticias: Hoy por la mañana, cerca del Ministerio de Economía, ha tenido lugar una manifestación pacífica de los partidarios de recuperar los territorios periféricos. Los manifestantes, unas veinte personas, exigían la asignación de medios y la organización de expediciones de investigadores a las regiones de Tver e Ivánovo. Encabezaba la manifestación el conocido populista Iván Evrópov, quien declaró que la situación actual, en la cual toda la población de Rusia, el país más grande del mundo, se concentra sólo en Moscú, es absurda. El mitin de los que apoyaban al señor Evrópov duró aproximadamente una hora y terminó con un banquete espontáneo...

»Cultura: En el proyecto Vecinos continúa el índice de crecimiento sin precedentes de la

popularidad de la familia Valyaev. Recordemos que Anastasia Valyáeva informó de inmediato a los cinco pretendientes a su mano acerca de su decisión de casarse. Por cierto, dos de los cinco pretendientes son el padre y el hijo de la familia Grishko. Como consecuencia de esto, la cantidad de retransmisiones desde los apartamentos de los Grishko también aumentó rápidamente. Como se sabe, el líder de la lista, como es ya habitual, sigue siendo la familia Blojovátov[2], en cuya casa se produjo ayer un grandioso escándalo con relación a la repartición de las sumas entregadas por los patrocinadores del proyecto. La retransmisión de este incidente tuvo una audiencia de veinticinco millones setecientas mil personas.

»Boletín de sucesos: Ayer noche, en el suroeste de Moscú, un grupo de malhechores intentó realizar una tala ilegal de cuatro tallos que crecían en estado salvaje. Más de cien participantes en ese acto fueron arrestados por los agentes del orden, quienes se incautaron y destruyeron setenta toneladas de una sustancia conocida como “pulpa de tallo”...».

Saveliy se encontró frunciendo los labios irónicamente. «Tonterías, eso no son noticias. En nuestros tiempos todos prosperan menos los periodistas. ¿Sobre qué se podía escribir? ¿Sobre las habituales bufonadas de ese imbécil de Evrópov? Si tanto le preocupa la periferia, la región de Ivánovo o la que sea, pues que vaya él mismo a ese lugar salvaje y apartado e investigue en persona ese espacio deshabitado y las ciudades abandonadas, donde nadie puede vivir y donde desde hace ya medio siglo campan a sus anchas los osos y los lobos».

Por lo demás, el enfado del periodista profesional Hertz no tardó en desaparecer. No sentía ningún deseo de cabrearse en un día tan agradable.

«A veces —pensó Saveliy—, mi trabajo entra en contradicción con lo que conforma mi vida. Me encanta mi trabajo, pero no puedo soportar los noticiarios».

El aparcamiento del piso veintidós del edificio Chkalov estaba destinado exclusivamente para los empleados que trabajaban en él. En ese momento estaba prácticamente vacío. Nadie en Moscú empezaba a trabajar antes de las doce. Sólo los chinos, pero ellos tenían sus propios aparcamientos por separado.

Tenían sus propios ascensores, sus propios restaurantes, centros de recreo, lavanderías, y hasta sus propias clínicas dentales. Sólo los más ricos originarios de la Zona Económica Libre de Siberia Oriental podían permitirse el lujo de vivir en Moscú, y estos multimillonarios no sólo vivían aparte, sino también encima de todos los demás, en los pisos cien, en los áticos con campos de golf y pista de aterrizaje para helicópteros. Casi todos los rascacielos de la hiperpolis habían sido construidos por empresas chinas, con hormigón armado chino y dinero chino. Hasta los patriotas locales más fervorosos no tuvieron más remedio que aceptar que la pequeña diáspora china se reservara los mejores lugares.

Saveliy no se consideraba un patriota ardiente, no le gustaba envidiar ni guardar rencor, y le daba igual dónde y cómo vivían los chinos ricos. Cerró el coche, hizo un guiño al objetivo de la cámara de la policía, tomó a Bárbara de la mano y se dirigió a los ascensores.

A medida que ascendían desde el desfiladero medio oscuro, en el que reinaban penetrantes los hedores insalubres de agua estancada y del aislamiento eléctrico quemado, a medida que se desplazaban hacia arriba, hacia el sol y la luz, Saveliy empezó a experimentar una sensación que al principio era como de vigor, para convertirse después en una ligera euforia en el umbral de su sensibilidad, y finalmente casi en éxtasis. Era estupendo elevarse a los cielos —allí donde dominaban el azul y las

nubes— en ese veloz artilugio carente de ruidos. Era estupendo observar el guiño de los botones iluminados en tono lila suave. Era estupendo empaparse de la suave música que descendía del techo, algo dulzona para su gusto, pero en general, elegantemente concebida y vivificante. Y era verdaderamente estupendo aspirar el aroma de la persona que estaba a su lado de perfil, de esa mujer joven y sana —una mujer que, por cierto, se consideraba la novia de Saveliy—, que lo amaba con un amor divertido y sin reparos. Y si en ese momento, supongamos, él, poniendo una expresión fingida de seriedad, le agarrara el trasero e incluso (¿por qué coño no?) deslizará la palma de la mano por dentro de sus pantalones, le aflojara el cinturón de serpiente de pitón y jugara con los dedos en sus zonas más íntimas, entonces esa mujer lo aceptaría con el balanceo de su talle, su parpadeo y su sonrisa agradecida.

—En el piso sesenta —pronunció él en voz baja— hay un nuevo hotel express. Alcobas con mando vocal. Entremos por media hora.

—A nosotros no nos basta con media hora —replicó Bárbara, y Saveliy comprendió que ella estaba pensando en lo mismo.

«Los dos pensando en lo mismo, es estupendo», presumió para sus adentros el corresponsal de la revista *Lo Más*.

—A mí me basta —dijo Saveliy sonriendo.

—A mí no. Podemos llegar tarde y el viejo nos regañaría.

—Para eso está el viejo.

Bárbara suspiró.

—Es mejor aguantar. Te propongo simplemente entrar a tomar algo en alguna parte.

En el piso setenta y siete, entraron en un café situado en una terraza y que era el preferido por los esnobs de las oficinas cercanas (principalmente despachos de abogados y residencias de los grandes productores). Aquí servían camareros de carne y hueso y había una buena vista de la ciudad: tallos robustos a ras de tierra, cubiertos de escamas, la mitad de las cuales estaban muertas, aquí, a una altura de doscientos cincuenta metros, se combaban por el viento y por su propio peso, meciéndose rítmicamente, y Saveliy levantó la cabeza y vio sus destellantes copas de color verde intenso. En los pisos setenta ya se podía vivir; aquí, a través de la empalizada verde, se abrían paso ardientes rayos de sol. Cerca de la barandilla de la terraza, situada al borde mismo del precipicio, estaban medio arrellanados en sus asientos los ociosos habituales del lugar, bebiendo a sorbitos agua Baikal Double Premium y observando, con la mano a modo de visera, la aparición y desaparición en el cielo de anuncios holográficos que prometían por un precio conveniente todos los goces pensables e impensables, empezando por conectarse al proyecto Vecinos y acabando con una oferta especial: dos Bentley chinos al precio de uno, sólo durante este mes y únicamente para los miembros del Partido de la Prosperidad Absoluta.

Saveliy acercó un sillón a su compañera, luego se sentó él, pidió un zumo fresco de melón y naranja (un tónico según la receta especial del barman cuyos ingredientes se guardaban en secreto), estiró las piernas para que quedaran a la vista de todos —y sobre todo de la suya— sus nuevos zapatos que se adaptaban cómodamente a la planta del pie y, cerrando los ojos de placer (cielo, aire, mediodía, siglo XXII), dijo:

—Bárbara.

—¿Qué?

—Te amo.

—Y yo a ti. Pero apártate un poquito. Me quitas el sol.

—Escucha —dijo Saveliy, satisfaciendo su petición—, tú escribiste tu tesis de licenciatura sobre la literatura rusa del siglo XX, ¿no?

—Eso fue hace mucho tiempo.

—¿Te acuerdas de la expresión «barniz de realidad»?

—Vagamente.

Saveliy guardó silencio y luego continuó:

—Yo lo veo.

—¿Qué exactamente?

—El barniz.

—Te entiendo —asintió con la cabeza la inteligente Bárbara.

—Me parece —Saveliy cambió su cómoda postura por otra más cómoda todavía— que todo a mi alrededor reluce cambiando de tono.

—Simplemente has dormido bien y estás descansado.

—Sí. Mira qué muchacho más gracioso.

—No es gracioso, va a la moda. Esta temporada todos vuelven a llevar ropa naranja y violeta.

—¿Y qué llevaban antes?

—Amarilla y blanca.

—¿Y antes de eso?

—Estaba de moda el lila. Y los tatuajes en tres dimensiones.

En ese mismo instante, Hertz se acordó del traficante de baja estofa que hacía poco había visto en el cruce ofreciendo esa basura prohibida, y sintió como si viera amenazada su comodidad psicológica personal.

«Hay que pasar más tiempo abajo —decidió—. E ir al trabajo como todos los currantes normales, por la autopista de peaje del nivel veinticinco. Carillo, pero por lo menos te libras de tener que ver a tus pálidos compatriotas poniéndose morados de pulpa, riendo entre dientes, sucios, y, sobre todo, darte cuenta de que son tantos. Sí, lo que deprime no es su aspecto, sino precisamente su cantidad. Por cierto, cada vez hay más pálidos. Eso resulta evidente para cualquier persona observadora...».

—Un día precioso —dijo él, sonriendo de nuevo a Bárbara y cambiando otra vez de postura para sentirse más cómodo—. Me siento inspirado. Propongo tomar una copa de champán y nos vamos. Hoy no podemos llegar tarde.

—¿Champán? —preguntó su novia, pensativa, estirándose—. ¿A mediodía? ¿Un lunes? No. Mi educación no me lo permite.

—Como quieras. —Saveliy se puso en pie apoyando las manos en los brazos del sillón al tiempo que reparaba en la fuerza de sus músculos extensores. Extraordinarios músculos tensores, extraordinario sillón, extraordinaria mañana.

Su amiga había construido su vida dentro del marco de lo que se consideraba «una chica seria de buena familia», y su forma preferida de rechazar algo consistía en aludir a su educación. Al mismo tiempo, pensaba Bárbara, acentuaba elegantemente su independencia con respecto a los hombres. A espaldas de la novia de Saveliy Hertz siempre se vislumbraban claramente unos padres encantadores, económicamente muy solventes, así como apartamentos de doce habitaciones con piscina, invernadero y criados de carne y hueso. En realidad, Saveliy sabía a ciencia cierta que Bárbara despreciaba en secreto a sus padres por su tendencia a la mezquindad, y desde los diecisiete años vivía sola. Se había

casado dos veces (sin tener hijos), tuvo intención de dedicar su vida en primer lugar a la jurisprudencia, después a la lucha en defensa de la ecología, más tarde al diseño y la escultura, hasta que aterrizó en la redacción de la revista mensual *Lo Más*, donde se convirtió en una periodista de primera clase. Se ponía un vestido atrevido, adoptaba la postura de *lady* (según su propia expresión), y conseguía entrevistas sinceras de personas que normalmente en público juraban por su madre que jamás concederían ninguna entrevista a nadie.

Ahora Saveliy y su novia iban a trabajar. Se abrían paso haciendo guiños a los desconocidos e intercambiando bromas con los conocidos a través de una multitud apacible y elegante, en la cual aproximadamente sólo uno de cada diez pensaba en el trabajo. Incluso en el piso setenta y siete trabajaban solamente los idealistas fanáticos y los que adoraban el dinero. Los demás sabían con certeza que trabajar era patrimonio de los chinos, y que los habitantes de Moscú nacían para disfrutar de la vida. En el siglo XXII un ciudadano de Rusia no debía nada a nadie.

Saveliy Hertz sabía también que no debía nada a nadie, y también le encantaba disfrutar de la vida (algo que le enseñaron en el colegio unos pedagogos sabios y pacientes), pero procedía de una clase social insignificante llamada en otro tiempo *intelligentsia*, y en ese entorno se consideraba de buen tono hacer algo, complicarse la vida en aras de la utilidad social, dar un empujón al progreso. Desde su más tierna infancia a Saveliy le habían inculcado el desprecio a la ociosidad.

Pero Bárbara había reconocido muchas veces que se reía de su aporte a la sociedad; ella trabajaba solamente porque no sabía hacia dónde encauzar su energía.

Pero independientemente de las diferencias en cuanto a sus orígenes y forma de ver las cosas, ambos se llevaban de maravilla.

Desde allí ya no subieron en ascensor sino por las escaleras mecánicas. Iban más despacio, pero a la vez era más interesante. La alegre despreocupación de los pisos setenta daba paso a la severidad y los colores suaves de los pisos ochenta. Aquí no podían entrar los holgazanes, porque para un ciudadano que no trabajaba, los niveles de los pisos ochenta estaban sencillamente fuera de su alcance. Aquí casi todos estaban ocupados en algo o vivían a costa del dinero de los padres, pero también con mesura e inteligencia. Nadie andaba por ahí deambulando ni se pasaba medio día en los salones de masaje, galerías comerciales y hoteles express. Aquí alguno que otro tenía un aspecto lúgubre. Se podían oír improperios y exclamaciones de despecho. Aquí tenían su sede las grandes compañías comerciales, que vendían a los europeos pobres madera y agua del lago Baikal, y en despachos extraordinarios preparaban sus pequeños negocios los intermediarios, que repartían los «arroyuelos» dinerarios que llegaban a través del gobierno procedentes de la Siberia china. Los repartidores no de arroyuelos, sino de ríos y mares, se sentaban en los niveles noventa; allí, por encima de la copa de los tallos más altos, gozaba de luz solar la élite de Moscú: los más ricos, los más influyentes, la gente más ladina y terrible.

En el piso ochenta y tres atravesaron una sala, dispuesta de tal forma que cualquier persona que llegara allí se llenaba de una noble y especial melancolía: el agua de las fuentes borboteaba suavemente, y junto a las chimeneas de alta tecnología con llamas de verdad, en unos sillones espaciosos, se sentaban mujeres y hombres bronceados hasta casi la negrura, preocupados no de gastar el dinero que les llegaba gratuitamente de los chinos, sino de multiplicarlo. Sonriéndose unos a otros, enseñaban los dientes, pintados, según la última moda, con un barniz de color rojo intenso.

Saveliy abrió la puerta de abedul de Karelia, dejó pasar a Bárbara y entró en la sala de redacción de la odiosísima, escandalosísima y popularísima revista moscovita *Lo Más*.

## Capítulo 2

Todo el que cruzaba el umbral de la redacción lo primero que veía era la mayor atracción del lugar: un sillón de estilo chippendale<sup>[3]</sup> famoso en todo Moscú, tapizado con una piel reluciente. Fabricado por encargo, era exactamente dos veces y media más grande que cualquier otro sillón normal y medía tres metros de altura. A los protagonistas de cada número de la revista los fotografiaban sentados en el regazo del gigante o bien con él de fondo; esto era considerado un honor, y al mismo tiempo, los personajes de las entrevistas, en contraste con los ciclópeos cojines y brazos del sillón, parecían, por lo general, gamberros de poca edad o muchachitas que sacaban buenas notas y mantenían las piernas muy juntitas. Mediante este sillón único se cultivaba una broma paradójica: «Vamos a escribir que eres el no va más, pero te immortalizaremos con el aspecto de un tonto. Si accedes a ello, entonces serás al cien por cien un auténtico no va más».

Saveliy y Bárbara avanzaron hasta llegar a la sala general inundada de luz. En la redacción odiaban la distribución por despachos, todos trabajaban a la vista de los demás. A un empleado que estaba en mitad de una importantísima conversación podían tirarle encima una pelota de papel o la cáscara de una naranja. En primer lugar, para que se relajara, y en segundo, para que no olvidara que no hay nada extraordinariamente importante. Existe solamente lo más de lo más y todo lo demás.

Aquí, a la espera de que comenzara la reunión general semanal, se congregaba el núcleo pensante de la revista, los que creaban personalmente cada número. A saber: la menudita Valentina Mertvago, redactora de la sección de noticias, y dos periodistas que hacían de todo: Pruzhinov, un hombre enjuto de pelo castaño y aspecto frío, esnob despiadado, con una capacidad de trabajo notable, y Gosha Degot, que era como su opuesto, mal vestido y desaseado, con una mirada inexpresiva. Ambos maestros — junto con Saveliy y Bárbara— llevaban toda la parte creativa: entrevistas, reportajes y analítica. Pero mientras el brillante Pruzhinov sólo iba en ascenso y era considerado en la esfera profesional una estrella en alza de primera categoría, Gosha Degot, a pesar de entregar verdaderas obras de arte, se deslizaba a toda velocidad en la dirección opuesta. Bebía mucho y hacía poco que había pasado por un divorcio. Ahora era el único que no sonreía a los recién llegados.

Junto a la pared estaba sentado en una silla un chico con el pelo de color naranja que a Saveliy le sonaba vagamente. Hertz cayó en la cuenta de que era justamente ese tipo de pelo del que había estado hablando con Bárbara media hora antes en el bar del nivel setenta y cinco.

—Por fin —exclamó sonoramente Pruzhinov—. El viejo no quiere empezar sin vosotros.

Desde la puerta entreabierta de la sala de conferencias se oyó un falsete discordante:

—¿Qué pasa ahí? ¿Se han dignado aparecer nuestros tortolitos?

—¡Sí, señor! —replicó Hertz gritando.

—¡A la mierda el «señor»! Entrad, vamos a empezar.

Todos, incluido el misterioso joven, se levantaron de un salto y entraron casi dándose codazos a la sala contigua, donde, a la cabeza de la mesa, sentado en una silla de ruedas china último modelo, aguardaba a sus feligreses, a sus hijos, a sus esclavos, un viejo menudo con el cuerpo encogido como una momia. Dos decenas de pelos largos que aún conservaba sobre su cráneo gris lleno de pigmentos estaban recogidos hacia atrás en una trenza, y unos dedos exageradamente largos que descansaban sobre el panel de mandos se movieron como si fuera un predador. Sólo él sabía cuántos años tenía.

Oficialmente, su edad era de ciento tres años.

Redactor jefe y dueño de la revista *Lo Más*, Mijáil Evgráfovich Pushkov-Riltsev tenía el aspecto de una persona que en su juventud había escrito poemas de amor, pero que en un momento dado se atascó de repente con los versos, el amor y la juventud. En el salón de su apartamento —lo había visto el propio Saveliy—, alrededor de una mesa de juego antigua, estaban sentados, desnudos hasta la cintura, dos modelos holográficos de Sigmund Freud y Karl Marx jugando al Monopoly y dándose capirotazos.

Mirando por una enorme ventana el jefe esperaba a que todos se sentaran.

Gosha Degot tiró a Saveliy de la manga y le susurró:

—Te necesito hoy por la tarde. Ven. No faltes por nada del mundo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Saveliy interesándose con cierta precaución.

—Nada, pero es muy importante.

Saveliy percibió el olor a algo quemado. Se abstuvo tanto de hacer una mueca como de levantar las cejas como si estuviera impresionado. «Algo muy importante que no es nada. Muy propio de Gosha en su estado actual».

—¡Hertz! —graznó Pushkov-Riltsev—. ¡Muévete a la derecha! Estás quitando el sol a nuestro colega abstemio.

Gosha Degot se ruborizó. Bárbara, que estaba sentada enfrente de él, apretó los labios para no reírse. En cambio, el muchacho desconocido se rió a mandíbula batiente.

—Entendido —le dijo Saveliy a Gosha en un susurro—. Vendré. Disculpe, jefe —se excusó a continuación Hertz.

—Tú eres el jefe —replicó con violencia Pushkov-Riltsev.

—Yo no soy el jefe —manifestó tranquilamente Hertz.

—Entonces siéntate y no gruñas.

Pruzhinov resopló.

—Empecemos —dijo solemnemente el viejo.

• • •

En la redacción despreciaban y compadecían a Gosha Degot, exactamente en ese orden. Al menos Saveliy, que envidiaba al encorvado y sombrío Gosha, experimentó al principio compasión —como si Gosha tuviera algún defecto físico del tipo estrabismo— y después, inmediatamente, un desprecio igual de fuerte porque el mismo Gosha era culpable de su propio estrabismo.

Siete años antes Gosha había tomado parte en el proyecto experimental Vecinos por encargo de la redacción. En su apartamento instalaron cincuenta cámaras de vídeo minúsculas. Cada participante en el proyecto Vecinos podía observar al detalle la vida de Gosha, incluyendo los aspectos más íntimos. Y por contra, al encender Gosha el televisor tenía acceso a las magistrales transmisiones en color emitidas desde las viviendas de varios miles de participantes más en el proyecto. Se trataba de un proyecto comercial: las familias cuya existencia despertaba el interés de la mayoría de los televidentes entraban en una *rating* especial y recibían ropa y electrodomésticos de los patrocinadores.

Gosha Degot se consideraba una fiera del periodismo. Sus primeros artículos sobre el proyecto Vecinos los leyó ansiosamente todo Moscú. Gosha empezó a estar en buena forma, se vestía bien, dejó de fumar y de soltar obscenidades. No faltaba más, lo estaban observando todo el día (hay que decir que le costó mucho esfuerzo renunciar a los tacos; todos los periodistas son terriblemente malhablados). A

Gosha lo envidiaban. Al cabo de un año el proyecto tuvo una gran difusión y se hizo enormemente popular. A Vecinos se apuntaban decenas de miles de personas, principalmente de los pisos inferiores, pertenecientes a las capas pálidas de la población. Los niveles de delitos en la esfera familiar descendieron bruscamente. Los órganos encargados del orden legal celebraban el éxito. Durante los tres primeros años participaron en el proyecto dos tercios de la población de la hiperpolis. Gosha Degot publicó el libro *Yo, su vecino*, y después otro más, y ambos llegaron a estar en la lista de libros más vendidos. Sin embargo, al final del tercer año sucedió algo con la estrella del periodismo. El comportamiento de la estrella cambió. El que una vez fuera un hombre bien acicalado, todo encanto e ingenio, dejó de cuidarse, no se peinaba y evitaba aparecer por su propia casa, pasando el tiempo en el trabajo o en el bar con una copa de licor en la mano.

Por aquella época en el *rating* de Vecinos ocupaba de forma estable el primer puesto la familia Petujov[4]: el agresivo papá Petujov, la histérica mamá Petujova, la abuela alcohólica y tres hijas en edad adulta, todas ellas ninfómanas. Las hijas cambiaban de novio constantemente, los corredores de apuestas admitían apuestas sobre cuánto iban a durar con el novio actual. Todos los miembros de la familia hacía tiempo que no trabajaban en ningún sitio, y en general no salían nunca de su amplio apartamento: la puerta de entrada sólo se abría para recibir la siguiente cafetera de parte de los patrocinadores. En una ocasión, una semana después de un grandioso banquete celebrado para conmemorar el quinto aniversario del proyecto, papá Petujov —en aquel momento millonario en rublos, dólares y yuanes—, que esperaba el momento de mayor audiencia, tapió las puertas y ventanas a modo de barricada, tomó un hacha y, gritando: «Yo no soy Petujov, soy Raskólnikov», mató a su mujer, la abuela y las tres hijas. La ejecución tuvo un récord de audiencia de dieciocho millones de espectadores. El centro de control de la ciudad se quemó debido a los cinco millones de llamadas simultáneas que entraron en ese momento.

Entonces el proyecto Vecinos fue suspendido por una orden especial del primer ministro. El mes siguiente fue conocido en todo el país como «el julio sangriento». Cerca de mil personas, antiguos participantes en el proyecto, principalmente gente ya entrada en años, se suicidaron; más de cinco mil se declararon en huelga de hambre, y decenas de miles se manifestaron en las calles. Eso le costó el cargo al primer ministro. El proyecto se reanudó nuevamente. Los intelectuales de los pisos setenta y los ricachones de los ochenta sentían desprecio por Vecinos. La palabra misma se convirtió en un insulto, y la que siempre había sido una inocente palabra, al ser pronunciada ahora probablemente le hacía a uno merecedor de un puñetazo en la jeta. Pero la familia de los Petujov fue sustituida por otra familia de los cien primeros de la lista, con el mismo grado de dignidad que la anterior.

Gosha Degot, que hacía tiempo había abandonado el proyecto, se pasó el último año entero escribiendo el libro *¡No, no soy vuestro vecino!*, pero la inspiración abandonó al «maestro» y los editores no mostraron el más mínimo interés en su obra, ya que nadie quería que se lo asociara seriamente con Vecinos. El sistema por el cual los propios ciudadanos disfrutaban mirándose de reojo resultaba ventajoso para todos. En un momento dado se dijo que el creador de Vecinos —el presidente de la principal compañía accionista Primo Hermano, el multimillonario Golovanov— por poco no consiguió una subvención estatal.

A Saveliy no le gustaba la gente que se compadecía a sí misma, y Gosha Degot —que había sido un chico estupendo— lo único que hacía ahora era eso, suspirar y mirar a todos a los ojos esperando compasión. Su carrera había terminado. Apenas se atrevía a publicar nuevo material, aunque fuera un inocente reportaje sobre una exposición de perros, cuando los intelectuales atiborraban la redacción con



cartas exigiendo que echaran inmediatamente a «ese vecino». A Markin, personaje de la televisión y presentador del programa «Ídolos del pasado», Gosha estuvo a punto de romperle el cuello por proponerle participar en él.

La cosa se complicaba por el hecho de que Saveliy era compañero de Gosha Degot.

•••

—¡Caballeros! —gritó el viejo, expectorando sonoramente—. Antes de empezar voy a anunciar algo. Nos han llegado refuerzos. Tenemos un nuevo empleado en la revista. Les presento a Filipp.

El chico se apartó de la frente un mechón de pelo anaranjado, se puso de pie y saludó asintiendo con la cabeza. Joven, natural, bronceado, olía a la colonia ultramoderna Sol de Pasión. Cabello largo hasta los hombros, rostro alargado con débiles pero perceptibles rasgos de degenerado, camisa de color violeta con aplicaciones interactivas; así era el querubín industrial.

—Estudia cuarto curso en la universidad —continuó el jefe—, con notas excelentes y todo lo demás. Está en período de prueba. Su diminutivo será Filippok. No te importa, ¿verdad, guapetón?

El novato se sonrojó y bajó la mirada.

—Estupendo —dijo Pushkov-Riltsev, frunciendo el ceño. (Evidentemente también le había llegado el fuerte aroma de la colonia, especialmente pensado para las chicas de diecisiete años que adoran las chocolatinas y las cancioncillas interpretadas por lánguidos rubiales)—. Bueno, vamos primero a lo importante. —El viejo suspiró y se rascó la barbilla—. ¡Camaradas! Mañana es un gran día para nosotros. ¡Es nuestro aniversario! ¡Cumplimos treinta años! Y dentro de dos semanas tenemos que sacar un número especial. Y va a ser —el jefe observó a su rebaño con una intensa mirada— un número loco, rabioso; creedme, que me lleve el diablo si es mentira, sin competencia. Sobre la poligrafía ya he acordado que los gráficos de la portada serán en tres dimensiones y cada página tendrá un olor distinto... Pero de todas estas naderías hablaremos después. En este momento me preocupa el contenido. Ahora mismo cada uno de vosotros se va a poner en pie y a decirme una idea genial. No aceptamos otras, sólo las geniales. Empecemos por las damas. Valentina, por favor.

Valentina intercambió miradas con los demás y dijo en voz baja:

—Que hable Baria.

—Sí, mejor hablo yo. —Bárbara se puso de pie y cruzó los brazos sobre el pecho—. Hay una idea que supera a todas. Le hemos estado dando vueltas varios días. La idea es la siguiente: ¡Mijáil Evgráfovich!, queremos que el número de aniversario vaya dedicado íntegramente a usted.

Todo el grupo estalló en aplausos, y los que aplaudían más alto, por cierto, eran Pruzhikov y el novato. Pero Pushkov-Riltsev, que al principio levantó sus pobladas cejas con sorpresa, impuso el silencio con un solo movimiento de mano.

—¿A mí? —preguntó asqueado—. ¿Qué coño es eso? Es decir, os comprendo, muchachos, y todo eso, pero no es posible. Baria, siéntate. ¡El siguiente!

—No es cosa mía —replicó Bárbara en voz alta, ignorando la orden—. Es una decisión conjunta. Cada uno de nosotros tiene que escribir algo sobre usted. Y luego se hace un fotorreportaje de su despacho, su casa...

—¿Decisión conjunta? —la interrumpió el viejo—. ¿Significa que estáis todos de acuerdo?

El grupo enteró mostró una sonrisa. El viejo se apartó rodando de la mesa, dio la vuelta hacia la pared y giró bruscamente el sillón. El buen rollo se esfumó.

—A tomar por el culo la decisión conjunta. Nada de eso.

—Pero ¿por qué? —exclamó Bárbara.

—Porque, hijos míos, un periodista no puede escribir sobre sí mismo. No es ético. No puedo permitir que mi propia revista publique artículos sobre mí.

Pruzhinov se arregló su extraordinaria corbata.

—Pensamos que se trataba de un caso especial.

—A tomar por el culo el caso especial.

Bárbara se sentó arrastrando sonoramente la silla.

—Pues insistimos —comentó decidida Valentina mirando a Filipp, quien asintió entusiasmado.

«Todavía no te está preguntando nadie», pensó Saveliy, malhumorado.

En ese momento, el viejo suspiró con tristeza y dijo:

—¿Significa eso que tenemos una rebelión a bordo? Escuchadme bien, chicos y chicas. Para el gran público, yo ya hace tiempo que no existo. Todos vosotros habéis podido observar que firmo con seudónimo hasta la columna del redactor. ¿Sabéis qué pasará si sale un número enteramente dedicado a mí, un pecador?

El silencio se instaló alrededor de la mesa. Saveliy se dio cuenta de que cada uno tenía su propia respuesta y que todos habían decidido guardársela para sus adentros.

—Os diré lo que pasaría —continuó en tono amargo Pushkov-Riltsev—. La gente se sorprenderá y dirá: «¡Pero bueno! ¡Si resulta que ese viejo pedorro sigue vivo!».

El empleado novato, que, lógicamente, no estaba acostumbrado a las expresiones del jefe, no pudo contenerse y se echó a reír.

—¡Muy bien, Filippok! —exclamó el viejo—. ¡Es gracioso! Soy tan viejo e inválido, que hasta mis pedos tienen moho. Y no le intereso a nadie. No necesito la fama ni aparecer en la portada. Por eso, vuestra idea conjunta la califico de poco constructiva. El material sobre un centenario carcamal no mejorará nuestra posición en el mercado de la prensa de calidad. Ofrecedme algo distinto.

Los empleados guardaron silencio.

El complot se había montado una semana antes. Las inspiradoras ideológicas de la trama habían sido las mujeres de la redacción. Se pusieron de acuerdo en mantener firme su postura y convencer al patriarca por todos los medios posibles. Pero ahora todo se había venido abajo: el patriarca, como siempre, los había sometido a todos con la fuerza de la autoridad.

Saveliy esperó unos instantes y declaró:

—No tenemos más ideas. Queremos escribir sobre usted y solamente sobre usted. Porque usted, Mijáil Evgráfovich, es el verdadero «lo más de lo más». Ceda un poco. Permítanos hacer lo que pensábamos.

—No —contestó el viejo—. Una palabra más sobre este tema y todos los presentes, excepto el joven talento, seréis despedidos de inmediato.

El silencio se tornó retumbante, casi insoportable. Después, Bárbara —una muchacha insolente— lanzó el lápiz sobre la mesa, sacó un espejo de su bolsito y se dedicó a mirarse los labios en señal de protesta.

—Pues si no hay más ideas —continuó tranquilamente Pushkov-Riltsev, acercándose de nuevo a la mesa—, escuchad la mía. Localizaremos a los protagonistas de los anteriores números especiales de aniversario, y no sólo de éstos, de todos nuestros mejores y más exitosos números, y escribiremos sobre cómo se ha desarrollado su vida desde hace diez o veinte años.

—¡Excelente! —exclamó en el acto Pruzhikov.

Los allí presentes lo fusilaron al instante con la mirada.

—¿Quién más está de acuerdo? —preguntó el jefe—. ¿Eh? Estoy esperando.

—Todos —suspiró Saveliy—. Todos estamos de acuerdo.

—Entonces pasemos a la asignación de tareas. Ayer estuve mirando el archivo completo. Encontré algo. Primero: en algún momento hubo cierto joven, un tal Garri Godunov, que escribió una novela y se hizo famoso. Nuestra revista escribió al detalle sobre él. Después el genio anunció que había empezado a trabajar en una nueva obra y desapareció.

—No desapareció —corrigió Saveliy—. Se mudó a los pisos inferiores, empezó a consumir pulpa de tallo y... acabó con su vida. Fue compañero mío. Fui yo el que escribió sobre él.

El viejo asintió con un movimiento de cabeza:

—Encuétralo y averigua qué ha sido de él.

—No lo sé. Se degradó.

Pushkov-Riltsev enarcó lo que le quedaba de cejas.

—Eso no es una respuesta. ¿Qué significa que «se degradó»? ¿Hasta qué punto? Puede que se degradara a propósito, para describir sus sensaciones. Puede que hoy mismo haya puesto punto final a un libro que lleva escribiendo todos estos años y que ahora, cuando ha sido olvidado por todos, esté pensando en cómo informar a la humanidad de su nueva y grandiosa creación. Da con él.

Saveliy asintió y miró a su novia. Bárbara le sacó la punta de la lengua.

—Sigamos —graznó Pushkov-Riltsev—. Hubo un empresario al que se le ocurrió vender patatas fritas cortadas muy finas y calientes. Escribimos algo sobre él. Se hizo rico de una manera sorprendente...

—Ése fue protagonista de un artículo mío —aceptó Gosha Degot—. Deme a mí esa tarea. Sólo que es un poco aburrido para un número de aniversario.

—La verdad —dijo el jefe—, Degot, es que para ti tengo una tarea especial. Me gustaría que fueras a casa de Evgueniy Golovanov, presidente de la corporación Primo Hermano y creador del proyecto Vecinos...

Gosha Degot palideció y empezó a temblar. Pushkov-Riltsev sonrió.

—Vale, vale, estaba de broma. A Primo Hermano irá Bárbara. Los servicios secretos de información revelan que al señor Golovanov le van las mujeres sexy de pelo castaño.

Bárbara se sonrojó.

—Solamente tú, querida —continuó el viejo sin inmutarse—, puedes hacer el milagro, porque Golovanov, a pesar de ser un cerdo vanidoso, me odia, y no va a resultar fácil convencerlo.

—¿Y qué tengo que hacer —inquirió Bárbara—, pagar por la entrevista en especie?

—Eso discútelo con tu novio —ironizó Pushkov-Riltsev—. Pero me hace mucha falta Golovanov para el número de aniversario... El siguiente candidato es un tal Glybov, apodado «vendedor de sol». Creó una cadena de solarios para los menos pudientes. Escribimos sobre él hace una década; en aquella época tenía sólo veintinueve años.

—Me lo quedo —se ofreció Saveliy—. Se me dan bien los hombres de negocios.

El viejo asintió con benevolencia, hizo una mueca a causa de un ataque brusco de alguna dolencia senil, cobró aliento y continuó:

—Y al final, lo más importante. Cuando vosotros todavía ibais al jardín de infancia, para el primer número de mi revista recopilé material sobre el doctor Smirnov. Para que lo sepáis, es un gran hombre.

De él me ocuparé yo personalmente, pero me hacen falta sus datos. Espero tener dentro de una hora su dirección y número de teléfono encima de mi mesa. De momento, eso es todo.

—¿Y a mí qué me toca? —preguntó Pruzhinov.

Pushkov-Riltsev se mordió los labios.

—Para ti hay un trabajito especial en la redacción. Vas a preparar el banquete. Encuentra un buen restaurante en cualquier lugar del nivel noventa y cinco. Acuerdas el menú y el precio, y pagas. Y diles que no se relajen, que van a pasearse por ahí los de la revista *Lo Más* y no toleraremos que en nuestra ceremonia de aniversario nos sirvan un coñac de menos de cincuenta años. —El redactor jefe aspiró profundamente—. ¡Y os quiero ver a todos vestidos de gala! Los chicos con pajarita y las chicas con escote.

—¿Delantero o en la espalda? —se interesó Valentina.

—Qué pregunta más tonta. ¡En ambos sitios! ¡El mínimo de ropa y el máximo de esperanza! ¿Qué crees, Filippok? ¿Tengo razón o no?

—Sí —respondió el novato.

—Estupendo. Para acabar, vamos a echar un repaso rápido a las noticias. Pasadme el parte. Noticias sensacionalistas, escándalos, el cielo cayó sobre la Tierra, los chinos han abandonado Siberia pidiendo disculpas. ¿Algo más?

—El parte es aburrido —intervino Valentina—. Yo encontré algo, pero...

—Habla.

Valentina abrió una carpeta de papel auténtico (en las mejores redacciones, y la redacción de la revista *Lo Más* estaba considerada como la mejor de Moscú, no estaba bien visto utilizar el plástico), carraspeó levemente y empezó:

—El vuelo regular Chicago-Moscú se ha suspendido por exigencias de la parte americana. Según las nuevas reglamentaciones que acaban de entrar en vigor, todos los aeropuertos en los que aterrizan aviones de Estados Unidos deben estar equipados con puertas y entradas especiales, con una anchura no inferior a siete pies (unos dos metros) para que puedan desplazarse sin obstáculos los ciudadanos americanos. Una vez más se destaca que, en caso de que se produzcan nuevos atascos, Estados Unidos está dispuesto a enviar un portaaviones para salvar a sus ciudadanos. La parte americana se queja también de los cuartos de baño, alegando que se debe reforzar la resistencia y amplitud de las instalaciones.

—Interesante —comentó el viejo—. Pensaré en ello. Más.

Valentina carraspeó de nuevo.

—El proyecto Vecinos ha vuelto a alcanzar el máximo nivel de popularidad esta semana...

—A la mierda Vecinos —interrumpió Pushkov-Riltsev volviéndose hacia Gosha Degot—. ¿No es verdad, Gosha?

Degot asintió.

«Que se vaya él a la mierda», pensó Saveliy, refiriéndose al redactor jefe.

—Sigamos —exigió el jefe.

—En el club Soma se ha presentado un nuevo proyecto: la revista *Forbes* para chicos en edad escolar.

—Interesante. Que se acerque Filippok por allí. Escribe el artículo en clave crítica. Cien líneas máximo. Más.

—Por tercera vez este año se ha profanado la tumba de Iósif Stalin. Los órganos que llevan la

investigación sospechan que se han tomado muestras de tejido con el fin de clonarlo. Como se sabe, al día de hoy se tienen contabilizadas setenta y dos cepas de clones de Stalin; todos ellos sólo pueden pronunciar tres palabras: «Hermanos y hermanas...».

—Ese chiste ya es viejo. —El jefe de redacción frunció el ceño, asqueado—. Y además es mentira. Una vez estuve conversando con uno de los clones de Stalin durante tres horas. Un ser de lo más inteligente, sólo que fuma mucho. Prosigamos.

—Falta una semana para el estreno de la nueva película *Pasión y rabia*, con Angelina Lollobrigida en el papel principal y un reparto sin precedentes: clones activos de la séptima generación. Prometen escenas de lucha con participación de clones de Kirk Douglas, Jackie Chan, Mijáil Porechenkov, y también de Mithun Chakraborty, Marlene Dietrich, Anthony Hopkins y Georgui Vitsin.

—A la mierda con esas películas. ¿Tenemos algo de nuestra corresponsalía en Siberia?

—De los chinos sólo nos han llegado comunicados oficiales. Se ha alcanzado un nuevo récord en la cosecha de grano, se ha puesto en funcionamiento una nueva fábrica para producir...

—A tomar por el culo. Más.

Todos sabían que a Pushkov-Riltsev no le gustaban los chinos. Incluso corrían rumores de que el propietario de la revista *Lo Más* había luchado en Siberia. Durante cierto tiempo se dijo que precisamente una bala china había alcanzado al redactor jefe en la espalda, privándolo de movilidad en la parte inferior del cuerpo.

Valentina cerró la carpeta.

—Eso es todo.

—Es poco —afirmó el viejo—. Bueno, ahora —dijo, suspirando profundamente—, todos os ponéis de pie, os largáis de aquí y empezáis a trabajar. ¡Hertz!

Saveliy se estremeció.

—Quédate.

Pushkov-Riltsev esperó pacientemente a que el último en salir —el novato Filippok— cerrara la pesada puerta de dos hojas. Visto de espaldas, el empleado en prácticas parecía tener la figura de una abuelita: hombros estrechos en contraste con un gran culo.

—¿Qué te pasa con Degot?

Saveliy irguió la espalda.

—Es un colega mío. Eso es todo.

—Apártate lo más posible de él. Bebe.

—Eso es asunto suyo —respondió tranquilamente Saveliy.

—Y mío también. Y tuyo. —El viejo esperaba una negativa, pero como no la hubo, continuó—: Algo está cambiando. Me lo he pensado mejor. Vas a tener que ir tú a ver al doctor Smirnov. Es un viejo amigo mío, yo lo llamaré y concertaré la entrevista.

Hertz asintió con la cabeza:

—No es un problema, pero entonces va a resultar que el número de aniversario entero va a estar firmado solamente por mí.

—¿Y qué tiene eso de raro? Yo inauguré esta revista estando solo. A ti te será de mucha utilidad. Vamos, corre. Sacrifica... ¿cómo se dice eso?... ¡ah, sí!, tu comodidad psicológica personal.

«¿Y por qué demonios hay que sacrificar algo?», pensó Saveliy.

—Ése será —continuó el viejo— tu, je, je, acorde final antes de licenciarte. ¿Sabes lo que es un acorde final?

—No.

—Ni falta que hace. Y por la tarde, exactamente a las siete y media, preséntate aquí, en la redacción. Tenemos que hablar. Cancela todo lo demás, y no llegues tarde. —Pushkov-Riltsev le guiñó un ojo jovialmente (una jovialidad horrorosa, la misma que podría expresar un tiranosaurio) y añadió—: De lo contrario vas a echar a perder tu vida con muchos años de antelación.

Al abandonar la sala de conferencias, Saveliy, confuso, vio a sus colegas a lo lejos en la sala de redacción, equipada para fumar y tomar té en los ratos de descanso, así como para las reuniones informales. Como de costumbre, al acabar la reunión, los empleados necesitaban tiempo para volver en sí. El centenario jefe de redacción era capaz de provocar en su entorno unas ondas energéticas terriblemente potentes.

Por lo demás, en el momento en que se acercó Hertz, los monstruos del periodismo, ya absolutamente relajados, se entretenían haciendo preguntas al novato.

—... Y me dice: «¡Termina tus estudios universitarios!» —contaba Filippok todo sonrojado—. Y yo le digo: «¿Para qué? Ya me lo conozco todo. Y me ofrecen trabajo en una empresa estable. Me he hartado de estudiar. Ya acabaré después. Dentro de tres o cuatro años». Y él que no, que tenía que obtener el título. Y le digo: «Papá, que no le debo nada a nadie». Y se ofende...

—Pero es verdad que no debes nada a nadie. —Bárbara tenía una mirada resplandeciente.

—¡Naturalmente que no! Pero papá... Tiene ochenta años, es un anticuado. Llevo toda la vida oyéndole decir: «Tienes que hacer esto, tienes que hacer lo otro... Yo te he criado, te he alimentado...». Y yo le digo: «Papá, no tenías la obligación de darme de comer, en cualquier caso me habría alimentado el Estado...».

«Un tipo simpático», pensó Saveliy, y dijo en voz alta:

—Difícil lo tienes con tu padre.

—¡No lo sabes tú bien! —exclamó el muchacho—. Una vez echó un vistazo a uno de mis libros de texto, *Fundamentos de la teoría de la prosperidad absoluta*, y se puso a llorar. ¿Os imagináis? Intentó romper el libro pensando que era de papel.

—¿En qué piso vives? —preguntó alguien desde una mesa lejana.

—Bueno, nací en el sesenta y uno. Ahora estoy de alquiler en el cincuenta y siete. Compartimos con mi novia.

Saveliy y Bárbara intercambiaron miradas. Alrededor se oyeron unos suspiros benevolentes.

—Un buen piso —admitió Bárbara—. Modesto pero con gusto. ¿Y a qué se dedica tu... eh... tu chica?

—De momento a nada. Está en casa. Sus padres son Vecinos, y ella creció en medio de teleobjetivos. El apartamento en el que vivimos ahora no tiene conexión, así que está deprimida. Está todo el tiempo gritándome, peleando... Se queja de que le quito el sol... Dice que es insoportable vivir sin Vecinos. Le parece que nadie la necesita, que todos la han abandonado, y cosas por el estilo. Yo le explico que los Vecinos es un juguete para los pálidos, y entonces se enfada.

—Acércate al psicoterapeuta del barrio.

—Ya estuve allí. El médico me dijo que se trata de una adicción, y quitarla lleva unos cuantos meses, pero luego la persona se siente mejor. En caso extremo me aconsejó conectarnos... Y que él mismo era Vecino desde hacía mucho tiempo.

—Todos los psicoterapeutas son Vecinos desde hace tiempo —observó Gosha Degot en voz baja.

—Lleva a tu chica de vacaciones —aconsejó otro—. A Europa.

Filippok negó con la cabeza.

—Allí es peor todavía. He ido dos veces, y no pienso volver jamás. Es aburrido, sucio, todos pasan hambre, están pálidos. Y los dos extremos: trabajan de la mañana a la noche o se dedican a pedir como mendigos. Cinco veces al día te suplican que les vendas un poco de pulpa de tallo. Ellos la llaman «hierba rusa», o «hierba del Kremlin». Hacen preguntas estúpidas. Creen que aquí, en Moscú, nosotros mismos plantamos esta hierba para nuestro propio placer. Nos tienen envidia... No, no volveré jamás. Y no pienso llevar a mi amiga.

Una nueva serie de suspiros circuló en torno a la mesa.

—Perdona, Filipp —interrumpió delicadamente Bárbara—. Eres un chico estupendo, pero no deberías emplear la palabra «amiga». Y menos aún «amigo» o «amistad»... En los pisos superiores está mal visto.

El estudiante enrojeció, sonrió y se rascó la cabeza.

—Entendido. Pido perdón. ¿Puedo tomar un poco más de agua? Me encanta la extra premium.

—Nos la distribuye una empresa de publicidad —dijo Pruzhikov, cargando la frase de sentido—. Y ahora, jovencito, vas a beberla todos los días.

Filippok se echó a reír como extasiado.

• • •

Planificando mentalmente el día, Hertz abandonó la sala común —que a esas horas ya estaba llena de peones de la esfera periodística: secretarias, diseñadores de portadas, coordinadores de las sesiones fotográficas y los propios fotógrafos, generalmente agotados, aunque eran jóvenes avisados vestidos con jerséis bohemios— y fue pasando de rincón en rincón. Le dejaban paso educadamente, temiendo rozarlo o molestarlo. Los jóvenes lo consideraban un paradigma desde hacía mucho tiempo y se dirigían a él llamándolo por su nombre y apellido haciéndole una leve inclinación, lo que, por cierto, lo ayudó bastante durante el período en que intentaba conquistar el corazón de su caprichosa y burlona amiga Bárbara.

«No estaría mal pillar ahora a esa caprichosa y echarle un buen polvo en algún rincón para diversión y gran éxtasis hormonal y emocional», pensó. Pero Bárbara, rodeada de ayudantes, ya no era tan ingenua. Era una mujer verdaderamente profesional. Hertz se despidió de ella con un leve gesto de la mano mientras una secretaria con carita de tonta aplicada (es decir, absolutamente agradable) le entregaba una hoja con la dirección de la primera cita. La entrevista estaba concertada, habían llamado al cliente y puesto de acuerdo con él. Habían bosquejado toda una serie de temas: cuáles era mejor tocar y cuáles era preferible dejar de lado. Sólo quedaba ir y concluir el asunto.

# Capítulo 3

De niño, Saveliy jugaba a los partisanos siberianos.

Todos los niños jugaban a los partisanos siberianos, que por aquel entonces estaban de moda. Para ser más exactos, no los partisanos en sí, sino los juegos sobre partisanos siberianos. A los verdaderos partisanos los vieron muy pocos, incluso en Siberia, por no hablar de Moscú. Pero el caso es que Saveliy jugaba a eso.

Se imaginaba a sí mismo como un ser infatigable que comía carne de oso curada. Desaparecía en la taiga, comandaba un pequeño pero prometedor destacamento, aterrorizaba a los chinos ambiciosos y excitados, entontecidos por el opio, quienes creían que la tierra en la que les habían permitido vivir temporalmente les pertenecía.

Cierto que su padre —un viejo humanitario— a veces intentaba explicarle que los doscientos millones de chinos que vivían en Siberia no lo hacían de balde, que cada año pagaban una cantidad enorme de dinero, y que precisamente el dinero chino era la extraordinaria base, en toda la historia del mundo, del bienestar del pueblo ruso. Y lo más importante, repetía su padre, era que hasta la llegada de los chinos Siberia Oriental había sido un territorio abandonado, y que ahora allí había campos de cultivo, fábricas y empresas productoras. Allá donde el ruso no había sido capaz de plantar patatas, el chino plantaba ahora naranjos.

Saveliy untaba mantequilla china en pan chino, lo llevaban al colegio en un automóvil chino se sentaba en un pupitre chino, y sus libros de texto se habían impreso en papel chino.

Los chinos sabían hacer de todo. Trabajaban de la mañana a la noche y además pagaban puntualmente por permitirles trabajar en territorio ajeno. Por eso mismo nadie quería a los chinos y los partisanos siberianos eran tan populares.

En la misma República Popular de China, independientemente de su indiscutible liderazgo en la economía mundial, no todo era fácil. Cincuenta años antes, al principio de los años cincuenta de aquel siglo, por fin tuvo lugar la fundición de los hielos polares pronosticados por los científicos y que tanto asustaba a los hijos del siglo xx. China perdió casi el veinte por ciento de su territorio. En el agua quedaron sumergidos todos los puertos importantes desde el punto de vista estratégico, incluidos Hong Kong, Shangai, Xindao, Dalian, Tianxin, Liangyungan, Fuchzhou, Shantou, Ningbo y Siamen. El gobierno de la Tierra bajo el Cielo[5] volvió la mirada a su vecino del norte. Empezaron a hablar de su gran amistad y de que ésta se remontaba a los tiempos de Stalin y Mao.

El vecino del norte estaba atravesando tiempos difíciles. A principios del último tercio del siglo veintiuno la población de Rusia se había quedado en cuarenta millones. Este hecho hirió profundamente el orgullo nacional de los ciudadanos, pero no hasta el punto de motivarlos a multiplicarse activamente. El orgullo es el orgullo, pero criar hijos era algo más serio. Quizá la población rusa tenía problemas de reproducción debido a factores negativos, para contrariar al milenarismo Cáucaso islamista o incluso a la milenaria China de Confucio. O porque las mujeres rusas estaban obligadas no sólo a tener hijos, sino también a trabajar en las mismas condiciones que los hombres. De una forma u otra, en determinado momento Moscú llegó a cobijar a todos los habitantes de Rusia. Los procesos migratorios resultaron irremediabilmente dirigidos al centro. Todo el que quería (y querían casi todos) se mudaba a la capital y



se asentaba en ella.

Espacios enormes quedaron deshabitados y después cayeron en el abandono. La idea de poner en alquiler los territorios libres dejó de ser una blasfemia.

Unos se indignaron, otros se hicieron partisanos. Después, todo volvió a la calma por sí mismo. Y Saveliy creció teniendo claro el concepto: en Moscú estaba el dinero, en Siberia estaban los chinos y en los montes Urales los partisanos.

Por otro lado, los maestros explicaban a la juventud romántica que hacía ya tiempo que se había liquidado el movimiento partisano en los Urales. Puede que anduvieran errantes por la taiga dos o tres docenas de los últimos idealistas incorregibles, pero nada más. Más tarde, estando ya en la universidad, sus amigos entendidos en el tema le hicieron ver a Saveliy que la oposición antichina estaba llena de provocadores y que, en general, desde el principio se había creado un servicio especial de inteligencia para asustar a los ciudadanos y para que la opinión pública se reconciliara con la ley de digitalización general.

El ideólogo de la oposición siberiana, el general Agafanguel Retskiy, murió desterrado en Nueva Zelanda cuando Saveliy cumplió seis años. Pero el libro del general, *Terra nostrum*, era posible conseguirlo y leer en él que el ruso por naturaleza es un pueblo dueño y empresario, y jamás esclavo u obrero; que es posesivo pero no consumista, y que inconscientemente aspira a poseer cosas, incluso si no tiene capacidad para poseerlas. «Se puede aprender a poseer. Cualquier oficio, arte o profesión se puede aprender —afirmaba Retskiy—. El valor radica en poseer desinteresadamente, sin cambiar en nada, sin interferir y bajo ningún motivo permitir la entrada a los intrusos. Lo importante es pillar un bocado, no importa si luego eres capaz de tragártelo o no». De acuerdo con las enseñanzas del endiablado Agafanguel, la tierra rusa está prohibida por los siglos de los siglos. Los salvajes territorios de Siberia deben seguir estando en manos de los rusos y seguir siendo inhabitables, tal como estaban cuando los descubrió Ermak Timoféyevich, el conquistador de Siberia.

Según cuentan los ancianos, los defensores del general caído en desgracia se hartaron en algún momento. No a todos les hizo gracia que doscientos millones de súbditos de la Tierra tuvieran que atravesar el río Amur.

Sin embargo, Saveliy nació después de estas discusiones acaloradas en torno a la Zona Económica Libre Chinosiberiana. Era pequeño cuando cesaron estos debates. Los beneficios de la colaboración con Pekín eran demasiado evidentes: todos los ciudadanos de Rusia, sin excepción, se convirtieron en personas dichosas. Doscientos millones de chinos, tras haber colonizado en bloque la región de los alrededores del Baikal y Yakutia, instalaron su capital en el legendario puerto de Vánino, y en unos cuantos años colmaron de dinero el tesoro público ruso. Reinaba la prosperidad.

Los rusos no trabajaban, sólo trabajaban los chinos. Por cada ruso tenían que trabajar cuatro laboriosos chinos. Para recibir dinero, a los ciudadanos de la Federación Rusa se les exigía una sola cosa: pasar por la digitalización, es decir, permitir que se les insertara un microchip en el cuerpo. A los que se negaban y gritaban en contra del control absoluto de la policía, los miraban como a tontos. Un pequeño pinchazo y ¡dinero asegurado hasta la muerte! Una vez al año tu parte llegaba a un depósito bancario, y era imposible dársela a alguien, sólo se podía gastar.

La concesión de cualquier crédito o préstamo estaba perseguida por la ley. Los préstamos, créditos y cualquier otro artificio que quedara de los tiempos del capitalismo salvaje fueron prohibidos por la Constitución ya a principios del siglo XXI, tras acabarse la gran crisis de los diez primeros años. Poco a poco llegaron los tiempos de un lujo extraordinario, y Saveliy tuvo una infancia magnífica.

La prosperidad era maravillosa. Y era maravilloso, extraordinario, despertarse por la mañana y vivir prósperamente hasta altas horas de la noche, y así un año tras otro. El siglo de oro llegó de improviso, fácil y elegantemente; nadie se acercó a él, todo se dio solo. Al diablo con el petróleo, el gas, la producción de madera y otras materias primas, con cuya venta se contentaba el país en otra época. Al diablo los cerebros rusos, los inventores rusos, las bailarinas, los escritores, las modelos, los programadores, los jugadores de hockey y las mujeres rusas casaderas. Los territorios rusos eran el principal capital de la nación. Kilómetros y kilómetros cuadrados, llanuras inmensas que no conocían los terremotos, *tsunamis* ni tornados. Montañas sólidas, humedales, de todo esto había en cantidades colosales, y cuando la quinta parte del mundo civilizado desapareció bajo el agua, resultó que Rusia era prácticamente el único territorio del planeta en el que se podía vivir fuera del peligro de los elementos.

Sin embargo, la naturaleza había preparado para sus habitantes una sorpresa especial, fantástica, única. Y un buen día el joven Saveliy se despertó temprano por la mañana a causa de un ruido estruendoso: al otro lado de la ventana, por la avenida, avanzaba envuelta en nubes de monóxido de carbono una columna de tanques. El chico no era capaz de verla con detalle. Entre la casa y la calle, en la amplia zona de césped, salía de la tierra un tallo enorme con un brillo grasiento de color verde negruzco, cubierto de algo parecido a escamas. Se erguía directamente al cielo, y Saveliy no podía ver dónde acababa.

Recordaba ese momento de una manera difusa. Su madre gritando, pánico, un breve período de dictadura militar, conversaciones sobre el fin del mundo, montones de suicidios, las calles llenas de coches. La gente huía de Moscú en dirección a la periferia, para volver de nuevo al cabo de unas cuantas semanas. En la periferia no se podía vivir, allí no había supermercados, ni agua caliente ni electricidad. Allí no había nada excepto el vacío silbante a causa de los vientos. Y Moscú, a pesar de haberse convertido en una parodia de la mejor ciudad del mundo, seguía allí como siempre.

La hierba crecía por todas partes. El tallo medio alcanzaba una altura de trescientos treinta metros.

Una vez, en el verano del año 2065, en cuestión de dos días apareció la hierba de no se sabe dónde, convirtiendo la enorme ciudad en el decorado de una película surrealista. La hierba llegó y nunca más se fue.

Pero la vida discurría por el mismo carril. Una gran parte de la sociedad se aferró a la idea de que los moscovitas tenían negocios con invasores de fuera de la Tierra, de que la hierba que crecía en todas partes había sido sembrada desde el cosmos, y de que la misma hierba era inteligente. Si no era así, cómo demonios explicar el hecho de que ni uno solo de las decenas de miles de tallos hubiera dañado jamás las infraestructuras humanas, ni las calles, ni las aceras ni los edificios. La hierba no había cortado los cables eléctricos, ni afectaba a ninguna de las comunicaciones que iban bajo tierra, ni a los tubos del alcantarillado y de la calefacción. La hierba crecía solamente en los sitios libres, y punto. Un tallo podía aparecer en un solar, en un parque, en el jardín de una plazoleta o en el pequeño espacio de césped plantado delante de un edificio. Un tallo podía crecer a un metro del jardín de recreo de los niños, pero jamás dentro de ese jardín.

Cuarenta millones de personas se despertaron un día y vieron que ya no eran los amos de su tierra. Les quedaba todo el hierro, toda la piedra, todo el asfalto y todo el plástico, solamente les habían quitado la tierra para plantar y el sol.

Era imposible vencer a la hierba. En el lugar donde se destruía un tallo, volvía a crecer uno nuevo exactamente en cincuenta horas. Arrancar cualquier otra planta podía hacerlo todo el que quisiera. Los primeros meses se dedicaron a eso cientos de miles de profesionales y voluntarios bajo la consigna

«corta con un hacha la corteza escamosa y debajo de ella verás una pulpa de color esmeralda». Tres obreros podían talar en dos horas con descansos hasta el tallo más alto y maduro, pero en cuestión de horas, en el mismo lugar, aparecía otro nuevo idéntico. La velocidad de crecimiento era asombrosa. Muchos se desmayaban por la falta de costumbre al ver cómo de la tierra trepaba hacia el sol un aguijón verde negruzco. Esto recordaba el antiguo mito de la hidra, a la cual no se podía cortar la cabeza porque, si se hacía, crecían dos nuevas cabezas en su lugar. Por cierto, ¿por qué a ese monstruo fantástico se lo llamaba hidra si la palabra hidra en griego significa «agua»? ¿Tal vez esa primera hidra fue un tallo de hierba que devoraba el agua y la luz solar?

Cerca de cien centros científicos especializados creados urgentemente se dedicaron a estudiar el problema de cómo eliminar la plaga. Los inmensos medios asignados a esta tarea fueron agotados hasta el último kópec, pero sin resultados prácticos. La ciencia no podía explicar por qué esos tallos aparecían precisamente en Moscú y no en, por ejemplo, la estepa de Kalmykia. Esa hierba no pertenecía a ninguna especie o familia conocida del mundo vegetal. En realidad, ni siquiera era una hierba. Lo más probable es que fuera un micelio colosal en el que todas las hojas como cuchillas estaban unidas por un único sistema de raíces y que seguramente procedían de una sola semilla, que, o bien había sido plantada desde el cosmos, o arrojada por los enemigos geopolíticos de Rusia como arma de destrucción biológica, o bien llevaba millones de años enterrada en la tierra para reavivarse y crecer algún día por razones desconocidas.

El sistema radicular se extendía muchos kilómetros hacia abajo. En la hiperpolis se alteró el clima, el régimen de temperaturas y la composición de la atmósfera. Al igual que cualquier planta, la gigantesca hierba evaporaba el noventa y nueve por ciento de la humedad obtenida de la tierra. La capital de Rusia acabó siendo un pantanal en el que zumbaban insectos chupadores de sangre. El viento dejó de soplar, las calles se convirtieron en desfiladeros donde incluso en los días más frescos y soleados reinaba una húmeda penumbra. Pero por encima de la tierra, a la altura del kilómetro cuatro, flotaba una enorme nube del más puro oxígeno.

Se pusieron muchas esperanzas en la llegada del primer invierno. Los expertos suponían que la hierba dependía del calor y que no soportaría las heladas. El gobierno tenía intención de llevar a cabo una tala total durante los fríos de febrero. Pero las misteriosas plantas no reaccionaron en modo alguno a las temperaturas bajo cero, y la campaña de talado invernal acabó siendo un fracaso. Aparecieron nuevos retoños en el lugar de los que habían sido destruidos, como si nada, alcanzando crecimiento y masa exactamente a la misma velocidad: un metro por minuto, sesenta metros por hora, tres mil metros en dos días.

Se creó el proyecto Placa. Cortaron los tallos a ras de tierra, destruyeron las raíces, cavaron hasta una profundidad de cincuenta metros e instalaron una barrera: un bocadillo de placas de titanio y, entre ellas, un resistente cemento armado de fabricación china. Al cabo de doce horas un alegre retoño verde taladró la barrera de lado a lado y en dos días alcanzó su altura normal.

Se creó el proyecto Leñador. Un robot especial, situado en el punto exacto de crecimiento del tallo, cortaba el retoño nada más salir, aunque sólo fuera un metro, y entonces la planta sacaba un nuevo brote lateral que salía de la tierra a unos cuantos metros más allá del estúpido mecanismo.

Hubo otros proyectos y métodos —físicos y químicos para luchar contra esa plaga, igual de sencillos y aparentemente efectivos, pero todos fracasaron.

En los diez años siguientes se derribaron tres cuartas partes de los edificios bajos de la ciudad y en

su lugar se alzaron rascacielos de cien pisos. Los rayos solares, abriéndose paso a través de los tallos, llegaban a veces hasta el piso cincuenta, y con mucha frecuencia los pisos sesenta. Al nivel de los pisos setenta el ambiente era tolerable, en los ochenta la gente se bronceaba, en los noventa gozaban como si la hierba no existiera. Y ya en los pisos a partir del nivel cien vivían los chinos. Todos los trabajadores de la Zona Económica Libre Chinosiberiana tenían doble nacionalidad y, como ciudadanos rusos, tenían derecho a comprar libremente bienes inmuebles en Moscú. Hasta que todo lo mejor cayó en sus manos.

• • •

Un año después de que toda la ciudad de Moscú se llenara de hierba tan alta como la torre de televisión de Ostánkino, la pulpa de esa inaudita hierba empezó a ser consumida como comida.

Un año y medio después se paralizaron todas las acciones destinadas a su erradicación, los resultados se guardaron en archivos secretos y se prohibió el consumo de pulpa bajo amenaza de condena penal.

A los cinco años, acercarse a una planta ya se consideraba de mal gusto, y rozarla significaba una ofensa a la moral social. Incluso se evitaba hablar de la hierba en lugares públicos. Pero si todas las revistas escribieron con indignación sobre los primeros casos del consumo de hierba, a partir del quinto año la ingesta de pulpa ya se calificaba de enfermedad seria digna de vergüenza, como la sífilis o la drogadicción.

No se sabe quién fue el primero en morder el tallo. Sin embargo, Saveliy conoció la injuriosa palabra original, «herbívoro», al empezar a ir a la escuela, es decir, tres años después de que la hierba atacara Moscú. El nuevo insulto de moda se correspondía más o menos con el antiguo y universal epíteto de «cabrón» (ya que las cabras también son herbívoras) e incluso superaba en dureza a ese término. Por la sola mención de la palabra «herbívoro» fácilmente podían darte en los morros. El mismo Saveliy dio y recibió unas cuantas veces. La época de la prosperidad absoluta no consiguió acabar con las honrosas peleas de chavales.

Cuatro años más tarde sus padres finalmente ahorraron la cantidad necesaria de dinero y se mudaron a un moderno edificio de viviendas, al piso cuarenta y nueve. Por aquel entonces la división de clases sociales ya era plenamente vigente: los vecinos de los pisos medios y superiores utilizaban entradas y ascensores diferentes, donde el botón más inferior indicaba el número 25.

En ese mismo período de su vida, Saveliy vio por primera vez a un auténtico herbívoro.

En una ocasión, su mejor amigo, Garri Godunov, le propuso ampliar horizontes e ir a darse una vuelta por las afueras de la ciudad, por el este de Kríukovo, constituido por un cúmulo de casas construidas por el antiguo alcalde Luzhkov, rodeadas de espesos tallos y situadas entre la tercera y cuarta circunvalación de Moscú, un auténtico gueto al estilo de la década de la crisis. A Saveliy, un tío inteligente enemigo de los conflictos, no le atraía demasiado la dudosa escapada, pero tampoco quería quedar como un idiota a los ojos de su colega, un famoso gamberro y filósofo.

Recorrieron un largo trayecto en el metro, a veces bajo tierra, a veces por encima de ella. Al llegar se pasearon por un camino gris mal asfaltado lleno de basura, y los sorprendió el silencio y la ausencia de personas. Saveliy había imaginado encontrar allí una gentuza agresiva, prostitutas, puertas centelleantes como el fuego de garitos de juego y tabernas sucias, pero sólo vio calles tristes y vacías. Olía a orina, y las puertas de las tiendas estaban cerradas con impresionantes candados. Los pocos viandantes que encontraron, envidiando a esos forasteros de catorce años vestidos a la moda, mostraban

una amplia sonrisa y los saludaban con la mano, pero inmediatamente después de sonreír y hacer gestos amables, por alguna razón se apresuraban a cambiar de acera o se volvían a meter en los patios interiores de los edificios. No pudieron acercarse a menos de treinta pasos de los habitantes locales. Nadie buscó camorra con los dos atrevidos héroes, ni los provocó, ni intentó quitarles el dinero. Al cabo, Godunov —cuya osadía era conocida por todos— se atrevió a proponer comprar una botella de vino para bebérsela entera a la vista de la gente en un lugar público. Empezaron a buscar un punto de venta, se extraviaron y en uno de los patios casi se dieron de bruces con un tipo demacrado de aspecto absolutamente salvaje. Apenas les había dado tiempo de asustarse cuando el rostro del desconocido, muy pálido, casi gris, hizo una mueca de alegría mezclada con sorpresa, a la que siguieron sonrisas, guiños y la visión de un pulgar apuntando hacia arriba, como indicando que todo va bien, pero simultáneamente ese tío raro empezó a recular hábilmente, marcando una distancia poco cómoda para el diálogo.

Tenía aspecto como de haber ganado un millón a la lotería. Se movía como bailando despacio y le brillaban los ojos. Canturreaba algo entre dientes, y cada dos por tres sacudía bruscamente la cabeza, miraba al cielo y entornaba los párpados. Estaba sucio, sin afeitarse y despeinado, y llevaba los pies amarillentos metidos en unas decrepitas zapatillas manchadas de grasa.

—¡Eh! —lo llamó en voz alta el valiente Godunov—. ¿Qué tal?

—¡Estupendo, de puta madre! —exclamó el desconocido, sonriendo y moviendo la cabeza al son de una música que no oía nadie más que él—. Sencillamente estupendo, putamadre.

—¿Dónde está la tienda más cercana por aquí?

Sin dejar de recular, el tío se encogió de hombros e hizo una mueca cómica. Godunov avanzó decididamente unos cuantos pasos, pero el aborigen, echándose a reír, le dio la espalda y se alejó sin prisas y sin mirar, demostrando una absoluta indiferencia hacia sus posibles interlocutores.

—Un drogadicto —supuso Saveliy.

—No —dijo Godunov—, es un herbívoro. Aquí son todos herbívoros. Me lo habían contado pero yo no me lo creía. Y ahora me he convencido. Dicen que lo son casi la mitad de los moscovitas.

—Bah, deja de mentir. Es la primera vez que veo a un tipo tan original.

—Y éste no es normal —explicó Godunov—. Éste ya es un terminal. También es la primera vez que veo a un herbívoro terminal, que sólo se mete hierba y nada más. Me han hablado de tíos adultos como ése. Al herbívoro terminal no le interesa nada y no necesita a nadie. Por eso aquí está todo vacío. Todos ellos están metidos en casa...

—¿Y qué hacen? —preguntó Saveliy, sintiéndose incómodo y mirando de reojo.

—Nada —contestó Godunov—. ¿Para qué tienen que hacer algo? Se sienten bien así.

—Entonces es una drogadicción.

—No —respondió Godunov en tono autoritario—. Las drogas son malas para la salud. Hay gente que muere por consumir narcóticos. Sobredosis, destrucción y otros horrores. Pero la pulpa de tallo es inofensiva. Lo han demostrado los científicos. Yo tengo un amigo que le quitó a su padre un informe secreto e hizo una copia, me la dejó leer y lo hice en una noche. Ningún efecto nocivo, ¿comprendes? Bastan diez gramos de pulpa natural de tallo para que una persona reciba su dosis diaria de energía. La pulpa contiene de todo: proteína vegetal, vitaminas e hidratos de carbono. Es como alimentarse de pan, nueces y aceite de oliva, sólo que en forma más concentrada. Me tomé una cucharadita y estuve todo el día satisfecho. Aparte de tener una sensación de euforia. Alegría en su más pura esencia, ¿entiendes?

—Entiendo —respondió Saveliy con aire sombrío, deseando volver a casa—. Lo que yo digo, una

droga.

—Te repito que no es una droga —replicó Godunov algo acalorado—. Hasta las drogas más blandas destruyen el sistema nervioso. Consumes droga, te sientes bien. Dejas de consumir y te sientes mal. Si consumes drogas constantemente, el organismo deja de producir la hormona natural del placer, la endorfina...

Estaban en una esquina. A la derecha había un patio que en tiempos estuvo cubierto de césped. Ahora aquel césped se había convertido en una calva polvorienta en cuyo centro se erguía un imponente tallo de cuatro metros de anchura, una superficie brillante de color verde negruzco con pequeñas escamas y una altura que llegaba hasta las nubes. A medio metro de tierra, el tallo tenía varios cortes. Variaban un poco de color, más marrones en los extremos, de color esmeralda en el centro. A la izquierda discurría una calle oscura y vacía por la que de vez en cuando cruzaba alguna que otra figura solitaria (por cualquier lugar, ya que tampoco había coches), y volvía de nuevo la extraña sensación de irrealidad.

—... y la pulpa de tallo —continuó Godunov— actúa de distinta manera en el ser humano. ¿Cómo?, nadie lo sabe. Los científicos se pierden en conjeturas. Es la auténtica píldora de la felicidad, ¿entiendes? Te tomas una cucharadita de pulpa y estás todo el día saciado, satisfecho, alegre, te sientes bien, y todo eso sin efectos secundarios.

—Eso no es posible —dijo Saveliy negando con la cabeza—. Tú, Godunov, eres, por supuesto, un tipo inteligente, escribes cuentos y en general... Pero yo también sé algo. En la naturaleza todo está equilibrado. Hay que pagar por el placer, y más aún por la euforia. Todo el reino animal está ordenado de forma que necesita no sólo el placer, sino también el estrés, el miedo, la rabia... Si el hombre se dedica sólo a gozar y no sufre, dejará de autoperfeccionarse y desaparecerá de la faz de la Tierra.

—Ya. —Godunov se frotó la nariz rota—. Tú, hermano, le podrías haber dicho todo eso al idiota que hemos visto. Deberías haber corrido tras él, agarrarlo de la manga y hablarle del sufrimiento. Sólo que antes tendrías que sacarle la mugre de las orejas.

Una vez más echaron un vistazo a su alrededor y se pusieron en camino en dirección a la estación de metro más cercana.

—Esa porquería —dijo Saveliy, pensativo— habría que prohibirla bajo pena de muerte. Godunov asintió con un movimiento de cabeza.

—Ya lo han prohibido. Diez años de cárcel por posesión de un solo gramo de esa sustancia. Pero de todos modos se consume. ¿Has visto los cortes secos en el tallo? Salen por la noche, arrancan la corteza con un hacha y recogen la pulpa. El gobierno hace la vista gorda. De lo contrario tendrían todas las cárceles a tope y sería necesario construir otras nuevas. Entiéndelo, los herbívoros son inofensivos. No cometen delitos. En eso se diferencian radicalmente de los drogadictos. El drogadicto es capaz de matar por una dosis, pero el herbívoro sólo tiene que esperar a que oscurezca. No muestra disconformidad, ni siquiera es necesario alimentarlo. Vive en su casa, ve la televisión y duerme. O folla. Dicen que la pulpa es un afrodisíaco.

—¡Entonces habría que envolver cada tallo con un alambre de espino y poner un soldado de guardia con ametralladora!

—Así lo hicieron los primeros años. Después dejaron de hacerlo. Adivina el porqué.

Saveliy se quedó pensativo y dijo:

—Los soldados se comían la pulpa.

—¡Sí! —exclamó Godunov—. No eres un caso incurable. Escucha, vengamos aquí una noche.

Arrancaremos un poco para nosotros.

—De eso nada.

—Tienes miedo.

—No, simplemente no lo necesito.

—Tienes miedo —rió entre dientes Godunov—. Bueno, era una broma. De todos modos, yo pienso probar.

—¿Para qué?

—¿Qué significa «para qué»? Me resulta interesante. Tengo que saber qué es eso.

Saveliy preguntó irónicamente a su amigo si lo que quería era probar el gusto de los excrementos humanos. Después de haber encontrado con dificultad la entrada del metro, se fueron a su casa discutiendo y regañando como sólo pueden discutir y regañar los verdaderos colegas.

• • •

Eran amigos desde los seis años. En el tándem que formaban, Godunov llevaba el juego, generaba las ideas. Saveliy era el acompañante, el que criticaba, el que desechaba las propuestas inútiles, el que se encogía de hombros. Garri era el que se lanzaba, Saveliy era prudente. Garri era revolucionario, Saveliy precavido. Incluso cuando aún eran unos mocosos, cuando jugaban a los partisanos siberianos, Garri Godunov estaba siempre del lado de los chinos; si lo cogían prisionero, siempre se suicidaba tragando una ampolla con veneno que llevaba escondida en el pico del cuello de la camisa, y cuando sus compañeros gritaban diciendo que eso no valía, él discutía acaloradamente hasta quedarse sin voz y traía de casa unos libros de papel destrozados, de más de cien años de antigüedad, donde realmente estaba escrito, de forma clara y precisa, acerca de la ampolla escondida en el cuello de la camisa.

Con los años Garri fue cambiando poco a poco, pero no a mejor. Para cuando acabaron la secundaria, su sólida amistad de la infancia ya era una relación sin compromiso. No se pelearon, simplemente se fueron enfriando. Godunov se apartó de todo el mundo, se volvió nervioso, intolerante, desagradablemente burlón. Podía montar un escándalo incluso estando en compañía de las personas más cálidas e íntimas. Le había dado por beber e importunar a las novias ajenas. A veces le decía a Saveliy que estaba escribiendo una novela que iba a volver loco a todo el mundo. Saveliy razonablemente observaba que una novela del joven escritor Garri Godunov antes que nada sacaría de quicio al mismísimo Garri Godunov. En respuesta, salían disparados impropiedades y aforismos sarcásticos.

Al cabo de un año, Saveliy, con dieciocho años cumplidos, entró en la universidad. Instantáneamente tuvo acceso a su depósito personal, a su parte de los miles de millones que cada año transferían los chinos a cambio de vivir y trabajar en territorio ruso.

Con antelación ya había pasado por la digitalización. Un tío amable vestido con una bata blanca, en un gabinete médico de níquel deslumbrante, le había introducido el microchip bajo la piel, invisible a simple vista. Ahora Saveliy podía entrar en cualquier tienda y coger todo lo que se le antojara; la suma se descontaba de su depósito a la salida de la tienda, sin producir la más mínima molestia a su portador.

El depósito consistía en una suma considerable, pero la gran mayoría de los ciudadanos prefería economizar. Era imposible comprarse un helicóptero con el dinero chino, o un apartamento situado en el piso setenta. Pero instalarse en algún lugar con la categoría de rentista pacífico, comer bien, comprar buena ropa no muy cara e ir al cine, era absolutamente posible. Con un poco de maña, el depósito chino daba para vivir holgadamente sin tener que complicarse la vida teniendo que trabajar.

La juventud ahorrraba desesperadamente en lo más indispensable para gastarlo alguna vez en algo grandioso, como por ejemplo en un coche antiguo con motor de gasolina. Las chicas, por lo general, pasaban por la ardiente atracción de la cirugía plástica (por cierto que en los años de juventud de Saveliy se puso de moda la silicona de espuma), pero se les pasaba más o menos a los veinticinco años. Los más sensatos y mejor educados, ávidos de vida, elegían una profesión, buenos salarios, y con el tiempo acababan mudándose a los pisos setenta y ochenta.

Pero este tipo de personas no abundaban.

En una de las fiestas de estudiantes, Saveliy Hertz (que ese año también había adquirido un antiguo y potente Chevrolet que andaba con dificultad pero de prisa y que además gustaba a las chicas) probó por primera vez la pulpa de tallo. Cuando el dueño del apartamento —para ser más exactos, su hijo— lanzó encima de la mesa, con una gran exclamación, una bolsa de celofán llena de una gelatina verdosa, los invitados se callaron, tras lo cual se oyeron unos cuantos suspiros exigiendo que quitaran de inmediato esa porquería y frases como: «No es para mí». La bolsa desapareció, pero a las dos horas Saveliy borracho vio que la sustancia prohibida pasaba de mano en mano. Para entonces el grupo de compañeros de juerga disminuyó en número y apagaron las velas. Los más resistentes jugaban a bajar la graduación alcohólica (después del vino se pasaron a la cerveza), mientras que las damas, o bien salieron huyendo o se quedaron a solas con los bienafortunados en las habitaciones del fondo.

—Dadme a mí también —rogó Saveliy.

—No —le contestaron—. Estás borracho, y la pulpa no se puede mezclar con el alcohol. Te sentirás mal. Vómitos y todo eso. Los herbívoros son abstemios.

—Yo no soy un herbívoro —replicó Saveliy.

—Entonces no te metas en esto —le dijeron.

De madrugada, cuando todos dormían, incluidos los más resistentes, Saveliy se levantó a duras penas para ir al cuarto de baño y descubrió la bolsa casi vacía en el suelo. Después de unos cuantos vaivenes, el estudiante metió un dedo dentro, lo olió, lo miró, y se pasó el dedo por la lengua. No entendió nada. La pulpa no tenía olor ni sabor. El osado neófito miró de reojo a sus colegas mientras roncaban, llevó la bolsa a la mesa, la volvió del revés y, rebañando, consiguió juntar casi una cucharada colmada. Se la tomó. Sintió un zumbido en la cabeza, pero no había bebido cerveza después del vino, y de éste no había tomado más de dos copas. Su estado era normal, la cabeza le funcionaba bien. Se sentó en el alféizar de la ventana, pegó la frente al cristal y se dispuso a esperar.

Al otro lado de la ventana, en medio de una espesa penumbra, se mecían los tallos, y entre ellos se divisaba el edificio vecino. Se veía luz en dos o tres ventanas. Incluso en las horas más silenciosas de antes de amanecer, en cada edificio hay siempre unas cuantas ventanas iluminadas. «¿Qué hace la gente tras esas ventanas? ¿Por qué no duermen? ¿Qué les impide entregarse a las alegrías naturales, de las cuales el sueño es la más sencilla, barata y asequible?», pensó.

Se puso a reflexionar en por qué no dormían aquéllos que podían hacerlo. Después se cansó. De repente apareció una comprensión increíblemente exacta de toda la carencia de perspectiva del proceso mismo de reflexión. Le entró sed.

«Es la resaca —pensó—. Eso quiere decir que ayer de todos modos me pasé. ¿Cómo se llamaba esa impertinente menudita que intentaba ofenderme riéndose a carcajadas y diciéndome que estaba “pálido”? ¿Acaso estoy pálido? Tengo un color de rostro estupendo».

Encontró a tientas una botella de agua medio vacía. Bebió hasta agotarla, echó hacia atrás la cabeza para agitarla sobre la boca abierta y con la lengua capturó la última gota. Experimentó una ligera y



original sensación de placer. Quizá la pulpa empezaba a hacer efecto. Se sentía despierto y al mismo tiempo lo invadía una gran pereza, y además las dos sensaciones buscaban el mismo fin. No tenía ganas de moverse ni de romperse la cabeza pensando. Quería ponerse en posición vertical, quedarse inmóvil y escucharse a sí mismo. En su interior ocurría algo interesante: el corazón palpitaba, los pulmones se expandían y se contraían, el estómago y el intestino también enviaban señales, pero sin insistir. Saveliy bajó del alféizar y anduvo por la habitación. El proceso de andar era divertido, le recordaba alguna atracción. Muy divertido, extraño, un poco tontorrón. Algunas veces, yendo de una pared a otra, se cansaba, pero apenas se quedaba inmóvil, todo a su alrededor —paredes, aire, la realidad misma— lo llenaba de energía. Algo agradable fluía por su cuerpo, de arriba abajo, y otra corriente parecía correr en dirección opuesta, desde las plantas de los pies hasta la coronilla.

A veces andaba, otras se quedaba inmóvil. Bebió agua varias veces. No tenía noción del tiempo. Después se tumbó y se quedó profundamente dormido. Aquella noche no soñó.

Esta nueva experiencia básicamente no le gustó. Cierto que durante todo el día siguiente no quiso comer nada y se sentía muy animado, pero no daba pie con bola. Decidió incluso hacer novillos. La sensación de animación existía por sí sola, era imposible utilizarla para algún fin. Mientras permanecía inmóvil disfrutaba, pero apenas decidía ir aunque sólo fuera al cuarto de baño para lavarse la cara, todo lo que lo rodeaba se convertía de inmediato en una absurda película de dibujos animados. Su padre, que ese día llegó temprano de trabajar, le preguntó algo. Saveliy se limitó a guiñar un ojo y sonreírle, en el sentido de que todo está bien, yo estoy bien, y tú también estás bien. Después se volvió, dándole la espalda, y regresó a su cuarto.

Todo aquello no terminó hasta el segundo día. Sentía un vago deseo de tomarse una dosis más, mayor y en condiciones más cómodas, no en una casa ajena, en medio de botellas vacías, sino en su habitación, en silencio y sólo para poder procesar las sensaciones. Sin embargo, Saveliy apartó esa idea de la cabeza. La pulpa le parecía algo similar a la marihuana. Pero mientras lo único que hacía la marihuana era relajar los nervios, la pulpa de tallo actuaba de otra manera, cambiaba la propia personalidad y sugería la posibilidad de vivir una vida especial, en la cual no había necesidades, problemas, hambre, prisas, tan sólo una inactividad alegre y silenciosa.

«Sea como fuere, esto no es para mí», resolvió Saveliy.

Hacia los veinte años ya sabía todo sobre él y también sobre los demás. Todo era muy sencillo: la persona nace para disfrutar de la vida en todas sus múltiples manifestaciones. Para ello, tiene que desarrollarse de tal forma que aprenda a sentir la vida en su máxima plenitud. Ante ti y ante la vida hay una puerta, le enseñaron a Saveliy. El débil puede abrirla lo justo para recibir el bienestar y las sensaciones más elementales. El fuerte y culto abre la puerta de par en par y se apodera de toda la diversidad de la vida.

El examen sobre los principios fundamentales de la teoría de la prosperidad absoluta lo aprobó con matrícula de honor.

Más tarde vio en la televisión a un amigo suyo, compañero de diversiones infantiles, llamado Garri Godunov. A los veintidós años Garri había publicado una novela y se había hecho famoso. Todo Moscú estuvo hablando del nuevo genio durante tres días por lo menos. Después, otros héroes lo desplazaron de la pantalla. En ese año y en el mismo mes empezó la colonización activa de la Luna. Los valientes cosmonautas tenían un aspecto mucho más fotogénico y pintoresco que el joven escritor enjuto y sombrío, y todos se olvidaron de él.

Pero Saveliy no se había olvidado, ni de Garri Godunov ni de la pulpa de tallo.

## Capítulo 4

El multimillonario Petr Glybov, conocido por el apodo de «Vendedor de sol», tenía treinta y nueve años. El periodista Saveliy Hertz, cincuenta y dos. Este hombre adulto iba a hacer una entrevista al mocoso advenedizo. Elevándose al piso noventa en un excelente ascensor fabricado al estilo «pseudoneohightech», el periodista se imaginó sonrisas burlonas, miradas despectivas y otros caprichos de nuevo rico. «Por otra parte —pensaba Saveliy—, se le puede dar la vuelta a esto, organizar el material con un matiz de desprecio sutil, permitir cierta burla intelectual».

Todos los botones del enorme ascensor VIP, empezando por el 99, aparte de los números normales llevaban adosados jeroglíficos y letreros en cirílico: «Sólo para chinos». Un *dazibao*<sup>[6]</sup> que colgaba cerca recordaba lacónicamente la responsabilidad penal por invadir ilegalmente un territorio particular.

Se le acercó alguien en silencio, cual ayudante de cámara etéreo —descalzo, aunque vestido con un traje de rayas—, y lo acompañó a una espaciosa y rimbombante sala. El multimillonario Glybov, totalmente desnudo, hacía deporte saltando en una cama elástica. Las paredes de cristal dejaban traslucir entre la niebla ardiente un panorama extraordinario: edificios blancos y grises, pirámides, conos y paralelepípedos, y entre ellos, irguiéndose en la densidad, las puntas verdes de los tallos. La superciudad, un milagro tecnogénico, testigo de excepción del poderío del genio humano, había sido derrotada en cincuenta horas por unas plantas primitivas.

Más alto aún sólo estaba el cielo azul, prendido a un botón amarillo.

Saveliy suspiró.

En la pared del fondo de la residencia del millonario, al lado de una chimenea encendida, estaban tumbados en unas *chaises longues* dos modelos holográficos de Brigitte Bardot y Amy Winehouse, tirándose perezosamente bombones una a otra, ambas medio desnudas.

—¡Hola, periodista! —exclamó con voz sonora Glybov, casi rozando el techo—. ¡Únete al entrenamiento!

—Gracias —respondió educadamente Saveliy—. Tengo miedo de romperme el cuello.

—No temas. —El millonario dio un salto—. ¡Si te lo rompes, te compraré otro!

—Es usted muy amable.

—Vamos con tus preguntas —ordenó el vendedor de sol—. Pero de prisa. Y muévete un par de pasos a un lado, me estás tapando el sol.

Saveliy obedeció inmediatamente y, apretando los dedos, puso en marcha el dictáfono que llevaba implantado en la palma de la mano.

—Señor Glybov —dijo, sintiéndose tenso—, represento a una revista analítica seria. Nos leen personas influyentes. Mi intención es sacar temas importantes en nuestra entrevista, y me gustaría...

—Entendido —contestó negligentemente el millonario, y saltó al suelo. Se acercó tendiéndole una mano musculosa: realmente era un macho fuerte y, además, hediondo, que irradiaba un desagradable y excesivo estado de salud—. Entiendo —repitió—. Había olvidado que en nuestros tiempos existen las revistas serias. Ayer se me acercó un idiota, también de una revista, preguntándome cuántos orgasmos tengo a la semana y quién me hace la manicura...

—Sus orgasmos —respondió amablemente Saveliy— no son de interés para nuestra revista.

—¡Ah! —exclamó el millonario—. ¿Y de quién son los orgasmos que interesan a su revista?

—Personalmente, a mí sólo me interesan mis propios orgasmos.

Glybov prorrumpió en carcajadas, lo que dejó ver una dentadura extraordinaria pintada con laca de un color rojo intenso.

—De acuerdo. ¿Quieres algo de beber? ¿De comer? ¿Té, café, un puro, fumar narguile? Siéntete como en casa.

—Si es posible, sólo quiero agua.

—¿Agua? —El millonario mandó salir a su ayudante de cámara con un gesto—. ¿Bebes mucho? Eso está bien. Vamos, te serviré yo mismo.

Fueron al fondo de la sala, dirigiéndose hacia unos enormes sillones y luego a la barra donde estaban las bebidas. Glybov se quedó mirando la cara de Saveliy y de repente preguntó:

—¿Tú vas a mis solarios?

—No.

—¿Por qué?

—En el entorno en que yo vivo —explicó con sequedad Saveliy—, se da por hecho que sus solarios son sólo para los pálidos.

—¿Y se supone que tú no lo eres? —sonrió maliciosamente Glybov.

—Dios me indultó.

—Estupendo. Siéntate.

El periodista asintió con la cabeza. «Qué asco de nuevos ricos. Por lo menos podría echarse un albornoz por los hombros».

—Señor Glybov —comenzó diciendo—, nosotros escribimos sobre personas que... eh... han tenido éxito en la vida. La revista se llama *Lo Más*. Claro que hoy en día, en los primeros años del siglo XXII, cuando la esperanza media de vida se sitúa en noventa y siete años, el concepto mismo de éxito parece un anacronismo. En setenta años de vida activa cada uno de nosotros tiene la posibilidad de triunfar en cualquier parte. Por ejemplo, yo mismo soy campeón de billar en tres dimensiones de Moscú y candidato a doctor en filosofía. En una sociedad en la que nadie debe nada a nadie, todos tienen el éxito asegurado...

—Comprendo —interrumpió el millonario, y finalmente se envolvió en un albornoz—. Es decir, que yo, que ando en los cuarenta, un chico inmaduro y todo eso, soy el dueño de un gran negocio. Ése es el tema de la entrevista.

—Ha acertado.

—¿Por dónde empezamos?

—Por la biografía.

Glybov tomó asiento, se bebió el contenido de su vaso a grandes tragos y suspiró.

—Mi biografía es aburrida, no tiene nada de especial. Nací en la periferia, entre pálidos, en un noveno piso. En Balashija[7] la hierba es muy espesa, por eso se vive en una penumbra constante. Durante años no vi el sol. El primer solario —una cabina china barata— lo compré a los dieciocho años. En la actualidad tengo veinte mil cabinas. Cualquier persona, hasta la más pálida, se puede broncear en mis cabinas, porque es barato...

—Lo sé —manifestó sin gran interés Saveliy—. He leído sus folletos publicitarios. ¿Y por qué a los dieciocho años Petr Glybov decidió dar luz a su vida precisamente con solarios?

El millonario se encogió de hombros.

—Mi difunto padre hablaba frecuentemente de los viejos tiempos, cuando todos tenían

gratuitamente toda la luz solar que querían. Lo escuché y pensé: ¿por qué antes era así y ahora ha cambiado? En la escuela me enseñaban que el presente siempre es mejor que el pasado. El pasado sólo representa el salvajismo, el hambre y la falta de leyes. Pero yo miraba por la ventana y veía que no todo era así. En mi país había un pasado soleado y un presente gris. Me decían que el progreso estaba muy bien, pero yo no entendía de qué progreso hablaban cuando hoy yo tenía que pagar por lo que ayer era gratis. Adiviné que la civilización se sostiene en base a un simple principio: nadie puede nunca recibir nada gratis. En este sistema es mejor estar en el grupo de aquéllos a quienes hay que pagar que en el de los que tienen que pagar. La falta de luz solar lleva a una carencia de vitamina A en el organismo. A mí me pagan por esa vitamina, eso es todo.

—Eso es —asintió Saveliy—, dicho de forma breve y clara. ¿Y su principio consiste en vender sus servicios a los ciudadanos pálidos?

—Mi principio consiste en dar a las personas lo que necesitan.

Saveliy de repente se fijó en que el hombre joven que tenía ante sus ojos, de constitución atlética y muy bronceado, en realidad era muy feo. Y seguramente era horroroso antes de que la cirugía estética le rehiciera la nariz y los labios.

«Bien —pensó el periodista experimentado Hertz—, aquí tenemos un complejo escondido. Tengo ante mí a un sublimador. De ahí le viene la pasión por la riqueza, los músculos y todo lo demás. Se puede ver que las chicas no se le entregaban gratuitamente. Y esas frases inteligentes sobre el progreso han sido elegidas y aprendidas últimamente».

—Usted —prosiguió Saveliy— es muy popular entre los estratos pálidos de la población.

El millonario se incomodó:

—Me trae sin cuidado. Yo no busqué la popularidad. Lo único que quería era mudarme del piso doce al noventa para disfrutar de sol.

El periodista hizo una pausa. Más adelante había previsto el bloque con las preguntas principales. Por algunas de ellas podían sobarle el morro. Y vaya puños que tenía este joven...

—Corren rumores —continuó— de que su imperio es una gigantesca pirámide financiera. Que está usted obligado a ampliar su negocio poniendo más y más cabinas. Se dice que tiene deudas y que sus beneficios no cubren sus gastos...

—No le debo nada a nadie —respondió tranquilamente Glybov.

Saveliy hizo un gesto para calmarlo.

—Eso se da por hecho. Nadie debe nada a nadie. Pero yo he oído que usted recibe ayuda, como dicen, por amistad...

—Esos rumores los hacen correr los envidiosos —sonrió con desgana el vendedor de sol—. En general, amigo mío, se supone que debo ofenderme. Si usted publica la frase anterior, yo denunciaré a su revista inmediatamente. ¿Qué significa «por amistad»? La amistad es un atributo de los malhechores y de los pálidos.

«Puede servir de título», pensó Saveliy al instante.

—Hasta los niños saben —continuó Glybov— que los créditos están prohibidos, y que ésa es la garantía de solidez de la economía nacional. Declaro oficialmente que toda mi contabilidad financiera es transparente y se ha dado a conocer. De lo contrario, por cierto, no habría llegado a ser el principal patrocinador del proyecto Vecinos.

—¿Y es cierto que todos los patrocinadores del proyecto Vecinos han sido obligados a participar en él?

—Cierto.

—¿Eso quiere decir que usted, Petr Glybov, era un participante en el proyecto?

—Lo ha adivinado.

—¿Y aquí —preguntó Saveliy mirando a su alrededor— hay telecámaras en todas partes? ¿Alguien está viendo nuestra conversación?

El millonario afirmó con la cabeza y soltó una risita:

—Aquí en casa tengo cincuenta cámaras. Pero no tema. Generalmente las conversaciones no son interesantes para Vecinos. Imagínese: periodista viene a hablar con hombre de negocios. Pero si nosotros habláramos, después nos emborracháramos, nos peleáramos y luego hiciéramos las paces, y para sellar nuestra reconciliación llamáramos a unas cuantas mujeres, bebiéramos con ellas y volviéramos a pelearnos, ahora ya por las chicas, entonces podríamos estar entre los cien primeros. Y si, supongamos, las chicas también se pegaran por nosotros y empezaran a estrangularse unas a otras utilizando las medias, en ese caso nos darían un puestecillo entre los cincuenta primeros...

—Divertido —comentó Saveliy, pensativo—. Normalmente a la gente con su nivel de vida no le gusta Vecinos.

—Y a mí tampoco. Pero ¿qué no hará uno por los intereses de su negocio! —El vendedor de sol rió entre dientes, se bebió entero otro vaso de agua de la marca Double Premium y de repente se sintió algo turbado—. A propósito —dijo, bajando el tono de voz—, de acuerdo con las condiciones del contrato no sólo estoy obligado a participar en el proyecto, sino que además tengo que hacerle publicidad.

—Eso está excluido —respondió Saveliy de inmediato—. Ya le he dicho antes que nuestra revista es seria. No puedo permitir que el texto contenga elementos publicitarios.

—Entonces —manifestó, divertido, el millonario— ponemos fin a la entrevista ahora mismo.

Saveliy suspiró:

—Váyase al diablo con su publicidad.

—Eso se hace de prisa —anunció Glybov magnánimamente—. En el proyecto Vecinos hay una nueva promoción sólo durante este mes. Todo el que lo desee puede conectarse al sistema unilateral. No pondrán cámaras en su casa, pero ustedes pueden observar a todos los que las tienen. Así no les ve nadie, pero ustedes ven a todos... Más un archivo de los mil primeros del año pasado. Con él verán sólo lo más interesante: dormitorios ajenos, vestuarios de mujeres, cárceles...

—¿Las cárceles también están conectadas?

—Las cárceles tienen un *rating* de audiencia enorme. El año pasado los presos de la penitenciaría central ayudaron a huir al conocido asesino y violador Dronov. La retransmisión se colocó entre los diez primeros. Por cierto, al malhechor lo cogieron exclusivamente gracias a Vecinos. Y otra cosa más: mi compañía instaló gratuitamente en esa penitenciaría veinticinco solarios.

—Estupendo —replicó Saveliy—. Pero ya basta de hablar de Vecinos. Volvamos a su persona. ¿Es cierto que usted odia a los herbívoros?

—Cierto —contestó contundentemente Glybov—. Comer hierba sólo es para los animales.

«Eso es también una variante de garantía», pensó Saveliy.

—¿Está usted de acuerdo en que los órganos de poder no son capaces de luchar contra el consumo de hierba?

El millonario evitó la respuesta directa:

—No es mi intención criticar a esos órganos. Yo soy leal a los ciudadanos. Los órganos de poder no deben nada a nadie. La crítica al poder conduce sin duda a la ruptura de la comodidad psicológica

personal...

Saveliy recordó que quería introducir en la entrevista una broma sutil, y lo interrumpió:

—Perdone, pero eso es trivial. Aparece como cita en los libros de texto. A usted no le gustan los herbívoros, pero cada día ve cómo la pulpa de tallo se vende en todas las calles. ¿Cómo se concilia esto?

Glybov se puso serio. La simplicidad de su rostro no tenía edad, y esto le impedía a Hertz percibir adecuadamente a su interlocutor. Era el coste de las tecnologías rejuvenecedoras; no se podía hacer nada.

—¿Y quién le ha dicho a usted —preguntó el millonario que lo concilio? Yo financio labores de investigación del fenómeno del crecimiento de la hierba. Tengo mi propio laboratorio.

—¿Hay algún resultado?

—Sí.

—Cuenta.

—No tengo derecho a hacerlo. Los resultados, según la ley, son confidenciales. Sólo puedo decir lo que saben todos. La hierba crece al máximo en cuarenta y ocho horas. Lógicamente, se puede deducir que se seca con la misma rapidez. Eso en primer lugar. En segundo, es necesario encontrar el centro del micelio y aclarar lo que representa el germen, la semilla, el grano. Ahora estamos descifrando el genoma de la hierba, después intentaremos clonar el germen, ahí está la clave del enigma. ¿Entiende?

Saveliy asintió mientras observaba cómo cambiaba la expresión del rostro de su interlocutor. La tensión en las comisuras de los labios se aflojó, los ojos empezaron a brillar de interés.

—Algún día —continuó el millonario bajando el tono de voz— acabaremos con ella. La gente se despertará y verá que ya no está.

—Pero entonces nadie necesitará sus solares.

—Sí —asintió Glybov casi con ternura—, y cerraré mi negocio.

—¿Y a qué se dedicará entonces?

—¿Quién coño lo sabe? ¿Qué más da?

—Usted ha invertido veinte años de vida en su negocio, y ahora...

—Escucha, amigo —lo interrumpió bruscamente Glybov—, tú mismo dices que soy lo más de lo más. Todo mi éxito se debe a mí mismo y cosas por el estilo. Compré mi primera cabina cuando tenía dieciocho años. Con veinte, ya tenía cinco cabinas. A los treinta, mil quinientas cabinas. Tú me has dicho que eres campeón y candidato a doctor, mientras que yo no he visto otra cosa en mi vida más que cabinas. Me despertaba por la mañana y pensaba: tengo ciento cuarenta y dos cabinas, y necesito ciento tres más. Durante veinte años sólo soñaba con las cabinas. Cabinas estándar, cabinas para inválidos, para niños, modelo Solecito... Si mañana mis cabinas dejan de darme beneficios, lo primero que haré será echarme a dormir durante un mes seguido. Y sólo después, cuando despierte, empezaré a pensar a qué dedicarme.

—¿Y más o menos, a qué?

El millonario cruzó las manos detrás de la cabeza.

—Probablemente me iré. A la periferia.

—¡Oh! —musitó respetuosamente Saveliy—. ¿Ha estado alguna vez en la periferia?

—He estado en todas partes, incluso en la Luna. Con más razón en la periferia. Alquilas un tanque tres por cuatro, te llevas un guardaespaldas, y adelante. Pero es mejor en helicóptero.

—¿Y cuál fue su impresión?

El vendedor de sol se levantó, se metió las manos en los bolsillos del albornoz y miró a Saveliy

como a un viejo enemigo. Ahora ya no parecía el ricachón satisfecho de sí mismo, y además se esfumó la ensoñación. Saveliy sintió la amenaza a su comodidad psicológica personal.

—Si tú —dijo Glybov, apuntando al periodista con un dedo— eres buen periodista, y a juzgar por tus preguntas lo eres, entonces sabes de sobra qué es la periferia. Y me preguntas a mí, Petr Glybov, cuál es mi impresión de la periferia. ¿Me preguntarías también qué impresión me produce la tumba de mi padre? ¿Qué mierda de impresiones puedo tener? He visto ese enorme espacio vacío, ciudades abandonadas, campos inmensos plagados de malas hierbas. Allí hay de todo: bandadas de salvajes, osos que se comen a la gente, paganos que adoran un cartucho de ametralladora, una ubre de cabra, o, por ejemplo, una Gran Careta Antigás de Goma...

Saveliy recordó que en los bosques de las afueras de Nizhni Nóvgorod había realmente una comunidad en la que se adoraba a la Gran Careta Antigás de Goma (un espectáculo con disfraces para los ricos turistas aventureros que aterrizaban en sus helicópteros particulares), y con eso recuperó su comodidad personal.

Al mismo tiempo, Glybov continuaba seriamente:

—Mi abuelo fue militar, coronel. Con frecuencia decía que nos hemos cargado nuestro país. Lo único que me queda ahora es repetir sus palabras. Hace tiempo que murió mi abuelo. Y está bien, murió a tiempo. De lo contrario habría visto cómo los chinos en la fría Siberia cultivan diez veces más grano del que cultivaban los rusos en los mejores años y en las mejores tierras negras. Comemos manzanas chinas y carne china. Somos una nación acabada. Tuvimos una oportunidad, podíamos haberlo encauzado todo, incluso después de que medio mundo quedara sumergido en el agua. ¡Incluso después de haber permitido la entrada de chinos! Pero la hierba nos ha destruido. Ahora la gente no necesita nada en absoluto. Se comen la pulpa de tallo y ven Vecinos. ¿Has estado hace tiempo en los pisos inferiores? ¿Allí donde la oscuridad es eterna? ¿Donde salen de casa sólo para comprar agua y broncearse en mis cabinas? ¿Donde las mujeres no tienen hijos porque les da pereza?

Saveliy guardó silencio.

—Ayer —continuó Glybov, paseándose despacio ante el periodista sentado— me llamaron unos antiguos conocidos. Crecimos juntos. Me contaron que, cerca de la casa en la que yo nací, unos bandidos estaban cortando un tallo. La multitud se llevó trescientas toneladas en media hora. Arrestaron a cincuenta personas. Y además allí hay ahora una nueva moda entre los jóvenes más pálidos. Se llama alpinismo criminal. Por la noche suben por el tallo hasta la misma punta para cortarla, ya que en ella está la más dul...

—Lo he oído —lo interrumpió Saveliy—. En el último mes cinco personas han muerto al estrellarse contra el suelo por culpa de eso. Y usted, según veo, no olvida a sus colegas de los años jóvenes.

Glybov asintió y pronunció las siguientes palabras con desgana:

—A todos los que han querido, hace tiempo que los instalé en los pisos cuarenta.

—¿Y hubo quienes no quisieron?

—Sí. Mi madre, hasta el momento, sigue sin querer. Dice que allí está bien.

—Comprendo.

—No tienes ni puta idea —refunfuñó el millonario—. Ahí abajo, especialmente en las afueras, existe una vida propia. Todos son pálidos, todos son divertidos. Los jóvenes, sobre todo los tíos, son absolutamente «amigos». Los más mayores son Vecinos. Comen pulpa por kilos. Lo más chic es la materia prima, sin ninguna destilación. La echan en un plato y se la comen a cucharadas... Yo voy a casa de mi madre una vez a la semana. Oscuridad, suciedad, moho, y todos duermen catorce horas al

día. Las tiendas de alimentación están tapadas con tablas. La canalización no funciona porque no se necesita. Nadie come nada. Ni siquiera toman té, sólo agua, gratis, del Estado, del grifo. Sobre eso es lo que tienes que escribir. Si es —masculló Glybov con una mueca de desprecio— «una revista seria, sobre temas importantes...».

—En los pisos inferiores al veinticinco —contestó tranquilamente Saveliy— no ocurre nada. Usted mismo ha dicho que la gente duerme catorce horas. ¿Sobre qué hay que escribir? Un conocido mío, en algún momento de su juventud, decidió escribir una novela, *Gente pálida*. Se instaló en el séptimo piso y se puso a escribir.

—¿Y escribió?

—No. Fui a verlo una vez medio año después de que se mudara. Su principal preocupación era tragar una vez al día una cucharada de pulpa. Estaba satisfecho, feliz, le brillaban los ojos... Su rostro tenía el color gris del cemento; el cabello grasiento... No he vuelto a saber de él.

—Pues encuéntralo —le aconsejó el millonario—. Y escribe sobre él.

—Primero sobre usted —dijo Saveliy—. Perdona, pero sus palabras acerca de la nación y el país que nos hemos cargado no se van a incluir en el texto de la entrevista. Es demasiado. En mi opinión, no todo está tan mal. Sí, trabajamos poco, nos hemos quedado en cuarenta millones. Sí, el modo de vida de los herbívoros es asqueroso. Pero somos felices. Rusia es un país muy rico. Sí, hemos perdido San Petersburgo, dejamos que entrara un pueblo extraño en Siberia, pero tenemos un territorio colosal en la Luna.

—Estupideces —suspiró con tristeza Glybov—. En Siberia fluyen los ríos. Allí crecen pinos, las ardillas saltan de rama en rama. Pero en tu Luna, desde hace diez millones de años, sólo hay cenizas heladas. Y nada más. Yo voy allí todos los años. Vuelo en una lanzadera china. Me paseo por el Océano de las Tormentas metido en una escafandra china...

—¿Y qué tiene eso de malo? Ellos producen, nosotros utilizamos. Ellos están en deuda con nosotros, pero nosotros no debemos nada a nadie.

El millonario hizo un movimiento despectivo con la cabeza.

—Claro, por supuesto. ¿Sabes una cosa? Lo que tú necesitas es meterte en la cama elástica.

—¿Para qué? —preguntó Saveliy, sorprendido.

—Da un salto y lo entenderás —dijo Glybov con rabia—. En el punto más alto del salto te sientes imponderable. Quedas suspendido en el aire un instante y piensas: «Aquí está lo que la gente llama felicidad». No pesas nada y no debes nada a nadie. No debes nada, ni siquiera estás agobiado con tu propio peso. Está muy bien, ¿verdad?

—Me parece notar cierta ironía en sus palabras.

Glybov se enderezó y suspiró:

—Sólo te lo ha parecido. ¿Más preguntas?

—Preguntas hay muchas, pero...

—Sí —interrumpió el millonario—. Basta por hoy. Quédate a comer. Van a venir chicas. El grupo Derrames Blue (Stoki Blue) al completo.

—Se lo agradezco. —Saveliy negó con la cabeza—. No soy uno de sus admiradores.

—Yo tampoco. Pero las chicas son divertidas. Las tres tienen los ligamentos y la laringe sintéticos. Una como los de María Callas, otra como Liubov Orlova, y la tercera como Christina Aguilera. Cantan bien. Pero lo más interesante empieza cuando no cantan. Dos de ellas nacieron en un sexto piso, y la otra en un séptimo. Son muy divertidas. Totalmente tontas. Comen pulpa tres veces al día. Décima



destilación...

—¿Décima?

—Sí, o undécima.

Saveliy hizo un gesto con la cabeza.

—Perdone, pero para levantarme el ánimo no necesito chicas con laringes sintéticas.

—Yo sí.

—Usted no da la impresión de ser una persona feliz.

—Has acertado —dijo Glybov mostrando una amplia sonrisa—. ¿Sabes por qué? Porque no soy una persona feliz. A diferencia de ti.

—¿Demasiadas preocupaciones?

—Muchas —respondió el millonario con voz cansada—. Imagínate, en mi empresa han empezado a desaparecer personas. Sin dejar huella. Tres en medio año...

—Es un fenómeno conocido —afirmó Saveliy—. Escapistas. Nuestra revista ha escrito sobre eso. Cortan todos los lazos sociales, abandonan a su familia, se mudan a los pisos inferiores, crean un harén de mujeres pálidas y se dedican a comer hierba sin control.

—Éstos no son escapistas —replicó Glybov—. A éstos se los puede contar por las señales del microchip. Pero los míos desaparecen como si nunca hubieran existido. Desaparecen sus señales.

—Eso no es posible.

—Lo es si uno se sale de los límites de Moscú, hacia la periferia.

Saveliy sonrió y se puso de pie.

—Un moscovita —aseguró— no es capaz de vivir fuera de los límites de Moscú. A cada uno de nosotros en la periferia sólo nos espera la muerte por inanición.

• • •

Al volver de la entrevista sintió que estaba enojado. Salió del ascensor en el democrático piso cuarenta y nueve, entró en el bar, bien iluminado (en los niveles medios se cultivaba escrupulosamente el llamado «positivo», y estaban de moda las alfombras rosadas y los muebles de color zanahoria), se tomó una cerveza china de frutas y empezó a reprocharse a sí mismo:

«Mal trabajo. No establecí una buena comunicación. No le caí bien, y él a mí tampoco. Un mocosito de cuarenta años ha estado jugando con un experimentado reportero. No le hice ni la mitad de las preguntas que había preparado. Ni siquiera le pregunté por su vida personal: si hay una novia oficial Glybova, una estrella de cine, una incomparable Angelina Lollobrigida. El vendedor de sol se ha comportado como si indudablemente lo hubiera comprendido todo de mí. Sin embargo, yo no he entendido nada. Solamente he dejado claro que es muy rico, que está muy cansado y carece de toda comodidad psicológica personal».

—¿Me permite?

Saveliy levantó la cabeza y vio a un hombrecillo menudo y flacucho vestido con un traje centelleante. Con la cabeza ligeramente inclinada a un lado, el hombrecillo sonrió con exagerada cordialidad. La mesa de la derecha estaba libre, la de la izquierda también.

—¿Viene usted a vender o a dar un sermón? —preguntó Saveliy.

—Ni lo uno ni lo otro. Pero si quiere hablar de Dios...

—No quiero. Pero puede sentarse. Con una condición: sólo yo juego a las adivinanzas. ¿Es usted de

la Iglesia de la Hierba?

El hombrecillo se desplazó al sillón de enfrente, con tanta habilidad que no se hizo ninguna arruga en la chaqueta. Por otra parte, el traje era de plástico.

—No ha acertado —respondió.

—Entonces de la Iglesia del Divino Tallo. O de la Divina...

—No.

—No me diga que he tenido suerte y es usted de éstos... de los Seguidores de Juan Mascatallos.

El hombrecillo dejó de sonreír y lo corrigió:

—Juan Cometallos.

—¿Cuál es la diferencia?

—Hay diferencia —dijo significativa, casi ceremoniosamente, el interlocutor de Saveliy, enderezando su estrechos hombros—. Mascatallos es un personaje de tebeo. Pero Juan Cometallos, o mejor dicho, el Comedor de Tallos, realmente existió. El padre de mi preceptor espiritual fue discípulo suyo. Recibió la enseñanza, por así decirlo, de los primeros labios.

—Interesante —declaró Saveliy—. Y usted, ¿tiene intención de proponerme que me una al número de Seguidores de Juan el Comedor de Tallos?

—No, yo represento al Templo del Tallo del Señor. Los Seguidores de Juan Cometallos formalmente pertenecen a nuestro Templo, pero, en realidad, son una confesión aparte. Existe... eh... cierta, por así decirlo, división teológica... Pero no esencial...

El flacucho daba la impresión de ser un personaje astuto, aunque agradable.

—¿Por qué se queda callado? —preguntó Saveliy—. Predique a sus anchas. Dispongo de diez minutos.

—Yo no soy un predicador importante —respondió tristemente el flacucho—. Por cierto, ¿no le estaré quitando el sol?

—No.

—Una sola palabra suya y me aparto inmediatamente.

—Relájese.

El hombrecillo se inclinó y miró fijamente a los ojos de Saveliy.

—¿Qué piensa usted de la hierba?

—Que es una planta.

—Estupendo. ¿Y de los que la consumen, así, como comida?

—Cada persona consume lo que tiene.

—Es usted extraordinario —declaró el flacucho, asombrado, y se acomodó mejor en el sillón—. Eso sí que es dicha, y no se le puede censurar. Nuestro Templo no condena el consumo de hierba, pero sí a los que censuran su consumo. Nuestra fe es sólida, pero digamos que también es libre. Yo mismo, por ejemplo, no consumo; pero así, entre nosotros, a mi mujer, a veces... cómo decirlo... le gusta.

—¿En qué piso viven ustedes?

—¿Qué?

Saveliy esperó la respuesta. El flacucho hizo una pausa y respondió dignamente:

—Nosotros, los fieles del Templo, somos doscientos mil. Y nuestro Templo, así como el santuario del Gran Cuaderno y las residencias de los primeros discípulos están situados en la torre Prosperidad, en el piso noventa y siete. En cuanto a mi esposa y a mí...

—Vale, vale —le cortó Saveliy—. No era mi intención ofenderlo.

—No tiene importancia —respondió educadamente el hombrecillo—. ¿Qué sabe usted del Gran Cuaderno?

—Casi nada.

En ese momento Saveliy se arrepintió de haberlo dicho, porque el Cuaderno, que por fuera tenía el aspecto de un librito grueso en miniatura, parecía haber salido casi de la manga del predicador y estaba impecablemente dispuesto encima de la mesa.

—Aquí está escrito —explicó con toda dignidad el flacucho— que Dios es una planta, y el mundo que nos rodea es el resultado de su crecimiento. Todos somos esencia de las hojas que se encuentran en las ramas del árbol del Señor. Del mismo modo que un pino libera oxígeno, así Dios irradia amor y felicidad.

—Sí —asintió Saveliy—. Y el planeta Tierra es la esencia de una baya.

El predicador hizo un aspaviento muy femenino con las manos:

—De ninguna manera. Pensar que los planetas son bayas es una herejía peligrosa. Por lo que yo veo, usted se encuentra, por así decirlo, atrapado en su confusión. Espero que estudiando el Cuaderno...

—Eh, no —lo interrumpió Saveliy—. Así no. No nos hemos puesto de acuerdo sobre el Cuaderno.

—Lo único que tiene que hacer es leerlo, y toda su vida cambiará.

—Pero es que yo no quiero cambiar nada —explicó Saveliy, complacido.

—¡Encontrará respuesta a las preguntas que turban su alma!

—Nada turba mi alma.

—El diablo corroe las raíces del árbol del Señor. Prepárese porque se acerca el momento. Busque la felicidad siguiendo los rayos directos de la estrella amarilla.

—Aleluya.

El hombrecillo lanzó al periodista una mirada malévola. Saveliy lo compadeció mentalmente, apuró su cerveza y se puso en pie. Durante dos mil años los predicadores callejeros estaban obligados a resolver siempre el mismo problema: era más rentable reclutar a la gente adinerada, aunque su mente estaba protegida. Era más fácil convencer a los que tenían poco, los hambrientos y los insatisfechos, pero también tenían poco que sacrificar. «Por cierto, este tonto ha dicho que el cuartel central de los fanáticos está, ¡ah!, en el piso noventa y siete, en el complejo Prosperidad, uno de los edificios más prestigiosos de Moscú. Está claro que el Templo del Mascatallos no lo visitan solamente los ciudadanos pálidos. Hay que presentarle la idea al viejo Pushkov-Riltsev. Un buen artículo analítico. Mejor aún, una serie de artículos, con reportajes documentales sobre el método de inculcación que utilizan. Y lo más importante: no profundizar demasiado para no perder el seso, como le pasó a Gosha Degot... O a Garri Godunov.

»Es extraño —pensó Saveliy—, casi me había olvidado de Garri. En veinticinco años no me he acordado de que un tío que vivía en un piso cincuenta y cinco decidió escribir un relato sobre los tipos del quinto piso. Y hoy me he acordado, y dos veces en medio día. El vendedor de sol tiene razón: hay que dar con Godunov. Es imposible que la hierba acabara con una persona tan resuelta. Por cierto, Glybov tiene razón en otro tema: es estúpido pensar que ahí abajo no pasa nada. No todas las personas son capaces de llevar un estilo de vida vegetal. Allí tienen su propia fermentación, sus “amigos”, sus vicios, sus iglesias de hierba divina. Cientos de temas para un periodista. Investiga, divulga...».

—El que ha leído el Cuaderno —anunció a toda prisa el hombrecillo, mirándolo de arriba abajo— se salvará.

—Yo ya estoy salvado —respondió Saveliy.

El predicador se puso de pie rápidamente.

—Que Dios lo acompañe —dijo en voz baja—. Adiós.

Saveliy observó la estrecha espalda del adepto del Templo del Divino Tallo mientras se alejaba, su corta nuca afeitada, y miró el libro. «Sin duda se puede coger, hojear en momentos de ocio, pero probablemente tiene incrustado un microchip. Lo rozas, aunque sólo sea con el dedo meñique, y te descuentan dinero de tu cuenta personal. Por unos cuantos rublos... Pero de todas formas te vas a sentir como un tonto...».

Saveliy vaciló unos instantes y salió del establecimiento dejando el regalo en la mesa.

• • •

El día no iba muy bien. Había ido a visitar a un rico joven para escuchar fanfarronadas y lemas horteras, y sólo había oído un monólogo sobre los problemas de los ciudadanos pálidos. Se había sentado en un bar acogedor, intentando reflexionar sobre el fracaso de la entrevista, y tuvo que soportar a un misionero medio loco.

Dudó un momento y luego dio media vuelta y se dirigió hacia las puertas suavemente iluminadas del hotel-express más cercano, tomó una cámara individual con aislamiento sonoro, se desvistió, se dio un baño con sales y durante media hora permaneció inmóvil en una cama de algas casi vivas, en silencio, relajado, en un estado especial soñadorsomnoliento. Era su estado preferido, como que no se quiere nada pero al mismo tiempo se quiere algo, aunque no está claro qué en concreto, porque querer, querer, en realidad no se quiere absolutamente nada.

No se consideraba una persona excesivamente llena y satisfecha con su vida. Siempre quería algo, ya fuera Bárbara, o mudarse a un piso ochenta y cinco, o irse de vacaciones a la Luna. Ayer, por ejemplo, pasó todo el día con el deseo confuso de realizar alguna acción especial o sublime, y de experimentar alguna sensación nueva y original... Por la noche, antes de meterse bajo el edredón con su novia, se tomó un té caliente y cargado con limón, y de repente comprendió que a lo largo del día no había deseado realizar algo especial o experimentar nuevas sensaciones, sino que por encima de todo había deseado un té fuerte con limón para meterse después en la cama con su novia.

De una u otra forma intentaba orientar su vida no en base a los deseos o sueños de lo que vendrá, sino alegrándose de lo que ya tenía.

Pero le encantaba soñar: con el sol, con una vida larga y feliz, con los hijos que le daría Bárbara. Sueños sanos y honrados de un hombre modesto, realista y práctico.

Cuando empezaba a soñar, sus sueños siempre giraban en torno a las cosas más sencillas y siempre alcanzables. Soñar con lo posible era una actividad digna de un hombre del siglo XXII. Era cómodo y no alteraba en nada su comodidad psicológica personal.

Ahora entendía que deseaba ardientemente almorzar, y decidió convertir inmediatamente su sueño en realidad.

• • •

Saveliy no soñaba con la riqueza, el poder y la gloria. Entre sus amigos y conocidos nadie se rebajaba a semejante corrupción. En la época de prosperidad general, cuando hasta el último herbívoro pálido tenía

un piso con siete u ocho habitaciones con televisor y sin gastos de comunidad, la riqueza era considerada un capricho. Los capitalistas y hombres de negocios como Petr Glybov tenían fama de ser originales y sus motivos eran difíciles de entender. Había pocos ricos, los compadecían como si de enfermos incurables se tratara. Todo niño sabía que ganar dinero y multiplicarlo iba acompañado de la ruptura de la comodidad psicológica personal. ¿Para qué servía la riqueza si nadie debe nada a nadie y todos prosperan?

Lo mismo pasaba con el poder. El control policial total, las videocámaras cruzadas instaladas en los despachos de los altos funcionarios, la escucha de conversaciones telefónicas y la censura de la correspondencia habían acabado con la corrupción mucho antes de que Saveliy naciera. Ser administrador o funcionario estatal —desde el más simple inspector hasta el primer ministro— significaba estar bajo observación las veinticuatro horas del día, rendir cuentas de cada contestación inocente dada por sus propios hijos. El Estado lo dirigían personas de sangre fría, flemáticas y carentes de fantasías, que controlaban meticulosamente todos los aspectos de su vida, empezando por la expresión del rostro y acabando por que la cantidad de comida ingerida en el almuerzo se correspondiera aproximadamente con la cantidad excretada por el ano. Los administradores entraban a ejercer sus funciones a los treinta años, y a los cuarenta y cinco se jubilaban con gran alivio. El poder judicial lo usurpaban los científicos: las leyes se creaban en instituciones especializadas y durante años eran escrupulosamente probadas en modelos de ordenador. La política interna desapareció por sí sola. Los demagogos, populistas, los amantes de dar discursos en público y otros diletantes tenían un acceso ilimitado a la máxima audiencia. Les habían dejado en exclusiva un canal de televisión que, por cierto, tenía un índice de audiencia vergonzosamente bajo. El juego de la política hacía tiempo que no interesaba a nadie. La política de tiempo inmemorial se consideraba el arte de lo posible, pero en un Estado donde todo lo posible ya estaba hecho, la política era algo degenerado.

Respecto al amor a la fama, esa conocida pasión la canalizaba completamente el proyecto Vecinos. Si la supermegaestrella del proyecto, Anastasia Valyáeva, de dieciocho años, llamaba a la pedicura para que viniera a su casa, al día siguiente escribían sobre este particular ciento cincuenta revistas con una tirada total de diez millones de ejemplares, y el público estaba encantado de conocer los detalles de la vida no sólo de Anastasia —que hacía poco había accedido a poner videocámaras en su casa— o de su pedicura, sino de la pedicura de su madre, de la pedicura del chófer particular, o incluso de la pedicura del perro del peluquero.

Cualquier amante de la fama podía conectarse a Vecinos, y bastaba que el marido pegase a la mujer para que el índice de audiencia de la transmisión desde su casa subiera bruscamente, por no hablar de los casos en que la mujer zurraba al marido.

El antiguo lema de Warhol, de que todos tienen derecho a sus quince minutos de fama, había pasado de moda. Ahora todos podían en cualquier momento hacerse tan famosos como quisieran, alcanzar una fama de primera clase y hacerla pública. Hacía tiempo que todos los que la desearon se habían hartado de ella. Cada Gerostrato había disfrutado hace mucho tiempo de todo lo que quería. La fama se había depreciado y se había convertido en un entretenimiento para la inculta juventud de los pisos inferiores. El público con sentido común de los niveles setenta, la burguesía de los ochenta y la élite de los pisos noventa habían borrado la fama de su escala de valores. Al fin y al cabo, un poeta ruso había cerrado el tema antes de Warhol diciendo que ser famoso no era elegante.

Las estrellas de dieciséis años, vecinos y vecinas, rodeadas de *paparazzi* y de seguidores que iban a la caza de un autógrafo en la penumbra de los pisos treinta, se sentían reinas del universo, pero si iban a

parar a los pisos setenta, se comportaban con modestia; en cualquier momento podían ponerlas en su lugar e incluso no dejarlas entrar en algún club o restaurante respetable. El mismo Saveliy observaba a veces estos casos e incluso les dedicaba unas columnas irónicas. La revista *Lo Más* era respetada por los lectores precisamente por su mordaz crítica a la vanidad de algunos personajes.

La sociedad respetaba las cosas más sencillas: el humor, un estilo de vida saludable, pasatiempos inofensivos como la cría de peces en acuario. Se consideraba estupendo dedicarse al arte, coleccionar cosas raras y apoyar los planes del gobierno para la colonización de la Luna.

Cierto que también los chinos eran los primeros en la lista. La colonia china era diez veces más grande que la americana y la rusa juntas.

• • •

... A la salida del hotel-express, al lado de una enorme pantalla publicitaria en la que unas letras bailantes ofrecían agua del Baikal, a Saveliy lo esperaba una chica agradable vestida de color lila claro.

—Perdone —balbució—, olvidó esto en nuestro bar.

Y le enseñó el tomo miniatura que le había regalado el predicador, el cuaderno santo.

Saveliy soltó una risita. No tenía sentido rechazarlo, el libro le pertenecía, y probablemente lo había comprobado una cámara de observación.

Asintió y metió el librito en un bolsillo de su chaqueta.

## Capítulo 5

Saveliy hubiera podido aceptar la invitación del millonario Glybov y almorzar con el protagonista de su entrevista. Quizá esto añadiría algún detalle interesante al material. Pero el periodista rechazó la invitación. En primer lugar, porque no sabía qué preparaba un cocinero para millonarios. ¿Y si fuera carne grasienta? En segundo lugar, no le faltaba más a un tío maduro que ir a comer de la mano de un advenedizo de cuarenta años procedente del piso noveno. Y en tercer lugar, y lo más importante: siempre que podía Saveliy comía solo. Le encantaba comer y no le gustaba distraerse.

Cierto que el apetito había desaparecido en los últimos años. Pero existía una opinión según la cual el comer menos en la sexta década de vida, cuando el organismo y su dueño hacía tiempo que se habían puesto de acuerdo en todo, ya no era motivo de preocupación.

Unos cuantos pisos más abajo encontró un restaurante que le gustó. No era demasiado caro, pero los camareros eran de carne y hueso. Saveliy, como toda la gente de su entorno, por razones ideológicas no frecuentaba lugares en que el personal de servicio estaba compuesto de androides. Cualquier ciudadano razonable de Moscú pensaba que el lugar de un androide no está en un restaurante, sino allí donde no puede actuar una persona: en medios agresivos, en el cosmos, en las profundidades marinas. Un androide, hasta el más barato, no debería quitar el puesto de trabajo a una persona. La humanidad llevaba doscientos años creando androides, y de ningún modo los creaba para convertirlos en lacayos.

Para estimular la agradable sensación de hambre, Saveliy entró quince minutos en la sala de oxígeno, donde había una temperatura de veinte grados Fahrenheit, y allí aspiró fuertemente y quedó aterido de frío (la persona que viene del frío come con más apetito). Mientras se congelaba e inhalaba, eligió el menú. Se supone que hay que abstenerse de las grasas. Hertz suspiró. Hacía poco Bárbara le había lanzado comentarios mordaces sobre su figura. Sin grasas, por supuesto, la comida no es comida. ¿Cómo pasar de la grasa si todo a tu alrededor viene a recordarte magistralmente una sopa de tres pescados cocidos y presentados en un plato de porcelana fina o de madreperla dorada? ¿O supongamos una sopa ácida de ganso, de ésas que queman los labios, con aceitunas negras y un gajito de limón flotando en ella?

Pero a Bárbara había que escucharla y tener en cuenta su opinión. Saveliy sabía desde hacía tiempo que no iba a encontrar una mujer mejor que Bárbara. En esencia se sabía, incluso si no lo decía Bárbara, que la comida con grasas es perjudicial para el organismo del hombre del siglo XXII.

Lo condujeron a una sala aparte, y después de haberse refrescado con un vaso de agua del Baikal, empezó por unos cuantos trozos de ternera ahumada con mostaza dulce. El conocido secreto chino: el dulce en combinación con lo picante produce una mayor salivación, mucho más que el picante solo. Y es importante preocuparse de la salivación. Hay una relación directa entre la salivación y la comodidad psicológica personal; esto lo enseñan ya en el quinto curso escolar.

Tras una breve pero necesaria pausa, continuó con un suflé de gambas con trocitos de pan salado. Cuando acabó de comérselo, al otro lado de la pared, en el apartado contiguo, resonó de repente una carcajada de mujer desesperantemente chillona. Evidentemente todo el grupo se divertía y estaba muy alegre. Saveliy decidió que, precisamente ese día, no quería masticar y tragar en solitario. Llamó al camarero y le dijo que quería cambiarse a la sala grande. El joven, muy serio, respondió «Se entiende»

y se dispuso a cumplir su cometido. «¿Por qué “se entiende”?», pensó Saveliy, quedándose de pie delante de su sitio nuevo y mirando a su alrededor. Todos comían, de forma activa y elegante. Especialmente le llamó la atención una desconocida que estaba sentada en diagonal a él, portadora de un carísimo maquillaje alucinante: tan pronto era una rubia platino metiéndose unas fresas con un flan de caramelo, como una castaña oscura llevándose a los labios un cóctel Ultramarino, que estaba de moda esa temporada. «He hecho bien saliendo del apartado —pensó resuelto y satisfecho Saveliy—. Allí estaba sentado como un búho en un desván polvoriento. Aquí todo está lleno de sonrisas y rostros nobles. Huele a puros y a perfumes».

Volvió a suspirar imaginándose un gran tazón de consomé de ternera ambarino, con unos picatostes moderadamente fritos, y se dispuso a tomar una sopa de verduras baja en calorías. Para que desplegara toda la gama de sabores se recomendaba tomarla a temperatura ambiente con una pequeña cantidad de crema ácida dietética desnatada, pero la sola idea de la crema ácida sin grasa le parecía indignante, porque iba en contra no sólo de la idea de la comodidad psicológica personal, sino también de los principios vitales fundamentales del hombre moderno. Era como despreciar a los herbívoros y al mismo tiempo alimentarse de espárragos y coles de Bruselas cocidas, cuya esencia es la misma que la de la hierba. Aquí se puede sospechar de tendencia a una doble moral, ¿o no?

Recordó que los herbívoros auténticos y convencidos, a los que en lenguaje popular se los conocía como «terminales», responden al respetado público de los pisos superiores exactamente con el mismo desprecio, y para vengarse llaman «antropófagos» a las personas comunes y corrientes. Y en ese instante dejó de pensar en el tema para no perder lo que le quedaba de apetito.

Después de vacilar un poco, el plato que había elegido como principal, ala de pato con judías blancas y salsa de tomate, le pareció que estaba cocinado sin ningún respeto hacia el producto y hacia el consumidor, pero a pesar de todo no había motivo para enfadarse. A través de las ventanas se colaban con frecuencia grandes claros de luz solar, el semisillón con refuerzo a la altura de la cintura permitía adoptar las posturas más cómodas, como poner recta la espalda para que el esófago pudiera tragar el siguiente trozo de comida, o echarse hacia atrás para poder resoplar de satisfacción. La dama que estaba sentada en diagonal con él estaba pidiendo el tercer cóctel y ya hacía esfuerzos para sostener la mejilla sobre su pequeño puño. A poca distancia, un grupo con aspecto bohemio destrozaba a ocho manos una enorme langosta. De la pared salía suavemente una música, probablemente especial para aumentar la salivación... Saveliy se sintió espiritual y físicamente satisfecho y acabó su almuerzo con un buen trozo de camembert.

•••

El doctor Smirnov vivía en Biriulevo[8], en una vieja torre de viviendas llamada Zamiatin, en el piso cuarenta y uno. A Saveliy nunca le gustó la frontera entre los pisos treinta y los cuarenta, y ahora, al salir del ascensor, se dio cuenta de que ese día su antipatía iba a ser más fuerte.

El amplio y lúgubre vestíbulo estaba limpio, pero era evidente que allí no se ponía orden con especial fervor. En el estanque seco de la fuente había unas cuantas colillas, dos o tres de ellas aún echaban humo. Olía a ácido. Los objetivos de las cámaras de la policía estaban tapados con goma de mascar. Una pantalla de vídeo, cubierta con una piel de oveja transparente antivándalos, centelleaba tontamente con una publicidad social estandarizada.

«¿Quieres una vida de verdad, o prefieres trabajar como bombero?». «Compórtate como una



persona, no comas hierba». «Lotería lunar, tu oportunidad de elevarte hacia el cielo». Y al final, lo que se veía en todas partes: «¡No debes nada a nadie!».

Precisamente allí, en el piso cuarenta y uno, por una u otra razón, todos sabían perfectamente que no debían nada a nadie.

Aquí habitaba una colonia de lo más zopenco: pequeños taimados que habían ascendido del nivel veinte, bohemios tontos, habitantes con ambiciones. Aquí habitaba una mayoría de gente solitaria: hombres sin familia, mujeres disponibles, viejos abandonados por sus hijos. Otros apartamentos, al contrario, se habían convertido espontáneamente en residencias de estudiantes y *okupas*, elegidos por jóvenes desafortunados. Aquí actuaban los pedófilos y se escondían los que no querían pagar la pensión alimenticia de sus hijos. Aquí los inventores locos construían motores eternos. En los pisos treinta y nueve, cuarenta y cuarenta y uno se podía encontrar a un herbívoro vestido con ropa usada, a un tipo decente como un hombre de negocios arruinado que vendía su apartamento en el piso setenta y cinco para evitar que lo arrestaran por impago de impuestos. Aquí a todos les daba todo igual; aquí vivían temporalmente. Los fracasados, cuya vida iba cuesta abajo, aguantaban un año o dos antes de hundirse definitivamente en el lodazal de los pisos veinte y treinta, y los que venían de abajo cobraban aliento para continuar su ascenso a los respetables pisos sesenta.

Otros apartamentos estaban vacíos. Guiado por su instinto profesional, Saveliy empujó con la punta del pie una de las puertas. Echó un vistazo. Las habitaciones estaban vacías y había corriente de aire. En la entrada, en un lado de la pared, había una copia holográfica muy antigua, abandonada por sus dueños, de un hombre endeble con barba y mirada penetrante. Podía ser Vladímir Lenin o Charlie Manson. Como es sabido, al llegar a viejos no se podía distinguir a uno del otro.

Hertz encontró el pasillo que necesitaba. Al dar la vuelta se dio de bruces con un hombre mayor, con aspecto de reclutador militar, portador de una expresión especial en su rostro que en distintas proporciones combinaba la repugnancia con el amor a la patria.

El reclutador, sin miedo a equivocarse, adivinó que Saveliy era un extraño y le guiñó un ojo:

—Un lugar apestoso.

El periodista asintió educadamente. Estuvo a punto de pisar una lata de cerveza y al final vio la puerta con el número que buscaba.

A pesar de sus recelos, el doctor Smirnov resultó ser un hombre bien vestido, entrado en años, pero que evidentemente conservaba la fortaleza de sus hombros y manos. Al instante, Saveliy imaginó fácilmente ese rostro tranquilo y significativo en la portada de la revista *Lo Más*, o en la de cualquier otra publicación respetable. Tenía una frente grande y noble enmarcada en la cuadrícula de unas profundas arrugas, las verticales más profundas incluso que las horizontales; cejas blancas inamovibles, ojos azules, y la mirada de un ser que durante muchos decenios ha ido pasando del mal al bien y al final ha llegado a alcanzarlo.

Saveliy se dio cuenta de repente de que estaba sonriendo débilmente. Ahora lo llevarían a una habitación espléndida y espaciosa, le ofrecerían un sillón modesto pero cómodo, le servirían té y con frases sencillas le explicarían cómo estaba constituido el mundo. No podía ser de otro modo entre las personas con esas arrugas y esos ojos.

—Usted debe de ser Saveliy —dijo el doctor Smirnov—. Pase. ¿Le apetece un té?

—No, gracias.

El dueño de la casa asintió. Hertz entró en una habitación espaciosa y se sentó en un sillón modesto pero cómodo.

—¿Qué tal Misha? —preguntó Smirnov.

Saveliy tardó en comprender.

—¿Se refiere a Mijáil Evgráfovich? Mejor que nadie.

Smirnov asintió benévolutamente con cabeza varias veces. Evidentemente se estaba acordando de algo bueno.

—¿Y aún sigue publicando ese periódico?

—Revista.

—Increíble. ¿Y qué tiene de bueno su revista?

Hertz respondió con indiferencia:

—Su revista es la mejor, la mejor de todas.

—Vaya.

Smirnov se sentó frente a él y reposó en las rodillas sus grandes y viejas manos.

—Perdone —dijo cortésmente Saveliy—, seguramente le estoy quitando el sol.

—Ni por asomo.

—Si quiere, me siento en otro lugar.

Smirnov se sonrió.

—Escuche, me importa tres cominos el sol.

Esas palabras dichas vulgarmente ofendieron un poco a Hertz, pero no cambiaron en nada su empatía con el dueño de la casa. A juzgar por su voz, sus gestos, sus maneras y la expresión de su rostro, el doctor Smirnov era un hombre extraordinariamente fuera de lo común, de esa especie de la que dicen que «ya no nacen».

—Si no le apetece té —dijo Smirnov—, quizá prefiera agua.

—Encantado.

El anciano se dirigió a un rincón que hacía las veces de cocina y le trajo un vaso de agua. Era un agua extraordinaria, mucho mejor que la Double Premium del millonario Glybov. Saveliy sintió curiosidad.

—Es un agua muy buena —afirmó Smirnov, adivinando el pensamiento de su huésped—. Es de fabricación casera, la producimos para uso propio, en el laboratorio. Y la enriquecemos con vitaminas nosotros mismos.

—Su agua es excelente —reconoció Saveliy—. ¿Y qué es ese laboratorio?

—Es mi pasatiempo —explicó tranquilamente el anciano—. No creo que le resulte interesante.

—Entonces, vayamos directamente al grano.

El doctor Smirnov sonrió y dijo con un suspiro:

—En realidad, le he explicado todo a Mijáil por teléfono. Mi escuela se cerró hace mucho tiempo.

Su voz era a la vez suave y firme.

—¿Por qué la llama «escuela»? —preguntó Saveliy, sorprendido, y puso en marcha el dictáfono apretando los dedos—. A mí me dijeron que usted era doctor.

—Doctor en pedagogía. Y un poco biólogo.

—Ah.

Hertz estudió las arrugas de la frente del doctor e inesperadamente decidió decir todo lo que no quería.

—¿Se da usted cuenta...? A mí me han encargado que escriba un artículo sobre usted. Usted fue el protagonista del primer número de nuestra revista. Debo reconocer que no he leído ese número, es decir,

no estoy preparado en absoluto para esta entrevista. Esto es repugnante. Peor aún: no es profesional. Puede echarme de aquí ahora mismo.

—Eso es absurdo —contestó Smirnov—. Misha ya me había advertido. Hablando con sinceridad, yo no recuerdo qué escribieron sobre mí en ese periódico. Todo eso ocurrió hace mucho tiempo. Escribieron, sí, mucho... Mi esposa coleccionaba los recortes... Pero murió. Hace veinticinco años que cerré mi escuela y hace diez que enterré a mi mujer. Ahora no me dedico a nada. —Hizo una pausa y sonrió—. A casi nada.

—¿Y qué tipo de escuela era?

—Una escuela para niños especiales. —Smirnov miró por la ventana, donde se mecía la típica penumbra diurna, después volvió sus ojos azules hacia el periodista y se lo quedó mirando atentamente—. Escuche, si realmente Mijáil necesita ese artículo...

—Realmente lo necesita.

—Entonces tengo que contárselo fielmente, y eso llevará tiempo...

—Estoy listo —declaró Hertz, reaccionando de inmediato—. Si usted no tiene tiempo, podemos empezar ahora y continuar mañana.

El hombre canoso frunció el ceño, bajó la mirada y rió débilmente.

—Hace treinta y cinco años yo trabajaba con niños. Era maestro en una escuela. Como se sabe, uno de los principios fundamentales de la pedagogía moderna es que todos los niños tienen talento. La labor del maestro, del educador, consiste en formar la personalidad del niño, descubriendo sus talentos y capacidades. Todos sin excepción están dotados de ellos. La dimensión del don es distinta, pero la chispa divina germina en todas las almas. Uno crece con talento para la música, otro es un experto fontanero. Uno se convierte en un Einstein, otro en empleado del servicio de saneamiento. Se supone que para la sociedad tan importante es Einstein como los empleados de ese servicio, capacitados y amantes del trabajo. Ahora le voy a exponer, por decirlo de algún modo, el preámbulo, para que usted entienda exactamente...

—Continúe, por favor.

—Los genios y los grandes talentos aparecen rara vez, pero con constancia, y su cantidad en todas las épocas y períodos es aproximadamente la misma. Los genios están extendidos equitativamente por todo el planeta. Los Shakespeares, Copérnicos y Lomonósov nacen tanto en la pobre África como en la rica América. Pero mientras en un país próspero un pedagogo experimentado sabe distinguir en seguida el talento innato entre los niños menos dotados, en un país pobre y en vías de desarrollo la persona puede pasar toda su vida plantando coles y sólo vagamente puede soñar con desarrollar su talento. O, guiado por un impulso interior, intenta realizarse por sí mismo sin haber recibido educación ni disfrutado de condiciones... Dios sabe cuántos Shakespeares acaban sus días sin haber concebido su Hamlet. ¿Me comprende?

—¡Por supuesto!

Smirnov tosió. Era evidente que no experimentaba el más mínimo placer con su relato.

—Por otro lado es preciso recordar que la sociedad en general no está en absoluto interesada en que haya muchos Einsteins o Shakespeares. Para la sociedad es más seguro que haya pocos. El exceso de genios lleva a que su excesiva actividad destruya la civilización. Los genios deben existir en un estrecho círculo de personas prácticas, sensatas y prudentes. Y si hablamos, no ya de la sociedad, sino del gobierno, entonces el panorama se vuelve más interesante aún. Los grandes talentos sólo son necesarios para el gobierno en contados ejemplares. Bastan tres o cuatro técnicos expertos, corifeos de las ciencias

exactas, para que inventen misiles y bombas, además de un pensador-humanista ocupando el cargo, hablando imaginariamente, de «conciencia de la nación». Por lo que respecta a los que no inventan bombas, sino teléfonos y locomotoras, éstos se han preocupado siempre de sí mismos, sin tener ningún apoyo del gobierno ni de la sociedad. Incluso en los períodos en que gobernaban las más sabias administraciones, muchos grandes inventos estuvieron guardados bajo la alfombra durante decenios. El Estado no necesita gente como Einstein. Necesita soldados, contribuyentes y electores. Y, naturalmente, mujeres, para que produzcan nuevos soldados y contribuyentes. Esto puede sonar raro, pero hasta el Estado más justo existe apoyándose en la mediocridad, y cuanto más mediocridad haya, mejor para el Estado. Los genios son molestos para todos, son herejes, no les gusta subordinarse a nadie y crean a su alrededor dudosos...

—¿Significa eso —lo interrumpió Saveliy— que usted creó una escuela para genios?

—Al contrario. —El doctor Smirnov frunció los labios—. Para los no dotados.

—Vaya.

—A mí me interesaban los clásicos y absolutamente poco dotados. El exceso de ellos también es peligroso. Durante muchos años de trabajo me encontraba con niños que no eran capaces de nada. Les ofrecía un libro y no les interesaba. Les daba un instrumento musical y no lo querían. Los ponías delante de un torno y tampoco reaccionaban. Los mandabas a cuidar de animales y pasaban de largo. Los llevabas a un escenario y tampoco funcionaba. Nada, en ningún sitio y de ninguna manera. Esos niños existen, son tontos, débiles de voluntad, sin carácter, inútiles, casos perdidos. Yo empecé a observar a esos niños. Todos ellos vivían en familias de escasos recursos. Por lo general, en familias donde faltaba el padre o la madre. Estudiando el problema comprendí una cosa muy sencilla: sí, todos los niños tienen talento, con una sola condición, y es que hayan sido concebidos con amor. Pueden haber nacido en un cobertizo, puede que no conozcan a sus padres, eso no importa... Lo principal es que su padre biológico amara a su madre biológica. Los niños no dotados son hijos no deseados, que vienen al mundo como resultado de un contacto sexual casual. Yo anduve indagando en las familias, recogía estadísticas, preguntaba, hacía historiales... Conozco casos en los cuales, de padres degenerados, alcohólicos o drogadictos, nacían hijos maravillosos con talento, simplemente porque sus padres se amaron de verdad... Yo fundé una escuela internado con mi propio dinero y con ayuda de unos amigos que también pusieron sus ahorros. Por cierto, Misha participó activamente, tanto financiando como con carácter general... Yo reuní no sólo a niños difíciles. Reuní a niños de los que sabía exactamente que eran hijos del azar, engendrados por una tontería. Hijos que no eran deseados ni por su padre ni por su madre. Eran seres espiritual e intelectualmente pobres. Lastre. Ni siquiera eran capaces de robar, porque para eso hay que tener destreza y osadía. Empecé a buscar en cada uno de ellos la chispa divina...

—¿Para qué?

El doctor se turbó y miró a Saveliy con sorpresa.

—Me parecía —continuó con voz amable— que era mi vocación.

Hertz se recriminó a sí mismo mentalmente su falta de tacto. Smirnov miraba al periodista como si mirara probablemente al estudiante menos dotado de su escuela, y con voz serena prosiguió:

—Un hijo nacido del amor con toda garantía recibe la chispa divina. Incluso si se trata del amor de una noche, incluso de diez minutos... Así que compré una casa grande en las afueras de Moscú. Hace treinta años, si lo recuerda, todavía existía ese extraño espacio llamado «afueras». —Smirnov sonrió con tristeza—. Los niños vivían en un grupo único. Nosotros mismos nos proveíamos de todo lo

necesario. Sacábamos el agua de un pozo, calentábamos la casa con gas...

—¿Con gas? —preguntó Saveliy—. ¿De dónde sacaban el gas? Hace tiempo que se acabó.

—Por aquel entonces todavía se podía comprar gas. Si faltaba gas, quemábamos madera y carbón para la calefacción, como en el siglo xx. La idea consistía en no vivir en un edificio de pisos, ni en un hormiguero, o a una altura espantosa, sino en un lugar aparte, aislado. Teníamos un tractor y un camión, y también pollos, incluso conejos, y cultivábamos patatas y zanahorias. Éramos una pequeña colonia en la nada, a veinte kilómetros del tallo verde más cercano. Con mucha dificultad conseguí que nos llevaran la electricidad. Costó una cantidad enorme de dinero, pero a pesar de eso al cabo de un año nos desconectaron y nos propusieron irnos a vivir a una torre. «No perdáis el tiempo en tonterías —me dijeron—. Vivid como todos, os daremos un local estupendo con agua caliente y aire acondicionado central». Yo no acepté. Para conservar la pureza del experimento era importante que los niños contactaran solamente con los pedagogos o con niños parecidos a ellos. Se pidió una autorización por escrito a cada uno de los padres. En resumen —Smirnov volvió a sonreír—, a los padres, como aquél que dice, todo les daba igual. Los hijos no queridos siempre serán personas no queridas. Éramos cuatro profesores. Mi esposa y yo y otra pareja más. Nos ocupamos de estos niños cien veces más que de los propios... ¿Tiene usted hijos?

—No —respondió Saveliy, e inmediatamente sintió vergüenza. Era imposible contestar negativamente a esa pregunta sin avergonzarse.

—¿Por qué?

—Ahora —bromeó Hertz—, curiosamente, estoy trabajando en eso.

Smirnov asintió moviendo la cabeza.

—Se lo suplico, continúe —pidió Hertz—. ¿Qué pasó después?

—Yo no creía en mi propia teoría. Fundé la escuela no para demostrar mi teoría, sino para rebatirla. Todos mis niños eran casos perdidos, sin esperanza. No eran discapacitados con retraso mental, no, eran niños y niñas normales, totalmente sanos, de edades comprendidas entre los seis y doce años... Absolutamente todos iguales: desprovistos de talento. Eran seres tontos, carentes de curiosidad, torpes. Yo era joven y estaba lleno de fuerza. Estaba con ellos desde las siete de la mañana hasta las diez de la noche. Improvisaba sobre la marcha, incluso les releía las inocentes obras de Makarenko. Les enseñaba que el mundo es maravilloso y que ellos en este mundo también son maravillosos. Analizaba el alma de cada uno de ellos. A veces lloraba de pura impotencia. Me parecía que era una estupidez buscar un don divino allí donde en la base no hay amor, sino casualidad, capricho o fornicación. Era como buscar el bien en el mal...

—¡Demonios! —exclamó Hertz—. El final de su narración debe de ser horroroso o magnífico.

—Estuve trabajando ocho años. Pero después...

En el bolsillo de Smirnov empezó a vibrar un teléfono, y se sobresaltó. Mientras escuchaba, dijo en voz baja: «Voy ahora mismo», y cambiando la expresión del rostro se levantó:

—Lo siento mucho, tenemos que dejarlo aquí.

—¡Un minuto! —exclamó Saveliy—. Dígame, ¿qué pasó después? ¿Consiguió usted...? ¿Lo consiguió?

Smirnov hizo un gesto de indecisión con las manos:

—Sí y no. No le he contado ni la mitad de lo que tiene que saber usted. Eso, por supuesto, si tiene la intención de escribir un buen artículo...

—¡Esto es para volverse loco! Éste será mi mejor material. ¿Y a qué se dedica ahora?

—Siempre me he dedicado a los niños. Y sigo haciéndolo hasta ahora.

—¿Trabaja con niños sin talento?

El doctor Smirnov se puso muy serio y respondió:

—Todavía no lo sé. Quizá sea lo contrario, que están demasiado dotados. Pero eso no es importante.

Transmita mis respetos a Misha... Y llame mañana, le contaré toda la historia hasta el final.

Eran las siete de la tarde cuando Saveliy rodeó la torre de pisos Zamiatin por el puente elevado espiral, y a la altura de los pisos treinta tomó el desvío de la autopista de YugoZápadnaya. En seguida alcanzó la velocidad máxima permitida, en primer lugar porque le encantaba circular a toda velocidad; y en segundo lugar, tenía prisa porque tenía que ver a su jefe. Al viejo Pushkov-Riltsev no le gustaban las personas que llegaban tarde.

El viejo era un hombre de reglas estrictas, despreciaba la rimbombante prosperidad de la capital rusa y en general llevaba mal el relajamiento de la vida moderna. Por lo demás, esto no molestaba a sus subordinados, incluido Saveliy. Los empleados de la revista *Lo Más*, como el resto de habitantes de la hiperpolis, sabían desde niños que era imposible vivir en Moscú y no disfrutar de la ciudad.

Había pasado medio siglo desde que se hundieran muchos centros de civilización. Los océanos se tragaron Nueva York, Londres, Tokio, Los Ángeles y Río de Janeiro. Las capitales continentales que habían sobrevivido en el oriente euroasiático —Moscú, Nueva Delhi y Pekín adquirieron gran poder y se convirtieron en centros financiero-económicos a nivel global.

Ahora Moscú compraba y vendía de todo y a todos.

Al que vivía en Moscú poco le interesaba el resto del mundo: ni Europa, que se había transformado en un enorme y destartado museo, donde al abrigo de los grandes monumentos vagaban multitudes de originarios de África, exigiendo a los confusos gobiernos subsidios y subvenciones; ni la misma África, convertida finalmente en salvaje; ni el Oriente Próximo, donde los jeques y emires blandían unos frente a otros bombas atómicas de fabricación casera.

Moscú era escandalosamente rica. Moscú ofrecía un confort insólito y unos servicios de primera clase. Moscú construía carreteras con el ultramoderno asfalto de resina. Moscú proporcionaba todos los entretenimientos pensables e impensables, empezando por las carreras de ciervos de tiro y acabando con los vuelos a la estratosfera. Moscú quería sentir la alegría de vivir.

La población local estaba harta de guerras interminables, crisis y otras catástrofes mundiales del mismo tipo. Aquí habían destruido uno tras otro a los grandes dictadores y tiranos, propios y ajenos: Napoleón, Hitler, Stalin. Aquí se realizaban con sus propios ciudadanos experimentos que en otros lugares temían realizar incluso con ciudadanos extranjeros. Aquí se aprendía a morir de hambre y al mismo tiempo a volar al espacio. Aquí se consideraba que el libro más importante no era la Biblia, sino aquél que relataba la historia de cómo un estudiante había matado a una vieja a hachazos. Aquí, de generación en generación se acumulaba un cansancio genético por haber llevado a cabo voluntariamente la misión de ser portadores de Dios.

Un buen día, el pueblo portador de Dios comprendió que hacía ya mucho tiempo que se había demostrado a sí mismo y a la humanidad su poderosa y única fuerza, y que ya era hora de descansar.

Entonces decidieron mandar a la humanidad a la mierda, alquilar Siberia e irse de vacaciones.

## Capítulo 6

A las 19.22 Saveliy dejó el coche en el garaje y se dirigió a toda prisa hacia el ascensor. El jefe y propietario de la revista *Lo Más* vivía en el mismo edificio en el que estaba la redacción, sólo que ocho pisos más arriba. La revista era la actividad principal del anciano —al menos en el último cuarto de siglo— y, al igual que los legendarios adictos al trabajo del siglo xx, no separaba el espacio personal del laboral. Un ascensor especial comunicaba su dormitorio con la oficina, y muchas veces, en pleno día, sus empleados no eran capaces de adivinar dónde estaba el jefe: lo mismo había decidido echarse una siesta tras la comida o en ese momento se estaba desgañitando con su faringe sintética para llamar al orden a un indolente compaginador o un corrector.

A las 19.35 Saveliy estaba delante de la puerta, que no tardó en abrirse porque la puerta era inteligente y dejaba entrar a los conocidos sin ningún problema. Sin embargo, Pushkov-Riltsev obedecía las antiguas normas de hospitalidad y prefería recibir él mismo a sus visitas, incluso si eso le suponía cruzar en silla de ruedas, de un extremo a otro, su elegante apartamento de quinientos metros cuadrados.

—Entra —chilló bruscamente.

Canoso, demacrado, con una bata de terciopelo ajada, el pecho cubierto de ceniza de cigarrillo, el viejo se volvió desenfadadamente y se dirigió rodando a toda prisa hacia su santuario: al enorme despacho que olía a madera vieja y en el que unas cortinas medio caídas se abrían flotando empujadas por la corriente de aire; un lugar donde se guardaban en armarios herméticos colecciones únicas de libros de papel y, en unas urnas especiales hechas por encargo, destellaban con severidad ejemplares únicos de revólveres, puñales, sables, casquillos aplastados de proyectiles, hachas de piedra, algunas condecoraciones, escarapelas y otras rarezas y antigüedades militares.

Pushkov-Riltsev no estaba solo. Junto a una mesa baja para revistas, provista con lo necesario para una corta juerga masculina —una botella, copas y una lata de aceitunas negras—, estaba sentado un hombre robusto de nariz grande, ni joven ni viejo, ni feo ni atractivo, vestido de una manera insoportablemente modesta, con una chaqueta y un chaleco de color gris rata, descoloridos y raídos; un traje primitivo que contrastaba brutalmente con su porte. Cuando apareció Saveliy, el desconocido cambió con toda soltura su digna postura por otra aún más digna. Saveliy se lo quedó mirando, después miró al redactor jefe y tuvo una extraña impresión. Era increíble estar viendo al mismo tiempo a dos hombres maduros que no llevaban encima sortijas, ni pulseras, ni cadenas, ni tatuajes, ni laca de color en las uñas o los dientes y otros aditamentos a los que estaba acostumbrada la gente para levantarse el ánimo unos a otros en los momentos en que había déficit de luz solar.

—Preséntate —ordenó el jefe a Saveliy—. Éste es mi hermano.

—Musa. —El hombretón narigudo se levantó y extendió la mano, dejando atrás el codo y moviendo los hombros a la vez. Sin duda tenía ganas de darle un puñetazo en el hígado a Saveliy.

«Hay algo en lo que no se parece a su hermano», pensó Saveliy, dándole un buen apretón de manos.

—¿No se parece? —dijo el jefe sonriendo, para demostrar el talento senil de leer el pensamiento.

—No —admitió honestamente Saveliy.

—Sin embargo, somos hermanos —anunció medio bebido Pushkov-Riltsev. Después volvió la mirada al narigón y apuntó a Saveliy con un dedo—. Y éste es mi mejor empleado. Una pluma de oro.

—¿Pluma, dices? —El «hermano», Musa, sonrió débilmente.

Saveliy entendió de pronto que tenía ante él a un hombre del primer piso. Un bandido. Una rara avis en los niveles noventa.

—No tengas miedo, Hertz —lo tranquilizó el viejo—. Bebe con nosotros. Mira qué regalo me han traído.

Saveliy echó un vistazo a su alrededor y vio el regalo, que verdaderamente era de lo más original: una copia holográfica de primera categoría de Solzhenitsyn sentado en un sillón volteriano, con el mono de trabajo del campo de concentración que llevaba el número Sh-854[9].

El hombretón se atusaba la barba y amenazaba severamente con un dedo.

—Bueno, tengo que irme —dijo Musa a media voz.

—Quédate ahí sentado —ordenó Pushkov-Riltsev—. Vamos a beber los tres. Por haberos conocido. Saveliy Hertz es el tipo del que te he hablado.

Saveliy se estremeció. El dueño de la revista *Lo Más* era considerado una leyenda viva. Además de haber formado parte del movimiento partisano de Siberia, le atribuían haber tenido amistad con dos primeros ministros, enemistad con un tercero, haber amasado varias fortunas y haberlas dilapidado, una docena como mínimo de esposas y muchas cosas más. Si una persona así te apunta con un dedo en presencia de un bandido diciendo: «Te he hablado de él», seguramente todo eso significa que tu destino va a cambiar.

• • •

—Y tú, pluma de oro —dijo el jefe dirigiéndose a Saveliy—, sírvenos a todos. Por ser el más joven del grupo.

Saveliy llenó las copas. Bebieron. El alcohol quemó las entrañas al periodista y le provocó náuseas. Musa —evidentemente un gran especialista en estas lides— se lo bebió de un solo trago. El viejo bebía ruidosamente, haciendo vibrar su flácida papada. Al instante dijo:

—Vuelve a servir. Por cierto, ¿tienes hambre?

—No —contestó Saveliy—. Y tampoco quiero beber más.

«A propósito —recordó—, todavía tengo que ir a casa de Gosha Degot. El colega me ha pedido que vaya, lo que significa que tengo que hacerlo. Gosha Degot es un buen hombre que está atravesando por momentos difíciles, así que hay que apoyarlo».

—No quieres beber —observó con tono agrio Pushkov-Riltsev—. Tampoco quieres comer. Es muy raro.

—¿Por qué te metes con él? —recriminó al anciano su «hermano» narigudo—. Quizá el hombre consume alegría en forma pura.

—Lo dudo —respondió lentamente el jefe de redacción—. Ya me habría enterado. Saveliy, ¿a que no consumes alegría en forma pura?

Saveliy decidió hacerse el ofendido. Solamente los viejos ricos y borrachos y conocidos cercanos podían permitirse entre ellos tamaña falta de delicadeza como era conversar sobre la ingesta de pulpa de tallo. Pero el «hermano» no dejaba de observar a Saveliy, y la mirada de aquel hombre tan duro era inexpresiva hasta tal punto que lo más sensato era simplemente guardar silencio.

A pesar de su riquísima experiencia periodística, Hertz conocía poco a este tipo de personas: bandidos, «amigos», habitantes de los pisos uno al cinco o inquilinos que habían sobrevivido en alguno



de los suburbios, en los edificios destartados de diecisiete plantas construidos por el alcalde Luzhkov, donde uno de cada dos adolescentes desde los quince años intentaba organizar un equipo para alguna vez, durante la noche, derribar un tallo, vender la pulpa a los especuladores y hacerse con un helicóptero propio. En los pisos más bajos no temían ni a la policía ni al diablo, inventaban complicadas combinaciones de pulpa de quinta destilación con cocaína y opio, traficaban con ellas, mantenían elegantes burdeles y casas de apuestas con unos ingresos millonarios. Allí falsificaban de todo, empezando con los Rolls-Royce chinos y acabando con viajes turísticos a la Luna; inventaban aparatos para neutralizar la señal de los microchips del gobierno, intentaban clonar a Berezóvskiy, Bill Gates, Zinedine Zidane, Bruce Lee, Mijáil Krug, Pete Doherty y al general Agafanguel Retskiy. Naturalmente, el grande y poderoso Pushkov-Riltsev, uno de los hombres de acción social más odiosos de Moscú, anciano invencible que tenía en su poder tanto denuncias como premios por parte del Estado, podía mantener contacto directo con el mundo de la delincuencia, y Saveliy no se sorprendió al ver a un malhechor profesional en su despacho. Pero estar sentado en la misma mesa al lado de ese «hermano» tan pobremente vestido y que hablaba entre dientes, y además tener que emborracharse con él, eso ya era demasiado. «¿Para qué me habrá llamado el viejo? —pensó Hertz, enojado—. ¿Para presentarme a un criminal? ¿Para qué necesito yo un criminal? Los criminales no conceden entrevistas. Toda su vida, hasta en los más mínimos detalles, está organizada para pasar lo más desapercibidos posible. Para cualquier criminal un periodista es el enemigo número uno después de la policía».

—No te pongas nervioso. —El redactor jefe volvía a adivinar otra vez el pensamiento de su subordinado—. Tengo que hablar contigo, es algo importante. Musa sólo ha venido para verme y echar un trago. Está muy bien que os hayáis conocido. Os seréis útiles el uno al otro. Resumiendo: se me ha ocurrido un brindis. Servid la última.

Saveliy hizo ademán de ir a servir, pero esta vez el «hermano» hizo una mueca muy concreta, como diciendo: «Permíteme, ahora me toca a mí», y con un movimiento experto llenó las copas.

Pushkov-Riltsev, sosteniendo la copa entre sus dedos nudosos y ligeramente temblorosos, miró a Musa con gran afecto y después a Saveliy atenta y severamente.

—Mañana, colegas, mi revista cumplirá treinta años. Mañana habrá un banquete y todas esas cosas. Pero ha dado la casualidad de que hemos empezado a celebrar el aniversario desde hoy. Yo hace tiempo que cumplí los cien años y odio los aniversarios. Pero esta fecha es motivo de una gran fiesta. Cuando me acuerdo de cómo empecé se me encoge el estómago. Los primeros tres números los escribí yo solo, desde la primera columna hasta la última. Con ocho seudónimos. Nadie creía que yo fuera capaz de crear una revista que no iba a hablar de las estrellas de la gran pantalla, sino de los que trabajan de verdad. Desde entonces he sacado trescientos sesenta números, he hecho famosas en todo el país a mil quinientas personas, las mejores. ¡Gente de provecho y con ideas! Ingenieros, médicos, pedagogos, pintores, creadores. Ahora parece que no hay nada que crear para los rusos. Todo está creado desde hace tiempo. ¡Hay todo lo que quieras, puedes comer hasta explotar! Prosperidad absoluta, riqueza sin esfuerzo, comodidad psicológica personal y mierdas como ésa. Pero a mí no me gustan las cosas sin esfuerzo. Me decían: «No pongas en la portada a ingenieros, no pongas inventores, tienen cara de angustia, la piel ajada, tienen arrugas, un corte de pelo horrible...». Pero yo los puse, y resultó que tenía razón. Bebamos por aquéllos que hacen cosas, sin importar cuáles sean.

«¿Qué es lo que no le gusta de la comodidad psicológica personal? —pensó Saveliy, encogiéndose por dentro y obligándose a tragar el vodka—. Una copa más y esto se convertirá en una catástrofe».

Para alivio suyo, inmediatamente después del brindis, Musa suspiró y se puso de pie. Tenía una

planta imponente.

—Te acompaño —farfulló el jefe, mascando una aceituna, y ambos «hermanos» se pusieron en movimiento y desaparecieron tras la puerta, dejándola medio abierta. A los oídos de Saveliy llegaron fragmentos de frases de despedida, todas ellas pronunciadas en la cultivada jerga de los primeros pisos.

Al volver, Pushkov-Riltsev anunció:

—Pues yo bebería un poco más.

«No lo dudo», pensó Hertz para sus adentros.

El anciano sonrió despreocupadamente:

—¿Sabes? Yo puede meterme de una vez dos litros entre pecho y espalda. Tengo el estómago de plástico, y los riñones y el hígado también. Y lo más importante: no tengo que preocuparme de que me sostengan las piernas. No sabes lo lista que es esta zorra —dijo el viejo, dando unos golpecitos con los dedos en los brazos de su silla de ruedas—. Aprieto un botón y ella va por sí sola en automático al cuarto de baño y me inclina encima del inodoro para, quiero decir... Bueno, ya me has entendido...

—Sí —respondió educadamente Saveliy.

El anciano quería decir algo más, incluso llegó a abrir la boca, pero se lo impidió el ruido de un helicóptero que pasaba volando cerca de las ventanas: un chino más que volvía a su casa después de haber cenado en el fastuoso restaurante Fanzé, o en el Yan-Tsi, o en La Gran Muralla, o en cualquier otro club privado donde los vástagos de las familias más ricas del enclave chinosiberiano apostaban millones jugando al mahjong.

Pushkov-Riltsev movió la cabeza a un lado y a otro:

—Imagínate, Saveliy. Recuerdo los tiempos en que no había ni hierba ni pisos cien. Yo vivía en el cuarto de un edificio de nueve pisos, y me sentía de maravilla. Y ese edificio era el más alto de la ciudad. Es verdad que la ciudad no se llamaba Moscú, tenía otro nombre. Entonces había otras ciudades, aparte de Moscú... Lo que te quiero decir es que el hombre no está hecho para vivir en el cielo. Dios nos creó para que anduviéramos sobre la tierra. Y para que miremos el mundo desde nuestra propia altura. Cuando me cambié de casa al piso cuarenta y cinco, tenía la sensación de que iba como en un avión. Me despertaba y me volvía a dormir con una sensación de estar esperando: «¿Cuándo coño me van a decir que me abroche el cinturón de seguridad porque nos disponemos a aterrizar?».

Saveliy esperó pacientemente a que concluyeran los nostálgicos preludios. A él le ocurría justamente lo contrario cuando estaba abajo, al pie de las torres de cien pisos. Sentía malestar e incluso angustia. «Está claro que el patriarca no tiene razón. Dios creó al hombre no para que viva solo a ras de tierra, sino para que pueda vivir en todas partes, lo mismo arriba que abajo, bajo el agua o encima de las nubes. En la Luna e incluso más allá».

—Veo que no estás de acuerdo —observó quejumbroso Pushkov-Riltsev—. Bueno, ya volveremos a hablar del tema de para qué nos creó Dios. ¿Estás preparado para escuchar algo muy importante?

—Preparado —respondió Saveliy.

El redactor jefe entrecerró los párpados, apretó un botón y trazó un círculo con su silla de ruedas alrededor de la habitación. El motor de la silla zumbada levemente.

—Mañana, durante el banquete, voy a anunciar que me voy. Estoy viejo, cansado y además soy un inválido. Ya es hora de que me vaya al columbario. Tú dirigirás la revista.

La sorpresa hizo que Saveliy casi se desmayara. El viejo lo taladró con la mirada. Sin duda le había clavado una bayoneta dentada y estaba revolviendo en la herida.

—¿Por qué yo?

—Es mi decisión.

—Pero usted no me ha preguntado si estoy de acuerdo.

—¿Para qué? Me habrías contestado que no quieres.

—Sí, le habría respondido que no quiero.

—Eres el único que puede dirigir este negocio.

—A mí me parecía que Prizhunov...

—¡Que le den por el culo a Prizhunov! —graznó, enojado, el redactor jefe—. ¡A Prihunov le gusta demasiado el poder! ¡Y la gente que ama demasiado el poder no debe tenerlo! Se convierten en tiranos y destruyen todo lo que tienen bajo su mando. Sólo puedes ser tú, Saveliy. Sólo tú.

Hertz movió la cabeza de lado a lado.

—No estoy preparado.

—Tienes cincuenta años —dijo el anciano en voz baja pero furioso—. Ya es hora de que crezcas.

—Que crezca la hierba. Yo sólo quiero vivir, y punto.

—Es imposible «sólo vivir», querido mío. Una persona no debe «sólo vivir, y punto».

—Nadie debe nada a nadie.

Pushkov-Riltsev volvió a apretar el botón y movió la silla de ruedas para situarse lo más cerca posible de Saveliy.

—Chico, ya es hora de que dejes de repetir esos lemas para idiotas hartos de comer.

—Todo el país repite esos lemas.

—Tú no sabes nada de este país, Saveliy. Tienes que entender de una vez que no hay seres más ingenuos e ignorantes que los periodistas profesionales. Todos y cada uno de vosotros creéis que lo entendéis todo, y por eso, en realidad, no entendéis ni jota.

—Si no entiendo ni jota —manifestó Saveliy, sintiendo que lo habían herido en lo más profundo—, ¿cómo puedo entonces dirigir la revista?

—Podrás. Empiezas y poco a poco se te irá apareciendo la esencia de las cosas.

Saveliy sintió que no podía seguir sentado por más tiempo. Se levantó y se puso firme como un soldado.

—Mijáil Evgráfovich, créame... Siento un gran respeto por usted, pero...

—A la mierda el respeto —lo interrumpió el anciano—. Sé todo lo que vas a decir: que no quieres llevar esa carga, que estás muy bien como estás ahora, que te da miedo, que quizá no puedas hacerlo, y algunas tonterías más...

—No —replicó Saveliy con firmeza—. Simplemente voy a rechazar el puesto. Me niego rotundamente.

Pushkov-Riltsev negó con la cabeza e hizo aspavientos con las manos.

—Entonces —declaró con tristeza—, habrá que vender nuestro diario de combate. A Golovánov. Ese canalla pagará un dineral sin discutir. Y añadirá la revista a la corporación Primo Hermano. Vais a hacer las entrevistas en Vecinos y se situará entre los cien primeros. Te lo aseguro, Saveliy: con los nuevos dueños no vas a aguantar ni un año. Porque una cosa es escribir sobre personas de verdad, y otra escribir sobre oligofrénicos que se pegan con cacerolas, que se casan y se divorcian en la misma semana. Es algo totalmente distinto.

Saveliy sintió miedo. Se imaginó a sí mismo como autor de artículos sobre la familia Valiáyeva y suspiró:

—Parece que es un ultimátum.

—La vida entera se compone de ultimátums —contestó secamente el anciano mientras retrocedía un par de metros para examinar a Saveliy de la cabeza a los pies y anunciar en tono teatral: ¡Jefe de redacción Saveliy Hertz! Suena bien. Y se te verá muy bien en mi despacho.

—No estoy para bromas.

Pushkov-Riltsev lo miró irritado:

—Yo tampoco. Escúchame bien, muchacho. Escucha muy atentamente. La revista mensual *Lo Más* da de comer a treinta personas. Me gustaría que después de irme yo la revista siguiera existiendo y proporcionando a la gente trabajo, dinero y estatus. Qué será y cómo será después de que yo me vaya, no es importante para mí. Lo principal es que el negocio siga adelante. Precisamente por eso te propongo a ti y no a Prizhunov. Aunque ese escarabajo, como te habrás dado cuenta, sueña y se imagina sentado en mi sillón. —Pushkov-Riltsev indicó la puerta moviendo la barbilla, dando a entender que no se refería a su silla de inválido, sino al sillón del jefe—. Pero Pruzhinov se va a sentir frustrado. El nuevo jefe serás tú, Saveliy. Eres un joven tranquilo, inteligente y leal, serás la mano firme que lleve el timón y marque el rumbo.

—¿Y si no soy capaz?

—Lo serás —contestó el jefe tranquilamente—. Repito: lo importante es decidirse, y lo demás se arreglará. No olvides que vais a ser dos, Bárbara y tú. Marido y mujer.

—Yo no estoy casado.

—¡Pues te casas, cojones!

—No sé dirigir —declaró con firmeza Saveliy—. Exigir, someter, imponer disciplina, eso no es para mí. No soy un líder por naturaleza.

—¡A la porra la naturaleza! —gritó Pushkov-Riltsev—. ¿Tú crees que yo soy un líder? Si hace cincuenta años me hubieran dicho que iba a dirigir mi propia revista ni siquiera habría entendido una broma tan mala. Yo tengo menos capacidad de liderazgo que tú. Pero me apretó la vida y tuve que liderar.

»Te prometí que íbamos a volver al tema de para qué nos creó Dios. Dime, ¿te ha gustado Musa, mi invitado?

—Hombre, Musa como tal... —contestó Saveliy.

El anciano asintió con la cabeza y bajó el tono de voz.

—Dios creó a Musa como asesino. Auténtico. Yo lo he visto en acción, y más de una vez. En una ocasión nos quedamos rezagados en combate y de repente nos encontramos con un piquete chino. No me había dado tiempo a cargar el arma cuando dejó tumbados a tres e iba a por el cuarto... Y ya lo ves ahora, negocio propio, oficina, secretaria y todo lo demás. ¡Está ganando un dineral! Aunque había nacido para combatir. Saveliy, no babeas. Coge la revista y actúa.

—Deme tiempo para pensar.

—Te lo doy —respondió el anciano al instante—. Hasta mañana por la mañana. Y no olvides que no solamente te estoy ofreciendo un negocio digno, sino también ingresos dignos. ¿Ahora vives en un sesenta y tres?

—En un sesenta y nueve.

—Verás cómo dentro de un año te mudarás a uno más alto. A algún ochenta y dos. Por supuesto, si esa mierda verde no sigue aumentando y a la gente le sigue dando igual en qué piso vivir...

—¿Cree que irá en aumento?

El redactor jefe acarició los brazos de su silla de ruedas y adoptó una expresión severa.

—Y tú, ¿no lo crees?

—No lo sé —respondió Saveliy con toda sinceridad—. No he pensado en eso.

—Pues piénsalo —le aconsejó Pushkov-Riltsev guiñándole un ojo—. Y, sobre todo, créetelo. Cuantos más de nosotros lo creamos, antes llegará el gran día. La verdad es que si avanza lo vamos a pasar mal. Por cierto, con Bárbara hablaré yo mismo. Llevaréis el timón a la par. Marido y mujer, los dos juntos. «Periodistas dirigen su propia revista mensual» —citó a modo de titular—. ¡Es estupendo!

«Bárbara sin duda va a saltar de felicidad», pensó Saveliy.

El anciano lo observaba atentamente mientras intentaba convencerlo. Permaneció unos instantes callado y luego empezó a hablar en voz baja, casi con vergüenza:

—La revista es todo lo que tengo. Tuve mucho más, pero sólo quedó la revista. Quiero que sobreviva a mi muerte. No quiero que después de morir la gente diga: «Vaya, mientras estuvo Pushkov-Riltsev había revista, ahora que ya no está, nos quedamos sin ella». Querido Saveliy, a mí me gustaría que la gente dijera: «¡Vaya! Hace tiempo que Pushkov-Riltsev está enterrado ¡y su revista sigue prosperando!». Ése es mi sueño, Saveliy. Naturalmente, durante una temporada te iré pasando las cosas... Durante un mes o dos, estaré todo el tiempo a tu lado, ayudándote y dando sugerencias. Después tendrás que apañarte tú solo. Tú y yo somos muy distintos. Yo soy heterodoxo, tú leal. Pero así es incluso mejor. Alguien —el anciano adoptó su personal mueca de desprecio— se va a alegrar mucho de que yo me jubile y deje a la cabeza de la revista a un ciudadano pacífico que respeta las leyes. Sólo te digo, muchacho, que no seas ni demasiado pacífico ni demasiado obediente con las leyes.

—¿Cómo es eso? —preguntó Saveliy—. ¿Cómo distinguir a una persona observadora de la ley de otra que es demasiado observadora de la ley?

—Lo vas a entender por ti mismo —dijo el anciano apuntándolo con un dedo—. Y ahora, vete. Pero antes de salir abre ese armario, el que está al lado de las enciclopedias... Ahí hay una botella entera y otra medio vacía. Tráeme las dos aquí. Esta noche voy a beber. Solo. ¿Te gusta beber solo?

—No.

—Es que eres tonto.

Solzhenitsyn seguía abrigado con su chubasquero de prisionero y amenazaba con un dedo desde el rincón.

—No tengas tanta prisa —dijo el viejo cuando Saveliy estaba ante las puertas—. ¿Por qué estás tan asustado?

—¿Y cómo tengo que estar, después de lo que he oído?

—Eh, vamos —dijo con condescendencia Pushkov-Riltsev—. Alégrate, tontorrón. Riesgo, responsabilidad, cargas, ¡eso es la felicidad! Si confían en ti, disfruta. Dirigir una gran empresa es lo mismo que perder la virginidad. Sólo se da una vez, aunque se recuerde para siempre... Lo que tienes que hacer es celebrarlo, en vez de abrumarte y angustiarte. ¿Entendido?

—Sí.

—Vete.

«A él, un viejo centenario y sin piernas, le resulta muy fácil enseñarme a vivir», pensó Hertz, malhumorado, mientras bajaba al garaje.

Sin embargo, a medida que descendía en el ascensor y cambiaba el número de piso en el panel —nivel sesenta, cincuenta, cuarenta—, Saveliy fue aferrándose poco a poco a la idea de que el anciano estaba en lo cierto.

«En realidad, ¿de qué tengo miedo? Si lo pienso bien, no es más que una revista, no una fábrica de

armamento. Por cierto, los cambios en mi destino parece que están a punto de llegar. Y si soy sincero, yo mismo los deseaba. A pesar de mi rechazo a los cambios, a pesar de mi tendencia al orden y la estabilidad, hace tiempo que vengo necesitando con más urgencia algo nuevo. ¿Qué era aquello que cantaba aquel viejo músico hace cien años? ¿*Sueños de algo más*? Eso pasa a veces, que te resistes a algo y de repente aparece llamando a tu puerta. Me casaré, sí. Me convertiré en jefe. Un auténtico jefe periodista. Me cambiaré a uno de los pisos ochenta, donde hay sol como mínimo durante medio día. No soy un advenedizo y no he intentado ir subiendo hacia algo mejor. No he trepado cortando cabezas ajenas. Todo ha ocurrido a su debido tiempo. Significa que tiene que ser así. Evgráfovich, ese demonio enjuto, es un sabio a su manera. Es un titán, un personaje, en todo tiene razón. Es peligroso dejar el poder y la influencia en manos de aventureros con una mirada fulgurante. El poder y la influencia deben estar en manos de personas sobrias y juiciosas como Saveliy».

Salió del ascensor acariciando en su interior nuevas sensaciones, como si de repente se le hubieran ensanchado los hombros. Sintió que se afinaban su olfato y su oído. Su antigua vida quedaba en el pasado, ante él aparecía una nueva.

En el enorme garaje se oía ruido: de un ancho Maybach chino estaban bajando un grupo de jóvenes maquillados riendo a carcajadas. Era evidente que venían de bailar y se disponían a continuar su ocio activo en el apartamento de alguno de ellos. Los altavoces de la limusina vomitaban algo salvaje, como si un ejército entero de chamanes estuviera golpeando tambores mientras bebía algún filtro secreto. Las chicas, medio bailando —con sus caritas lascivas y los pechos burlescamente levantados gracias a la silicona espumosa de alta calidad—, vieron al periodista y dieron unos grititos de excitación. Le hicieron señas con las manos: «Ven aquí, tío, lo estamos pasando bien, mira qué abiertas estamos a todo lo nuevo y grandioso; mira qué culitos tan duritos tenemos, y qué musculosos son nuestros chicos. Nos divertimos mucho, lo puedes pasar bien», parecían decir.

Saveliy mostró una medio sonrisa y se dirigió a su coche. Todo hay que decirlo, la panda era sospechosamente desinhibida y apacible. A lo mejor se habían hartado de pulpa. La juventud actual, a pesar de todo, era muy imprudente, y aquí había telecámaras por todas partes...

«Una cosa es la fiesta y otra la revista, pero siempre hay que ser cauteloso», se dijo a sí mismo Saveliy, recordando la dirección de Gosha Degot y poniendo el piloto automático.

Hacía mucho tiempo que no había ido a visitar a su viejo colega. Gosha vivía lejos, prácticamente en los suburbios, en un barrio con otra reputación, en un viejo bloque de pisos destinado a la *intelligentsia* mal pagada. Una visita a Gosha suponía una amenaza para la comodidad psicológica personal. Era mejor no ir en un coche caro a un lugar sospechoso, sino llamar un taxi, y tampoco automático, preferiblemente con un chófer de carne y hueso. Esto era muy caro, pero totalmente seguro.

«Bueno —pensó Hertz—, nos arriesgaremos. Soy el redactor jefe de una conocida revista. ¿Por qué iba a tener miedo de alguien? Que me teman a mí, ahora. Si me da la gana, ahora mismo puedo publicar lo que sea sobre cualquier canalla con una tirada de ciento cincuenta mil ejemplares y con fotografías en color. Lo puedo pulverizar. Mi revista se llama *Lo Más*, ¿está claro? Esas chiquillas están agotadas del ocio y la salud de la juventud. Ahora mismo muevo un dedo y a cualquiera de ellas puedo prometerle por lo menos un retrato que aparezca en mi periódico...».

Suspiró y sacó el coche del aparcamiento. «¿Para qué voy a querer chicas? Ya tengo una mujer y la quiero».

## Capítulo 7

—Ya pensaba que no ibas a venir —le espetó Gosha Degot en lugar de darle la bienvenida, y con un desagradable gesto se secó la boca mojada—. De momento pasa a la cocina. Espera cinco minutos. Aquí tengo un pequeño problema.

Saveliy asintió y se dirigió al lugar que le había indicado. Estaba cansado. Tenía un ligero zumbido en la cabeza. No le sorprendían las rarezas de la conducta de su colega. «Un pequeño problema» era en realidad la ex mujer de Gosha. Se sentó junto a la mesa de la cocina, cubierta con un mantel sucio. En el centro había un plato con una enorme manzana muy roja, y al lado una botella de coñac abierta. Entonces oyó unas exclamaciones llenas de rabia.

—¡Mírate en el espejo! —gritaba de forma desgarradora una mujer al otro lado de la pared—. ¡Mírate! ¡Eres repugnante!

Su oponente farfulló algo imposible de entender. Lo mismo maldecía que intentaba tranquilizarla.

—¡Todas las personas son como son! ¡Agradables! ¡Distintas! ¡Unos coleccionan sellos y otros viejos olores! ¡Todos se divierten, todos se sienten a gusto! Yo tengo una conocida que ha hecho el vuelo ¡hasta la Luna! ¡Con otro! ¡Dice que es precioso, increíble, con una sensación de ligereza en todo el cuerpo! ¡El año que viene va a ir otra vez! ¿Y tú? ¿Qué te mueve a ti? ¿Vecinos te ha destrozado la vida? ¡Sí, ahora están en todas partes! ¡Olvídalos, quítatelos de la cabeza!

Saveliy pensó que tenía razón. Sobre todo en lo de Vecinos. Ahora ya se aficionaban hasta en los pisos sesenta. Se notaba en seguida cuando tu vecino se transformaba en Vecino. Empezaba a vestirse todos los días con su mejor ropa, e incluso su mujer sólo sacaba a pasear al perro si iba vestida con un traje de noche. O, al contrario, en minifalda y con un montón de pintura encima, algo parecido a un vulgar maquillaje teatral.

—¡Reacciona! —gritaba la mujer—. ¿Sabes una cosa? ¡Eres inofensivo!

«En eso te equivocas —pensó Hertz—. Es tan mordaz como tú, querida. Incluso cien veces más. Tú no has leído su artículo, yo sí. Y con mucha atención. Tú eres la única que intenta clavar los dientes a los demás. En primer lugar, en tu ex marido. Y él, tu ex marido, no enseña los dientes, lo único que hace es corroerse por dentro. Ésa es la gran diferencia entre vosotros».

—¡En poco tiempo te vas a convertir definitivamente en un pálido! ¡Me das asco!

«¿Y crees que tú eres mejor, o qué? Chillas como un taladro eléctrico. Qué pena no tener un botón para apagarte». Saveliy suspiró.

—¿Por qué estás tan callado? Te da vergüenza, ¿verdad? ¿No dices nada?

«Claro que le da vergüenza, de ti. Y claro que está callado, si no le dejas meter baza».

—¡Fin! ¡Me voy!

«Tenías que haberte ido hace tiempo. Lárgate. Engánchate a Vecinos, les encantan este tipo de escenas. Cuanto más escándalo, mejor, más aumenta la audiencia. Ésas son las palabras y los regalos de los patrocinadores».

Hertz miró por la ventana. El siglo xxii se tambaleaba. El espacio estaba peinado por las líneas verticales de los tallos, en la penumbra nocturna los brillos jugaban sobre sus copas, y entre los tallos ardientes se abrían fuegos de todos los colores, miles de ellos, y los hologramas parpadeantes de los

anuncios publicitarios, y los coches que corrían sobre la joroba de los puentes elevados, y por encima los helicópteros, y más arriba todavía, los cielos tintados.

«Hace cien años todo era distinto —reflexionó Saveliy—. ¡Oh, pasado primitivo y duro! ¡Sanguinario y represivo siglo xx! ¡Oh, siglo xxi de desórdenes y fuerzas mayores! La gente era adusta y directa, nada de conflictos familiares, ni gritos, ni de histéricos afeminados, nada de ocio mezquino ni viajes turísticos a lugares donde a todos se les garantiza un estado de ligereza en todo el cuerpo.

»A los hombres con frecuencia les tira el pasado. A esos benditos tiempos sin complicaciones en los que se podía agarrar a un amigo por los pelos en silencio y tironearlo un par de veces. Para estabilizar la comodidad psicológica personal.

»O para dejar de alimentarla —continuó reflexionando Hertz—. Un día sin comer, dos, y al tercero tu personalidad está totalmente tranquila y sometida».

Cerrando tras de sí la puerta a su esposa —más exactamente, la esposa la cerró de golpe—, Gosha entró en la cocina arrastrando los pies, encorvado, con los ojos llorosos. Cogió dos vasos de la estantería y sirvió un poco de coñac en cada uno. Bebió sin decir nada, y luego meneó la cabeza de un lado a otro.

—Veintidós años juntos. Dos hijos ya adultos. Nueve habitaciones. Piso cincuenta y cuatro. ¿Qué más necesita?

Saveliy guardó silencio. No quería hacer el papel de árbitro y tampoco deseaba ser utilizado como paño de lágrimas. Todo esto ya había ocurrido muchas veces.

Gosha volvió a servirse y, haciendo un esfuerzo, dijo:

—Bebe.

Saveliy volvió la mirada hacia la manzana roja. Estaba sana. Todo lo demás —el mantel, el aliento del colega borracho que tenía sentado enfrente, el aire mismo de la cocina estaba enfermo.

—Ya he bebido bastante por hoy —respondió—. No quiero beber más. ¿Para qué me has llamado?

Gosha Degot frunció las cejas y suspiró profundamente unas cuantas veces. A Saveliy le dio pena. A pesar de todo, seguramente Gosha fue un guerrero y luchaba como podía, con todas sus fuerzas. Pero llegó un momento en que las fuerzas lo abandonaron.

—Perdona —farfulló Gosha—. No ocurre nada especial. Sólo quería... no sé... estar un rato juntos, hablar... El diablo sabrá lo que se está cociendo... en general... —Se puso de pie, volvió a sentarse, agarró la botella, y luego, decididamente, la apartó y se quedó mirando a Hertz.

—Lo tienes jodido —observó precavidamente Saveliy.

De repente, Gosha empezó a reírse malévolamente.

—¿Yo? Yo estoy perfecto. Tengo esto —dijo, señalando la botella—. Eres tú el que lo tiene difícil, Saveliy. Tú no tienes esto.

—No tengo necesidad.

Gosha entornó los ojos.

—Eso me da miedo.

—¿De qué vas?

—Bebe. Con un amigo y colega. Bebe.

—No lo haré.

—¡Bebe! —gritó Gosha, empujando bruscamente el vaso hacia Saveliy—. Bebe y punto.

Durante unos instantes Hertz permaneció sentado, inmóvil, y después obedeció y vació el vaso de dos tragos.

—¿Satisfecho?



Gosha Degot no apartaba los ojos de él.

—Todavía no lo sé. Esperaremos —dijo entre dientes.

—No va a pasar nada —sonrió Hertz—. Estoy limpio.

Gosha guardó silencio, después resopló sonoramente. Saveliy se relajó de repente, o mejor dicho, lo relajó el alcohol, y dio unas palmaditas en el hombro a su amigo.

—Tranquilízate. ¿Me has llamado para comprobar si consumo pulpa de tallo?

—No —contestó tranquilamente Gosha, y bajó la mirada—. No es por eso.

—Entonces, ¿para qué?

—Ya te lo he dicho, para estar un rato juntos, conversar.

—Bueno, pues hablemos.

—Ya lo estamos haciendo.

Gosha sonrió maliciosamente. Tenía el pelo revuelto, estaba demacrado, mal afeitado. Era presa de una enfermedad tan antigua como el mundo. «Si yo fuera su mujer —pensó Saveliy—, también le montaría escándalos. Y al final me largaría. La casa está sucia, llena de polvo, huele a comida, a comida mala y grasienta. Cuando en una casa huele a comida, es que es anticuada, porque eso altera la comodidad personal. ¿Cuánto bebe este niño que estuvo mimado por la fortuna, autor del bestseller *Yo soy su vecino*? El alcohol cuesta mucho dinero. En nuestros tiempos era un mal sólo de ricos. Como hace trescientos años lo era la gota. Los ciudadanos pálidos no beben vodka, ya tienen la pulpa de tallo».

—Por cierto —anunció la víctima de la enfermedad de los ricos—, di a los nuestros que no iré al banquete.

—Sí vas a ir —lo cortó Hertz—. Y no sólo irás, sino que irás sobrio, con esmoquin y con tu mujer. Todos van, y tú también irás.

Gosha negó con la cabeza y maldijo con una grosera imprecación.

—Irás —repetió tranquilamente Saveliy cruzándose de piernas—. Son órdenes del jefe.

—Me traen al paio las órdenes del jefe —farfulló Gosha, igual de tranquilo—. El jefe tiene el culo de plástico y el estómago de goma. Tiene cien años, vive en su mundo...

—Te equivocas —lo interrumpió Hertz—. Ahora el jefe soy yo. Yo sólo tengo cincuenta años y mi culo es natural.

Contrariamente a lo esperado, Gosha Degot apenas reaccionó. Simplemente se quedó asintiendo con la cabeza. «Ni siquiera me felicita —pensó Hertz—. Yo también soy un compañero. Pero ¿qué se puede esperar de un borracho?».

Se animó y continuó:

—Además, señor Degot, precisamente en el banquete va a empezar para ti una nueva vida. Te voy a dar tanto trabajo que no te quedará tiempo para el vodka. Serás mi mano derecha.

—Y Bárbara la izquierda —dijo Gosha con voz cansada.

—No. Bárbara se ocupará de las finanzas.

—Claro. Se sobrentiende.

—Dentro de dos años te mudarás a un sitio decente. Te lo garantizo. Digamos, por ejemplo, a la torre Plan de Putin. A un piso sesenta y ocho. Y eso será solamente el principio. Vamos a reorganizar el trabajo. Seremos más entretenidos, más floridos y divertidos. Aumentaremos la tirada y la cantidad de módulos publicitarios. Nosotros dos juntos, amigo, dejaremos a nuestros nietos en herencia una residencia de quince habitaciones en los niveles ochenta...

—¿A nuestros nietos? —preguntó irónicamente Gosha, acercándose la botella—. Tú ni siquiera tienes hijos.

—Espero tenerlos.

—Un plan excelente. ¿Lo sabe Bárbara?

—Todavía no.

—Se alegrará.

—Eso mismo pienso yo.

—Sólo espero que esto no cambie nada.

—¿Y qué tiene que cambiar?

—Nada —contestó secamente Gosha—. Sólo que estoy bajo la impresión de una conversación con la madre de mis hijos. Las mujeres son criaturas especiales. Nunca quieren cambiar nada. Aceptan el mundo tal como es. Se adaptan, y exigen eso mismo de los hombres. Tú has cambiado mucho, Saveliy. Recuerdo que eras otro. Un tipo malo. Querías cambiar algo. Pero ahora tienes a tu Bárbara y ella te ha transformado...

—Déjalo ya.

Gosha soltó una risita burlona.

—¿Dejarlo? Sólo te falta decir que yo perjudico tu comodidad psicológica personal.

—No se trata de eso. Simplemente que Bárbara no tiene la culpa de nada.

Gosha asintió.

—¡Tienes razón! Perdona. Bárbara no tiene la culpa. —Se pasó la mano por la cara—. No me hagas caso. ¿Lo ves, Saveliy?... No sé... Hay que... Siempre te he tenido cariño. Te he valorado y respetado. Quiero que lo sepas. Yo soy periodista, pero no soy una persona empática, soy un solitario, en mi entorno siempre ha habido pocas personas... Mis seres queridos son mis hijos... tú... y nadie más. ¿Entiendes?

—Entiendo, pero no del todo. ¿Qué es lo que quieres decir realmente?

—¡Nada! —chilló Gosha—. Simplemente necesitaba que precisamente hoy escucharas esto de mí.

—¿Ha pasado algo?

—Nada, absolutamente nada. Por cierto, tú... Bueno, acepta mi enhorabuena.

—Yo no quería —dijo Saveliy, utilizando un tono de voz oficial—. Pero el viejo insistió.

—El viejo, claro... —farfulló Gosha—. Él a cualquiera... Así que tú eres el jefe. Eso es maravilloso, la mejor noticia... Es lo mejor que puede uno imaginar. Especialmente hoy. Para mí es una señal...

«¿Cuánto habrá bebido?», pensó Hertz. Y sin poder contenerse, estiró la mano y cogió la manzana. Al instante se asustó. Resultó que la manzana era un adorno de plástico.

—Es hora de irme.

—Quédate un minuto más —suspiró Gosha Degot—. Sólo siéntate. Eres un buen hombre, Saveliy. Mañana todo será distinto, para ti y para mí. Tú te convertirás en jefe y yo... —Se interrumpió—. Bueno, seguramente también me convertiré en alguien... En cualquier caso la vida continúa. La hierba crece. Todo va sobre ruedas. Los chinos trabajan. Nadie, como dicen, debe nada a nadie. Perdóname, ¿vale?

—¿Por qué?

—Por todo. Yo perdono a mi esposa. Es una mujer que no sabe controlarse, pero tiene razón. Soy un debilucho, yo mismo me he puesto contra las cuerdas.

—Vente conmigo —le propuso Saveliy—. Pasarás la noche en mi casa. No me gusta cómo estás. Hoy ya te has emborrachado y mañana lo vas a pasar mal. Y mañana es un día intenso e importante.

—No te preocupes —dijo Gosha—, todo irá bien. Saluda a Bárbara de mi parte.

Una vez en la puerta, tomó a Saveliy de los hombros, tiró fuertemente de él y lo abrazó. Lo impregnó el olor de su amigo, a coñac y salsa de soja. Saveliy palmeó con prevención sus enjutos y temblorosos omóplatos.

—Aguanta. Mañana va a cambiar todo.

—Lo sé —respondió en voz baja el colega borracho—. Y de qué manera.

Al cabo de cinco minutos, Saveliy, atormentado por la culpa —le parecía que había hecho muy poco para despabilar al abatido borrachín—, llamó a Gosha desde el coche.

—¿Seguro que estás bien?

—¡Más que bien! —Su voz sonaba firme, sobria e incluso un poco brusca—. ¿Sabes una cosa? No te preocupes por mí, respetado señor redactor jefe. Preocúpate de ti.

Saveliy se despidió desalentado, miró la hora y aceleró. Sin embargo, los alcohólicos son gente difícil. Dicen que ahora incluso está de moda contar entre los amigos a un auténtico alcohólico crónico. Dicen que si beben mucho empiezan a apuntar con el dedo a su interlocutor, y a decirle cosas poco convenientes pero que son verdad. O se ponen a llorar y se declaran enamorados de forma incoherente. O empiezan a reconocerse culpables de malas acciones que cometieron, supongamos, hace quince años.

• • •

Hasta la siguiente autopista en un puente elevado había casi tres kilómetros por una carretera oscura, llena de agujeros y charcos, que pasaba entre casas antiguas de la época en que empezaron a construir edificios altos. Hertz iba pensando que hasta para este barrio pobre, superpoblado de pálidos, la oscuridad era excesiva. Era como si hubiera habido una avería y las farolas de la calle se hubieran apagado de golpe. Grupos de gente aparecían y desaparecían, y por alguna razón todos se apiñaban junto a las paredes. Sólo había hombres, todos vestidos con ropa oscura, capucha, cuello alto y las manos metidas en los bolsillos. Casi todos fumaban. Rostros pálidos. De repente uno se apartó de los demás y cruzó la calle corriendo.

—Eh, tú, cabrón —gruñó Saveliy, girando el volante y presintiendo algo desagradable, como una amenaza directa a su comodidad psicológica personal.

En ese instante sus presentimientos se esfumaron: delante de él brilló cegadoramente algo amarillo-blanquecino. El destello iluminaba la calle en un radio de cien metros, y resultó que las personas que estaban apiñadas contra la pared eran muchas, quizá varios cientos de ellas. Un instante después se oyó una explosión. El coche tembló, pero Saveliy no perdió el control. Frenó e intentó ver algo. Durante un segundo o dos no pasó nada. Después empezó a descender una sombra desde arriba, en diagonal. Algo enorme iba cayendo poco a poco, ocultando el cielo y las distantes hogueras. Hertz no entendía nada, pero instintivamente escondió la cabeza entre los hombros. La sombra se torció ocultándolo todo. Un tallo, comprendió finalmente Saveliy, ¡estaban tumbando un tallo! La tierra crujió, el ruido del golpe fue prolongado y desagradable. El cuerpo estrecho y escamoso se derrumbó atravesando la calle a unos veinte metros. El asfalto reventó en pedazos y una nube de polvo salió disparada al aire.

La gente salió corriendo hasta que la serpiente de trescientos metros dejó de balancearse. Rugieron motores, y de los callejones salieron automóviles con los faros apagados. Nadie hablaba, sólo se oía el

estruendoso pataleo de muchas piernas corriendo. No miraban a Hertz. Una persona cayó y otra saltó por encima de ella deportivamente. En general, la mayoría de los corredores demostró estar en una forma física excelente, y llamaba la atención su capacidad de organización: a medida que se acercaba al tallo derrumbado la multitud se dividía en grupos más o menos iguales. Las máquinas iban hacia la parte delantera de la planta, los peones se situaron en el centro. Rugió una sierra mecánica portátil, después otra, y otra más, y sus temblorosos aullidos se fundieron en un coro salvaje.

Hertz permanecía sentado sin moverse, hipnotizado por el espectáculo. Sin embargo, algo lo devolvió a la realidad: llegaron dos tipos de anchos hombros con unos tubos de hierro, y con unos cuantos golpes certeros le rompieron los faros delanteros. Saveliy tuvo la cordura de no abandonar la seguridad del interior de su coche, y los malhechores evidentemente perseguían una meta absolutamente práctica, así que, apartando el obstáculo, corrieron a unirse a los demás.

Al acabar su trabajo, los de las sierras portátiles recogieron su instrumental y salieron disparados en medio de la oscuridad. A su encuentro acudían otros con cubos e incluso con arcaicas carretillas de una sola rueda. Empezaron a desfilar machetes, hachas y palas. Cubos enteros se iban pasando de uno a otro en cadena. Algunos, cogiendo con las manos los pedazos más grandes y carnosos, se los metían allí mismo en la boca, lo que resultaba de lo más repugnante.

En las casas empezaron a iluminarse las ventanas. A los pocos minutos dieron buena cuenta de la parte superior del tallo, y unos coches negros, haciendo rugir los motores, se esfumaron en la oscuridad. La multitud de a pie se iba diluyendo, llevando consigo cubos rebosantes, palanganas y barriles pequeños. A lo lejos ya aullaban las sirenas de la policía, por el oeste se acercaban los helicópteros, persiguiendo los conos de luz que ellos mismos proyectaban. El tallo estaba descuartizado. Quedaban sólo trozos deformados de la corteza y larguísimas hebras de fibra, gracias a cuya singular estructura la antena viva siempre permanecía vertical, cediendo solamente al empuje de un viento fuerte. Entre los restos pululaban ahora, como deslizándose, unos seres arrugados pertenecientes a las filas de los no organizados: se metían la pulpa en los bolsillos, en bolsas y sacos miserables, y al mismo tiempo tragaban, ahogándose, untándose una masa de color pardo por las mejillas, lamiéndose los labios, entornando los párpados y estremeciéndose furtivamente.

Hertz volvió en sí y empezó a maniobrar con el coche.

Los helicópteros se acercaban, pero aún tenía una oportunidad. Apretó el acelerador todo lo que pudo, pidiendo a Dios no atropellar a ningún herbívoro distraído en la oscuridad, y a los pocos segundos ya estaba lo bastante lejos. En el cruce supuestamente tenía que reducir la velocidad. Desaceleró, y en el siguiente semáforo apretó el freno tranquilamente. Por el espejo del retrovisor vio cómo llegaba al lugar del delito toda una jauría de coches policiales blindados. Por encima de ellos sobrevolaba el segundo grupo de helicópteros, esta vez de la televisión.

Pensó que había salido del atolladero cuando de repente casi soltó un grito de sorpresa: pegado al techo transparente aparecía pegado un rostro contraído de miedo.

• • •

Tardó en darse cuenta de que era una mujer, casi una chiquilla, bien vestida y muy asustada.

Miró a su alrededor. No vio nada sospechoso. Ese lugar no era apropiado para una emboscada, había farolas por todas partes y en el poste más cercano colgaba el aviso de una cámara de vigilancia de la policía. Abrió la puerta. Respirando con dificultad, la chica entró en el coche, metiendo primero la

cabeza, evidentemente sin pensar en la impresión que causaba desde fuera. Después introdujo unas piernas largas y apretó contra su barriga desnuda un bolsito de ganchillo.

El semáforo cambió a verde y Hertz arrancó.

—¡Qué horror! —suspiró la pasajera, y soltó una risotada.

Sólo las chicas jóvenes y despreocupadas pueden pasar tan pronto del miedo a la diversión. En ese instante Saveliy se relajó, y cuando salieron a la autopista, donde ya podía poner el piloto automático, soltar las manos y emborracharse con agua Baikal Extra Premium, también empezó a reírse. La aparición de esa intrigante desconocida de rodillas redondeadas, que seguramente no llegaba a los dieciocho, ciertamente se podía considerar como el acorde final de un día de locura. Era su premio, el premio de Hertz.

—¿Va huyendo de algo? —preguntó él.

—Sí —respondió amablemente la chica—. Muchas gracias.

—¿Hacia dónde se dirige?

—¡Adonde sea con tal de salir de aquí! Hace tiempo que no veía algo tan horrible.

Hertz se las ingenió para poner cara de que no entendía nada.

—¿Horrible?

—Bueno, pues los helicópteros... y todo lo demás.

Le preguntó qué había ocurrido exactamente, de dónde habían salido los helicópteros, y recibió un confuso relato sobre el abatimiento del tallo.

—¡Fue un horror! —exclamó la joven cogiendo la botella de agua de Saveliy—. ¿¿Usted no lo vio?! ¡Era una multitud de ninjas negros con cubos! ¡En cinco minutos no han dejado más que la cáscara!

Desde luego, no tenía el don de saber relatar. Escogía las palabras despacio, y cada palabra elegida resultaba ser la más aburrida, vulgar o simple.

El final de su expresiva novela no le gustó nada a Hertz. Su compañera de viaje metió una mano en el bolsito y sacó un pedazo de tamaño considerable envuelto en un papel higiénico de plástico.

—Aquí está —anunció la chica—. ¡Buf!

—Vale, vale, vale —dijo Saveliy, frunciendo el ceño—. De eso no habíamos hablado. No quiero ver eso aquí. Abra la ventana y tírelo.

—Venga, hombre. Todos la comen.

—Para empezar, todos no —replicó Saveliy—. Ni siquiera la mayoría. En segundo lugar, puede que yo sea millonario. En tercero, es que simplemente no está bien. Una mujer tan culta y educada como usted...

—¡Bah! De millonario, nada. Usted es un tipo conocido, arquitecto o algo así... No sé, un personaje importante... Lo he visto. Por televisión.

—Eso fue hace mucho tiempo —contestó tranquilamente Hertz—. No soy arquitecto.

—¡No, ni millonario! Yo he oído que toda esa gente famosa... toman pulpa. Sólo que no cruda. En concentrados, tabletas...

—Posee usted unos amplios conocimientos —farfulló Saveliy.

—No se burle.

—Pues deshágase de esa porquería. La pueden meter en la cárcel sólo por posesión. Y a mí por connivencia.

—A nadie lo ponen a la sombra por posesión.

—Ya lo verá.

—Hablo en serio. —La chica olió el contenido del papel.

Quedó claro que era una gran consumidora. Además, Hertz lo sabía con exactitud, la pulpa cruda no huele a nada.

—Por la hierba no te encierran —repitió la joven herbívora—. Me lo dijo un «amigo». Él mismo estuvo allí, en la cárcel. Hace ya mucho que no encierran a nadie por la hierba. Al contrario, allí la consumen todos, hasta los vigilantes.

—No puede ser. Las cárceles están conectadas al proyecto Vecinos, donde hay teleobjetivos por todas partes...

—En casi todas partes, sí, pero no en todas —manifestó con un tono maduro la chica.

—Así que tiene usted un «amigo».

—¿Qué puede hacer una chica decente sin «amigo»?

—Todo.

—Entre paréntesis, es muy agradable. No me pone un dedo encima. Me lo ha enseñado todo.

—¿También le ha enseñado a comer hierba?

—¿Qué tiene de malo? —manifestó la chica en un tono divertido—. Ya veo, usted no es arquitecto, es un tío sombrío. ¿Sabe usted cómo se debe zampar?

—Consumir —la corrigió Hertz.

—«Consumir» —replicó su compañera de viaje con condescendencia— se utiliza para los narcóticos. La hierba se come. ¿Sabe usted cómo lo hacen?

—No tengo ni idea —respondió con firmeza Saveliy—. ¿Qué se requiere, una habilidad especial?

—Pues claro. ¿Cómo se llama?

«Se me ha adelantado», se dijo a sí mismo Hertz, y se presentó.

—Yo me llamo Ilona. Ya nos conocemos. Por cierto: gracias.

—No es nada.

—Si no hubiera sido por usted ya estaría en la cámara de infectados. Tendría que llamar a Moisés. Por supuesto, él me habría sacado de allí inmediatamente, pero después... —La chica suspiró—. No le gustan estas cosas, que me pillen en alguna historia... A él le gusta que todo se haga con discreción.

—Lo comprendo muy bien. ¿Adónde la llevo?

—A ninguna parte, no hace falta. Puedo bajarme aquí mismo. Tomaré un taxi. Claro que no tengo dinero, pero... Conozco a unos tíos que me llevarán por amistad.

—Si quiere, puedo prestarle algo.

La chica se rió.

—Eh, oiga, ¡no se debe dar dinero en préstamo! Eso sí que es un verdadero delito. Cien veces peor que estar en posesión de pulpa de tallo. Por eso sí que lo pueden encerrar. A usted y a mí.

Le resultó difícil pronunciar la palabra «delito».

—El préstamo está permitido en pequeñas cantidades —manifestó con grandilocuencia Saveliy—. Undécima enmienda a la Constitución.

—Yo de esas cosas no entiendo. Y no pienso meterme en deudas. Yo no debo nada a nadie. Me echaría un cigarrito.

—Fume —le permitió Saveliy.

—No —respondió con contundencia la chica—. En su coche no se fuma, se nota en seguida. Entre paréntesis, no soy una cualquiera. Tengo mis principios.

—Usted me quería enseñar. Lo de la hierba.

La chica se quedó pensativa, miró a Hertz, y dijo seriamente:

—Si hasta ahora no le ha enseñado nadie, no seré yo la primera en hacerlo. Que le enseñe... esto... cualquier otro... Vale, le enseñaré, le va a gustar. Le gustará y empezará a vivir una vida totalmente distinta. Esto es cosa seria.

Saveliy asintió.

—Estoy listo. Me encantan las cosas serias.

La chica sonrió.

—¡Váyase al diablo! No lo haré.

Ambos guardaron silencio. Él miró a la carretera y después a la chica. Estaba sentada junto a la ventanilla lateral.

—En dos palabras —insistió Hertz cortésmente—. Sólo teóricamente.

—Es mejor en la práctica.

—Excluido. Dejémoslo reducido a una clase de introducción. Soy todo oídos.

La chica volvió a reírse.

—¿Cuántos años tiene?

—Cincuenta.

—¿Y no sabe nada de esto?

—Lo juro.

—¡Oh, Dios! Y además es arquitecto. Bueno, preste atención: hay tres reglas principales. Primera: agua. Si come hierba necesita beber agua, y cuanto más, mejor. No beba café, ni té, ni zumo, sólo agua pura. Si come una dosis, beba inmediatamente. Cuanto más beba mejor se lo pasará.

—Está claro —asintió Saveliy.

—Usted tiene aquí, en el asiento trasero, cinco o seis botellas de agua cara. También bebe mucho. Ahora todos beben agua sin cesar porque está de moda. Para que lo sepa, esa moda la sacaron los que consumen pulpa de tallo.

—No puede ser. ¿Cuál es la relación?

—Muy sencillo. Todos beben, tanto los que comen hierba como los que no. Por eso el que consume no llama la atención. ¿Entiende la maniobra?

—Vaya locura. Así que es eso.

—Segunda regla: hay que distinguir entre fase de movimiento inicial y fase de salida...

—No voy a ser capaz de recordar todo eso —la interrumpió despreocupadamente Saveliy—. Tengo que anotarlo.

La chica se rió.

—Aquí no hay nada que recordar. Al principio usted experimentará el movimiento inicial. Todo resulta muy divertido, y sobre todo moverse, andar. No tendrá ganas de conversación. Pereza. Y después sexo, en el momento preciso. Es un sexo, por cierto, muy interesante...

—¿En qué?

—Bueno... —La instructora se cruzó de piernas y se quedó pensando—. No es tan fácil de explicar. Usted mismo lo entenderá. En general, la fase de movimiento inicial dura alrededor de doce horas. Depende de la dosis. Después hay que acostarse y dormir. Al despertar empieza la fase de salida. Es mejor incluso que la de movimiento. Uno no quiere nada, ni siquiera sexo. En cuanto te despiertas hay que beber mucha agua de inmediato. Y después tienes todo el día hasta que desaparece...

—¿Un día entero para qué?

—Para la fase de salida.

—¿Y qué hay que hacer ese día?

—Nada. Pero usted no puede estar sin hacer nada. Ya se lo dije: uno no quiere hacer nada. Da pereza hasta ver la televisión. Usted se queda sentado, o tumbado, o de pie, y simplemente disfruta de la alegría en su forma más pura.

—Vale. Entendido.

—Bueno —suspiró la chica—, ahora ya lo sabe todo.

—¿Y la tercera regla?

—Es verdad, mira que soy tonta. —La compañera de viaje de Hertz se rascó la cabeza—. Cómo tengo la mollera. Es porque me he puesto nerviosa. Tercera regla: referente a la comida. Si masca pulpa puede que no quiera comer comida normal en absoluto. Porque no se tiene apetito. La pulpa es de por sí comida. Pura... esto... he olvidado la palabra... ¡Ah, caloría! Una cucharadita y tienes reservas de energía para dos días. Pero algunos comen, por costumbre o porque son unos tragones. Pero si comes, puedes tomar de todo menos carne animal. La carne está prohibida. En general, nada graso. Tampoco pescado.

—¿Por qué?

—Porque sencillamente no entra. Y si alguien es capaz de mascar y tragar, eh... ¿cómo era esa palabra?... Ah, no lo va a digerir. El organismo no lo acepta, para resumir. La carne la comen sólo esos —la chica señaló con un dedo hacia arriba haciendo un gesto de asco—, los antropófagos, los que no consumen hierba por principio. Los escrupulosos de los pisos altos, éstos que no saben pasarlo bien.

—¿Debo deducir que yo también soy un antropófago?

La herbívora suspiró, cambió de postura y analizó a Hertz de arriba abajo.

—En principio, sí. Pero usted no parece un caso terminal.

—Gracias —sonrió Saveliy—. ¿Y qué aspecto tienen los antropófagos terminales?

—Usted lo sabe bien —contestó la chica, acalorada—. Vive entre ellos. Piso ochenta y uno u ochenta y dos, ¿a que lo he adivinado?

—Sesenta y nueve —respondió Hertz sin inmutarse—. Pero trabajo en un piso ochenta y tres.

—¡En el nido mismo! Allí todos comen carne, son malvados y taciturnos. Trabajan, andan de prisa todo el día. No dejan vivir a los demás. No saben pasarlo bien.

—Bueno, yo creo que sí sé.

—¡Eso es lo que le parece! Los antropófagos no saben alegrarse. Por algo son antropófagos. Sólo sabe alegrarse el que de la tierra aspira a subir al cielo, y el que no molesta a nadie.

—Bien dicho. —Hertz asintió con respeto—. Querida Ilona, la conversación con usted, por así decirlo, ha suscitado en mí...

—Venga ya. —La chica sonrió avergonzada—. Ya lo entiendo. Lo siento. Todos me dicen que hablo demasiado.

—Dentro de dos minutos salgo de la carretera.

—Entonces, pare al girar. Aquí tiene mi teléfono. Pero... tiene que llamarme, ¿vale? Todos se van a morir de envidia cuando se enteren de que tengo un conocido que es arquitecto.

Lanzó a Hertz una mirada amistosa.

—Espere. —Saveliy desconectó el piloto automático y frenó—. He oído que si se consume hierba no se debe tomar alcohol.

—¿Por qué? —preguntó la chica, sorprendida—. Se puede, pero sólo un poco. Si se bebe mucho,



uno se siente mal. Pero un poquitito de vino o de cerveza... ¡Por favor!, eso es inofensivo. Pero ¿para qué tomar vino si uno está de maravilla?

—Para estar mejor todavía.

—Es usted divertido. Sencillamente debería probarlo. Una sola vez.

—No debo nada a nadie.

—No me refiero a eso. —La joven herbívora ignoró indolentemente el tema—. Si algún día come hierba —dijo, enfatizando la última palabra, como si estuvieran hablando de faisanes rellenos de caviar negro—, se va a sentir mejor que en ningún sitio. ¿Está claro?

La chica salió del coche, después se inclinó hacia la ventanilla y sonrió a modo de despedida. Tiró un envoltorio en el asiento.

—Esto es para usted. De recuerdo. No se lo coma entero. Ya me lo devolverá.

Alejándose de la autopista, Hertz frenó un poco, giró el volante dejando el coche muy pegado a la valla de protección, y tiró el paquete en la oscuridad.

Se suponía que las cámaras de vigilancia lo grababan todo: la matrícula del coche y la cara del conductor. Mañana en su cuenta bancaria habría una salida de dinero correspondiente a una multa altísima por haber tirado basura fuera de los lugares asignados para ello. Pero el paquete del delito volaba hacia abajo desde una enorme altura. El viento la arrastraría a su paso y aterrizaría en algún lugar de un tenebroso callejón, ojalá que a los pies de un habitante pálido de los niveles más bajos. A ojo de buen cubero ahí debía de haber unos cien gramos, suficiente para comer dos meses.

La chica no era común y corriente, teniendo en cuenta que se había desprendido indolentemente de una cantidad importante de ese veneno. Sin duda su «amigo». Moisés le proporcionaba algo más interesante, quizá la sustancia sin destilar...

«Que Dios los bendiga —pensó él—. Cada uno vive como puede. Cada uno come lo que le apetece. La maldita desdicha verde ha cambiado totalmente nuestra vida. La juventud ya ni siquiera sospecha que hubo un tiempo en el que todo era distinto. La gente no se arrastraba como bichos del bosque al pie de las plantas. La juventud no entiende hasta qué punto nos hemos rebajado. Nos creíamos reyes de la naturaleza, y la naturaleza se ha reído sin compasión de nosotros. Nos ha puesto en nuestro lugar. Ahora sólo nos queda mirar cómo unos académicos con una enorme frente discuten en directo dejando ver la espuma que les sale de la boca».

Hacía unos días, recordó Hertz, un talento desconocido había escandalizado a la opinión pública pegando en los pisos cincuenta hojas conteniendo un resumen de un concepto absolutamente novedoso: la hierba por alguna razón había sido introducida ciento cincuenta años atrás en los laboratorios secretos de la KGB con el fin de solucionar el problema de la alimentación (sí, señores, en Rusia había ese problema), pero posteriormente la genial idea fue declarada secreto, ya que el ciudadano satisfecho no se somete fácilmente a las órdenes de los tiranos. Sin embargo, un grupo de entusiastas, por su cuenta y riesgo, guardó parte de las semillas para las futuras generaciones. Y así, las mencionadas semillas, de alguna manera, cayeron en tierra fértil y crecieron. De esta forma los ciudadanos más pobres tienen de qué alimentarse y no tienen que preocuparse...

«Muy propio de nosotros: concedernos indulgencia de parte de nuestros antepasados muertos —pensó con enojo Saveliy—. Que Dios los acompañe. Que Dios los acompañe. Sobreviviremos».

## Capítulo 8

A Saveliy siempre le había gustado su vivienda. Tenía una distribución excelente y un ambiente muy agradable. Y llegar aquí por la noche, después de un día tan cargado de acontecimientos, le pareció maravilloso. Durante muchos años el dueño de la casa lo había dispuesto todo de la mejor manera posible. En cualquier punto del apartamento cualquier objeto necesario se podía alcanzar simplemente estirando la mano. Empezando por los viejos libros de papel (unas cuantas decenas de ellos se los había regalado en su juventud Garri Godunov) y acabando por unos armarios empotrados, ubicados aquí y allá, en los que guardaba agua mineral fría Baikal Extra Premium. Pero ahora Hertz lo miró todo con ironía. Sí, era un apartamento acogedor, pero de ninguna manera se ajustaba al estatus del jefe de redacción de una conocida revista. Los jefes de redacción de revistas famosas no vivían tan modestamente. Los jefes de redacción de revistas famosas no tienen taburetes de plástico y no se les enredan entre las piernas unos pensativos ciberaspiradores que agonizan moralmente, además de sufrir permanentemente de fallos en los programas. Y para rematar, en los apartamentos de los jefes de redacción de revistas famosas no huele a comida.

Puso en marcha el aspirador apretando con la pierna —quería hacerlo de buenas maneras, pero resultó que le salió con mal humor—, y el tonto del robot, chirriando, se encerró ofendido en su rincón sin que le diera tiempo a acabar de limpiar el polvo de los zapatos del jefe de redacción.

Esa misma mañana los zapatos le habían parecido a Saveliy el paradigma de la elegancia, pero ahora se daba cuenta de que el tratamiento de la piel era bastante mediocre.

La voz de la novia del jefe de redacción se oyó a lo lejos, informándolo de que estaba ocupada.

Hertz la encontró en el tocador. Bárbara estaba sentada delante del espejo, poniendo el programa de maquillaje alucinante. En ese momento, el supermoderno aparato funcionaba en el programa «Barbie». Bárbara, que de natural tenía el pelo castaño, la piel blanca, y un perímetro facial en forma de triángulo, parecía ahora una muñeca de carne y hueso: labios fruncidos, ojos como platos, pestañas, colorete y una espesa mata de cabellos castaños.

—Huele a comida —observó Saveliy.

—Es porque he estado cocinando —respondió Bárbara, concentrada.

—Habíamos acordado que en casa no debía oler a comida.

—Perdona. —En la voz de su novia no se percibía ningún arrepentimiento.

—A comida sólo debe oler en la cocina —insistió Saveliy—, y únicamente mientras se cocina.

—No te puedo contradecir, cariño.

Bueno, pensó Hertz, pasando por alto la observación.

—A ti no te va el aspecto de muñeca.

—Lo sé. Pero quiero probar todos los programas.

—Lo entendería si tuvieras granos, fueras bizca o nariguda.

Bárbara se echó a reír:

—Según las estadísticas, los principales compradores de este invento son hombres. Se lo regalan a sus mujeres. Imagínate, ahora abrazas a una rubia y dentro de veinticinco minutos a una castaña.

—A primera vista parece interesante —dijo Saveliy, reaccionando enérgicamente—. Pero con el tiempo uno se puede volver loco con esas cosas.

—Tú no enloquecerás —respondió, convencida, Bárbara—. Eres un tío duro. Mira, aquí está el programa ¡«Perra pelirroja sensual»! ¡Y hasta «Lady Drive»!

—Interesante. ¿Y qué es Lady Drive?

—No tengo ni idea. ¿Quieres que probemos?

—No —respondió Hertz, pensativo—. Ya he tenido bastante *drive* por hoy.

—Y dentro de un mes va a aparecer un modelo adaptado para los hombres. Te lo compraré. Aprieto un botón ¡y te conviertes en un rubio de hombros anchos y nariz romana! Vuelvo a apretar y eres un ardiente macho latino, peludo, moreno, con unos labios rojos intensos y musculoso, con el cuello un poco grasiento...

—Ya. O, digamos que puedo ser un joven tierno y arrebatado. Un estudiante en prácticas, con melena naranja y sonrisa de medio imbécil.

Bárbara interrumpió su tarea y se volvió:

—¿Qué te pasa?

—Lo sabes de sobra —respondió con calma Saveliy, dejándose caer en el sillón y estirando las piernas.

—Oh, Dios, estás celoso.

—Claro, él es un muchacho y yo no soy más que un tío duro, pero...

—¡Estás celoso! Piensas que me gusta el chico nuevo.

—Mejor no lo formulemos de una manera tan tajante. —Saveliy hizo una mueca—. De lo contrario te voy a recordar a alguien.

—¿Por ejemplo?

—Ya te digo que es mejor no hablar de ello.

—Pues ahora vas a hablar.

—Vete al diablo.

—Habla inmediatamente.

Saveliy olisqueó. Realmente olía a comida. Como a verduras cocidas. Bárbara no se distinguía especialmente por su talento culinario.

—¿Cuántos años tenía el tipo con el que te fuiste a San Petersburgo a meteros en las ruinas del Hermitage? ¿Veintinueve?

—Treinta y cuatro. ¿Y qué? Eso fue hace mucho tiempo.

—Treinta y cuatro. ¿Puedes creértelo? Treinta y cuatro. ¿De qué hablabais los dos? ¿De pañales? ¿De bombones de chocolate? Me han dicho que es totalmente pálido, de la cabeza a los pies. Más pálido imposible.

Bárbara se puso en jarras. En ese momento estaba elegante, con un corte de pelo estilo chico y unos enormes ojos de color gris ceniza.

—Sí, así fue. Estuve saliendo con un joven de treinta y cuatro años que no tenía nada en la cabeza excepto el submarinismo. Y sí, era de lo más pálido. Y lo sigue siendo. Y siempre será pálido. Sí, sí, sí. Y ahora dime: ¿qué te importa a ti esto? Era muy delgado y tristón. Estaba escribiendo un poema.

Hertz asintió con la cabeza.

—Perdona. Eso lo cambia todo. Por supuesto. ¡Un poema! Treinta y cuatro años. Submarinismo. Delgado y triste.

Bárbara se levantó bruscamente. Esto se le daba muy bien, lo de ponerse de pie en un instante. Se dirigió hacia la puerta y allí se volvió. En ese momento su pelo era de color fuego y tenía la nariz

respingona. Evidentemente estaba funcionando el ciclo de «perra pelirroja sensual», pensó Saveliy.

—Si quieres saber más, te diré que todavía lo sigo llamando. Acabó de escribir el poema. Casi. Y algo más... —El rostro de Bárbara adoptó una expresión malvada. Estaba claro que el ciclo «Perra pelirroja sensual» incluía unos ojos fulgurantes de rabia y el frunce despectivo del labio superior—. A diferencia de ti, jamás en su vida ha comido esa porquería verde. Y tú te la tragas todas las mañanas.

Saveliy asintió.

No tenía nada que alegar. No tenía motivos ni ganas.

Los redactores jefe de las principales revistas no se rebajan a los escándalos. Son semidioses. Ellos manejan los escándalos, los crean, y con ellos ganan dinero, pero ellos no participan. Es desagradable, perjudica su comodidad psicológica personal.

—¡Bárbara! Perdona. Hoy he tenido un día muy fuerte emocionalmente.

—Pues esta mañana estabas bien se oyó —desde la habitación de al lado.

—Eso fue por la mañana.

—Si te sientes desbordado, ¿para qué has venido aquí? Deberías haber ido inmediatamente al psicoterapeuta de guardia del barrio.

—Es que quería verte a ti, no a un psicoterapeuta de barrio.

—Está bien —cedió Bárbara—, te perdono. Pero no ahora mismo. Ahora no vamos a cambiar nada, ni ganas de hacerlo.

—¿Y qué te apetece, ahora?

—Salir. Sola. Sentarme en algún sitio y pensar.

—No te vayas —le pidió Saveliy—. Tengo una noticia importante que darte.

Bárbara volvió a aparecer en el dintel de la puerta, ya sin maquillaje. Hertz vio que su novia estaba triste, pero muy guapa.

—Yo también tengo una noticia —dijo ella—. Y la mía es más importante que la tuya.

—¡Vaya! ¿Y cómo sabes cuál de las dos noticias es más importante?

—Todavía no te he dicho lo que sé —respondió tranquilamente Bárbara—. Sencillamente, mi noticia es la más importante.

—Veamos.

—Estoy embarazada.

Se dio media vuelta y salió.

•••

A veces uno está sentado en el piso sesenta y nueve, a solas, al caer la noche, en su habitación, con la luz apagada, sentado en el sofá, con los brazos extendidos y mirando por la ventana. Al otro lado se cimbrean unos tallos gigantes, sin saber de dónde han llegado ni para qué (aunque hay suposiciones). Estás sentado y es como si te cayera por la cabeza agua jabonosa templada. El sesenta y nueve es un piso divertido. No estás ni arriba ni abajo. Y tampoco entre medias, ni en el centro. Empiezas a calcular el posicionamiento exacto y, después de algunos esfuerzos —no demasiado extenuantes— te das cuenta de que estás a tres cuartos por encima del piso más bajo y poco más de un tercio por debajo del más alto. Si fueras un tipo vanidoso y lleno de amor propio, esto te alegraría. Pero tú no eres vanidoso y no cuentas cuántas personas viven debajo de ti y cuántas encima. Tu única intención es determinar tu posición exacta. No con relación a los que están encima o debajo, sino con relación a ti mismo.

En eso radica todo el secreto: en determinar tu posicionamiento con relación a ti mismo.

Con relación a los otros, está todo claro. Abajo están los que excavan la tierra, abajo los constructores de motores para misiles (aunque a veces es al revés). Abajo están los tontos y los vagos; arriba, en las mismas nubes, los titanes del pensamiento y los adictos al trabajo.

Sin embargo, no quieres determinar tus coordenadas con relación a los genios o a los tontos. Tú eres genio e idiota a la vez. Ambas cosas al mismo tiempo. No quieres mirar a los demás. Siempre hay un otro. Siempre hay otro por encima de ti y otro por debajo. Si piensas en los demás todo el tiempo —quién está por encima, quién por debajo—, en un momento determinado se puede dejar de existir.

Para entender que tú existes, al caer la noche tienes que acomodarte en tu habitación, apagar la luz, colocarte en el centro del sofá con los brazos extendidos a los lados y mirar por la ventana.

Saveliy estuvo sentado una media hora, disfrutando de la inmovilidad, hasta que se dio cuenta de que quería desesperadamente permitirse tomar una cápsula. Para añadir pura alegría. Al fin y al cabo, hoy había sido un gran día, y también difícil. Histórico. Multitud de novedades. «¿Dónde están mis cápsulas? ¿Dónde está mi pulpa de tallo, la bendita séptima destilación? En la chaqueta, en el bolsillo interior».

Se levantó. Tenía sed. Quería cantar a pleno pulmón un himno a sí mismo. Cada estado tiene su himno oficial. ¿Por qué una persona cualquiera no puede tener una sencilla canción solemne, para canturrearla de vez en cuando para sí misma, para que le levante el ánimo?

«Tengo cincuenta y dos años, y francamente, no soy la última persona de esta última ciudad. Voy a tener un hijo. Voy a tener un gran trabajo, con treinta empleados a mi cargo. Tengo una gran responsabilidad encima. ¿Dónde están mis cápsulas?».

La chaqueta estaba en el pasillo, colgada en la puerta de entrada de una manera extraña: un lado estaba mucho más caído que el otro.

Se acercó y rebuscó en el bolsillo. Claro, por supuesto. Lo había olvidado completamente. El regalo de aquel loco. El Cuaderno Sagrado. Por cierto que el trabajo de edición era excelente y caro, hecho en un plástico no inflamable superdelgado, con una encuadernación que resultaba modesta y fastuosa a la vez.

Lo abrió. Le pareció que las letras estaban iluminadas y que oscilaban levemente cambiando el contorno, y algunas incluso parecía que querían saltar de la línea. Esto también le resultaba conocido. Hertz sonrió para sus adentros. Caracteres mnemotécnicos. Si lo miras dos veces, seguro que lo recordarás siempre. Sin embargo, en el Templo del Tallo Divino la cosa estaba organizada seriamente:

*Y DIJO DIOS: HE AQUÍ QUE OS HE DADO TODA PLANTA QUE DA SEMILLA, QUE ESTÁ SOBRE TODA LA TIERRA, Y TODO ÁRBOL EN QUE HAY FRUTO Y QUE DA SEMILLA. ESTO OS SERVIRÁ DE ALIMENTO.*

# Segunda parte

# Capítulo 1

—Tengo sed —farfulló Bárbara medio dormida, y con cuidado se dio vuelta hacia el otro lado de la cama.

—En seguida —murmuró Saveliy, y se levantó.

Encontró en la mesilla de noche un vaso con agua. Su mujer se irguió un poco sin abrir los ojos, extendió su mano rosada, bebió y, con un gemido de satisfacción, hundió la cabeza en la almohada.

Saveliy salió del dormitorio. A su espalda se cerró sin el menor ruido la puerta china con aislamiento acústico. La novedad le había costado una pasta, pero no importaba. Dentro de poco tiempo pondrían esas puertas en todos los apartamentos. Dentro de seis meses vendría al mundo un pequeño Hertz, así que era hora de preparar la casa para cuando apareciese un nuevo ser viviente.

En el cuarto de baño puso el ciclo de agua helada, alcanzando una temperatura tan baja que del grifo casi empezó a salir nieve natural.

Se miró en el espejo. El futuro papá no tenía mal aspecto, pero la flecha se disparó hacia arriba indicando despiadadamente que había aumentado la cantidad de arrugas mímicas (un 0,025 por ciento más por día) y que había descendido el nivel de humedad de la piel (un 0,003 por ciento menos por día); los párpados habían caído un 0,007 por ciento más, el coeficiente de flacidez indicaba un más 0,014 por ciento. En resumen, el ritmo general de envejecimiento era un 4,5 por ciento superior a la media y superior al cálculo individual en un 2,77 por ciento. A continuación empezó la lista de tratamientos recomendados, pero Hertz decidió no prestar atención. «Sí, estoy envejeciendo, no hay de qué sorprenderse. El que trabaja se desgasta».

Se miró los dientes, que anteaer se había vuelto a pintar con esmalte rojo. Se bebió un litro de Baikal Extra Premium Lux, se lavó escrupulosamente y se dirigió a toda prisa a su despacho.

De uno de los cajones de la mesa sacó una bolita verde y se la tragó.

Por la mañana era imposible retrasarse. Sin darte cuenta traspasas la frontera entre estados de ánimo y pierdes el día. La fase de salida es péfida y te embarga de prisa. Como que hace un minuto estabas despierto, dispuesto a tomarte una cápsula más, vestirse e ir al trabajo, y de repente ya no planificas nada, no te vistes y no vas a ninguna parte, y quedas colgado como en una pausa entre el segundo anterior y el siguiente, en algún lugar al lado de la ventana, bajo los rayos del sol. Para qué planificar nada, ir a algún sitio. Se está tan bien así.

Pero para un hombre ocupado, hijo del siglo xxii, la fase de salida no era necesaria. Mejor dicho, era necesaria, por supuesto. Todos saben que la salida es mucho más agradable que la fase de movimiento. Precisamente esta fase es la alegría en su forma más pura, sin ningún tipo de confusión, el placer refinado de la vida. Pero los que prefieren el segundo estado se convierten rápidamente en terminales. Les basta con unos cuantos meses. Los hombres modernos y activos no abusan del segundo estado. Comen pulpa de tallo todas las mañana y pasan todo el día en movimiento.

En estos casos es especialmente bueno consumir no menos que la séptima destilación.

Saveliy Hertz, jefe de redacción de la revista *Lo Más*, consumía la novena y la décima.

No desayunó. En principio, la novena destilación permite comer incluso carne, aunque en pequeñas cantidades, para que nadie sospeche. En general, todas las fases de purificación de la pulpa por encima

de la séptima destilación eran un verdadero progreso. Si quieres, puedes comer carne grasa. Si quieres, puedes beber alcohol. Si quieres, trabajas. Incluso puedes volverte adusto, desagradable y agresivo. Sólo que todo tu trabajo, tu seriedad y agresividad se dan en tu exterior. Dentro de ti sólo hay alegría en toda su pureza, y toda ella te pertenece a ti y a nadie más.

En vez de desayunar tomó otros dos vasos de agua Premium Lux y se dio un baño con tónico. Cuando empezó a hacer efecto el contenido de la cápsula, cerró los ojos, contuvo la respiración y echó hacia atrás la cabeza. Todo herbívoro avanzado lo sabe: el primer minuto es el más interesante. Externamente uno se dedica con ímpetu a un plan lejano. Sólo se siente una incontenible y divertida curiosidad por uno mismo, por sus procesos internos, por su fisiología. Se siente la vibración de cada célula, cómo fluye la sangre: a impulsos fuertes y cálidos por las arterias; suave y dulcemente por las venas, tal como una crema espesa que sale por una jeringa culinaria.

Uno siente que le crecen el pelo y las uñas. Sabes exactamente cuál de tus múltiples pestañas se te caerá hoy a lo largo del día.

Los nervios zumban como si fueran los cables de la corriente eléctrica. Todo resulta sorprendente y entretenido, hasta la acumulación de sudor en las glándulas.

Salió del agua y suspiró. Se reía sin hacer ruido. Éste es el primer estado, mis queridos hermanos herbívoros. El pueblo lo llama «fase de movimiento». Ésta es la novena destilación. Vale la pena cada uno de los miles de rublos que cuesta.

La última vez compró al por mayor, para tener reservas para medio año. En total, ciento ochenta cápsulas. Con descuento. Se lo ofrecieron por amistad, pero a Hertz no le gustaban los «amigos» y siempre pagaba en metálico. Por lo general, los «amigos» no insistían. Para eso son los «amigos», o una amistad total o, al contrario, una bala en la espalda.

En resumen, hasta ahora no sabía nada de los «amigos». Para eso eran «amigos», para que nadie supiera nada de ellos.

Estiró una mano por el borde de la bañera. Sin mirar, agarró el albornoz que estaba tirado en el suelo, y palpó el pequeño tomo de plástico dentro del bolsillo.

Los libros de plástico son cómodos, se pueden hojear con las manos mojadas.

El mes pasado, Filippok había escrito, por encargo de Hertz, un largo artículo sobre los textos sagrados de los herbívoros. Se puso en claro que todo el trabajo editorial de las múltiples iglesias verdes, comunidades y sectas —ya fuera el Cuaderno Sagrado de los Seguidores de Juan Cometallos o las Inmortales Tablas de la Ley del Templo de la Hierba se había hecho con la más moderna tecnología.

Cada libro llevaba insertado un microchip, aunque no para sacar pequeñas cantidades de dinero de las cuentas bancarias de los novatos ingenuos, como había pensado Saveliy en algún momento. Todo resultó ser más ladino. A través de la señal de los microchips se podía seguir no sólo la ubicación de cada tomo, sino también el proceso de lectura del mismo. Los ordenadores de los templos verdes registraban cuántas veces al día (o al mes, o al año) se abría cada tomo y en qué páginas, qué capítulo se estudiaba atentamente o cuál se pasaba por encima. El artículo de Filippok levantó un gran revuelo. Más tarde se aclaró que después de la publicación del artículo, la demanda del «malvado libro oscurantista» (término con que lo definió el Patriarca de toda Moscovia y Siberia) se había disparado. Desde las comunidades de los Seguidores de Juan Cometallos empezaron a llegar regalos a la redacción —por cierto, de carácter totalmente seglar—, como viajes a la Luna para dos en clase económica. Hertz ordenó devolverlos. La revista *Lo Más* no se mete en política ni en religión, y sólo acepta regalos de los clientes que invierten en publicidad.



Abrió el pequeño tomo y empezó a leer.

*Y así se le dijo:*

*¡Oh, hombre! Llevas cinco mil años dándote golpes en el pecho y gritando: «¡Soy una persona!». Y cuando te dicen: «Continúa», tú callas. Como si no supieras quién eres.*

*¿Eres un dios? No. Ni por un solo instante has sido Dios, y ni un solo instante lo serás. Dios destruye, Dios crea, y eso es una sola y única acción. Tú realizas miles y miles de acciones en tu intento por crear, y cada vez que empiezas a crear acabas destruyendo lo creado por ti. Y muchas otras cosas no creadas por ti.*

*¿Eres una bestia? No. La bestia mata sólo para comer. Tú matas por ideas, por diversión, por soberbia, para aliviar tus enfermedades. Y siempre encuentras miles y miles de razones para matar.*

*¿Eres una piedra muerta? No, no eres una piedra, eres un ser vivo, y por eso procreas tu descendencia de seres vivos. Y la piedra recibe de Dios el privilegio de no tener que procrear.*

*Y también se le dijo así:*

*Eres un tallo. Abajo estás arraigado, pero en lo alto eres libre. Por debajo de ti hay polvo negro; por encima, luz transparente. Tus raíces están en el polvo de los restos mortales de tus antepasados, de donde tomas la mitad de la fuerza. Tu cuerpo está en los rayos de la estrella amarilla, en una nube de la luz transparente, de donde tomas la otra mitad de la fuerza.*

*No intentes tomar sólo de arriba o de abajo. Si te privas de las raíces que abrazan los restos mortales de tus antepasados, morirás. Si te privas de la luz transparente, no podrás crecer.*

*Y después se le dijo así:*

*Tú eres un tallo y éste es tu destino: para tomar la mitad de la fuerza, abraza con las raíces lo más que puedas del polvo de tus antepasados. De sus huesos florecerás.*

*Recuerda, y di a todos, y repítelo cada día: es imposible florecer si no es a través de los huesos de nuestros antepasados.*

*Para tomar la segunda mitad de la fuerza, busca arriba la luz transparente. Yérguete lo más que puedas hacia arriba, ahí te serán dados todos los días de tu vida.*

*Y también se le dijo esto:*

*Eres un tallo, y tal como tienes dos mitades de fuerza, así también tienes dos mitades de destino. Erguirse lo más alto posible, buscar en todas partes los rayos de la luz amarilla, ésa es la primera mitad de tu destino. Convertirte tú mismo en polvo es la segunda mitad de tu destino. Transfórmate en polvo, mézclate con el polvo de los que son como tú, para que eche raíces tu seguidor, hijo del hijo de tu hijo, generación tras generación de sus descendientes, de círculo en círculo, de nacimiento a nacimiento. Tal como tú echas raíces, así las echarán en tus restos mortales tus descendientes.*

Hertz cerró el libro y lo tiró sobre la alfombra. Cada vez que intentaba leer el Cuaderno no podía pasar de unos cuantos párrafos. Después se le pasó y le quedó la clara sensación de que con ello perdía el tiempo. Pero esa sensación la tenía no porque el contenido del libro lo molestara, sino porque se daba cuenta de que lo que estaba escrito en el Cuaderno él ya lo sabía.

Sin embargo, esa misma razón obligaba a Saveliy a leer con atención regularmente —en los últimos tiempos dos veces al día, incluso más— algunas estrofas temblorosas que brillaban maliciosamente. Todas las personas analizan con más atención y agrado todo lo que saben. Un buen libro no te regala un descubrimiento, un buen libro es el que te afirma en tus propias conjeturas. Va dirigido no a tu sed de información, sino a tus temores, dándote a entender que no estás solo, que hay otros a los que también afligen las mismas cuestiones que a ti.

Cierto que Hertz no estaba seguro de que el Cuaderno fuera un buen libro. Al contrario, él lo habría calificado de malo, pernicioso. Un libro que intranquilizaba demasiado y que afirmaba algunos de los peores miedos.

El libro era incordiante. Recomendaba, por ejemplo, buscar siempre la luz de la transparencia, y permanecer continuamente bajo los rayos de la estrella amarilla. ¿Y dónde tomar esos rayos en el maldito piso ochenta y ocho? Esto era horrible. Ahí lo que se veía por las ventanas eran las copas de los tallos, siempre en movimiento, mecidos por el viento. Veinte niveles más abajo todo estaba claro: aquí tienes, hombre pálido, toda una empalizada verde inamovible; aquí la mañana, el día y la noche son iguales. La miras y siempre sabes con exactitud cuántos delgados rayos de sol y a qué hora te llegarán. En los pisos ochenta todo es distinto. Lo mismo entrecierras los ojos, feliz, calentado por la onda amarilla ardiente, como de repente la cola verde negruzca más próxima se mueve por un golpe de viento y te quita toda la luz transparente. Entonces hay que moverse, a la izquierda o a la derecha, más lejos o más cerca de la ventana, y te sientes como un perfecto idiota.

Dicen que sólo es cuestión de acostumbrarse, pero Saveliy llevaba menos de un mes viviendo en el piso ochenta y ocho y todavía no se había acostumbrado.

El viejo había dicho: «Dentro de un año te mudarás a un piso más alto». Era un pícaro. Hertz ganaba ahora cinco veces más. Había vendido su antiguo piso, añadió todo lo que había ahorrado y ahí estaba ahora, en el nivel ochenta y ocho.

Un sueño menos que realizar.

De todos modos había poco sol. Era totalmente insuficiente. ¡Había muy poco sol! ¡Desgraciadamente poco! Tendría que haber mucho más. Era como vivir en un estado de hambre constante. Cualquier sombra, hasta la más débil y gris, resultaba asquerosa hasta vomitar. El odio hacia la maldita hierba envenenaba el alma. Claro que la pulpa del tallo es fantástica, ayuda a vivir. De todos modos, uno quiere más sol. Un vecino de piso, dueño de una compañía de exportación, llevaba tiempo ofreciendo a Saveliy que entrara en una cooperativa en la que unos cuantos accionistas —todos ellos gente digna— aportaba un capital común para crear un laboratorio de investigación. Invertir en tecnología de erradicación era la moda más actual de los niveles ochenta.

Y más arriba, en los noventa, cada uno tenía su propio centro de investigación, con bioquímicos de talento que contrataban nada más acabar sus estudios universitarios. Los ricachones presumían de tener sus laboratorios particulares, tal como hace doscientos años los aristócratas se jactaban de tener las mejores cuadras de caballos o las mejores perreras. Y eso, a pesar de que el estudio del fenómeno de los tallos se consideraba oficialmente monopolio del Estado y de que la difusión de información sobre el tema podía castigarse con penas muy duras.

Vivir en los pisos ochenta era interesante y curioso. Aquí todo era distinto. El viejo Pushkov-Riltsev tenía razón: incluso el mejor periodista no sabe nada de la vida. La única forma de llevar bien los sucesos y los fenómenos era irse a vivir al epicentro durante un mes, dos, un año.

Hertz salió del agua y se envolvió en una sábana de masaje. Suspiró. Ciertamente que todos esos centros y

laboratorios —y se podían contar por cientos— hasta ahora no habían encontrado respuesta a las preguntas más simples. ¿Por qué, por ejemplo, la hierba crecía precisamente en Moscú, en el límite de la ciudad, entre edificios y carreteras, entre hierro, cemento y plástico? ¿Por qué en diez horas alcanzaba una altura de treinta metros y después dejaba de crecer? ¿Por qué soportaba las heladas sin dificultad? ¿Por qué la cepa principal reponía cada tallo destruido pero no aumentaba ni echaba nuevos brotes? Y finalmente, ¿por qué el estado de euforia que despertaba la ingestión de la pulpa no agravaba los efectos secundarios? El hombre no está hecho para vivir eternamente eufórico. La euforia ablanda la voluntad frente al enfrentamiento. El hombre necesita amargura, rabia, miedo, desesperación, dolor, hambre. Las emociones negativas perfeccionan la raza humana, hacen que se adapte, templan el carácter. Así lo afirmaba la ciencia, y con ella no había lugar a discusiones, hasta el día en que aparecieron los brotes verdes en la tierra moscovita.

Llevan cuarenta años buscando los efectos secundarios. Cuarenta años sin poder creer que la hierba es inofensiva. Analizan, miran por el microscopio, anotan sus experiencias, clonan semillas y gérmenes. Y paralelamente, al otro lado de las paredes de los laboratorios, hay otra vida en ebullición: millones de personas comen tranquilamente la pulpa y viven felices en silencio.

• • •

Hertz se secó sintiéndose más animado y empezó a vestirse sin prisas, eligiendo para ese día un traje de estilo intelectual descuidado muy bien pagado. Zapatos informales, vaqueros arrugados, camisa de algodón por fuera del pantalón, chaqueta con botones de cuero que parecían a punto de caerse, pero que en realidad nunca se caen, porque el progreso, amigos, no se detiene, y hace ya cincuenta años que los botones no se le caen ni a los solterones más desaseados.

Últimamente el redactor jefe prefería ese estilo de ropa de intelectual descuidado a cualquier otra. Los negocios más serios se hacen precisamente vistiéndose con ropa informal, frívola. Se sabe desde hace tiempo que justamente ese tipo de intelectuales son las personas más serias, influyentes e incluso peligrosas: mientras se relajan y bromean, entre cigarrillo y cigarrillo, son capaces de parir una idea que volverá loco al mundo.

Para finalizar, se dirigió sin hacer ruido al dormitorio. Su mujer estaba dormida con la mejilla hundida en la almohada. El espectáculo de ver el labio inferior de Bárbara un poco torcido a un lado, de color rojo muy vivo, de repente asustó a Saveliy. «He aquí un ser vivo —pensó, poniéndose triste—, pensante y querido para mí. A veces por las noches afirma que está totalmente bajo mi poder. Dentro de él madura otro ser más. Así que ahora son dos. Y todo eso lo he organizado yo para tener a mi lado un solo ser al principio, y después el segundo. ¿Para qué? ¿Por qué? ¿Qué puedo hacer con ello? ¿Seré capaz de protegerlos a los dos? ¿Cuidarlos? ¿Se justifican mis esperanzas?».

Se rascó la cabeza. Era hora de irse.

• • •

Así que sales por la mañana de casa, y antes de abrir la puerta del mundo exterior te quedas quieto un instante, a veces incluso con los ojos cerrados, y te prometes a ti mismo que ése va a ser el mejor día de tu vida. «Voy a vivir este día con dignidad, conseguiré lo que me proponga. Voy a poder con todos,

triunfaré, les voy a meter a todos una estaca por el culo». Pero incluso antes de atravesar el umbral comprendes que hoy será igual que ayer y anteayer. Sales a su encuentro, y están tristes, callados, sonríen pacíficamente: «Oye, tío, ya han podido con nosotros, ya nos han metido la estaca por el culo, y más de una vez... Lo hacen a cada minuto. Hay muchos que lo están deseando. Si quieres, métenosla tú también, si eso te va a hacer sentir mejor».

Y entonces se te hace evidente que no hay nada noble en meter estacas por el culo a todo el mundo.

Pero tampoco puedes no meterlas. De lo contrario, el mundo se relajará y decidirá que puede pasar sin ti. Y tú no estás de acuerdo con eso.

Tú sabes de sobra que el mundo no puede arreglárselas sin ti. ¿Para qué, si no, has nacido?

## Capítulo 2

Diez minutos después de salir a la autopista se dio cuenta de que lo seguían.

En el carril de al lado, unos cincuenta metros atrás, se deslizaba un Cadillac gris chino. Ni se alejaba ni se aproximaba.

Saveliy conducía de prisa, le gustaba y lo hacía bien, pero el conductor del sedán gris también era un experto.

Marcó el número de teléfono de Musa. Hertz le explicó el qué y cómo y le dictó el número de la matrícula de sus perseguidores. A los dos minutos Musa le devolvió la llamada.

—Su número no aparece registrado —dijo tranquilamente Musa—. Codificado. Pero no temas. Una cosa te puedo decir con total seguridad: no son maderos del gobierno. Ni paragubernamentales. Empresa privada. Una agencia de la policía secreta o algo así... En fin, no te pueden acusar de traicionar a la patria. A quién y cómo le has jugado una mala pasada, tú deberías saberlo. Y no se te ocurra alejarte, nada de jugar a los espías, ¿entendido?

—Entendido. —Hertz sonrió.

Espionaje, qué interesante. Excitante. Si te siguen, significa que vives bien. Incluso hay que ganarse que a uno lo espíen. Nunca van a seguir a un habitante inofensivo. Y tú, como redactor jefe de una influyente revista mensual de tipo sociopolítico, si te andan pisando los talones significa que te respetan, y que tu revista mensual sociopolítica no es tan mala.

Que te siguen, pues bien. Seguir a los periodistas es una antigua costumbre rusa. Y no solamente seguirlos, sino también observarlos tranquilamente, sin esconderse, para que el cliente se ponga nervioso y tenga miedo.

«Yo no me voy a asustar ni a ponerme nervioso —pensó Saveliy—. No lo esperéis. Seguramente creéis que soy valiente sólo de boquilla, pero que en realidad soy un ratón de biblioteca. Me da pena tener que desilusionaros, pero no me queda otra».

Para empezar abandonó el coche. Giró desde el puente elevado que hay al lado de la novísima torre Bondarchuk, encontró un supermercado en el piso cincuenta y cinco, aparcó en el estacionamiento y continuó a pie. Para huir de una persecución es imprescindible hacerlo a pie, ligero de equipaje. Las piernas son más fiables que las ruedas. Si uno va en coche no puede abrirse paso en un callejón estrecho, ni saltar, ni hacer un giro brusco de ciento ochenta grados...

»¿Usted sabe cómo hacer para que dejen de seguirlo? Yo sí. Yo, Saveliy Hertz, tengo cincuenta y dos años pero parece que tengo treinta y cinco, y, señores, estoy en la fase de movimiento. Sé hacer muchas cosas. Con el rabillo del ojo veo cómo el Cadillac gris avanza rápidamente al lado de una hilera continua de coches. El aparcamiento es enorme, pero no hay sitios libres. A los habitantes de Moscú los vuelve locos ir de compras, sobre todo por la mañana, para poder meterse a la hora de la comida las patatas fritas calientes que están de moda en esta estación, y sentarse delante del televisor a ver Vecinos... Nuestros agentes secretos han encontrado un agujerito. El primero sale a toda prisa, corriendo, gira la cabeza. El segundo aparca el coche, como debe ser, y alcanza al otro. Ahora les hacemos un retrato al natural. Memorizamos su aspecto exterior. Los perseguidores pierden la ventaja del anonimato. Sí, son dos, y se sobrentiende que son andróides: hombros fuertes, culos redondos, andares ligeros, morros lisos y brillantes como los azulejos de los baños. Supermachos, ni un solo

defecto. Este tipo de machos mimados —si es que son de carne y hueso— no trabajan en los servicios secretos, dedicados a observar lo que pasa fuera. Van demasiado ligeros de ropa para el lluvioso otoño moscovita, y la ropa les sienta como si se la hubieran hecho a medida, porque los bolsillos están vacíos. Los androides no llevan consigo papeles, ni cuadernos, ni pañuelos de papel. Nada.

»Puede que se hayan dado cuenta de que los han descubierto, pero eso no tiene nada de raro. Al contrario, se simplifica todo. La operación especial se convierte en una simple persecución. Bueno, persecución es mucho decir. Es imposible huir de los androides. Nunca se cansan y nunca les entra el sudor en los ojos.

»Veamos quién persigue a quién.

»Por cierto, ¿por qué pienso que son agentes secretos? ¿Por qué estoy seguro de que no estoy amenazado, por ejemplo, de recibir una paliza? ¿O de muerte? Ahora mismo estos dos me pueden alcanzar, me llevan a un lugar donde no haya nadie y me liquidan sin dejar rastro. Me entra una nanobala especial por la nuca que después no pueden encontrar en mi cadáver. A los periodistas acorralados los matan a tiros, ¿o no?

»Pero uno no debe dejarse llevar por el pánico. Ni andar tampoco de prisa. Es mejor aterrizar en un acogedor bar como éste, estirar las piernas en la cálida semipenumbra y tomar una taza de café. Por cierto, aquí hay unos sillones estupendos con cojines de algas casi vivas. Todo está pensado para facilitar a la clientela la comodidad psicológica personal. Los androides no se me echan encima: no están codificados, no tienen bajo la piel el chip del gobierno... En resumen, que no tienen dinero. Bien hecho, no han entrado. Uno se ha acomodado enfrente de la puerta atándose los cordones de los zapatos sin ningún disimulo, y el segundo está a veinte metros del primero, fingiendo extraordinariamente bien que echa un vistazo al escaparate de un quiosco de prensa. Por cierto, en el lugar más visible destaca la portada del último número mensual de *Lo Más*. Excelente la portada que diseñó Filippok: en blanco y negro, al estilo de los ascéticos años veinte posteriores a la crisis, con el retrato de Angelina Lollobrigida, con esos ojos, esos labios, la encarnación del sexo.

»Pero Bárbara es mejor.

»¿Para qué y quién me necesita? ¿En base a qué artículo me persiguen, si año tras año cada mañana recorro la misma simplísima ruta, de casa al trabajo? ¿Quieren explicaciones sobre el orden del día? Mi dirección y mis teléfonos son conocidos. Es más sencillo y rápido llamar a la redacción, presentarse con nombres falsos y hacer unas cuantas preguntas astutas.

»Los organizadores de espionaje son gente rara. Sin duda son inteligentes, racionales, y es evidente que desprecian las tecnologías modernas. Está aceptado pensar que en nuestros tiempos vigilan a los ciudadanos simplemente apretando un botón: satélites, helicópteros incorpóreos y todo lo demás. Sin embargo, el espionaje desde un satélite cuesta muy caro, y además sólo se puede llevar a cabo cuando el cielo está totalmente despejado. El espionaje a través del sistema de videocontrol de la policía existe exclusivamente para las instituciones oficiales. Quien haya decidido perseguir al periodista Saveliy Hertz sabe muy bien que los viejos y amables agentes secretos son baratos y efectivos, y que esconderse de un par de ojos sintéticos y atentos es mucho más difícil que escapar de los satélites. El androide no pierde la concentración y nunca tiene que ausentarse para ir a orinar».

Hertz se dio cuenta de que se había tranquilizado. Incluso se quitó la chaqueta de petimetre con botones colgantes. ¿Quiénes eran los organizadores de ese seguimiento que respetaban la vieja escuela? ¿A quién le había vetado el camino? Por ejemplo, en el último número en blanco y negro, en la sección «El más peligroso», había un reportaje sobre el proceso judicial del magnate de la explotación de los

bosques Stepan Prosloiko, creador de un inmenso laboratorio para estudiar el crecimiento de los tallos. El laboratorio ha estado trabajando intensamente durante los diez últimos años, pero sus empleados nunca han investigado los medios para acabar con la hierba, sino que se dedicaban a limpiar la pulpa. El señor Prosloiko, un tipo que se siente cómodo en la alta sociedad y patrocinador de festivales de música clásica, resultó ser un canalla y un traficante, y su laboratorio producía en cantidades masivas pulpa en el décimo nivel de destilación. En resumen, al magnate y patrocinador le han caído quince años de cárcel, aunque no delató a los fabricantes, asumió él mismo toda la responsabilidad. Y antes de la publicación del artículo presionaron a Saveliy y le aconsejaron no arriesgarse. ¿Puede ser que los amigos del elitista millonario hayan decidido intimidar al periodista rebelde?

«Es absurdo —se dijo Saveliy a sí mismo—, imaginaciones cinematográficas. Prosloiko hace tiempo que está en la celda de aislamiento. ¿Para qué mearse encima de un periodista cuando el artículo ya se ha publicado? Además, estos vampiros, mafiosos herbívoros, no se van a rebajar a perseguirme. Mandar a un clon mudo para que estrangule a la víctima en el ascensor con sus solas manos, ése sí es su método».

La víctima estiró las piernas y se puso a pensar, concentrada. Por supuesto, se puede llamar a la policía y denunciar que a un famoso y respetado periodista lo persiguen dos hombres sospechosos. Un destacamento entero aparecerá en un espacio de ciento veinte segundos. Pero incluso antes que la policía, llegarán a toda prisa los *paparazzi*, y por la tarde todos los canales amarillos difundirán el escándalo. ¡Unos desconocidos persiguen al jefe de la revista *Lo Más*! ¡El jefe de la revista *Lo Más* exige protección a las autoridades! ¡El jefe de la revista *Lo Más* asustado hasta la muerte por unos androides! Encontrarán la forma de exponerlo para rebajar al máximo a la víctima, pues la prensa amarilla trafica antes que nada con la humillación.

O tomemos el penúltimo número, la sección de «El más divertido», donde lo más destacado era una sesión de fotografía burlesca para la presentación del nuevo club Nanopiano[10]. Trescientos invitados VIP, con los dientes pintados con laca roja, fisonomías asimétricas, abuelas con brillantes, todos ellos llegan a toda prisa levantando las piernas, siguiendo las mejores tradiciones de las tabernas de las estaciones de tren de finales del siglo xx. Sobre las enormes mesas, en vajilla de plata, se veía la pulpa cruda dispuesta a modo de rodajas de limón. Según la última moda del mundo superior, se come no con cuchara, sino directamente con las manos, se supone que porque así coloca más y dura más el efecto.

En el objetivo aparecieron dos o tres niñatos, hijos de funcionarios del gobierno con altos cargos. La opinión pública aulló, la revista se agotó en dos o tres días, y al cabo de una semana, uno de los promotores, disfrazado de homosexual con autoridad, entró en el restaurante Soma, se dirigió a la mesa de Saveliy Hertz, y lo amenazó babeando y apagando un puro en el plato de ensalada de aguacate del redactor jefe, tras lo cual, éste le propinó un puñetazo en la mandíbula.

Pero este tipo de gente no va a montar un espectáculo mediante la vigilancia externa de alguien, no es su estilo. Ya le habían declarado la guerra a Hertz. Todo Moscú sabe que el cronista de la revista *Lo Más* ya no puede entrar en las fiestas privadas.

El redactor jefe pidió un segundo café.

En la mesa contigua se sentaron dos personas, un hombre y una mujer, ambos con cascos de motociclistas. «Ésa es una buena salida —pensó entusiasmado el redactor jefe acorralado en un rincón—: Acercarse a los chicos y pedirles un favor, tal vez ofrecerles dinero. La chica esperará media hora. Tierna, medio dormida, con aspecto de ser más que tonta, de no tener prisa por ir a ninguna parte. Y el chico, sin pensarlo, acerca la moto a la entrada del establecimiento y espera. Yo salgo, salto al asiento

trasero y el tío aprieta el acelerador a fondo. Los androides corren muy de prisa, pero de todos modos no alcanzan los cien kilómetros por hora en dos segundos. De verdad, son unos tíos muy serios. Se dice que ven a través de las paredes, que pueden oír el menor cuchicheo y saben leer los labios. En seguida averiguarán mi pensamiento. Sí, y a juzgar por la carita suave del chico con el equipo de motociclista, parece un ciudadano que respeta las leyes. Probablemente se negará...

»¿Qué más puedo hacer? Supongamos que puedo probar con el método del abuelo. Entrar en un vagón de una vía monorraíl y saltar justo en el momento en que se cierren las puertas. —Saveliy se pilló tamborileando nerviosamente con los dedos en la superficie de la mesa—. Claro que se puede probar, pero las personas artificiales reaccionan como un rayo y tienen la fuerza de un toro; pueden perfectamente sujetar las puertas o romper el cristal con la cabeza. Saltarán a toda velocidad, sin problema. Las máquinas son máquinas, les dan una orden y la cumplen.

»Pero ¿quién ha dado la orden? ¿Quién mueve las marionetas?

Saveliy dio un trago. Gracias a Dios, el café aquí no es chino, sino brasileño. Cuando todo alrededor es chino, uno acaba por hartarse y quiere algo que no sea chino, incluso si se paga con el dinero de un depósito chino.

«Ya lo tengo. Hay otro medio, antiguo y sencillo, hasta agradable. Se puede cambiar la rutina del trabajo. No aparecer ni por asomo en la redacción. Pasear a los espías por la ciudad, hacer como que eres un sibarita disoluto, ir a la piscina, al salón de masajes, visitar una exposición. Ir al teatro, o a un partido de hockey. Jugar al billar de tres dimensiones como antes. Contactar con cincuenta mujeres y hombres absolutamente innecesarios. Visitar, por ejemplo, a un conocido de la competencia, de la revista *La Rusia Vertical*, y de paso preguntarle por qué razón los muy insolentes periódicamente intentan engatusar a los anunciantes de su revista. Ojalá los amos de los androides analicen mis contactos, comprueben cuáles son mis conocidos casuales, que piensen que Saveliy Hertz es un ocioso mundano, que su vida es un carnaval continuo: cócteles, entretenimientos, frivolidades...».

El redactor jefe suspiró. En algún momento, treinta años atrás, él mismo pensaba así. Pero ahora... De la mañana a la noche en la oficina, falta absoluta de tiempo, un montón de dinero por el alquiler, una economía sujeta por los pelos y, en lugar de un colectivo laboral disciplinado, una pandilla de relajados humanistas. No, a la redacción tenía que ir de todos modos.

Acabó su bebida, cogió la chaqueta y se levantó.

«Por cierto, el bar tiene otra salida. Puedo salir corriendo ahora mismo a toda velocidad, y dentro de diez segundos estaré al lado de los ascensores, y si al menos uno de ellos tiene la puerta abierta, tendré la oportunidad de darles esquinazo. Voy a marearlos persiguiéndome por pisos, escaleras, escaleras mecánicas, por espacios fuertemente iluminados, cruzando tiendas colgadas en el aire, invernaderos, parques, restaurantes, galerías, terrazas, arriba y abajo, desde el nivel cincuenta al ochenta, ida y vuelta. Se dice que en un tiempo el hombre ganaba a la máquina en el juego de ajedrez. ¿Por qué el hombre no puede ganar ahora otra vez a la máquina como en una antigua competición llamada “persecución”?».

Se llenó el pecho de aire. Ahora.

Avanzó despacio y pasó justo al lado de sus perseguidores. El que estaba atándose los cordones de los zapatos se volvió y sin prisas empezó a alejarse. «Me esquivo el muy canalla, no quiere acortar la distancia», pensó Saveliy. De cinco grandes zancadas alcanzó al agente secreto y le dio unos golpes en el hombro, duro como un tronco.

El androide fingió una cortés perplejidad. Con el rabillo del ojo Hertz controlaba al segundo, que seguía, como antes, paseándose por el quiosco de prensa.



—Me estás siguiendo, ¿verdad? —preguntó Hertz.

—Perdón —dijo con voz retumbante el androide—. No entiendo...

Saveliy le dio un empujón en el pecho.

—Lo entiendes todo. Lo entiendes todo, cabrón.

—Le pido perdón...

—¡Largo de aquí! —ordenó en voz baja Saveliy—. Saluda de mi parte a tus amos. Diles que si tienen algo que preguntarme, que vengan ellos y pregunten, pero que no envíen a unos retrasados mentales de plástico. ¿Entendido?

—¿Qué pasa? ¿Qué amos? —El hombre artificial fingió estupefacción de una manera natural.

—Que te largues de aquí, he dicho. —Hertz volvió a empujar al personaje artificial e intentó enviarle una mirada amenazante.

«Dicen que hay que golpearlos en la barriga, porque el procesador y el disco duro no lo tienen insertado en la cabeza, sino debajo del ombligo, donde está el centro de gravedad. No —decidió Saveliy—, no le voy a pegar en la barriga. Voy a sacar del bolsillo una pluma automática e intentaré clavársela en un ojo. No le saldrá sangre, porque en vez de sangre ellos tienen un gel anticongelante, y en vez de cerebro, un radiador que refrigera todo el sistema. Por tanto, no le pasará nada a este ser artificial. Le provocaré una avería, así sus amos sabrán con quién se la están jugando».

Pero el androide, sin entrar en discusiones, empezó a retroceder hábilmente y desapareció por un rincón. Hertz echó una mirada a su alrededor. El segundo androide también había desaparecido.

En el tiempo que se dirigía al coche, se ponía al volante y salía del aparcamiento, no miró a los lados a propósito.

«Al diablo todos vosotros. Soy el redactor jefe de una revista influyente, estoy en fase de movimiento, mi mujer lleva a mi hijo en su interior. No quiero tener nada con vosotros».

## Capítulo 3

Lo primero que vio el redactor jefe al entrar en su despacho (la verdad es que Hertz todavía evitaba llamarlo suyo incluso de pensamiento. En todas partes aún vivía el espíritu del gran anciano) fue el perfil de un par de suelas de unos botines chinos baratos, de la talla cuarenta y cinco, con unos tacones vergonzosamente desgastados y dispuestos encima de una espaciosa mesa.

—Quita los pies de la mesa —ordenó Saveliy.

—¡Sí, señor redactor jefe!

Garri Godunov era el rey a la hora de impresionar con su conducta, pero como hombre profundamente cultivado (entre la gente del mundo del arte eso era posible), al instante cumplió el mandato y apartó los pies. También es verdad que al mismo tiempo se las ingenió para levantar indecentemente las rodillas y soltar a media voz un juramento.

—Como vuelvas a colarte otra vez en mi despacho —le informó Hertz con indiferencia—, ordenaré que no te dejen entrar.

—Eso suena horrible —respondió Godunov—. Arcaico y nada musical. Al estilo de los nobles de la literatura rusa clásica: «Fuera de aquí, conde insoportable, ordenaré que no le dejen entrar».

Se carcajeó. Desaliñado, repugnante, borracho e insolente. Compañero de estudios. Antiguo colega. Si todos los cínicos del mundo se reunieran en una manifestación, él llevaría la bandera. Un cerebro superdotado, dos metros de cuerpo desgarrado, una mueca permanente de asco, una nariz rota varias veces. Pelos de punta, dientes marrones. De su cuello delgado y nudoso colgaban unos amuletos en una cuerda de cuero. Vestía una ridícula chaqueta acolchada y desgastada con la inscripción *Kannabis Uber Alles*. Hertz no se negó el placer de admirar una vez más el aspecto del genio, y pensó que los genios, en general, tienen el aspecto que se supone deben tener los genios, es decir, de loco.

En los últimos cincuenta días el genio había escrito cincuenta artículos, reportajes y ensayos. Y además, totalmente gratis. A lo que hay que añadir que, precisamente gracias a los incisivos artículos y reportajes del nuevo columnista Garri Godunov, la tirada de la revista *Lo Más* había aumentado sustancialmente.

Y no sólo la tirada. En dos meses habían cambiado muchas cosas. El despacho del redactor jefe se había transformado. El viejo había pedido que le llevaran a su apartamento la instalación holográfica del barbudo Solzhenitsyn para hacer compañía a Marx y a Freud. En su lugar, Saveliy había puesto una novedad de última generación, tomada de la vida de los titanes del pasado, que se titulaba *Gleb Pianij humilla a Rupert Murdoch en todos los sentidos*. Cuando la analizaban en detalle, las damas se sonrojaban.

Por otro lado, eso era precisamente lo que Hertz estaba intentando conseguir.

—No vuelvas a poner los pies en la mesa —pidió conciliadoramente, mientras abría y le ofrecía otra botella de Double Premium Lux.

—Es inútil, conde —dijo Godunov rechazando la invitación y conservando con toda facilidad el estilo del aristócrata ruso—. Es mejor que cuelgue al lado una lámina de bronce que diga: «En este mueble descansaba sus fatigadas extremidades inferiores el escritor ruso...». Lo que sigue es ilegible.

—¿Cuándo vas a formar parte de mi plantilla?

El genio se dejó caer estrepitosamente en el sillón más próximo, se rascó ruidosamente la barriga y

bostezó. Se quedó mirando fijamente a Saveliy con la mirada triste de un San Bernardo:

—Nunca. Yo no trabajo por dinero, sólo por amor al arte. Y menos aún quiero estar en tu sucia lista amarilla...

—De acuerdo —aceptó Saveliy dignamente—, nos hemos vuelto un poco amarillos, pero así estaba pensado. Así lo dejó ordenado el viejo cuando se fue. Ven a trabajar conmigo, Garri.

—No —dijo Godunov rechazando la oferta—. Ni lo sueñes. Pariré unas cuantas fabulillas más y desapareceré.

—¿De vuelta al quinto piso?

—Puede que al quinto, o quizá me vaya al nivel cien.

Hertz se puso de buen humor:

—¿Quién va a permitir que un tonto como tú entre en los pisos cien?

—No es que lo vayan a permitir —lo rectificó tranquilamente Godunov hurgándose la nariz—, sino que me llamarán. Ya me han llamado. A los tontos cualificados y con experiencia como yo los buscan en todas partes. Sólo queda reunir dinero.

—¿Para qué?

—Secreto. Pero te lo contaré. Antes de introducirse en los niveles cien hay que hacerse una operación de cirugía estética. Rehacer tu fisonomía, como si fueras mongol. —Godunov estiró con la punta de los dedos la piel de sus párpados inferiores para parecer asiático.

—No colará —dijo Hertz con una sonrisa irónica—. Tú eres el prototipo eslavo. Tienes un tercio de tártaro, un tercio de finés y un tercio de griego. Vete a la secretaría y rellena una solicitud de empleo. Tendrás dinero en seguida, y mucho, suficiente para pagar la operación y comprarte unos botines nuevos.

—¿Y qué más? —preguntó Godunov haciendo una mueca de asco—. ¿Secretaría? ¿Solicitud? ¡¿Qué quiere decir toda esa jerga burocrática?! Escucha, Hertz, vamos a dejarlo. Una cosa es ayudar al colega Saveliy, eso puedo hacerlo, pero otra muy distinta es trabajar para el colega Saveliy. Tú me dijiste: «Ayúdame, Garri, mi mejor reportero ha desaparecido sin dejar rastro, no voy a poder solo». Y el viejo Garri te ayudó. Pero ¿para qué ofrecer al viejo Garri trabajar para su amigo? El viejo Garri puede ofenderse. Es un hombre famoso, escribe libros, es mejor no meterse con él...

Saveliy guardó silencio unos instantes y después preguntó:

—¿Dónde ha podido desaparecer? Me refiero a nuestro mejor reportero.

—Se ha ido abajo —respondió inmediatamente Godunov—. Está en algún lugar del cuarto piso, en una guarida, comiendo pulpa a cucharadas en compañía de unas putas gastadas de follar.

—¡Ah, qué idiota he sido! —farfulló Saveliy—. Me invitó a su casa antes de largarse. Se despidió. Le faltó poco para llorar. Y yo no le entendí. Nos dimos unas palmaditas en la espalda... y se fue. Idiota.

—Desde luego.

—Oye, ¿y su microchip?

—En los pisos de abajo tienen de todo, hasta para anular las señales. Es verdad que los silenciadores son de fabricación casera, funcionan mal y además consumen mucha energía. Por cierto, como las fábricas para destilar la pulpa... Ahí abajo, señor Hertz, hay una actividad intensiva. Los primeros cinco pisos se comen casi un tercio de toda la electricidad de la ciudad. Para encubrir y legalizar ese exceso, unos tipos muy inteligentes han creado toda una red de solarios para la gente pálida humilde. Los órganos del poder creen que son los solarios los que consumen tanta electricidad, pero en realidad los

solarios están ahí principalmente para desviar la atención. Todo el consumo se utiliza para la destilación.

Saveliy estaba cabreado.

—¿Y dónde has estado tú antes, sabiendo todo eso?

—¿Y tú? —preguntó cándidamente Godunov.

Hertz no supo qué contestar.

—No temas —sonrió entre dientes el genio mientras estudiaba sus uñas—. Tu Gosha aparecerá.

Antes de desaparecer seguramente sacó todo el dinero que tenía en metálico...

—¿Cómo lo sabes?

—Yo no sé nada, señor redactor jefe. Simplemente pienso en voz alta. Una mala costumbre que adquirí en los tiempos de aislamiento... En general, supongo que tu mejor reportero cogió sus ahorros y se largó al nivel cuatro. Con las putas rastreras del cuarto piso. —Godunov levantó un dedo en señal de advertencia—. Esas putas no son unas simples putas. Ésas, hermano, son unas putas muy arteras y ladinas. Más arteras que las del cuarto piso son solamente las del tercero, pero a tu Gosha no le llega el dinero para las putas del tercer piso.

—Me imagino —suspiró Hertz— cómo serán entonces las putas del segundo piso.

—En el segundo piso —observó severamente Godunov no dejan que haya putas. Allí viven solamente los tipos serios. Ése es el reino de la «amistad».

—¿Y en el primero?

—Al primero —reconoció Godunov— no he bajado nunca. No me atreví, ¿entiendes? Me faltó valor para hacerlo.

—Disculpa.

—No pasa nada.

El genio cogió una cajetilla de cigarrros chinos baratos y encendió uno.

—En el cuarto nivel a tu Gosha lo van a dejar sin blanca en medio año. Después volverá.

—Dios lo quiera.

—Dios aquí no tiene nada que ver. —Godunov esbozó una sonrisa forzada—. Dios no hace tratos con tu Gosha. Tu Gosha Degot se ha apartado de Dios. Si alguna vez vuelve, ya no será una persona. Pensará que es un tallo, que en la parte inferior tiene restos de polvo de sus antepasados y encima de la cabeza una luz transparente.

—¿Hasta ese punto?

—No puede ser de otra manera. Volverá, acuérdate, lleno de deudas. Allí le dan la mercancía a cuenta alegremente. Por amistad y fiándosela. Sólo vosotros, los antropófagos de los pisos ochenta, los que estáis cerca del mismo sol, no debéis nada a nadie. Pero abajo, donde las paredes están cubiertas de moho y cochinillas corriendo, allí, señor Hertz, ¡todos deben a todos! Que quieres, te dan hasta cien millones al contado. Se puede coger pulpa a cuenta. Puedes poner de garantía a una mujer. Pero si no pagas a tiempo, te mandan a la incubadora. ¿Has oído hablar de la incubadora?

—Vagamente.

—Es una instalación para curar —explicó, divertido, Godunov—. De primera clase. Ahí te examinan y comprueban tu estado de salud. Te meten oxígeno puro en los pulmones, te limpian la sangre, te extraen la suciedad y las toxinas y te dejan como nuevo... Y después —el genio hizo un gesto despectivo— te cortan en pedazos con sumo cuidado. Y venden los riñones, el hígado, el bazo. Los ojos también. Dicen que ahora hay escasez de ojos, que la demanda supera en mucho a la oferta... Y de paso

te sacan el microchip estatal. Y un tipo simpático va a recoger del depósito de los chinos tu asignación personal.

Saveliy se quedó pensativo y preguntó en voz baja:

—Escucha, Garri... tú... allí... Cuando vivías abajo, ¿tenías deudas con alguien?

—Algo hubo —contestó fríamente el genio—. Pero lo devolví todo, y con intereses. De milagro no me llevaron a la incubadora...— Frunció el ceño—. Y ahora, basta ya de hablar de mis memorias. ¿Quién es el jefe aquí, tú o yo? Pongámonos a trabajar. Valentina te estaba buscando. Tiene novedades.

Hertz apretó un botón y con la típica voz de barítono de jefe (llevaba tres semanas ensayando) exigió que le llevaran agua, que llamaran a Valentina, que prepararan la maqueta del próximo número para comprobarla, y dio unas cuantas órdenes más, además de anunciar el comienzo de un nuevo día de trabajo. Bajó la mirada. La alfombra del despacho seguía teniendo marcadas las huellas de la silla de ruedas del gran Pushkov-Riltsev.

Hacia un mes que el anciano anunció que Saveliy estaba preparado para actuar con independencia, tras lo cual se encerró en su apartamento y prohibió que lo molestaran aun en el caso de una guerra atómica.

Cuando entró Valentina, Godunov se apresuró a toda prisa hacia un rincón. Allí se sentó en un sofá, cruzó las piernas y empezó a estudiar la figura de aquella mujer, que tenía la mirada atenta de una tasadora.

—Dicen que tienes noticias —dijo Hertz, dirigiéndose a ella.

—Y qué noticias. —Valentina, la seria, miró a su alrededor y fijó la vista en Godunov, como una profesora que estuviera observando a un mal estudiante.

Hertz suspiró:

—No puedo soportar las novedades.

—¿Por dónde quieres que empiece, por la principal, o voy por orden?

—Como quieras —pronunció majestuosamente el redactor jefe.

Valentina abrió una carpeta.

—Argentina ha expulsado de una sola vez a diez mil trabajadores extranjeros ilegales. En su mayoría ciudadanos franceses y belgas.

—Al diablo los ilegales —ordenó el redactor jefe—. Eso no es una noticia. Nada interesante.

—Más adelante hay algo interesante —dijo Valentina, como alimentando esperanzas—. Iván Evrópov ha hecho un nuevo anuncio...

—Valentina —interrumpió de golpe Godunov desde su rincón—, estás casada, ¿verdad?

Valentina dejó escapar un suspiro.

—Te lo he repetido cien veces. Estoy casada, pero no vivo en su casa.

—Godunov, no interfieras en el trabajo —refunfuñó Saveliy.

—*Pardon* —se disculpó el genio moviendo el trasero—. Es solamente que me gusta cómo nuestra respetada Valentina pronuncia esa frase: «Estoy casada, pero no vivo en su casa». Suena a poema. Una excelente aliteración, cuatro eses en una sola línea.

—Iván Evrópov —continuó Valentina sin inmutarse— ha anunciado una huelga de hambre. Exige que se asignen medios inmediatamente para estudiar los territorios de la periferia.

—Iván Evrópov en huelga de hambre —repitió viperinamente Godunov—, eso sí que está bien. Todo Moscú sabe que es un herbívoro terminal y hace ya muchos años que no come la comida normal del resto de la gente.

—¿Puedes demostrarlo? —preguntó fríamente Saveliy.

—Pues claro que puedo. Yo me sacaba unos ingresos extra con un repetidor que coloqué en casa del hijo de su camello. Pero ¿qué necesidad hay de demostrar eso? No me digas, Hertz, que vas a ensuciar las páginas de tu revista con un reportaje sobre ese bicho insignificante.

—Si demuestras oficialmente que es un herbívoro, lo vamos a hacer trizas. Lo convertiremos en el héroe de la sección «El más hipócrita».

—Hay tipos más hipócritas —farfulló Godunov mirando a un lado.

Saveliy se encogió de hombros y le hizo a Valentina una señal para que continuara.

—Un nuevo escándalo en el proyecto Vecinos...

—¡Es una pena —interrumpió Godunov con vozarrón de barítono— que estés casada, Valentina!

—Cierra el pico —dijo Saveliy levantando la voz.

Valentina sonrió.

—No pasa nada. A mí no me molesta. Estoy acostumbrada.

—¡Protesto! —exclamó al instante Godunov— ¡Es imposible acostumbrarse a mí! Soy imprevisible.

—Levántate y lárgate —gruñó Saveliy.

Su antiguo camarada hizo un gesto pidiendo disculpas.

—¡Me callaré! ¡Perdone por haber interrumpido el debate sobre los escándalos del proyecto Vecinos! Sólo quería indicar que en el proyecto Vecinos existe un apartado especial. Se llama «Sección escándalos». En él trabajan cincuenta guionistas y psicólogos con un horario durísimo. Cada tres días tienen que sacar un escándalo de cinco a seis puntos de *rating*, y cada cinco días el escándalo tiene que ser de ocho puntos. En el apartado está la sección de incesto, palizas y violaciones...

—Después nos lo cuentas —lo interrumpió Hertz, molesto. Clavó los ojos en Valentina con una mirada especial con la que imitaba al viejo Pushkov-Riltsev—. ¿Qué más?

—El conocido empresario Bokanovskiy, productor de la controvertida película *Llamada opuesta*, y su esposa, la solista del grupo Stoki Blue, Liusia Jrushova, han sido arrestados acusados de consumo de pulpa de tallo...

—No puede ser —dijo Saveliy, sorprendido—. Por la hierba no condenan a nadie a la cárcel. Pero encerrar a ese estafador de Bokanovskiy, y junto con su mujer...

—Lo he comprobado. La oficina de prensa de la policía moral informa de que los arrestados han prestado declaración asumiendo los cargos.

—Qué locura. Hay que confirmarlo una vez más.

—Bien.

—¿Eso es todo?

—Falta lo más importante —anunció en voz baja Valentina, poniendo en la mesa un mechero de plástico barato—. Aquí está.

Garri Godunov se puso en pie inmediatamente y alargó el cuello.

—¿Qué es esto? —preguntó prudentemente Hertz.

—Un *pendrive* —dijo con voz aún más baja Valentina, y se estremeció—. Es una copia del informe que ha hecho el copresidente ruso de la Zona Económica Libre de Siberia Oriental. El informe tiene fecha de ayer. Algo urgente, secreto absoluto. Algo de suma importancia para el Estado. Va dirigido personalmente al primer ministro en un único ejemplar. A mí me lo han traído hoy por la mañana.

—¿Quién? —preguntó Hertz.

Valentina se sonrojó.

—Nunca delato a mis fuentes de información.

Hertz se quedó callado un momento.

—Si lo leo, me convierto en cómplice de un delito penal —suspiró.

Garri Godunov dio un sonoro bostezo.

—Seguramente sí —dijo tranquilamente Valentina—. Te convertirías en cómplice.

—Escucha... Esta mañana... cuando venías al trabajo en coche... ¿no has notado nada extraño?

—¿Por ejemplo?

—Que te seguían.

Godunov se echó a reír.

—¡Ja! ¡Era yo el que la seguía! Soy un maníaco y un impertinente que sueña, por así decirlo, con poseer...

—Vete a la mierda —dijo sin malicia Valentina, mostrando los dientes.

—Vale —terció Saveliy—. Habla. ¿Qué hay en ese informe?

—El fin del mundo —murmuró Valentina con ojos brillantes.

—Nada menos.

—El informe se compone de dos partes. La primera es una introducción. Cálculos informativos. La idea esencial es ésta: los recursos naturales de Siberia Oriental se han agotado en un ochenta por ciento. El punto a partir del cual ya no es posible la renovación natural hace tiempo que se ha sobrepasado... La segunda parte es un apéndice. Escuchas de conversaciones telefónicas del copresidente chino de la Zona y su supervisor de Pekín. En la primavera del año que viene entrará en vigor el plan gubernamental secreto *Güey Tsia*, que traducido significa «Regreso a casa». La Zona Económica Libre dejará de existir. Los pagos por la renta se congelarán. Unilateralmente. —Valentina carraspeó—. Es decir, que los chinos se volverán a casa. Su decisión es definitiva y está tomada al más alto nivel.

Hertz tardó en captar el sentido de lo que acababa de escuchar. Guardó silencio durante casi un minuto y luego dijo:

—Dejarán de pagarnos.

—Ya era hora —comentó Garri Godunov, y volvió a bostezar.

—Probablemente —declaró Valentina en voz baja—, habrá guerra.

—No la habrá —replicó Godunov sonriendo maliciosamente—. Un país en el que el uniforme de los soldados lo diseñan modistos de alta costura no es capaz de combatir. Y además, ellos son tres mil millones, nosotros sólo cuarenta. ¿Qué clase de guerra puede haber? Cada chino nos tirará un poco de mierda y quedaremos enterrados para siempre.

—Escucha, Godunov —lo interrumpió Saveliy—, habla pero no divagues. Esta cuestión es muy estricta en mi revista. Uno puede burlarse de la patria, pero está prohibido burlarse de su potencial militar. Tú mismo escribiste sobre un nuevo supertanque sin piloto que se desplaza sobre un cojín de aire, que no se incendia, no se hunde y que él solo puede tomar prisioneros a los soldados del adversario...

—Sí, lo escribí —admitió el genio—. Pero no escribí que durante las pruebas experimentales uno de los generales rompió el supuestamente irrompible panel de mando del supertanque y todos vieron la pegatina de «Fabricado en China».

—Vaya —exclamó Saveliy—. ¿Y por qué no me lo habías contado?

—Porque tu revista es muy estricta con estas cosas.

Saveliy suspiró y echó una mirada alrededor como si fuera la primera vez. Hacía quince minutos su despacho era su fortaleza particular, su cascarón seguro, donde se sentaba en un mullido sillón, se ocupaba del negocio, creía en sí mismo y en el futuro. Ahora todo parecía frágil, como de juguete, de cartón piedra. El futuro se acercaba, negro e impenetrable.

«A Godunov no le importa —pensó Saveliy—. No tiene casa, familia, salud, dinero, no tiene nada excepto su nombre. Godunov es un tipo frenético, ansioso de acontecimientos. Para él, cuanto peor, mejor. Le resulta más interesante. Pero ¿qué tengo que hacer yo?».

Cogió con gran cuidado el mechero y se lo guardó en el bolsillo interior, en el mismo donde descansaban en una delicada bolsita unas cuantas cápsulas de pulpa de tallo. Miró a la pálida Valentina y preguntó a media voz:

—¿Cuántas personas lo saben?

—Cuatro. Mi informador y nosotros tres.

—A mí podéis borrarame —decidió al instante Godunov—. Me importa un carajo. Si estuviera en el lugar de los chinos yo habría dejado de pagar hace ya veinte años.

—¿Puede ser un rumor infundado? —Saveliy notó en seguida que su voz tenía el matiz de una esperanza infantil—. ¿Desinformación? ¿Información errónea? Por cierto, ¿cuánto dinero quiere tu informador?

—Mi informador no quiere dinero —respondió la mujer con espíritu práctico—. Mi fuente de información me quiere a mí.

—¡Cómo lo entiendo! —exclamó Godunov.

—Es difícil que se trate de una información errónea divulgada a propósito —continuó Valentina—. ¿Para qué iban a querer utilizarnos para transmitir a alguien ese horror?

—Para que piquemos el anzuelo y así nos cierran la revista.

—¿Quién os necesita? —dijo asqueado Garri Godunov—. Tenéis una brillante nómina apolítica. Sois leales, aburridos, unos desdentados inofensivos.

Hertz se puso de pie. Decidió que era el momento de tomar un poco de agua. Valentina, menuda, erguida, lo miró de abajo arriba. Él buscó el miedo en su mirada, pero no lo encontró.

—Garri —dijo Saveliy amablemente—, hagamos lo siguiente: tú ocúpate de tus dientes y nosotros nos ocuparemos de los nuestros.

—Como tú digas —respondió alegremente el genio—. Por cierto, deja de pintarte los tuyos de rojo. No es bonito...

—Desaparece —ordenó Hertz—. Ya me he hartado. Vamos a hacer lo siguiente: ahora nos separamos, sonreímos, hacemos las tareas de hoy y no decimos una palabra a nadie. Yo mismo miraré los archivos y tomaré una decisión.

—Yo quiero avisar a mis padres —manifestó Valentina.

—Pero no hoy —dijo Hertz—. Hay que pensar bien en todo. Y hacer comprobaciones seriamente. A lo mejor llamo a Evgráfovich. Cierto que nos prohibió que lo molestáramos, pero... Garri tiene razón: una guerra es improbable. Sin embargo, es posible que se produzcan desórdenes, anarquía, crisis económicas y cosas por el estilo. Incluso puede haber hambre. Si todo va a ser como está escrito en ese informe secreto, me temo que nos vamos a quedar sin trabajo...

—Que se joda —exclamó Godunov—. Me refiero al trabajo —aclaró.

Desde la puerta se oyeron unos gritos procedentes de la sala común.

—Otra vez —suspiró Valentina, enojada—. Saveliy, ya es hora de que tomes medidas.



—Bueno, pues vamos —dijo Hertz entre dientes—. Las tomaremos.

Cogió una botella de Double Premium Lux y se dirigió a la salida, ante lo cual Godunov —gamberro, grosero y cínico—, con un gesto exageradamente servicial, les abrió la puerta de par en par.

En la sala común bullía una actividad nada edificante. Las chicas estaban pegadas a la pared. Junto a la ventana, en actitud de guerreros mirándose uno a otro, estaban Prizhunov y Filippok.

—¿Qué está pasando aquí? —gritó Saveliy para que todos tuvieran claro de inmediato quién era el jefe allí.

Filippok volvió hacia el jefe un rostro pálido de indignación:

—¡Yo estaba en la ventana! ¡Sin meterme con nadie! Y este mierda...

—No grites —ordenó Hertz.

—¡Yo no soy un mierda! —replicó Pruzhinov—. ¡Tú sí que lo eres!

—¿A santo de qué me tienes que quitar tú a mí el sol?

—¿Y por qué tú te pasas la vida en la ventana?

Los dos estaban temblando y lanzando saliva por la boca. Los demás testigos de la pelea —la tercera en los últimos días— o bien ponían cara de que no pasaba nada, o bien observaban desde lejos.

—¡No estás solo aquí! —chilló Prizhunov—. ¡Vaya un tío listo! ¡Tú mesa es la que está más cerca de la ventana!

—¿Tienes envidia?

—Eres un fresco, mocoso.

—¡Tú sí que eres fresco! —La voz de Filippok se quebró en un falsete—. Eso habría que verlo, quién le quita el sol a quién.

Gritándose todo tipo de insultos, los contendientes empezaron a empujarse de los hombros y a inclinarse mirándose con el rostro contraído.

—Prizhunov —intervino Hertz—. Tienes dos veces su edad. ¿Qué pasa? ¿Tienes poco sol?

—¡Nunca hay sol suficiente! —gritó Prizhunov, y Saveliy se dio cuenta de que la cosa iba mal.

—Cálmate, por favor —terció Godunov con fría amabilidad mientras se acercaba adelantando a Hertz y a Valentina—. Si no, te voy a calmar yo.

—¿Cómo?

—Lo que has oído.

—¡Esto es escandaloso! —Prizhunov paseó la mirada por el pacífico grupo: lo miraban sin simpatía, lo mismo que a Filippok—. Saveliy, ¿ves en lo que se ha convertido nuestra redacción?

Saveliy guardó silencio.

Godunov se cruzó de brazos y empezó a reírse:

—Vaya par de idiotas. Largaos los dos. Idos al diablo. Refrescaos un poco y echaos un cigarrillo.

—¡Yo no fumo! —dijo Filippok, acalorado.

—Peor para ti.

—Garri tiene razón —dijo tranquilamente Valentina—. Esto es asqueroso. Largaos de aquí.

Filippok se sacó un pañuelo de papel del bolsillo y se secó el sudor de la cara.

—Eh, vosotros —dijo Godunov, respirando con dificultad (sacaba a todos los presentes por lo menos una cabeza y media)—: Discutís como... mujeres. Filia, tú eres joven y fuerte. ¿Qué haces pegando al aire? Dale un buen puñetazo en la frente y se acabó.

Prizhunov se puso verde y sonrió mostrando los dientes.

—O en la oreja —propuso Godunov.

—Lo que faltaba —resopló Filippok—. Siga hablando... Yo no soy cualquiera. Tengo una repugnante agresividad animal.

Garri sonrió despectivamente.

—Ya, pues parece, Filia, que prefieres la agresividad vegetal.

—¿Y por qué no?

—¿De qué se trata?, ¿de ver quién es más fuerte?. El que más lo sea se llevará más porción de sol.

¿Lo he adivinado?

Filippok juntó las manos patéticamente.

—¡El sol es de todos! ¡Qué más da si uno tapa a otro!

Prizhunov ya había recuperado el control de sí mismo, se sacudió cuidadosamente su brillante chaqueta, sonrió con desagrado y amenazó con un dedo, primero a Godunov y después al joven.

—¡No sabéis con quién os la estáis jugando! —chilló.

Garri Godunov dio un paso hacia adelante y Prizhunov se estremeció.

—¿Quién te crees que eres para que me la juegue contigo? —dijo sin alzar la voz—. Serénate, guapo. Haz las paces con el chico y vete a un café a tomar un poco de agua.

—Para usted yo no soy un chico —replicó Filippok, sacando el segundo pañuelo de papel del bolsillo.

—Valentina —pidió amablemente Godunov—, préstale un espejito al chico y pongámonos a trabajar.

Valentina apretó los labios con fuerza para contener la risa.

—¡Por cierto, eso está bien! —exclamó Saveliy con satisfacción, comprendiendo que la plantilla de la que él era responsable había sido capaz de resolver por sí sola sus problemas sin que tuviera que intervenir el director. Si el sistema se autorregula, significa que es firme—. Esto no es un circo, señores. Cada uno a sus asuntos. A Prizhunov y Filippok les pido que abandonen la oficina. Los espero dentro de media hora en mi despacho.

—Al diablo —musitó Prizhunov entre dientes—. Yo me tomo unas vacaciones ahora mismo.

Hertz miró a la cara a su antiguo colega y, recalcando las palabras, dijo:

—Aquí soy yo el que decide quién y cuándo se va de vacaciones. Recuérdalo. Mi apellido es Hertz, y en mi revista todo lo decido yo.

—¿En tu revista? —repitió Prizhunov en voz baja—. Querrás decir en tu...

Hizo un gesto con la mandíbula, giró sobre los talones y salió. Saveliy esperaba que Prizhunov diera un portazo al salir, pero su viejo colega, aunque a veces se permitía ciertos arrebatos de rabia, al final seguía siendo el mismo: inteligente, astuto, energético y prudente. Incluso le guiñó un ojo a la secretaria y desapareció de la sala sin apenas hacer ruido.

«Siento pena por él —pensó Hertz—. Hubo un momento en que creíamos que Prizhunov era el favorito de Pushkov-Riltsev. Yo estaba convencido de que la revista iba a pasar a sus manos, no a las mías».

Prizhunov siempre trabajaba más que otros, y gracias a una red escrupulosamente organizada de informadores siempre le llegaba a él la información de primera clase. Pero el fracaso en su carrera lo destrozó. Corrían rumores de que pensaba emprender algo por su cuenta: una revista, o periódico, o un canal de televisión. Buscó inversionistas, e incluso intentó recurrir a la ayuda de los «amigos». Pero a los «amigos» no les gusta la gente como Prizhunov: vanidosos, groseros y sin compasión...

Se volvió a su despacho. Reprimió el deseo de poner los pies encima de la mesa. Le había quedado

una sensación desagradable después de lo ocurrido. Los escándalos son el pan de un periodista, pero Hertz no se consideraba un periodista típico y lo pasaba mal cada vez que se producía una situación fuera de lo común. Las broncas entre ellos eran una tontería. Lo peor era cuando se presentaban los protagonistas de los artículos más críticos y soltaban a gritos su resentimiento y sus quejas. El millonario Glybov, después de publicarse la entrevista con él, mandó a una banda entera: tres abogados y tres rompemorros sin cuello con abdómenes planos y musculosos. Los abogados prometieron sin alzar la voz hacer desaparecer la revista de la faz de la Tierra, los rompemorros asintieron en silencio. Evidentemente, Hertz no se iba a enfrentar al vendedor de sol. Para eso tenía a Musa, un tipo que pasaba desapercibido, con una voz tranquila. El redactor jefe de la revista *Lo Más* hizo una llamada y a las tres horas la banda enviada por Glybov, haciendo rechinar los dientes, presentó oficialmente sus disculpas.

Hertz se sacó del bolsillo el mechero y lo conservó en la mano. Llamó al secretario.

—Busque a Godunov y dígame que venga.

—Godunov no está —respondió tímidamente el secretario—. Ha pedido que le digamos que se ha ido a beber.

Saveliy soltó unos cuantos tacos entre dientes.

• • •

Encontró a su antiguo compañero de clase un piso más abajo, en un pequeño bar llamado 451 Grados, un local vergonzosamente caro donde los hombres de negocios de más edad, medio tumbados entre grandes cojines de terciopelo, celebraban el éxito de sus operaciones. A Garri Godunov se lo consideraba aquí un experto, y realmente era un refinado *barfly*. Incluso le servían a crédito, lo que se justificaba por la undécima enmienda a la Constitución.

—¿Qué bebes? —preguntó Saveliy, sentándose a su lado.

—Qué más da —respondió el genio—. Digamos que oporto.

«Parece un viejo —pensó Hertz—. Despierto, grosero, pero viejo. Y somos de la misma edad. O no, él es casi un año mayor que yo. Hace cuarenta años, cuando estábamos en el colegio, eso era importante».

—Bueno, pues yo también tomaré algo contigo. ¿Puedo?

—Puedes —asintió Garri—. Pero ¿para qué? Eres un herbívoro. El alcohol no te hace efecto.

Saveliy miró a su alrededor en estado de pánico y farfulló:

—¿De dónde...?

Godunov mostró una sonrisa repulsiva.

—Déjalo, Hertz. Tengo ojos en la cara. ¿Hace mucho que comes pulpa?

—¿Y tú?

—Yo me desenganché hace quince años. La última vez que consumí tenía treinta y siete. En ese momento acababan de aprender a hacer la tercera destilación. Todos cuchicheaban: «¡Ah, el tercer número, el no va más!». Yo me quedé en el segundo. Probé el tercero y me dije a mí mismo que era el momento de dejarlo...

—¿Y cómo fue? —preguntó Saveliy en voz baja—. Dicen que es imposible desengancharse de la pulpa.

—Se puede. Vas y te desenganchas. Yo, por ejemplo, comía carne. Cinco veces al día. Vomitaba y

perdía el conocimiento. Me obligaba a tragar. Tocino, carne de cordero grasa... Y bebía vodka hasta emborracharme... Así continué durante casi dos años, y luego me resultó más fácil.

Hertz guardó silencio y luego preguntó:

—¿Tú crees que los chinos dejarán de pagar?

—El que quiera sobrevivirá. Por ejemplo, ese estúpido de Pruzhinov sobrevivirá fácilmente. Es un hombre difícil, incluso puede ser que hasta malo. Es envidioso. Pero sabe trabajar. Sobrevivirá. El joven Filippok está locamente enamorado de sí mismo, pero también sobrevivirá. Valentina también, sin ninguna duda. Es dura como el hierro. Incluso a tientes es dura...

—Viejo sentimental —musitó Hertz con amargura.

Godunov sonrió y dio un trago a su bebida.

—Sobrevivirán muchos, pero no todos. Tampoco una mayoría.

—Sobrevivirán los fuertes —apuntó Saveliy en un murmullo.

—Se da por hecho —asintió Godunov—. Sobrevivirán los mejores, los que saben aguantar y adaptarse. Pero de éstos, querido jefe, hay pocos. Es necesario que sobrevivan otros también. Los peores. La sociedad los necesita también a ellos. Vagos, tontos, débiles, dóciles, todos ellos son necesarios. Así está escrito en la Biblia: «Bienaventurados los mansos de corazón, porque ellos heredarán la tierra...». De ellos hay que compadecerse especialmente, de los débiles y mansos. Ante cualquier cataclismo es precisamente la enorme masa de débiles la que recibe el mayor impacto...

—Garri —lo interrumpió Saveliy—, y yo, ¿cómo soy, según tú? ¿Fuerte o débil?

—¿Qué piensas tú de ti mismo?

—No, Godunov, eso no vale. Me interesa tu opinión. Un compañero mío de escuela, con las mismas aficiones, desaparece durante treinta años. Después lo encuentro, lo lavo y le quito la suciedad, le limpio los mocos, le ofrezco un trabajo interesante, y él, ya lo ven, no puede contestar a una sencilla pregunta. Vamos, habla. ¿Cómo soy ahora, fuerte o débil? Pero sin mentir.

El genio estalló en carcajadas. En algún tiempo Hertz veía a Garri Godunov como un tío valiente, buscador de la verdad. Ahora sus juicios se habían convertido en una mezcla demoledora de cinismo y demagogia.

—La fuerza masculina —dijo el genio— se mide por la cantidad de tías que has tenido. Tantas tías, así de fuerte eres. Pero no te preocupes, no te guíes sólo por el número. No sólo importa la cantidad, sino también la calidad.

«Respecto a las tías, qué bien que me lo hayas recordado», pensó Saveliy, y con mucha dignidad dijo:

—Según la cantidad, estoy en la media. Sobre la calidad, eso ya es otra cosa... Bueno, no importa. Vete al diablo, Godunov. Un caballero nunca hace recuento de sus mujeres...

—¡Ja! —Godunov cambió la postura. De estar sentado pasó a estar medio tumbado—. Yo no soy un caballero. Yo escribo libros, estoy fuera de los sistemas y de las valoraciones. Soy un borracho, grosero, extremista, rastrero, vivo en un quinto piso...

Saveliy asintió y se dispuso a marcharse:

—Quédate aquí sentado, borrachín. Yo me voy, pero no por mucho tiempo. Tengo una reunión urgente. Volveré dentro de tres horas.

## Capítulo 4

—¿Para qué me necesitas? —preguntó Ilona entre suspiros—. Soy una chica de un piso veintiuno. Nunca he hecho nada y no pienso hacerlo. No sé nada. No he estado en ninguna parte. Pero tú tienes trabajo, piensas... Eres un tipo serio, rico...

—... caníbal —añadió Saveliy.

—Sí, un caníbal. Y éstos no tienen trato con los herbívoros.

—Yo tampoco tengo tratos contigo. Contigo me acuesto y punto. Y además durante el día. Y además, no soy un caníbal de verdad.

—Sois todos iguales —dijo Ilona desperezándose—. No genuinos.

—¿Qué significa «todos»?

—Pues... ¿Crees que eres el único hombre con el que estoy?

—Sí —farfulló Hertz—. Polinización cruzada.

—¿Qué?

—Nada. Sólo espero que no seamos demasiados.

Ilona abrió los ojos, se acercó la palma de la mano a la cara y empezó a doblar los dedos. Cuando tuvo los cinco convertidos en un puño, a Saveliy le empezó a resultar desagradable.

—No sigas.

—Tú has empezado primero.

—¿Para qué quieres que... seamos muchos?

La chica sonrió.

—Tonto. Muchos es mucho. Es bueno. Es mejor que poco. Y pocos es malo. ¿Entendido? Y encima dicen que los caníbales son listos... —Cerró los ojos—. Son más lentos, sí. Tú eres un buen caníbal, pero tonto. Probablemente bebes poca agua. ¿Te sientes bien?

—Muy bien.

—Entonces contesta a mi pregunta.

—Ya la he olvidado.

—Que para qué me necesitas.

—Te lo diré más tarde.

—No, dímelo ahora.

Saveliy se puso a pensar qué responderle. Pero no tenía ganas de pensar.

Precisamente para eso había ido allí, para no pensar. Aquí nadie se lo exigía. Aquí eso se consideraba una ocupación de idiotas.

Era una vivienda barata, de paredes delgadas, y oyó cómo al lado, en el piso vecino, alguien tocaba la armónica.

Ilona estaba magnífica, con una magnificencia absolutamente vegetal. Estando junto a ella (cuanto más cerca, mejor), él sentía alegría y calidez. En el mundo de ella no existían las ideas como tales, y cuando se inclinaba sobre él, o él sobre ella, era demasiado sentir cómo crujían en su cabeza sencillos pensamientos pensados por ella, normalmente uno o uno y medio. Además, por lo general, cada pensamiento se manifestaba en voz alta.

Alegría y calidez, sí. Entre ellos todo estaba acoplado de una manera simple y segura. ¿Para qué ir a

algún sitio si puedo no ir? ¿Para qué acostarme para dormir si no quiero? ¿Para qué apagar la televisión? Que siga funcionando. ¿Da pena o qué?

No existían los medios tonos, las excepciones a las reglas, las dudas, los malos entendidos, los dobles sentidos. Tampoco existían las palabras de más de cuatro sílabas. Si Saveliy se pusiera a hablar con la chica de «malos entendidos» o «dobles sentidos», ella, sencillamente, no entendería nada.

Hasta que no asimiló su vocabulario de bisílabos y trisílabos —bueno, malo, gusta, disgusta— siempre chocaba con su visión indefensa-jocosa.

Si Ilona no entendía lo que él decía, en ese mismo instante lo llamaba tonto. Y Saveliy lo aceptaba encantado. Era un verdadero tonto. Todo en él era complicado, largo, retorcido, mientras que en ella todo era sencillo, exacto y breve. ¿Cuál de los dos era el tonto?

Y ahora comprendía que sólo lo más primitivo era lo más sexual.

Ella no se ponía ropa interior erótica, no quemaba incienso, no apestaba a perfume. Le daba pereza maquillarse y coquetear. Le daba pereza vestirse, y Hertz, cuando llamaba a la puerta, normalmente la encontraba totalmente dispuesta para uso y disfrute. A veces en el dormitorio se hallaba sentada su amiga Elena, venida para cumplir con el único ritual higiénico observado en la casa: el peinado. En primer lugar, Ilona ponía en orden el pelo de Elena, y luego Elena el de Ilona. A las dos les llegaba el pelo a la cintura, y les daba pereza peinarse.

Mientras se peinaban veían Vecinos en la televisión. A la dueña de ese piso medio en penumbra, su «amigo» Moisés la conectó de forma pirata al cable general. Podía verlo todo, pero no se podía transmitir nada desde su piso. A decir verdad, a Ilona no le interesaba demasiado Vecinos.

A ella no le interesaba nada. Hacía algún tiempo, al empezar a ir a la escuela, aprendió a leer y escribir. Después lo olvidó todo por falta de práctica. Los trapos de moda no la entusiasmaban, y le daba pereza ir de tiendas y mirarse y dar la vuelta delante de un espejo.

Las cápsulas de pulpa —de todas las destilaciones, empezando por la cuarta del pueblo llano y acabando con la elitista décima, incluyendo complicados cócteles con coñac y alucinógenos— estaban tiradas por todas partes. Pero Ilona prefería ante todo la sustancia cruda. Lo único que podía sacarla de casa era la posibilidad de conseguir el escaso producto natural. Incluso a Moisés, que era, a juzgar por lo poco que le había contado de él, un tipo muy influyente, la pulpa cruda no se la suministraban todos los días.

Con diecinueve años, la jovencuela herbívora nunca había subido más alto del piso treinta y siete, y cuando Hertz le propuso una vez darse una vuelta por los pisos setenta e ir a un buen restaurante, ella lo rechazó de plano, incluso se asustó.

—Allí hay sol —le dijo con gran pena a Saveliy.

—¿Y qué? —preguntó él.

—Tengo miedo de acostumbrarme y no querer volver abajo.

Él le hizo muchas preguntas hasta que se enteró de una de las reglas principales de la vida de Ilona: para el herbívoro pálido terminal no es aconsejable recibir los rayos directos del sol. El que vive en penumbra no debe cambiarla por una luz intensa. Si un herbívoro pálido del piso doce sube desde la oscuridad y se expone a un sol intenso, aunque sólo sea unas cuantas horas, después, al volver a bajar a su nivel, experimenta unas depresiones muy dolorosas. Era verdad que la tentación de subir a los niveles superiores y exponerse a los rayos directos era muy grande. Formalmente, todos los ciudadanos del país tenían diferentes derechos, incluida la libertad de movimiento. Cientos de herbívoros, especialmente de los primeros pisos, se paseaban de día por las terrazas de la parte superior de las

torres, se sentaban modestamente en ellas, disfrutaban del sol en cafés no muy caros de los pisos sesenta e incluso setenta. Pero el retorno a la oscuridad se convertía para ellos en una verdadera tortura. A veces, lo único que salvaba al herbívoro del suicidio era una visita urgente a un solarío barato.

A pesar de esa forma de vida tan salvaje, de las manchas de moho en el rincón del dormitorio, de las enormes pantallas de televisión (como todos los pobres, Ilona prefería los televisores grandes); a pesar de la terrible música (grupo Stoki Blue), a pesar de la amiga Elena, que nada más conocer a Saveliy le preguntó bostezando: «¿Quieres follar conmigo?» («No». «Pues tú te lo pierdes»), a pesar de ese feo exotismo, Hertz sabía exactamente que iba allí en busca de alegría y calidez.

La pálida muchacha sabía, con la precisión de un segundo, cuándo levantar la pierna, o arquear la espalda, o poner la palma de la mano en el cuello o el pecho de Saveliy, o cambiar de postura y tumbarse boca abajo. Saveliy iba allí todos los días desde hacía dos meses. En resumidas cuentas, había pasado en su cama decenas de horas, y ella ni una sola vez hizo un movimiento de más. Podía en el momento más decisivo deslizarse por debajo de él y sin ninguna advertencia o disculpa decir: «Quiero beber agua», y Saveliy, en lugar de enfadarse o sentirse despechado, experimentaba gratitud. Después de beber el agua barata Baikala light, ella volvía exactamente a la misma posición anterior, y sin ningún esfuerzo, acogiéndolo de la manera más sencilla, llevaba a Hertz a tal grado de agotamiento que como resultado de las convulsiones se le encajaba la mandíbula inferior.

Era aburrida, más bien fea, sucia, ignorante, nada interesante. Era perfecta y maravillosa.

Al principio la tomó por una perfecta idiota. De esas que al oír: «Ábrete de piernas», preguntan: «¿A qué anchura?». Pero ella no hacía cosas propias de los idiotas, y no decía frases propias de las mujeres tontas. Hacía tiempo que se había convertido en un pequeño tallo, teniendo debajo de sus pies el polvo de sus antepasados y encima de la cabeza la luz transparente. No existen plantas tontas o inteligentes, están más allá de estas categorías.

No sabía nada de ella. Y ella era incapaz de contar nada sobre sí misma, incluso si quería hacerlo. El único acontecimiento de su biografía que merecía respeto era su propio nacimiento. Después ya no hizo nada más, solamente crecer.

Era la primera vez que Saveliy tenía contacto con un ser herbívoro de la segunda generación. En algún lugar de por aquí, en el enorme edificio barato llamado Grandeza, unos cuantos niveles más abajo vivían una pálida mamá herbívora y un pálido papá herbívoro. A la hija le interesaba el destino de sus padres tanto como a una manzana el destino de un manzano.

La armónica expulsaba gangosamente unos trinos melancólicos.

«¿Qué va a hacer esta chica —pensó Hertz— cuando empiece *Güey Tsia* y los chinos dejen de pagar? Pensemos: no necesita comida. Puede beber agua del grifo. Encontrar pulpa, puede hacerlo sin problema. Pero todo esto en verano. ¿Y en invierno? Nadie ha cambiado los largos y fríos inviernos de Moscú. Ahora todos los gastos de comunidad son gratuitos para toda la población. Nuestro generoso gobierno calienta los hogares de los ciudadanos, pone luz en todas partes y continuamente recoge las basuras. Pero la generosidad se acabará en cuanto se seque el manantial del que mana».

Saveliy, desnudo, sudoroso y apretando contra su cuerpo algo más cálido, inmóvil y obediente, sintió náuseas. Le parecía que yacía en la cama con una difunta. La generosidad absoluta por cuenta ajena le parecía el colmo del cinismo. «Todos los gastos de comunidad gratuitos serán eliminados y así se acabará el chollo chino. ¿Qué le quedará a Ilona? ¿Y a los treinta millones de otras Ilonas y Elenas? No van a trabajar, y no porque no quieran, sino porque ofrecer trabajo a ese tipo de personas es como ofrecérselo a una lapa o a un racimo de grosella.

»El invierno siguiente todas estas personas morirán en silencio, tranquilas, sin protestas. Se dormirán y no volverán a despertarse».

—¿Por qué me miras así? —preguntó ella.

—¿Cómo?

—Como si quisieras llorar.

—¿Y eso es malo?

—Es una estupidez. No hay que llorar, hay que estar feliz.

—Seguramente no has llorado nunca.

—¿Para qué llorar? —dijo Ilona, sorprendida y divertida—. Sólo lloran los tontos.

Saveliy sonrió.

—Eso significa que soy tonto.

—¡Vaya! Lo que nos faltaba.

—¿Para qué me necesitas, entonces?

—Eres un tipo agradable —contestó ella sin dudarlo.

—Soy un caníbal. Soy estúpido. Pero soy agradable. Es muy difícil comprenderte.

—Nada difícil. ¿Quién es el tonto? El caníbal que masca pulpa y va de visita a casa de una chica pálida, como tú. Hay tontos agradables. Y también otros que no lo son. Tú eres un tonto agradable. Eres bueno. Muévete, muévete. ¿O quieres que me mueva yo?

—Movámonos juntos.

—No. Juntos es una tontería.

—Cuando nos movemos los dos —protestó Saveliy— es más interesante.

—Tonterías —replicó Ilona—. El interés aquí no pinta nada. Lo principal es que sea agradable.

—Entonces quedemos solamente tumbados y hablemos. Y después me iré. Me ha sucedido algo importante en el trabajo.

—¿Cómo lo sabes?

—Me han llamado por teléfono.

—Pues yo no he oído nada.

—Lo supongo. El teléfono está implantado en mi pabellón auricular.

—De verdad que eres tonto —constató Ilona—. Di simplemente que tienes el teléfono instalado en la cabeza.

—De acuerdo. Tengo un teléfono instalado en la cabeza.

—Qué asquerosidad.

—¿Por qué asquerosidad? A mí me parece muy cómodo.

—Tonto. ¿Qué tiene de cómodo? Estás tumbado con una chica, lo estás pasando bien, y de repente te suena una llamada en la cabeza... Qué horror.

—No puedo hacer nada. El trabajo es así.

Ilona sonrió con indulgencia.

—Entonces vete a trabajar.

—Primero tenemos que acabar.

—Has dicho que ha ocurrido algo importante.

—Al diablo lo importante. No pienso renunciar al placer. Eso sí que es tonto e impropio de hombres. Que se hunda el mundo entero, pero nosotros tenemos que acabar.

—¡Oh, Dios! —gimió Ilona—. ¡Vosotros, los caníbales, sois tan complicados! «¡Que se hunda el



mundo!». ¿Cómo sabes tú que se va a hundir?

—Soy periodista. Sé muchas cosas.

—No presumas tanto.

—De acuerdo.

—¿Estás cómodo?

—Sí.

—¿Y así?

—Más cómodo todavía.

—A mí todos me dicen que soy agradable —dijo Ilona con orgullo.

—Basta ya. No quiero oír hablar de «todos».

—¿Y qué pasa? Tú tienes a tu esposa, yo tengo otros hombres.

—Como por ejemplo, Moisés —dijo Hertz.

—Moisés no es un hombre —lo corrigió suavemente Ilona—. Es un «amigo». No lo vas a entender.

Yo le debo a él, y él me debe a mí. No es como entre los caníbales, que nadie debe nada a nadie. Aquí abajo tenemos otras normas. Y, además, esto no es cosa tuya. Si quieres, hago así, luego así, y tú...

—Quiero. Hazlo.

—Y también así. Los caníbales no saben hacer esto, ¿verdad?

—Es verdad, no saben.

—Pero para empezar, relájate.

Tembló, gimió, se mordió los labios, perdió el aliento, e incluso, seguramente, durante un rato apartó las sábanas y se elevó como ingrátido. Al otro lado de la pared alguien seguía arrancando hermosos y tristes sonidos a la armónica.

• • •

Después de sentarse en el taxi, echó una mirada a su alrededor. Buscó un Cadillac chino gris, pero no lo vio. Sencillamente podían haber cambiado de coche. «Que se vayan a la mierda —se dijo, resolutivo—. Si me los vuelvo a encontrar, me quito el cinturón de los pantalones y les doy con la hebilla en sus morros de plástico... Para que no alteren la comodidad psicológica personal».

De verdad que no quería que se le acumulara la maldad. No tenía ganas de eso. Saveliy se acomodó medio tumbado en el asiento trasero. Después de visitar a su pálida amiga le costaba volver a su vida normal —agitada, activa, siempre exigiendo esfuerzos mentales y reacciones fulminantes—. El mundo de los caníbales, con todas sus pasiones, era molesto y agotador. Estar en la cama con Ilona era mucho más simple, tranquilo y agradable. Mientras hubiera unas cuantas botellas de agua en la cabecera, todo lo demás carecía de significado.

Unas semanas antes Hertz encontró la forma de hacer la transición. Para salir del mundo de los herbívoros suavemente y sin sufrir había que leer al menos media página del Libro Sagrado de los herbívoros.

Suspiró y echó otro vistazo. No vio nada sospechoso. El coche ganó velocidad y salió a la autopista noroeste, una autopista ultramoderna que habían inaugurado hacía menos de un año, con treinta carriles de asfalto de resina de primera calidad, ascensores para el servicio técnico y de emergencias y miles de cámaras de control. Aquí no era posible que se produjera un incendio, un choque, o cualquier otra alteración del orden. Cada cincuenta metros aparecían suspendidos en el aire unos carteles chinos

Si los chinos dejaban de pagar, pensaba Saveliy, este milagro tecnogénico sería la última construcción de la civilización actual de sibaritas autocomplacientes.

*... A los fuertes de este mundo, a los duques y hombres del gobierno diles: llorad y temed, porque se ha acabado vuestro tiempo. No toméis nada de vuestros súbditos. Hace tiempo que todo está ya tomado, excepto el polvo que yace abajo y la luz transparente que se encuentra arriba. No podrán abrumar con impuestos a los que se elevan hacia los rayos de la estrella amarilla. No engroséis las filas de sus guerreros. Nunca se hará guerrero ni soldado el tallo verde, incluso si lo quisiera, y no irá por orden vuestra a matar a sus semejantes, incluso si lo matan a él mismo. Porque el tallo no combate, sino que crece.*

*A los comerciantes, usureros y cambistas diles: temed y llorad, porque vuestro tiempo se ha acabado. Hace ya mucho que todo ha sido comprado y vendido por vosotros. Y otras miles y miles de veces comprado y vendido. Y hasta lo que no existe todavía, igualmente está comprado y vendido. Pero vosotros no podéis comprar el polvo de vuestros antepasados ni la luz transparente. El último de los pobres tiene todo el polvo a su alrededor y toda la luz transparente encima de él. Diles eso y repíteselo si no lo entienden: llorad y temed, podéis cambiar todo por el metal amarillo, pero no cambiaréis la estrella amarilla.*

*A los ladrones y a los ruines diles: temed, porque se ha acabado vuestro tiempo. El que crece no construye paredes altas y no cierra la puerta con un candado fuerte. El tallo no acumula propiedades, sino que se eleva hacia arriba.*

*A los ingenieros, científicos, sabios y librereros diles así: se han escritos miles y miles de libros, habéis inventado miles y miles de máquinas, pero abajo sigue existiendo el mismo polvo y arriba la misma luz transparente. ¿De qué sirve vuestra sabiduría? Vosotros decís que podéis hacer crecer en pleno desierto un jardín construido con vuestras propias manos, y así es. Pero ya habéis destruido miles y miles de jardines sembrados a mano, y por la locura de vuestros pensamientos salieron a la luz miles y miles de desiertos muertos. Llorad y temed, porque el tallo no destruido y vivo, silencioso y dulce, es miles y miles de veces más sabio que vuestros miles y miles de sabios, y vuestros miles y miles de ingenieros no han conseguido encontrar el secreto de su crecimiento.*

*No hay ningún secreto. El que crece, lo entenderá. El que está enraizado en el polvo, es para sí mismo duque, usurero, cambista, ladrón, ingeniero y sabio...*

Cuando entre los tallos aparecieron las terrazas de color rosa grisáceo de la torre Chkalov, Valentina volvió a llamar.

—¿Dónde estás? ¿Cuándo llegarás? No se va. Está sentado, esperándote. Dice que se va a quedar ahí hasta que pierda la esperanza. No, no es de la policía, no lo parece. Es un tipo serio, ha llegado en helicóptero...

—Probablemente está relacionado con tu informe siberiano secreto —sugirió Saveliy.

—No lo sé —contestó nerviosa Valentina—. A mí ya me da igual.

## Capítulo 5

Hertz se mantuvo sereno. Primero pasó detrás de la mesa, se acomodó bien en su sillón, se estiró la chaqueta cuidadosamente, y sólo después, con voz clara, preguntó:

—¿Con quién tengo el honor?

El desconocido le tendió una modestísima tarjeta de visita y sonrió.

—Mi nombre no le sonará de nada. Digamos que soy Ivanov. Iván Ivánovich Ivanov. Como decimos nosotros, lo que importa es el cargo, no el apellido.

Hertz leyó el texto de la tarjeta y se sintió impresionado.

—Sí, tiene un cargo importante. Impresiona, por así decirlo. Así que usted es Iván Ivánovich. Estupendo. ¿Qué quiere de mí?

Sobre los hombros fornidos de Iván Ivánovich se veía una fisonomía indefinidamente atractiva y algo vibrante. Una cierta benevolencia parecía fluir de su barbilla y caerle goteando como baba. Saveliy percibió una punzada en la zona de la nuca. El visitante anónimo utilizaba claramente el afeitado especial interactivo. «Eso ya lo sabemos —pensó con hostilidad Saveliy—. Con un tipo tan encantador se puede pasar uno el día entero, intercambiando opiniones sobre las cuestiones más delicadas de la modernidad, pero diez minutos después de separarse, el rostro del interlocutor desaparece de la memoria. Igual que el contenido de la conversación».

Fijarse en esa fisonomía cándida y sencilla no tenía sentido, y Saveliy se concentró en las manos de su visitante: tenía callos en las palmas (deportista, y en la corporación Primo Hermano todos son deportistas), uñas bien cuidadas (se cuida, y en la corporación Primo Hermano todos cuidan de su aspecto), muñecas fuertes y secas, piel joven. «Como mucho, tendrá mi edad —pensó Hertz—. Quizá más joven. Y ya es director de un departamento de seguridad, es decir, protege la vida del hombre más rico e influyente del país. Hay que tomar en serio a este chico. Por ejemplo, si me estrangula ahora mismo con sus blancas y jóvenes manos, no le caerá ningún castigo».

Iván Ivánovich suspiró y dijo:

—Estoy investigando a Pushkov-Riltsev, Mijáil Evgráfovich. El dueño de esta revista.

—Aquí no lo encontrará —respondió prudentemente Saveliy—. Pushkov-Riltsev sigue siendo el dueño, pero se retiró del negocio. Ahora la revista la dirijo yo.

El benevolente asintió.

—Eso ya lo sabemos. Y, a juzgar por lo que se ve, parece que no lo hace mal. En dos meses ha pasado del piso sesenta y nueve al ochenta y ocho.

—Está usted bien informado —observó en tono seco Hertz—. ¿Quiere agua?

El visitante ignoró la pregunta con negligencia.

—Yo, por si no lo sabe, soy una de... eh... las personas mejor informadas de nuestra divertida ciudad, por eso...

—Por lo que yo sé —lo interrumpió Saveliy—, en estos momentos Mijáil Evgráfovich debe de estar en su casa. Probablemente tiene usted su dirección.

—¿Cuándo lo vio por última vez?

—¿Qué pasa? ¿Esto es un interrogatorio?

—No —dijo educadamente el benevolente—. Ésta es una conversación privada. Como director del

departamento de seguridad de la corporación Primo Hermano, tengo plenos poderes para transmitirle un encargo personal y confidencial del presidente de la corporación, el señor Golovanov. Un encargo personal, ¿entiende?

—No faltaba más.

—El señor Golovanov le pide... —El benevolente de repente desconectó por un instante su benevolencia y entornó los ojos—. Entiende, ¿verdad? Únicamente le PIDE... ayudarlo a encontrar a su antiguo jefe, Pushkov-Riltsev, Mijáil Evgráfovich.

—¿Qué quiere decir con «encontrar»?

—El mencionado Pushkov-Riltsev, Mijáil Evgráfovich, se ha perdido. Desaparecido.

—Ah —dijo Saveliy, tragando saliva.

El benevolente, como es lógico, lo observaba atentamente. Esperó a que el sorprendido Hertz se recuperara y añadió en voz baja:

—Hace dos semanas aproximadamente.

Si no existiera la pulpa de tallo, la décima destilación de primera clase; si no existiera la alegría en su forma más pura llenando al redactor jefe de la revista *Lo Más*, entonces el redactor jefe probablemente se habría puesto pálido, estaría agitando las manos, se habría puesto de pie, impactado, y habría salido corriendo y pegándose contra las paredes. Pero no hizo ningún gesto con las manos y no salió corriendo. Pensó, hizo un esfuerzo por recordar y dijo:

—A finales de agosto hablé con él por teléfono. Lo llamé a casa. El anciano me dijo que ahora la revista era mía y sólo mío también el dolor de cabeza. Y pidió que no lo molestáramos. Yo le tengo mucho respeto y me tomé en serio su petición... Por cierto, ¿cómo ha llegado a la conclusión de que ha desaparecido? Tiene ciento tres años...

—Ciento diecinueve —corrigió educadamente Iván Ivánovich, adoptando de nuevo un aspecto benevolente.

—¡Mejor me lo pone! No piensa que quizá, simplemente...

—En ese caso hubiéramos encontrado su cuerpo. Pero el apartamento está vacío.

Saveliy sonrió maliciosamente.

—Se habla mucho de su corporación. Corren rumores de que son ustedes todopoderosos. Pero no sé hasta qué punto... ¿Quiere decir que se colaron en su casa?

—Lo que se dice es correcto —dejó caer el benevolente—. Tenemos cierto poder para... Pero en este caso eso no importa.

—¿Para qué lo buscan?

Iván Ivánovich se cruzó de piernas.

—Una pregunta extraña. Yo pensé que usted sabía...

—¿Qué es lo que tengo que saber?

—Mijáil Evgráfovich Pushkov-Riltsev es el padre carnal del señor Golovanov.

Saveliy se quedó boquiabierto y sólo con un esfuerzo de voluntad consiguió encajar su mandíbula inferior con la superior.

—Me han encargado —continuó su interlocutor sin inmutarse— que tome medidas, no oficialmente, para encontrar al padre del señor Golovanov. Es un asunto delicado que no debe ser divulgado bajo ningún concepto. Sí, estuvimos en su apartamento. Está limpio. No hay huellas de roturas ni de que haya sido desvalijado. Todo está en su sitio. Sus valiosas colecciones están intactas. Sólo falta el dueño del apartamento. Y su silla de ruedas.

—¿Y qué hay del microchip? ¿Por qué no lo busco por la señal del microchip?

—Señor Hertz —dijo en tono de reproche Iván Ivánovich—, me decepciona. Es usted demasiado ingenuo para ser el redactor jefe de una revista famosa. Casi diría que inocente.

—No le entiendo.

—El viejo no tenía microchip.

Saveliy se quedó pensando que desde fuera debía de parecer un auténtico idiota.

—No puede ser.

—Sí puede. Pushkov-Riltsev nunca pasó por la digitalización. Por motivos ideológicos. Esos casos son contados.

—No fue digitalizado —repitió Hertz, soltando un taco entre dientes—. Por motivos... Pero cómo... ¿Y el dinero? ¿El depósito chino?

—Le traía sin cuidado el depósito chino —dijo Iván Ivánovich con voz monótona—. Una persona como Pushkov-Riltsev jamás tocaría el dinero chino.

—Sinceramente lo creo —musitó Saveliy—. Escuche, ¿y si el viejo simplemente ha perdido la chaveta? Ciento diecinueve años... ¿Qué sabe usted de los escapistas?

—Todo —respondió con seriedad el benevolente alzando la voz—. Nosotros los llamamos «corredores». En los últimos tres años han desaparecido de la corporación veinticuatro empleados. Algunos de los corredores tenían cargos de responsabilidad. Los buscamos y los encontramos. A casi todos. Quince en total. Estaban escondidos...

—... en los pisos de abajo —interrumpió Hertz, satisfecho de que por fin se le presentara la ocasión de demostrar sus cualidades profesionales—. Viviendo en guaridas, abrazados a tías herbívoras.

—Ha acertado.

—¿Y los demás?

—No hay rastro de ellos. Creemos que se fueron a Siberia. A trabajar de peones para los chinos.

—¿Y eso es posible?

Iván Ivánovich encogió sus fornidos hombros:

—Se ha dado el caso. Pero la posibilidad de que hubiera ido a los niveles inferiores ya la estudiamos. En primer lugar, el viejo no se parece en nada a un corredor potencial. No es ese tipo de psicóticos. En segundo lugar, en los niveles inferiores tenemos... a nuestra gente. Un viejo rico en una silla de ruedas habría llamado demasiado la atención. Lo hubiéramos descubierto en tres días, aunque se hubiera comprado el mejor neutralizador de señales de vídeo. Y en tercer lugar, el desaparecido nunca ha consumido pulpa de tallo. ¿Qué iba a hacer ahí, entre herbívoros sucios?

A Hertz le quedó claro. Ese cínico sabelotodo hablaba de un gran hombre, fundador de la mejor revista de Moscú, como si se tratara de un adolescente disoluto que se fuga de casa por un impulso momentáneo.

—Escuche —pronunció enfáticamente Hertz—. Mijáil Evgráfovich Pushkov-Riltsev es un genio en acción. Un genio, ¿me entiende? Esté donde esté, él siempre sabrá lo que debe hacer.

Iván Ivánovich escuchó atentamente. «Yo sí que te voy a enseñar lo que es un psicótico», pensó Saveliy, y continuó hablando:

—Está usted cometiendo un error tratando de presuponer qué va a hacer. El que jamás en su vida haya consumido hierba y el hecho de que despreciara a los herbívoros no significa nada. Mañana me entero de que se mete pulpa a cucharadas y le aseguré que no me voy a sorprender. Puede tener la certeza de que sise ha instalado en una guarida, se la va a dar con queso a todos sus informadores sin

levantarse de la silla de ruedas... Realmente, yo tampoco creo que sea un escapista. Nuestra revista, ¿sabe?, escribió sobre los escapistas. Además, hace poco desapareció mi mejor amigo. Un tal Gueorguiy Degot. Por tanto, yo, referente a este tema... Todos los escapistas tienen un rasgo en común: no se van así como así. Desaparecen no por la pulpa ni por encontrar mujeres fáciles. Ellos huyen de los problemas. Incluso hasta de sí mismos, si les da por ahí. Y nuestro anciano, por lo que yo sé, no tenía problemas.

—Tenía uno —dijo Iván Ivánovich.

—¿Cuál?

—Todos los viejos tienen un problema: la vejez.

—Déjelo. Hace veinticinco años que lo conozco, y todo ese tiempo ya era viejo. A mi entender, de la vejez él sólo sacaba ventajas...

—En lo más bajo —lo interrumpió Iván Ivánovich—, en los segundos y terceros pisos, hay laboratorios y clínicas secretas.

—Incubadoras —apuntó Saveliy.

—Sí, incubadoras. Allí, por un precio asequible, pueden trasplantar a quien lo desee un corazón, riñones, estómago, ojos..., médula espinal y hasta los órganos genitales. Cualquiera joven pálido del que nadie se preocupa desaparece de repente, y al cabo de un mes sus huevos ya están colgando de un viejo jubilado del piso noventa y nueve...

—Sandeces —manifestó Hertz con un gesto de repugnancia—. Usted habla de cosas abominables. El viejo es capaz de donar su corazón voluntariamente. Y los ojos y todo lo demás. A quien lo necesite. Incluidos sus huevos. Espero que un psicótico así pueda ser detectado por sus analistas.

—Por supuesto —respondió con aire práctico Iván Ivánovich—. Se lo llama «noble idealista».

—Exactamente. Yo en su lugar supondría lo contrario.

—Continúe.

—Quizá —Saveliy hizo una pausa teatral— lo han secuestrado. ¿Para qué necesita el depósito chino si ya es rico por sí solo, sin él? A lo mejor está ahora sentado en una cueva de bandidos en un tercer piso, o quizá más abajo, incluso. Tal vez pasó en algún momento por la digitalización y ahora quieren arrancarle el chip...

El benevolente sonrió con malicia.

—Me temo que ha leído usted muchas novelas de detectives, señor Hertz. Es imposible arrancar un chip. En términos concretos, el concepto mismo de chip es inadecuado. Con la autorización escrita de una persona se le pueden insertar de un solo pinchazo cuatro microesquemas. Uno del gobierno, otro fiscal, y dos secretos elaborados por el Ministerio de Defensa. Cada uno de los cuatro chips funciona autónomamente y graba su información. El microesquema gubernamental sigue los movimientos; el fiscal, todos los ingresos y gastos... Sobre los de defensa guardaré silencio, no tengo derecho a difundir... Nada más introducir los chips debajo de la piel, se desplazan hasta ubicarse en los lugares menos accesibles, allí donde no llega ni el escalpelo de un cirujano. Por ejemplo, en la zona de la aorta. O en el bulbo raquídeo. Pero esto no es todo. Simultáneamente a la implantación de estos cuatro microchips auténticos, se introducen unos cuantos falsos. Sí, y los criminales de los primeros pisos tienen sus especialistas y su propia técnica, pero para encontrar entre quince chips uno solo, el fiscal, imagínese, hay que matar a la víctima y literalmente cortarla en trocitos.

—Entonces —supuso Saveliy—, ¿es posible que esté ya... cortado?

—No está cortado —respondió secamente Iván Ivánovich—. Está vivo. Ayer el señor Golovanov

recibió un videocomunicado. Su padre tenía un aspecto vivaracho e incluso divertido. Se estaba despidiendo. Pide que no lo busquen. No pudimos localizar de dónde venía la señal. Todo estaba hecho de una manera muy profesional. Está clara la firma de los «amigos»...

Saveliy recordó a Musa y se ordenó a sí mismo permanecer en silencio. Antes de marcharse Evgráfo había dado instrucciones muy precisas con relación a Musa. Jamás mencionarlo a nadie, nada, nunca, ni una palabra.

—El viejo —continuó sin prisas el jefe del departamento de seguridad— tenía contactos entre los «amigos». ¿Sabe usted algo de esto?

—¡Dios mío! —respondió alarmado Hertz—. Sé de los «amigos» lo que puede saber cualquier persona común y corriente. O sea, prácticamente nada. Como comprenderá, palabras tales como «amigo» o «amistad» ni siquiera se pronuncian en los círculos en que yo me muevo... Encogemos los hombros con aire significativo y hacemos como que lo tenemos todo claro... ¡Pero en realidad no entendemos nada de nada! Yo soy un periodista con experiencia, sé mucho de esta ciudad, pero de los «amigos»... Sólo puedo suponer que se trata de una organización criminal clandestina, pero mis suposiciones...

—Escuche atentamente —lo interrumpió a media voz el hombre del servicio secreto—. A mediados del siglo XXI, el gobierno de Putin-Medvédev, el llamado «gobierno efectivo», agotó todas sus posibilidades. Para reemplazarlo hubo otro gobierno. Ustedes, los periodistas, a veces lo llaman «de alta tecnología», o «nanogobierno». El nanogobierno controla a sus ciudadanos con ayuda de los microchips. Los controla total y absolutamente. El proyecto Vecinos no es más que la punta del iceberg... Lo que más se vigila, básicamente, es el movimiento de dinero, las transacciones fiscales. Pero nuestro gobierno no sólo sabe aplicar la nanotecnología. Es un gobierno inteligente y comprende muy bien que no hay que presionar demasiado... Las personas no son ángeles, y las personas tienen vicios. Las personas a veces quieren soltar presión: prostitución, juegos de azar, alcohol, drogas... Hasta cierto límite, el gobierno está dispuesto a cerrar los ojos. Así ha sido siempre, desde la antigua Roma hasta la totalitaria Unión Soviética. Por eso nuestro gobierno de alta tecnología sigue conservando un rudimento como es el dinero en metálico. Es precisamente con ese dinero con el que se paga a las prostitutas o a los corredores de apuestas.

—Yo, personalmente, no pago a prostitutas —manifestó Hertz con dignidad.

—Eso no importa —refunfuñó Iván Ivánovich—. Usted es un ciudadano de orden, y en relación con sus prostitutas el gobierno está dispuesto a hacer la vista gorda. Yo no hablo de eso.

—Perdone.

—Pues no me interrumpa —ordenó el visitante en voz baja, casi con amabilidad—. No he venido aquí a dar un discurso. Busco al padre de mi jefe. Tengo a mis órdenes mil quinientas personas. Y otros tantos androides. Hay carniceros, matones, verdugos... Si me da la gana, lo cogen a usted en un callejón oscuro y le sacan toda la información en treinta segundos...

—Comprendo —interrumpió Hertz—. Por cierto, ¿por qué demonios hizo que me siguieran? ¿Qué clase de provocación es ésta?

—Eso no es una provocación —dijo tranquilamente el benevolente—. Es nuestro trabajo. Usted se comportó de maravilla, es un tío valiente. Pero tenga en cuenta una cosa: la próxima vez el androide puede ofenderse y cortarle una mano.

—Los androides no pueden ofenderse.

—Pueden. No sabe hasta qué punto pueden ser rencorosos. Pero nos hemos desviado del tema. Así

que una vez nuestro nanogobierno, a pesar de ser inteligente, hizo una estupidez. Se entusiasmó demasiado con las nanotecnologías. Decidió que era necesario conocer también el movimiento del dinero en metálico, y empezaron a insertar microesquemas en cada billete de papel. Esto fue un error de bulto. El mundillo de los delincuentes no tardó en darse cuenta, y eso no les gustó. En su intento de escapar del control idearon un sistema de intercambio natural de bienes y servicios. Un sistema genial y sencillo. ¡Nada de dinero! Yo te consigo una chica y tú, a cambio, me pones dinero en el totalizador de apuestas. Yo te doy un crédito ilegal y tú me regalas una botella de coñac. El sistema se llama «amistad». Todo él está basado en las relaciones personales. Todo el que haya hecho algo por «amistad», aunque sólo sea una vez, se queda atrapado en el torbellino del intercambio y obligado al encubrimiento solidario. Es inútil luchar contra el sistema. Pillar a un malhechor con las manos en la masa no es posible porque, externamente, ninguno de los participantes en el sistema tiene ganancias materiales demostrables...

—¡Diablos! —exclamó Saveliy, y sintió que la sangre se agolpaba en su rostro—. Qué sencillo. ¿Y por qué a nadie se le ocurre investigarlo?

—Por una razón muy simple: los diletantes del grupo de intelectuales siempre lo complican todo.

Hertz suspiró.

—Es de locos. Ahora lo entiendo. Por ejemplo, un «amigo» paga a una chica pobre su apartamento y la mantiene, pero no se acuesta con ella. Pero luego vienen a visitar a esta chica los que tiene negocios con su «amigo»...

—Lo ha pillado —asintió con indiferencia el benevolente—. Pero hemos vuelto a salirnos del tema. Tengo motivos, señor Hertz, para suponer que su antiguo jefe, el padre de mi jefe, Mijáil Evgráfovich Pushkov-Riltsev, tiene deudas con los «amigos». En gran cantidad. Puede que sea fatal. Ayúdenos. Basta con recordar una palabra. Inténtelo. Probablemente habrá oído usted algún nombre, un apodo. Por ejemplo, Grisha Parovoz, o Xiusha Radisson, o Musa Chechen...

Hertz se quedó pensando y contestó con firmeza:

—No. Pero si me acuerdo...

—Intente recordar —le aconsejó Iván Ivánovich—. Y para que le resulte más fácil hacerlo, aquí tiene un álbum de fotografías. En él están todos los «amigos» conocidos por nuestro departamento. Son personas influyentes. Estúdielo en sus ratos de ocio. Yo lo llamaré mañana por la mañana.

El retorcido visitante se puso de pie y con un gesto muy militar se estiró la chaqueta.

—Espere un momento —dijo Saveliy, nervioso—. ¿Es posible que esto sea verdad?

—¿Qué, exactamente?

—Que el dueño de Vecinos sea hijo carnal de Pushkov-Riltsev.

—¿Qué le sorprende?

Saveliy apretó los labios.

—¡El viejo odiaba el proyecto Vecinos! ¡Y a toda su corporación!

Iván Ivánovich sonrió.

—¿Y qué? El padre tiene su camino, el hijo sigue el suyo. Cierto, no a todos les gusta nuestra empresa. Pero no hay que olvidar que gracias al proyecto Vecinos el nivel de delincuencia doméstica prácticamente ha desaparecido. Los degenerados, sádicos y pedófilos han sido arrestados y están en la cárcel. Las personas ya no se descuartizan unas a otras en mitad de una borrachera con los cuchillos de la cocina. Y continúan, por así decirlo, viviendo...

Hertz meditó un instante y preguntó:



—¿Para qué?

—¿En qué sentido?

—Nada. Es que soy así. Perdona.

—Por cierto —dijo como al azar el benevolente—, hablando de odio. Le puede resultar curioso saber que el señor Golovanov hace muchos años ayudaba a su padre. Económicamente. Su revista ha sido creada prácticamente con el dinero del señor Golovanov. Es decir, gracias a los ingresos del proyecto Vecinos.

—¡Eso es mentira! ¡Yo he visto la contabilidad entera de los cuatro últimos años! La revista rinde beneficios.

Iván Ivánovich asintió.

—Lo creo ciegamente, señor Hertz, pero no siempre ha sido así. Más le vale comprobar la contabilidad no de los cuatro últimos años, sino de los cuatro primeros... Tengo que irme. A propósito, si ha intentado grabar nuestra conversación en el dictáfono...

—No lo he intentado —respondió Saveliy, enojado—. No necesito hacerlo, tengo muy buena memoria profesional.

—Me alegro por usted —dijo el visitante con amabilidad—. Pero señor Hertz, no se haga ilusiones. Todo se puede borrar.

—Estoy seguro de ello.

—Por favor, mire el álbum, hoy mismo. Y llámeme en seguida. En cuanto a la memoria, me veo en la obligación de advertirle que ese pequeño álbum tiene truco, por así decirlo, para uso interno. Cuando pase la última página le dolerá un poco la cabeza. Y unas horas después habrá olvidado por completo todo lo que haya visto.

•••

Casi una hora tardó Hertz en hojear el abultado álbum con los retratos de los «amigos». Vio cerca de doscientas fotografías. Rostros poco agradables, la mayoría feos, pero de alguna manera tenían grabado el sello del poder. Las caras de las mujeres y de los hombres se veían abrumadas por las preocupaciones y el conocimiento del lado oscuro de la naturaleza humana. Agotados, viejos, surcados de arrugas.

Encontró al distribuidor a quien compraba la pulpa de tallo. Encontró a Musa. También a un adusto ayuda de cámara de la residencia del millonario Glybov. Encontró al relaciones públicas de la estrella de cine Angelina Lollobrigida. Encontró al novio de la escritora Mashí Pots, que se había hecho famosa hacía poco con el súper bestseller *Cómo casarse con un chino siberiano*. Encontró al dueño del popular club nocturno Soma. Encontró al secretario de prensa del conocido parlamentario Iván Evrópov. Encontró al magnate de la explotación forestal Stepan Prosloiko.

Y en una de las últimas páginas descubrió una antigua fotografía de aficionado del doctor Smirnov.

## Capítulo 6

—... y después me advirtió de que todos los retratos se borran solos de la memoria.

—Ya —exclamó indiferente Godunov tirando el álbum por encima de su hombro al asiento posterior del coche—. Puede que a ti se te borren, pero yo soy un ser superior. El noventa y nueve por ciento de mí está compuesto de coñac de marca. Su tecnología tipo Gestapo no me influye para nada. Y además, conozco personalmente a la mitad de los personajes de ese librucho.

—No me habías dicho nada de eso —repuso Saveliy resentido.

—¡Lo que faltaba! Puede que yo sea tonto, pero no un suicida. Tú eres periodista, llevas un dictáfono en cada oreja... ¿Adónde vamos tan de prisa?

—A ver a tu vecino de las páginas de la revista. En el número de aniversario, el artículo que se publicó sobre ti estaba al lado del artículo sobre él. Por cierto, el dictáfono no lo llevo en la oreja, sino en el dedo índice.

—Recuerdo a mi vecino —dijo Godunov—. Es el antiguo director de un internado para niños sin talento.

—El doctor Smirnov.

—¿Para qué vamos a verlo?

—Es un antiguo amigo de nuestro viejo.

Godunov se quedó pensativo y añadió:

—Vamos en vano. No encontraremos al anciano. ¿Puedo fumar?

Saveliy ignoró la petición del genio y con aire taciturno dijo:

—Lo encontremos o no, al menos hay que intentarlo. El viejo es el dueño del cien por cien de las acciones de la revista. Y, ¿sabes una cosa?, no quiero despertarme un día y enterarme de que la revista pertenece a algunas personalidades oscuras del segundo piso.

En el rostro de Godunov se dibujó un gesto de profundo desprecio.

—Lo que yo pensaba. Eres como todos los demás. No quieres encontrar a una persona desaparecida. Simplemente te pones a temblar sólo de pensar en perder tus chorradas.

Hertz aumentó la velocidad. El ordenador de a bordo ya había informado al dueño del coche de que se había descontado de su cuenta bancaria una cantidad sustancial en concepto de multa por superar el límite de velocidad, y al cuarto de hora amenazó al infractor con una segunda multa tres veces superior a la primera. Pero no importaba. Su empleador, gracias a cuyo dinero el periodista Saveliy Hertz había vivido veinticinco años (y con el que esperaba vivir otros tantos), había desaparecido sin dejar rastro. ¡Al cuerno las multas!

Antes de salir había llamado tres veces al número personal de Musa, pero el abonado no respondió, y eso puso aún más nervioso a Saveliy.

—¿Chorradas? —repitió—. Cierra la boca, Godunov. Será mejor que fumes, sí, pero calladito. Yo estoy a cargo de un gran negocio, y tú te dedicas simplemente a ser genio, un personaje del mundo artístico. Un alcohólico irresponsable, grosero e infantil.

El alcohólico infantil se sacó el cigarrillo de su boca torcida, soltó una bocanada de humo y dijo:

—Cuando me llaman genio, me falta fuerza de voluntad para negarlo.

—Escucha, genio, ¿cuántos libros has escrito?

—Uno y medio.

—¿Y cuántos ejemplares has vendido?

—Unos... Casi ocho mil.

—En veinte años.

—¿Y qué?

—Eso supone aproximadamente cuatrocientos libros al año.

—Digamos que sí.

—La revista *Lo Más* sale doce veces al año con una tirada de ciento cincuenta mil ejemplares. Y así durante treinta años. ¿Y para ti eso son chorradas?

—Típico —respondió al instante Godunov, y poniendo un poco cara de idiota empezó a tocar los botones para abrir la ventanilla lateral—. Eres tonto, Hertz. No cabrees al viejo Garri. Mis ocho mil lectores son gente de lo mejor. Elegidos. Pensadores fuera de lo común. La lumbrera del país, perdona... Yo siento a cada uno de ellos, me enorgullezco de ellos, me comunico con ellos mentalmente. Son ocho mil hilos de energía que me atraen hacia ellos. Ocho mil cerebros que recuerdan mis palabras, y ocho mil bocas que están dispuestas a repetirlas en cualquier momento. ¿Y quiénes son tus lectores, Hertz? ¿Quiénes son los seres que forman esa horrible multitud de cientos de miles? ¿Qué sabes de ellos?

—Sé —dijo Saveliy— que ahora mismo todos ellos están leyendo con placer tus artículos.

—Eso me asusta —rugió Godunov, encendiendo el segundo cigarrillo con el primero. Como todos los genios, era fácilmente irritable—. Esperar placer de mis textos me resulta insultante. Que te den por saco a ti y a tus placeres. Sigue conduciendo.

—Ya hemos llegado.

—Vaya —dijo Godunov mirando a su alrededor—. Menudo agujero. Respetable. ¿Qué piso?

—Treinta y nueve.

—Estupendo. Tu médico parece un tío interesante.

—Yo también lo creía. Y ahora resulta que está en la lista de «amigos». Jamás me lo hubiera imaginado... Tiene aspecto de ser un mago bueno.

Medio quejándose y resoplando, Godunov fue sacando del coche las desgarradas partes de su cuerpo —manos como rastrillos, piernas con forma de compás—, después se enderezó y dijo:

—Significa que lo es. La primera impresión es la que cuenta... ¡Espera! ¿Lo sientes?

Saveliy se asustó.

—¿Qué?

—Nos están observando. Son muchos...

—Vete a la porra. Vamos.

El genio echó atrás la cabeza y estiró brazos y piernas con todas sus fuerzas.

—¡Es mi sensación preferida! Angustia diluida en el aire. Finales de otoño, hace frío, penumbra, una casa lúgubre, un patio vacío. Descargan a dos polloperas de un coche, y en ese instante se descubre un gran secreto. Después, seguramente los descuartizan... El viejo Garri luchará desesperadamente, pero todo será en vano... Oye, tenemos que encontrar en seguida una taberna y beber algo.

—Ya he tenido bastantes secretos por hoy —replicó groseramente Saveliy—. Y tabernas también. Estoy desbordado de secretos y noticias por el estilo. Odio las novedades.

Godunov soltó unas risitas.

—Hazme caso, hay que beber. ¡Mira qué ascensor! Un auténtico basurero automotriz. El retrete que siempre va contigo. Un título estupendo para un libro...

•••

El doctor Smirnov los dejó sorprendidos: a Hertz le dio la mano amablemente pero sin emoción, mientras que al medio borracho de Godunov lo miró como si se tratara de una curiosidad. Lo obsequió con una amplia sonrisa y, palmeándole respetuosamente la espalda, le dijo:

—He leído su libro.

—Yo también —respondió Godunov apartándose un poco.

En el despacho del doctor todo estaba impecablemente limpio. Él mismo, vestido con una especie de camisola suelta de algodón sin bolsillos y blanca como la nieve, parecía un tipo de persona de la cual se alejaban por sí solos los microbios y la suciedad.

—Por desgracia —dijo cortésmente— dispongo de poco tiempo...

—Mejor aún —respondió Hertz con su carácter práctico.

—Doctor, hemos venido a verlo —dijo Godunov en tono teatral— por un asunto...

Smirnov asintió y se sentó en un estrecho y ruidoso taburete, una auténtica pieza de anticuario de madera natural.

—Tenemos un problema —intervino Hertz—. Mejor dicho, nosotros no. Lo tiene Mijáil Evgráfovich.

El doctor afirmó con la cabeza.

«Es el típico “amigo” —pensó Saveliy—. La palabra “problema” no lo asusta. Inalterable, correcto, sonriente. Con gran fuerza interior. ¿Dónde tenía yo antes los ojos?».

—Mijáil Evgráfovich —repitió lentamente el doctor—. Ah, Misha. ¿Y qué problema tiene Mijáil Evgráfovich?

—Ha desaparecido.

—Ya veo. —El rostro del doctor pareció volverse triste, cambiando la forma del entrelazado de arrugas de su frente.

—Ayúdenos —suplicó Saveliy—. Por favor.

—¿Ayudar? —preguntó el doctor, sorprendido—. Pero ¿cómo?

—Queremos encontrarlo.

Smirnov se sentó más cómodamente en el taburete y preguntó con aire bondadoso:

—¿Y por qué están seguros de que es necesario buscarlo?

—No estamos seguros de nada —contestó al instante Godunov—. En realidad no tenemos ni idea de lo que debemos hacer.

«Y tú, querido “amigo”, probablemente lo sabes todo», pensó Hertz.

El doctor suspiró.

—Estimados caballeros, ¿no se les ha pasado por la cabeza que Mijáil, un hombre ya muy anciano, puede haberse ido a algún lugar lejano, para sencillamente... cómo explicarlo... diñarla en paz?

—Lo hemos pensado —respondió inmediatamente Godunov—. Precisamente con esas mismas palabras. No morir, sino diñarla. Así hablan las personas que llevan ya tiempo preparadas para morir de forma natural. Le pido perdón por ser tan directo...

—Alto —interrumpió Hertz mirando a Godunov y después al doctor—. ¿Qué significa marcharse

para diseñarla en paz? ¿Ir adónde?

—Alejarse de todos —aclaró Smirnov.

Saveliy no pareció estar de acuerdo.

—Para empezar —dijo—, Mijáil Evgráfovich no tenía intención de morir, y mucho menos de diseñarla...

—¿Cómo lo sabe usted?

—Siempre fue un tío despierto. Bromeaba y hacía planes...

El doctor Smirnov sonrió ligeramente.

—... y en segundo lugar, —continuó Saveliy—, ¿quién no lo dejaba diseñarla tranquilamente en su confortable piso del nivel noventa?

—Eso mismo era lo que no lo dejaba —contestó tranquilamente Godunov—. Su confortable piso en el nivel noventa.

—Su amigo lo entiende todo muy bien —dijo el doctor dirigiéndose a Saveliy.

Hertz recordó el retrato del álbum secreto y se enfadó.

—Querido doctor, yo tengo otra versión, mucho menos romántica. Sospecho que con la desaparición del anciano están relacionadas personas conocidas como «amigos».

En el rostro de Smirnov no se movió ni un solo músculo.

—El anciano —continuó Saveliy— es rico, está solo y prácticamente indefenso. Una víctima ideal para un secuestro.

El doctor bajó la mirada y preguntó con curiosidad:

—¿Sabe usted quién es su hijo?

—Hace poco que me he enterado —respondió Hertz, desafiante, y se sirvió un poco de agua.

Smirnov observó tristemente cómo el vaso lleno se quedaba vacío y dijo:

—Ni un solo secuestrador querría tener nada que ver con el servicio de seguridad de Primo Hermano.

—Para usted es más que evidente.

El doctor permaneció inmutable.

Saveliy enderezó los hombros, se decidió, y habló sin disimulo.

—Háblenos de los «amigos», doctor. Es usted un antiguo camarada de Pushkov-Riltsev. Sabe que él tenía intención de apartarse de todos para, como usted mismo ha manifestado, «diseñarla en paz». ¡Esas cosas sólo se cuentan a las personas más íntimas! Me parece que el anciano y usted tenían y tienen «amigos» comunes. Háblenos de ellos.

Garri Godunov apretó la mandíbula, como dando a entender que se unía a la petición. Sin embargo, el doctor, que había levantado las cejas en señal de asombro, ahora sonreía.

—Jóvenes, eso es una estupidez. ¿De verdad han pensado que yo tengo relación con la mafia?

—Nosotros no afirmamos nada —replicó Saveliy con voz firme—. Y no somos jóvenes. Tenemos razones de peso para apoyar nuestras sospechas.

—Convéncanos —dejó caer Godunov.

El doctor mostró una sonrisa aún más amplia.

—¿En virtud de qué? ¿Acaso trabajan ustedes para la policía encargada de la moral?

—¡Ja! —exclamó Godunov—. Esto no es serio. Saveliy es periodista, yo soy literato, somos personas famosas, tenemos nuestra reputación. Nuestra palabra tiene cierto peso. Además, usted ha leído mi libro... Le juro que todo quedará entre nosotros... Queremos saber si podemos creerle o no.

Queremos entender por qué desaparece gente. Y usted se comporta como si supiera mucho, si no todo, pero se queda callado...

—Jóvenes —repitió lentamente el doctor—, el silencio también es una actitud. Y no la peor, por cierto, especialmente en nuestra época. —Se levantó—. Vengan conmigo, les voy a mostrar mi mafia, quiénes son mis «amigos» y «amigas». Todo lo que van a ver les va a impactar. Pero han hablado de confianza... y veo que son ustedes personas con nobles intenciones. La mejor forma de crear confianza es permitirles saber lo que yo sé, ¿no es cierto?

Smirnov dejó de sonreír, se dio la vuelta y pasó a la habitación contigua. Estaba llena de armarios y estanterías, en las cuales había muchas hileras de enormes contenedores de agua potable. Saveliy percibió un extraño olor muy fuerte.

—Lavanda —reconoció al instante Godunov.

—Aquí guardamos la ropa de cama —explicó el doctor en voz baja—. Y se entiende que también el agua. Gastamos agua en grandes cantidades.

Apretó un botón y uno de los armarios se deslizó hacia un lado dejando ver una sólida puerta metálica.

—Sígueme, por favor. Manténganse en silencio y no toquen nada.

Salieron a un pasillo. Avanzaron varios pasos sobre una gruesa moqueta blanca. Detrás de un cristal enorme que iba del suelo al techo vieron una habitación amplia y bien iluminada. Pegada a las paredes se veía una hilera de diez pequeñas camas de niño. Parte de la barrera de cristal se deslizó a un lado.

Hertz entró.

Allí había un aire limpio y refrescante, como el de un bosque de pinos, y sin duda la humedad era casi del cien por cien.

En la cama más próxima a él, Saveliy vio un niño pequeño, un chico, desnudo y durmiendo acostado de lado.

Era un niño normal, más bien regordete, como de un año o quizá menos. Movié ligeramente los dedos de una mano. Respiraba profundamente y a veces movía las cejas; parecía estar soñando.

Su piel tenía un matiz de bronce verdoso.

Los tallos que había al otro lado de la ventana cambiaron de posición. Se abrió un claro y penetró un sol preinvernal de color amarillo espeso, y bajo sus rayos el niño se tornó totalmente verde.

Era verde como un abeto, como una hoja de abedul.

Saveliy se inclinó para mirar más atentamente, y le pareció que su vista lo engañaba hasta que comprendió que no estaba equivocado: el suelo empezó a separarse lentamente de sus pies. Unas manos lo sujetaban agarrándolo por los hombros y la cintura.

Volvió en sí ya en el pasillo, sentado en una camilla. Un Godunov sombrío le metió entre los dientes un vaso de agua, que le cayó por la barbilla hasta el pecho, mojándole la camisa. Le llegó la voz del médico como a través de un algodón.

—Los llamamos niños verdes. En estos momentos tenemos treinta chiquillos. El más mayor tiene catorce meses. Son niños fuera de lo común. Sabemos muy poco de ellos. Hablando en términos simples: son mitad humanos y mitad plantas.

Godunov observó que Saveliy ya había vuelto en sí. Inmediatamente le dio un vaso medio lleno de agua y lo ayudó a incorporarse.

—A ver si lo adivino. ¿No comen nada?

El doctor hizo un gesto de asentimiento.

—Ni siquiera la leche materna —dijo.

—Pero beben mucho.

—Muchísimo —declaró Smirnov—. Ganan peso igual que las personas, más o menos setecientos gramos al mes en el primer año de vida. Pero consumen agua igual que las plantas: por cada gramo de peso en seco, aproximadamente quinientos gramos de agua. Es decir, cada niño consume al día casi doce litros. Fisiológicamente están todos sanos. Los cinco sentidos, las reacciones nerviosas, todo está dentro de la norma. Pero no orinan ni defecan, toda el agua la evaporan a través de la piel. Respiran como las personas, pero su piel, como la de cualquier vegetal, absorbe dióxido de carbono y expulsa oxígeno. Aquí no tenemos acondicionadores de aire, pero el ambiente es siempre fresco y húmedo. Estos pequeños son seres únicos. No quieren mirar, escuchar, olfatear ni reaccionar. Normalmente tienen los ojos cerrados, incluso cuando están despiertos. Ninguno de ellos se ha puesto enfermo jamás. No padecen diátesis, alergias, ni irritaciones de la piel. Pueden gatear, chillar y llorar, pero como viven en estado de tranquilidad nada los impulsa a moverse o a chillar...

—Solamente crecen —dijo Godunov.

—Sí —confirmó Smirnov—. Crecen.

—Se orientan hacia la luz —musitó Saveliy, dando un profundo suspiro.

—Cierra la boca —murmuró Garri Godunov—. Escuche, doctor, ¿esto es una catástrofe?

—Puede ser.

—¿Y los órganos de gobierno? ¿Lo saben? ¿Qué hacen?

—Lo saben todo, pero de momento se limitan a observar. Para ser más exactos, observamos nosotros con conocimiento del gobierno.

—¡Hay que dar la alarma!

—Pronto empezarán a hacerlo —respondió tranquilamente el doctor—. Puede que a no mucho tardar. ¿Ven?, aquí está ocurriendo como un tipo de prehistoria... Hace dos años se tomó la decisión final y oficial definitiva de que el consumo de pulpa de tallo no es perjudicial para el organismo humano. ¿Lo entienden?

—Sí. —Godunov se acercó a la pared transparente y apretó la frente contra ella—. Hace tiempo que me lo esperaba, desde que decidieron legalizar la hierba.

—Exactamente. Por supuesto, con prudencia y paulatinamente... no de golpe y no para todos... Las investigaciones duraron cuarenta años y se realizaron escrupulosamente. Cientos de laboratorios, estatales y privados, trabajaron independientemente unos de otros y nadie encontró ninguna contraindicación. Académicos nobeles, biólogos, psicólogos, químicos y demás anunciaron a una sola voz que la pulpa de tallo es absolutamente inofensiva. Para el gobierno se abrió una nueva fuente de ingresos. Pensaban exportar la pulpa en cantidades ingentes. Unos cuantos empezaron a frotarse las manos. Todo estaba dispuesto y se firmaron los primeros contratos... El mejor precio, se sobrentiende, se lo ofrecieron a los americanos... Se hablaba de cantidades inimaginables de dinero, en comparación con las cuales los depósitos chinos resultaban miserables. Pero después —el doctor puso una mano sobre el cristal— empezaron a aparecer estos niños verdes... Uno de mis antiguos alumnos, un destacado pediatra, estuvo observando el primer caso, escribió un artículo y se puso en contacto conmigo... Ahora su artículo está clasificado. En estos momentos tenemos casi mil niños verdes, todos ellos aislados en instalaciones como ésta. Y nosotros trabajamos con ellos.

—¿Y los padres? —preguntó Godunov.

—También trabajamos con ellos. De momento sólo sabemos con certeza una cosa: o los padres o las

madres de estos niños consumían sistemáticamente pulpa de tallo. No en crudo, sino refinada y concentrada.

—¿Cómo de refinada? —preguntó Saveliy con la boca seca.

—¿Qué?

—¿Qué grado de destilación?

Smirnov miró fijamente a Saveliy a los ojos y dijo:

—De la séptima hacia arriba. ¿Se encuentra mal otra vez?

—¿Quién, yo? Sí, quiero decir, no. No me haga caso... ¿Y durante cuánto tiempo ellos..., o sea, la madre y el padre... estuvieron comiendo? Me refiero a cuánto tiempo consumieron la... pulpa.

—Todos los encuestados llevaban más de tres años. A diario.

—Ah —dijo Hertz.

Godunov, sin que el médico se diera cuenta, le dio un puñetazo a Saveliy en la espalda.

Una mujer vestida de blanco pasó revisando las camas. Miró a los visitantes atentamente desde el otro lado del cristal, e incluso puso cara de angustia. El doctor le hizo un gesto para que se tranquilizara y continuó:

—Los primeros seis meses nos presionaron muchísimo. Imagínense: el mundo entero dispuesto a comprar hierba a los rusos. Los rusos disponemos de ella en cantidades ilimitadas. ¡Aquí crece sola, debajo de cada ventana! Los megalómanos del gobierno ya estaban dispuestos a imponer sus condiciones a América y China...

—Cómo no —dijo Godunov a media voz, aunque con dureza—. Llega el auténtico siglo de oro. Todos saciados, se ha solucionado el problema del hambre. A América le dan por el culo, Rusia se lleva la banca. Las tabletas de la felicidad se distribuyen por todo el planeta directamente desde el despacho de nuestro querido primer ministro...

—No hay que pensar demasiado mal del primer ministro —lo interrumpió cortésmente Smirnov—. Pero de su entorno... Muchos se dieron mucha importancia como salvadores de nuestra civilización. Y de repente todo se viene abajo y aparecen estas personitas verdes... Unas cuantas decenas de niños recién nacidos con la piel verde ponen punto final a los planes de dominio mundial. —El doctor mostró una sonrisa torcida—. Así que, en un momento dado, me pareció que yo ya era un cadáver, y tuve que remover todos mis contactos, incluso tuve que pedir ayuda a los «amigos». —El médico adoptó un gesto severo—. Sí, sí, yo tengo «amigos». Pero ni siquiera ellos pudieron ayudarme. Me ayudó la casualidad. A uno de los más ardientes defensores de la exportación masiva de pulpa, un hombre muy influyente, un funcionario de alto rango, de repente le nació un niño verde... El resto ya lo han visto ustedes mismos. Ahora nos quedamos calladitos, estudiando el nuevo fenómeno. Los niños están divididos en grupos y crecen bajo distintos grados de iluminación. Ya tenemos claro que nuestros pacientes se harán fuertes y ganarán peso gracias a los rayos directos de sol, pero en la sombra, como aquí, en el piso cuarenta, se desarrollan muy despacio. Yo incluso diría que se marchitan...

—Perdone —dijo Hertz, recuperando la voz—, ¿puedo salir de aquí?

Smirnov asintió inmediatamente.

—Por supuesto. Volvamos a mi despacho. Allí tengo cloruro amónico...

—Doctor —preguntó Garri Godunov arrastrando las palabras—, hablando de cloruro... ¿tiene vodka?

—Ya se lo advertí —suspiró Smirnov—. Ay, ustedes, los literatos. Sí, tengo vodka. Sólo me faltaría



eso, no tener...

•••

Hertz tenía la esperanza de sentirse mejor en el despacho, pero se equivocó. El cloruro amónico no fue de gran ayuda. Con tristeza y envidia Saveliy vio cómo Garri Godunov, absolutamente práctico, atraía hacia sí el alcohol transparente. Smirnov hizo recuperar la conciencia a uno de los invitados y sirvió al segundo sin sentarse en su taburete en miniatura. Era evidente que estaba esperando que los huéspedes se marcharan.

—Sí —dijo Godunov, parpadeando con ojos lacrimosos—. ¿Y qué va a pasar ahora?

—No lo sé —contestó el doctor—. Sólo puedo decir una cosa: la ley que prohíbe el consumo de pulpa no se ha aplicado durante muchos años, pero pronto se aplicará. Más aún, la están haciendo más severa. El gobierno está preparando las medidas definitivas. El primer ministro se dirigirá a la nación dentro de pocos días. A la gente no le estará permitido consumir hierba elaborada. El consumo de pulpa refinada y concentrada hará que se produzcan serias mutaciones en la segunda generación, así como cambios irreversibles en los tejidos humanos y la destrucción total de la personalidad. Pronto empezarán las detenciones en masa y los juicios a los procesados. Es el final de los herbívoros. A los estratos más bajos de la sociedad y a los llamados ciudadanos pálidos esto les afecta en menor grado, pero las personas pudientes que consumen una destilación alta van a ser perseguidas. Obligarán a todo el mundo a hacerse análisis de sangre y registrarán los resultados... Declararán el consumo de hierba como una enfermedad. Incluso se podría hablar de epidemia. La cantidad de niños verdes seguirá aumentando. Ahora apenas podemos controlar...

—¿A los niños?

El doctor sonrió amargamente.

—¿Qué tienen que ver aquí los niños? A los padres, a las madres. Las madres se autolesionan en plena histeria. Incluso ha habido intentos de suicidio.

Godunov guardó silencio y luego preguntó:

—¿Cómo puede vivir en medio de todo esto?

—La pregunta está mal formulada —respondió fríamente Smirnov—. ¿Saben?, yo ya he vivido lo mío. He visto de todo. Entre paréntesis, sólo soy un poco más joven que Misha Pushkov-Riltsev. Para ustedes somos casi de la misma edad. Sería más correcto preguntarme cómo USTEDES van a vivir con todo esto.

—Tenemos que irnos —dijo Saveliy con voz ronca, obligándose a ponerse en pie.

—No debería haberles contado nada —se lamentó el doctor.

Garri Godunov hizo un cómplice guiño de ojos.

—Nosotros no hemos visto nada —declaró—. Sólo hemos hablado de la desaparición de un anciano. Cinco minutos. Después nos ha despachado. Es una pena que no sepa nada del paradero de Mijáil Evgráfovich.

El médico tosió.

—Quizá —apuntó a media voz— deberían ustedes comprobar el último vuelo a la Luna. Viajes baratos, en clase económica.

—¡Bingo! —exclamó Godunov con una mirada centelleante—. Tendría que haberlo adivinado. ¿Qué dices, Hertz?

—Al diablo con eso —respondió Saveliy—. Me importa un carajo. Tenemos que irnos, Garri. Yo tengo que irme. Urgentemente.

—Tú no debes nada a nadie —observó tranquilamente Godunov—. Pero te comprendo. Vámonos.

# Capítulo 7

—¿Has consumido?! ¿Comías o no?!

—No grites.

—¡Habla! —gritó Saveliy.

—Sí. Pero tú también...

—¡Calla!

Bárbara levantó hacia él la cara hinchada por el llanto.

—No grites, por favor.

—¿Qué número?

—¿Qué?

—¿Qué destilación?!

—Sexta —musitó, sintiéndose perdida—. O séptima. Quinta, novena, octava... No me acuerdo.

Estaba sentada abrazándose las piernas, iluminada por tonos rubí y dorados. La luz entraba desde fuera: tras la enorme cristalera del dormitorio colgaba en el cielo nocturno una inmensa instalación en tres dimensiones, una esfera nubosa haciendo publicidad del agua Baikal Double Extrapremium.

En ella danzaban, temblaban, parpadeaban unas letras ciclópeas:

VENCE AL DESTINO. VENCE A TODOS. VENCE LA SED.

—Haz memoria —dijo Saveliy—. Por favor. ¿Qué número de destilación, quinta o sexta?

—Cogía lo que había.

—¿Dónde la conseguías?

—Eso da lo mismo.

—¡Dime dónde! ¿Dónde la conseguías?!

—Pero ¿para qué...?

—¡¡¡Habla!!!

—En casa de Masha.

—¿Y de dónde la sacaba Masha?

—No lo sé.

—Pero ahora sí sé que Masha tiene un «amigo». Y tú comprabas pulpa al «amigo» de Masha.

—Sí —contestó.

Saveliy estaba temblando y respiraba de manera entrecortada.

—Estupendo. Incluso podía no haber preguntado. Voy a destruir a esa perra y a su «amigo».

—¡Basta ya! —dijo Bárbara alzando la voz y levantándose de golpe de la cama. Saveliy retrocedió y casi tiró una silla. Hacía un minuto había sentido deseos de estampar esa silla contra la pared, y se contuvo con dificultad.

Bárbara se retorció desagradablemente y le dio un empujón en el pecho.

—¡Mira tú, el defensor de la moral! ¿Qué me dices de ti? ¿Cuántos años llevas consumiendo esa porquería? ¿Diez? ¿Quince? ¿Cuánto dinero te has gastado en ella? ¿Cuántos miles de tabletas te has tragado? ¿Quién eres tú para venir a reprocharme nada?

—¿Yo? —preguntó Saveliy—. ¿Que quién soy yo? Yo soy un hombre. Los hombres siempre se están envenenando con alguna mierda. Sin eso no pueden vivir. Siempre ha sido así. O vodka, o drogas,

o pulpa de tallo... No confundas una cosa con otra. No me compares contigo. Los hombres no pueden vivir sin doparse. Siempre necesitan alguna ponzoña...

—¿Para qué? —preguntó con desprecio.

—No lo sé. Así ha sido y así seguirá siendo. Si no es la pulpa es el vodka. Pero tú eres mujer, un ser puro. ¿Para qué necesitas ponerte?

De repente se sintió extenuado. La silla pareció estar puesta allí como a propósito.

—Tú —dijo Bárbara casi en un murmullo— no eres peor que yo, ¿sabes?, porque todos comen hierba. Tú, yo, Masha, su «amigo»... —Saveliy hizo un gesto de protesta, pero su mujer alzó la voz—: ¡Todos! Unos constantemente, otros de vez en cuando. Unos mienten diciendo que no consumen, pero en realidad consumen más que los demás. Otros simplemente se callan, y consumen en silencio sin comentarlo con nadie, aparentando que están limpios. La mayoría es de ese tipo... Todos beben mucha agua, todos se pelean por el sol... Y nadie tiene la culpa, Saveliy.

—¡Alguien es siempre el culpable! —chilló Hertz, saltando del asiento y apretando los puños—. ¡Yo soy culpable! ¡Tú eres culpable! ¡Todos somos culpables!

—Todo Moscú la consume desde hace cuarenta años.

—No todos —replicó Saveliy, acalorado—. Garri Godunov no consume. Antes sí, pero lo dejó. Y Gosha Degot no comía... Ni el doctor Smirnov. Ellos lo consiguieron, nosotros no.

—¿Y dónde está ahora tu Gosha?

—No lo sé. Pero Godunov...

—Godunov —dijo— es un vagabundo borracho. Mejor comer hierba que ser como Godunov.

—Así están las cosas —pareció resignarse Saveliy.

—Sí, así están. Es mejor parir un hombrecillo verde que no parir jamás.

—¿Hombrecillo? —repitió Saveliy, mirando a su mujer a la cara—. ¿De dónde sacas la idea de que vas a dar a luz a un hombrecillo? Vas a parir una planta. Un pequeño tallo. En cuanto le corten el cordón umbilical, el recién nacido se olvidará de que existes...

Lo miró con furia.

—Me da igual. Tallito, planta, lo que sea. Será hijo mío, y tal como nazca así será, mío.

—Nuestro —la corrigió Hertz en voz baja.

—¿Qué?

—Que será nuestro hijo.

—Por fin lo has dicho.

—¿Creías que no lo iba a decir?

—No lo creía, lo temía.

—No tengas miedo. Tú y él sois todo lo que tengo.

—Pero tú también tienes miedo. Puedo verlo en ti.

—En cuanto nazca nos los quitarán.

—No se lo entregaré.

—Difundirán la noticia de que es un ser peligroso.

—Me da igual.

—¡Dirán que es un mutante!

—Que digan lo que quieran. No se lo entregaré. Estoy dispuesta a hacer lo que sea. Yo misma me convertiré en mutante, en una planta, en hierba, musgo, liquen, me da igual.

Pronunció esas frases con tanta tranquilidad que Saveliy se avergonzó de su reciente ataque de

histeria, de su desesperación, del temblor de sus rodillas. Sentía una sed horrorosa, pero la sensación de sequedad en la laringe le parecía ahora algo repugnante. No era Saveliy Hertz quien tenía necesidad de agua, sino la planta que había echado raíces en el interior de Saveliy Hertz. La que quería beber esa parte suya que ya no quería ser humana.

Ser persona es difícil. Uno se cansa de eso.

—Tal vez todo salga bien —dijo él, inseguro—. ¿Cuántos idiotas consumen la octava destilación? ¿Medio millón? ¿Un millón? Y sólo hay unos cientos de niños verdes. Significa que no todos los hijos de los que consumen el concentrado purificado hacen así. Tenemos una oportunidad. Nosotros no merecemos...

—Déjalo —le ordenó—. Eso no importa. Debemos tranquilizarnos...

—¡Estoy de acuerdo! —dijo Hertz con entusiasmo, a sabiendas de que no podría tranquilizarse—. Además, sabemos muy poco de eso. Para qué apresurarnos a sacar conclusiones, ¿verdad? Tengo que ir una vez más a ver a ese médico para aclararlo todo. No trabaja solo. Y es una persona tremendamente rara. Aquí hay algo que no cuadra. —Saveliy se levantó de la silla y empezó a pasearse por el dormitorio—. ¡Sí! ¡Algo no encaja! Los chinos dejan de pagar, la gente desaparece sin dejar rastro, nacen niños verdes... ¡Demasiadas cosas! Eso no es posible. Tal vez tú y yo nos estamos volviendo locos. O no, a lo mejor soy sólo yo el que se está volviendo loco.

—Hace tiempo que todos hemos enloquecido. Ven aquí, siéntate a mi lado. Necesitas dormir.

Saveliy rompió a reír.

—¿Dormir? Estás loca. No podría dormir ahora. Los he visto. Son pequeños, están vivos, son verdes...

Salió corriendo al balcón y se secó las lágrimas. El viento otoñal le pegó fuerte en la cara. La esfera del arco iris que contenía el anuncio del agua Baikal se movía de norte a sur rozando las nubes. Saveliy entornó los ojos. Hasta un hombre adulto de más de cincuenta años que empezaba a envejecer, tenía a veces deseos de cerrar los ojos para abrirlos después y descubrir que todo había cambiado para mejor por sí solo, de forma milagrosa.

Abrió los párpados. No. Los tallos de color verde negruzco seguían estando allí. Veía el mundo como a través de un peine. Ahora le quedaba claro que este mundo tenía las horas contadas. Ese mundo amarillo-grisáceo-lila, heterogéneo, sembrado de sonrisas, pulido hasta darle brillo, dispuesto a asegurar a todos los que lo deseaban una cantidad ilimitada de comodidad psicológica. A ese mundo apacible, ordenado, insoportablemente seguro, omnívoro, planificado hasta el más mínimo detalle, construido sencilla y hábilmente, estaba a punto de llegarle su final.

Arriba sonaba música, un disco clásico. Alguien estaba celebrando algo. Fin de la celebración, pensó Hertz. Si todo alrededor es sólo alegría en su forma más pura, eso ya es una fiesta, ¿o no? Todavía ayer suponíamos que la fiesta era nuestro estado diario habitual. Nos quejábamos unos a otros de la rutina, los problemas, la falta de tiempo, de dinero, de fuerzas. Incluso de la escasez de ropa cómoda, de la carencia de un ambiente comprensivo, la falta de mujeres guapas y de viviendas suficientemente espaciosas. Ahora resulta que la vida de ayer, con todos sus defectos y carencias, era un regalo del destino envuelto en un lazo blanco. Hoy se ha acabado la fiesta, los problemas de ayer resultan ridículos, las preocupaciones de ayer merecen en el mejor de los casos una mueca de risa amarga. El ayer aterciopelado se ha convertido en un hoy áspero.

Extraño. Esto se podía entender con la cabeza, pero imposible entenderlo con el corazón. Y como no éramos tontos, vivíamos el día a día. Trabajábamos, nos esforzábamos. Nos considerábamos seres

previsores e inteligentes. Estábamos convencidos de que nuestro mañana, de cualquier forma, sería más confortable que nuestro hoy. De lo contrario, ¿qué sentido tiene esforzarse? Para que mañana todo sea más limpio, más fácil, más tranquilo. Creábamos y nos cansábamos. Intentábamos tener siempre dispuesto un montón de paja en previsión de una caída. Y he aquí el resultado: caemos volando desde las alturas sin caer en la paja, sin caer en nada. Los pronósticos son errados, los cálculos no son fiables. Ayer éramos superpersonas y hoy envidiamos a los insectos.

Cientos de veces nos elevamos hacia arriba y otras tantas caímos hacia abajo. Cada vez que nos elevábamos hacia la luz, nos jurábamos a nosotros mismos que siempre sería así, que las guerras, el hambre y la necesidad han quedado atrás para siempre. Pero no habían quedado atrás.

Respirando con dificultad, Saveliy observó haciendo visera con la mano cómo del centro de la ciudad se desplazaba una hilera de helicópteros de la policía. Eran muchos. No podía imaginar que en Moscú hubiera tantos helicópteros policiales. La visión de esa armada de ruidosas hélices despertaba respeto y temor. Precisamente así es como suele reaccionar el ruso cuando contempla el poderío de las técnicas que utilizan los órganos de protección de la ley, con esos potentes rugidos, esos cegadores proyectores vomitando fuego. Hertz empezó a contarlos, pero se perdió en la quinta decena.

El doctor Smirnov no había metido. Moscú se preparaba seriamente para una nueva vida de detenciones y represión. Todo empezaría más o menos así. O quizá ya había empezado. En la hiperpolis había veinticinco tipos de milicias y policías que competían brutalmente entre ellas y estaban equipadas con lo último en tecnología. Si se les daba poderes absolutos, y por casualidad se hacía la vista gorda al hecho de que hace doscientos años a eso se le llamaba «dobletes», entonces todos los herbívoros desaparecerían en unos cuantos días.

Hertz decidió que había que tirar las cápsulas inmediatamente. Mañana diría que se encontraba mal, confiaría la revista a Valentina, encontraría unos médicos condescendientes para que lo curaran mediante goteo, para desintoxicar la sangre. Tenía que hablar urgentemente con Godunov, para que el genial borracho le enseñara a desengancharse de la hierba. Había que dejar de beber agua por decenas de litros. De alguna manera había que quitarse la costumbre de hacer gestos de enfado cuando alguien te quita el sol. Había que llenar el frigorífico de carne grasa y comer sólo carne, nada más que carne, cinco veces al día... Y obligar a Bárbara...

Sintió náuseas. Tenía un gran deseo de beber, pero más aún le hubiera gustado despertarse y saber que el día de hoy no había sido más que un mal sueño. «¿Y el libro? —recordó, temblando de pánico—. ¿Dónde está el Cuaderno Sagrado? Hay que deshacerse de él inmediatamente. Además, no servirá de nada. Si van a destruir todos los templos y comunas de los herbívoros, todos sus archivos electrónicos irán a parar a manos del gobierno. Harán una lista de todos los dueños de un Cuaderno. Hasta es posible que arresten a los que lo hayan leído. Peor todavía, se ha grabado en mi memoria y soy capaz de citar cada una de sus páginas». Especialmente el último capítulo: «Biografías de los apóstoles Gavriil y Gleb y de sus compañeros de lucha».

Y de forma más especial aún, el final del último capítulo.

*Y anduvieron durante mucho tiempo, pues las llanuras de esta tierra eran amplias, y los caminos malos. Y al ver una ciudad se dijeron uno a otro:*

*—He ahí la ciudad de las ciudades, la ciudad más pura, donde se concentran enormes fortunas. No hay un lugar mejor para el que desea purificarse y meditar.*

*Después miraron a su alrededor y dijeron:*

—He ahí la ciudad de las ciudades. Aquí uno crea y diez gastan. ¿A quién debemos acercarnos, al que crea o al que gasta?

Y se respondieron uno a otro:

—No nos acercaremos ni a uno ni a otro, ya que ni el uno ni el otro están en la verdad, sobre todo el que crea. Pues aguantar a tu lado a los que gastan es una estupidez. ¿Y qué tonto es creador?

Así pues, no se acercaron ni a los unos ni a los otros, sino que se asentaron en la ciudad como independientes y empezaron a crecer.

Unos crecieron en silencio, elaborando oxígeno.

Otros se pusieron a buscar a qué dedicarse, y decidieron purificarse y meditar. Y dijeron: «¡He ahí una ocupación digna de nosotros!». Y sonrieron y empezaron a llamar a todos: «¡Purificaos y medita!».».

Purifícate y concéntrate, pero ten cuidado.

El opio puro y concentrado se convierte en heroína.

El trabajo puro y concentrado se convierte en papeles llenos de filigranas.

El amor purificado y concentrado se convierte en prostitución.

La voluntad purificada y concentrada se convierte en asesinato.

Dios purificado y concentrado se convierte en el diablo.

Purifica todo lo que puedas purificar. Concentra todo lo que puedas concentrar. Pero has de saber en qué momento detenerte.

No se debe confiar en lo demasiado puro, ya que lo más limpio es también lo más sucio.

No se debe aumentar la concentración indefinidamente, pues al concentrar todo lo que quieras, concentrarás antes que nada el mal.

## Capítulo 8

Menos de una hora después de la pelea, Bárbara se envolvió en la sábana y se quedó dormida tranquilamente. Saveliy le reprochó mentalmente su superficialidad, pero un poco más tarde se estaba haciendo reproches a sí mismo por ser tan tonto. Su mujer había actuado correctamente. Para el pequeño ser que crecía en su vientre no era bueno el estrés.

Hertz no se acostó. Pasada la medianoche salió de casa sin hacer ruido, bajó siete pisos y se sentó en el primer bar que encontró. Se tomó unas cuantas copas. A su alrededor se reían unos alegres trasnochadores. Alguien contaba algo sobre la Luna, otro repetía con aplomo que nadie debe nada a nadie, otro introducía en sus frases palabras chinas con total despreocupación, confundiendo el mandarín con el chino cantonés, y una mujer entrada en años con los hombros al descubierto y unos pechos pecosos apenas tapados lanzaba miradas desde un lejano rincón a través del humo del tabaco. Cuando Hertz clavó la mirada en sus ojos pintados como con grasa, ella se dio la vuelta lentamente.

«Desde hoy mismo —decidió Saveliy— me voy a emborrachar todos los días. No sólo pasarme con la bebida, sino beber hasta perder la conciencia. Pero no en casa, obligatoriamente tengo que hacerlo en locales, sentado frente al objetivo más cercano de la policía. Los herbívoros no beben. Si una persona se emborracha, significa que no come pulpa. Empecemos a tramar la coartada. Nunca más me va a volver a ver nadie sobrio y divertido. Si algún interlocutor me pregunta si me tapa el sol, le voy a contestar groseramente, con desprecio: me importa un bleo su sol. Me importa un carajo el sol. Métase su sol por donde...

»Ser hombrecillo verde es una desgracia, pero no una catástrofe. La vida continúa. Garri Godunov se desenganchó, y yo me desengancharé también. Y haré que Bárbara también lo deje. Y tendremos un hijo más, sano. Todavía no soy viejo. ¿Que los chinos dejen de pagar el alquiler por los terrenos de Siberia?, pues que lo hagan. Yo soy un profesional bien pagado, no desapareceré. No hay que exagerar la importancia que tienen los chinos en la vida de los ciudadanos rusos. Los ciudadanos rusos también son capaces de hacer cosas. Les enseñarán de nuevo a trabajar, y no pasará nada, se acordarán. La historia conoce períodos en que los rusos trabajaban bien y se alimentaban a sí mismos».

El camarero androide quiso informarse de si debía rellenarle el vaso, pero Hertz lo mandó a la mierda en dos palabras. La multa por insultar a un ser mecánico con aspecto humano le sería descontada de su cuenta (hay una ley especial que prohíbe dirigirse en términos vulgares a los androides de los restaurantes), pero hasta eso le parecía bien ahora. A partir de ese momento, Saveliy Hertz, periodista y redactor jefe de la revista *Lo Más*, se iba a hacer famoso por los colosales escándalos que pensaba montar. «El redactor jefe va a empezar a hacer el gamberro, a ser impertinente y a destrozar sin compasión la comodidad psicológica personal del prójimo.

»Y ustedes sigan mamando agua, caliéntense bajo los rayos de la estrella amarilla, elévense hacia la luz transparente. Purifíquense y concéntrese».

Hacia el alba hizo intento de controlar sus nervios. El alcohol tenía un efecto extraño: quitaba el miedo, pero aportaba enojo y un baboso resentimiento infantil hacia el orden de las cosas. Hertz pagó la factura con aire taciturno y decidió irse al trabajo. Las cuatro de la mañana era una hora estupenda para empezar la jornada laboral. Consiguió llegar al garaje sin problemas, pero el coche no le obedeció, sino que anunció que su dueño estaba ebrio y le advirtió que si intentaba de nuevo arrancar el motor iba a ser



multado, además de dar parte a la policía. Saveliy se rió. Idiota, a partir de hoy la policía tiene asuntos mucho más importantes que atender. Ahora a la policía no le interesan los borrachuzos insociables, sino los herbívoros ebrios y vivarachos.

Llamó un taxi. Llegó un robot en un electromóvil diminuto. Olía a sudor y a perfume de mujer dulzón. Olía a sexo. A la juventud del siglo XXII le encantaba estar a solas en los taxis sin piloto, lo encontraban divertido y romántico. «Vamos, chicos, dadle. Copulad. Parid pequeñines verdes que no quieren mirar nada ni a nadie incluso cuando están despiertos, y que maman doce litros de agua al día».

Moscú de madrugada sorprendía por el ruido y la enorme cantidad de coches. En las ciudades grandes nunca pasa de moda el insomnio, se dijo a sí mismo, sonriente, el redactor jefe. Abrió la ventanilla y escupió, y vio cómo sobresalían los tallos entre la penumbra gris lechosa.

«Y pensar que una vez nos sentimos orgullosos de ellos —pensó—. Increíble. Un atractivo único en esta ciudad. Una curiosidad incomparable. Moscú, la única ciudad del planeta completamente invadida por esta gigantesca maleza. Y a nosotros, los que habitamos aquí, nos da todo igual. Tal como vivimos antes, así vivimos y seguiremos viviendo. Los tallos, el calentamiento global, nos traen al paio. “Mientras crezca la hierba...”, nos decimos a nosotros mismos».

Y creció.

Se puso más cómodo y estiró las piernas. Cuando llegaron a su destino no quería salir, y estuvo a punto de pedir que lo llevara a cualquier otra dirección, al otro extremo de la hiperpolis, simplemente para estar cómodo un cuarto de hora más, medio tumbado. Después se dio cuenta de que todo lo que le estaba pasando se llamaba resaca.

Maldiciendo entre dientes, salió del coche a la fría acera.

En el ascensor sintió debilidad, y se sentó en el suelo. No quería dormir, pero tampoco estar despierto. No quería nada. Consiguió llegar de algún modo hasta las conocidas puertas y abrió. En las salas vacías y oscuras olía a plástico recalentado y fotografías recién reveladas. Sin embargo, también le daba pereza reconocer los olores. Pasó cruzando entre las mesas. Se detuvo ante el lugar de trabajo de Filippok. Allí reinaba el desorden. El chico trabajaba mucho y bien, escribía unos artículos vivaces, irónicos pero no ofensivos, llenos de maximalismo juvenil. Filippok también era herbívoro, se dijo Hertz a sí mismo. Se lo veía siempre contento y amigable.

Se acercó a la mesa de Valentina, donde todo estaba en orden, donde no sobraba ni faltaba nada, con una pequeña fotografía enmarcada de su hijo. «Pero en el rincón se divisa una botella de agua medio vacía, lo que significa que Valentina también toma hierba. O puede ser que no. Eso ya no importa. ¿Qué importa quién y qué come cada uno? Sólo importa el crecimiento. Lo importante es enraizarse bien en el suelo y que arriba no falte la luz transparente.

»Y aquí está la mesa poco común del poco común Prizhunov. Superficie esterilizada. Prizhunov la limpia con una bayetita especial varias veces al día. Y si le encanta lo limpio, significa que respeta lo concentrado. No hace mucho estuvo gritando a Filippok, pálido de rabia. Se dejó llevar por el nerviosismo. Eso pasa a veces con los herbívoros, cuando intercambian la novena destilación con, supongamos, la cuarta, más barata...».

Un poco después se encontró atornillado en la entrada, en el famoso sillón donde se sientan los invitados de honor.

«¿Cuántos años llevo sin tener una resaca en condiciones? —se preguntó a sí mismo Hertz—. Resulta que me había olvidado por completo de lo que era eso. Una serenidad fascinante. Alegría en forma pura. Los niñitos verdes hacen bien: no miran a nada porque no hay ni habrá nada nuevo bajo el

sol. Todos los días son iguales, aunque tengamos la vista estropeada, y el negro nunca se convertirá en blanco. Esos pequeñines verdes no se mueven, porque no tiene sentido. Es una idiotez ir de un lado a otro cuando hay una sola dirección auténtica de movimiento: de abajo arriba. Hacia el centro del cielo, allí donde está la estrella amarilla.

»Ilona dijo que la fase de salida es mejor que la de movimiento. Ella no come nada desde la infancia, tan sólo pulpa de tallo, y no puede equivocarse. Tiene razón. Una planta sólo se mueve en la primera fase de su crecimiento. Cuando vive aún en forma de semilla, como un granito pequeño. Siendo semilla cae a tierra, la lleva el viento, la roban las aves y los animales. Y la gente también, por cierto. Pero cuando el grano penetra en la tierra fértil, entonces ya no se mueve, sólo crece y se alegra».

Con gran esfuerzo salió del estado de sopor y miró el reloj. Quedarse en la redacción no tenía sentido. Pronto empezaría a llegar gente. No podían ver a su jefe con ese aspecto medio beodo tan vergonzoso. Tenía que encontrar un hotel express, meterse cuán largo era en la bañera, incluso echar una cabezadita, volver al estado normal, e intentar recordar qué era eso del estado normal.

«No soy un diente de león verde. No soy un vegetal. Soy un depredador, un antropófago, soy una persona. He sido creado para triturar carne caliente con los dientes. Saldré de esto. Godunov se desenganchó, y yo no soy peor que Godunov...».

Recordar la forma de su viejo colega ayudó mucho a Saveliy. Con un esfuerzo de voluntad imaginó que justamente el larguirucho y grosero Garri lo lleva por pasillos y escaleras, sosteniéndolo, manteniéndolo despierto y tomándole el pelo; justamente Garri arrastra al lánguido redactor jefe a un establecimiento desconocido, le reserva una habitación individual con aislamiento acústico total, lo lleva hasta la cámara, donde sólo está iluminado con una luz de color limón claro el cabecero de la cama.

Silencio, calma. El suelo está ligeramente templado. Alegría en forma pura. «Descansa, Saveliy. Crece y hazte grande».

•••

Después de despertar, permaneció bastante tiempo tumbado sin moverse. Abrió los ojos, vio las cortinas iluminadas por el sol, se levantó a rastras, descorrió las cortinas y quedó sumido en corrientes de luz intensa pero al mismo tiempo suave. La idea de salir de esos rayos amarillos calentitos le pareció una estupidez, pero quedarse ahí era peligroso: Saveliy no estaba en condiciones, pero aun así recordó que no era en absoluto un tallo verde, sino el redactor jefe de una conocida revista.

Era ya mediodía. Hertz rechazó la idea de tomar una ducha, beber agua, y a duras penas se encaminó al trabajo. Comprendió con asombro que seguía estando borracho. En la redacción todo estaba anormalmente en calma, y la mitad de los empleados no estaba en su lugar de trabajo. Después, en cuanto apareció el jefe, se pusieron en movimiento o, como mínimo, cambiaron de postura. Hertz se dio cuenta de que había dos extraños vestidos con trajes modestos, con una fisonomía dura e inexpresiva.

Valentina se le acercó corriendo y le reprochó con voz tensa:

—¿Cómo puedes desaparecer por segundo día consecutivo? Te estamos buscando por todas partes. Y tienes el móvil desconectado.

—A la mierda el móvil —dijo Hertz como si le rechinara la voz—. ¿Qué pasa aquí?

—Nos están haciendo un registro. Es la policía de conductas morales.

—Que se vaya a tomar por el culo la policía moral.

—Eso díselo tú mismo.

Los inexpresivos se adelantaron saliendo de la multitud.

—¿Por qué habla de esa forma tan vulgar, señor Hertz?

Le mostraron sus placas.

—¿Podemos hablar con usted en su despacho?

—No podemos. —Saveliy se metió las manos profundamente en los bolsillos—. Yo no tengo secretos con mi gente.

—Pero nosotros sí tenemos secretos sobre usted —dijo con voz autoritaria uno de los inexpresivos, un tipo encorvado vestido con unos pantalones baratos de plástico. Imitando a Hertz, también hundió las manos en los bolsillos, un gesto que, por cierto, resultó mucho más amenazante que el del redactor jefe.

Valentina, que estaba detrás de los indeseados huéspedes, puso ojos de terror. Los demás —chicos, chicas, secretarios, fotógrafos— miraban a Saveliy como al padre de la patria.

—¿Qué exactamente? —preguntó Hertz—. Vamos.

Una vez en el despacho, el encorvado echó un vistazo a su alrededor con curiosidad y se sentó en el borde de una silla. El segundo se quedó al lado de la puerta. Tras una atenta observación resultó que ambos maderos apenas podían tenerse en pie del cansancio, iban mal afeitados, olían a pies, tenían una mirada salvaje y grandes ojeras. Por lo demás, estos rasgos les cuadraban bien. Siempre era agradable ver cansado a un combatiente de la delincuencia. Cansado significa que lucha, que no es un vago.

—¿Está usted bien? —preguntó con precaución el encorvado—. Tiene bastante mal aspecto...

—Ustedes también —rezongó Saveliy.

—Nosotros hemos estado trabajando toda la noche.

—Pues yo he estado bebiendo.

—Entendido —asintió lentamente el encorvado—. En realidad... su empleada se ha acalorado un poco. No hemos hecho ningún registro. En este caso concreto sólo se ha llevado a cabo la retirada de sustancias prohibidas. Por desgracia, hemos tenido que detener a dos... Garri Godunov y Filipp Mironov. No tenemos nada que decir sobre los demás ciudadanos.

—Trabajan ustedes bien —comentó Hertz automáticamente.

El encorvado frunció los labios. Estaba sentado justamente entre Saveliy y la ventana, tapando todo el sol.

—Bien o mal, eso no importa. En este caso concreto recibimos una señal y nos vimos obligados a actuar.

—Ya veo —dijo Hertz sonriendo—. Una señal. De eso se trata. Espero que fuera un anónimo.

—Ahora mismo eso no tiene ninguna importancia. En este caso concreto concurren los hechos. La sustancia conocida como pulpa de tallo ha sido descubierta en un cajón de la mesa de trabajo de Filipp Mironov. Su segundo empleado, Garri Godunov...

—No es mi empleado —lo interrumpió Hertz—. Es mi amigo y un escritor famoso. Sólo trabaja temporalmente en mi revista. Voluntariamente, por principios. Y, por cierto, gratis.

El encorvado se sorprendió mucho.

—¿Gratis? ¿Voluntariamente? Pero... ¿para qué?

—Pregúnteselo a él.

—Ya se lo hemos preguntado. —El encorvado intercambió unas miradas con su compañero—. Pero su amigo... Es difícil dialogar con él. Habla mucho, pero... eh... en general, de todo lo que ha dicho

hemos entendido muy poco.

Hertz mostró una sonrisa lúgubre.

—No me sorprende.

El encorvado imitó su sonrisa lúgubre, pero añadiéndole tenebrosidad.

—Sin embargo, ese... eh... escritor..., como usted lo llamó, declaró que las cápsulas de la llamada pulpa encontradas en el cajón de Filipp Mironov no son del joven, sino que le pertenecen a él.

Sin duda, pensó Saveliy sintiendo tristeza y dolor de cabeza. No podía ser de otra forma.

—¿Qué quieren ustedes de mí? —preguntó arrugando el ceño.

El policía cambió de postura dejando abierto el borde de su chaqueta, y Saveliy vio que de la funda de la hombrera sobresalía la empuñadura desgastada de una pistola.

—Mañana —anunció— tiene que presentarse usted ante nosotros. Más o menos a eso de las seis de la tarde. Le enviarán la dirección y la citación. En este caso concreto tenemos un delito penal. Posesión de pulpa de tallo. Lo interrogaremos en calidad de testigo.

—Me alegraré de poder ayudarlos —dijo Saveliy—. ¿Saben?, no me gustan los herbívoros. Por lo que yo sé, en mi plantilla nadie ha jugado nunca a este juego. Si leyera nuestra revista vería que nosotros defendemos el estilo de vida saludable.

—No la he leído —respondió tranquilamente el encorvado—. Veo que se siente usted realmente mal. Tiene que quitarse la resaca.

—Acabo con ustedes y me pongo a ello.

El encorvado ahogó un bostezo y preguntó:

—Por cierto, ¿no le estoy quitando el sol?

—A la mierda el sol —respondió Hertz disfrutando de la oportunidad—. ¿Desea algo más?

—De momento eso es todo. Una sola pregunta más... Su... eh... opinión subjetiva sobre esto... ¿Qué piensa usted? ¿De quién pueden ser realmente esas cápsulas, en este caso concreto?

—No lo sé —respondió Saveliy con convicción—. Palabra de honor. Escuche, a los herbívoros se los puede analizar. En el organismo quedan restos de pulpa. Hagan unos análisis de sangre o algo parecido y todo se aclarará.

El encorvado se puso de pie.

—Naturalmente. Además... me temo que vamos a tener que hacer análisis a todos los empleados de su revista, incluido usted. Por supuesto, ese control es estrictamente voluntario. Como sabe usted bien, en nuestro país nadie debe nada a nadie. Pero en este caso concreto tomaremos nota de todo el que se niegue...

—Lo comprendo —asintió Hertz—. Yo estoy dispuesto a dar sangre inmediatamente. Póngame el primero de la lista.

El encorvado lo miró casi con simpatía, aunque al despedirse no le estrechó la mano.

—Espere —dijo Saveliy, deteniendo a sus visitantes—. Quiero pedirle algo. Favor por favor. Dígame adónde se han llevado a mi gente y los ayudaré. Yo mismo aclararé cuál de los dos es herbívoro. Lo único que necesito es hablar con ambos a solas. Y usted, a cambio... —El redactor jefe le guiñó un ojo, como se suele decir, sin cumplidos, y en seguida sintió asco de sí mismo— no difunde la historia del registro. De lo contrario, nuestros colegas de la prensa amarilla nos van a hacer papilla... Se montará un escándalo, sufrirá la reputación de la revista...

—Lo siento —respondió el encorvado sin la más mínima compasión—. Pero el departamento policial de protección de la moral tiene contrato con once canales por cable. En este caso concreto

nuestra reunión se está transmitiendo en directo. Y después... —El encorvado imitó nuevamente a Saveliy y le guiñó llanamente un ojo, lo que le pareció repugnante—. Créame, señor Hertz..., no pasará una semana antes de que a todos les dé igual la reputación de cualquier cosa. Sólo en las últimas veinticuatro horas hemos efectuado diecisiete confiscaciones. Diecisiete reputaciones que ya... —El policía hizo una cruz en el aire con el dedo—. Unos más, otros menos... Relájese. Sus empleados detenidos aún están en comisaría. Por la tarde los llevaremos a la cámara de infectados. Naturalmente, no puede ponerse en contacto con ellos. Además, ¿para qué? Soltaremos al jovencito, y ese amigo suyo, el escritor... tendrá que declarar ante un juez. Hasta pronto. ¿Tiene alguna queja, observaciones sobre el tema de la conversación, o sobre la conducta y el aspecto exterior de nuestros oficiales de policía? ¿Quejas? ¿Sugerencias?

—No.

Apenas salieron los policías, Hertz llamó a Valentina, quien conseguía mantenerse calmada. Saveliy se acordó de su mujer y suspiró. Tenía una capacidad de control impresionante. Y luego dicen del sexo débil.

—Ahora voy a desaparecer —anunció—. Tengo que quitarme la resaca urgentemente. Y llamar a alguien. Tú averigua adónde han llevado a nuestros chicos.

Valentina bajó la mirada y dijo en voz baja:

—Saveliy, no te metas en esto.

—¿Por qué motivo?

—Desaparecerás tú también.

—Si desaparezco o no desaparezco no tiene importancia.

—¿Y qué es para ti lo más importante, Saveliy?

—¿Lo importante? —respondió vivamente Hertz—. Es muy sencillo, Valentina: lo importante es que nada nos impida mantener la comodidad psicológica personal.

—Basta ya —dijo ella—. Olvídate de eso inmediatamente. ¿Acaso no sientes nada? ¡Está ocurriendo algo! No te hagas el supermán, Saveliy. Piensa en los demás, en Bárbara, en nosotros. Tenemos que salvarnos nosotros y conservar la revista.

—Yo no debo nada a nadie.

—¡Pues claro que debes! —chilló Valentina palideciendo—. ¡Te han confiado el negocio a ti! ¡Tú no lo creaste! ¡Llegó a tus manos cuando ya estaba todo hecho! ¡Y ahora, él te pertenece a ti y tú le perteneces a él...!

Hertz se pasó la mano por la mejilla y se percató de cuánto se arrugaba y lo que había envejecido su cuello.

—Oye —preguntó él calmadamente—, ¿qué destilación consumes tú?

—¿Qué?

—Digo que qué número te metes.

—¡¿Yo?!

—Sí, tú. ¿Qué número?

Valentina hizo una mueca burlona. «Algunos de ellos —pensó Hertz—, saben mostrar esa sonrisa torcida sin perder por ello su atractivo».

—Sólo lo probé cuando era estudiante. Dos o tres veces, y no sé qué número era. Me invitó uno que quería ligar conmigo... Pero eso fue hace mucho tiempo. Y no me gustó.

—¿Por qué?

—Me resultó desagradable. Vista desde fuera parecía una tonta, y no me gusta parecerlo.

Saveliy asintió.

—Existe la opinión de que ser tonto es rentable.

—Probablemente. Pero eso sólo pasa en un ambiente de tontos. Y a mí siempre me ha atraído la gente inteligente.

—¿Como Godunov?

—¿Qué pinta en esto Godunov?

—¿Quién te atrae?

—Eso no es asunto tuyo.

—Es verdad, perdona, no es asunto mío. Ve y averigua inmediatamente adónde han llevado a Godunov. Y después prepara un comunicado para anunciar tu ascenso a jefa de redacción. Tráemelo y lo firmaré. Si pasa algo, toma tú misma las riendas del negocio. Valentina Mertvago, la dama de hierro, redactora jefe de la revista *Lo Más*. Esto va a ser muy fuerte.

—¿Y tú? —preguntó ella con una nueva voz, más suave pero firme.

Saveliy bajó la mirada.

—¿Yo? ¿Quién soy yo? Soy un herbívoro terminal con muchos años de antigüedad. Llevo muchos años consumiendo pulpa altamente concentrada. Te preocupa nuestro negocio, estupendo. Para que nuestro negocio no sufra, estoy obligado a dimitir.

Quiso esperar a que Valentina asintiera o que diera su aprobación con la mirada, pero no pudo contenerse y añadió:

—Pero esto no ocurrirá hoy.

Se puso de pie. Era hora de llamar a su «amigo».

—Hoy voy a intentar salvarme y sacar de allí a nuestros hombres.

## Capítulo 9

Musa conducía confiado su modesto Ford chino: aceleraba bruscamente, sacaba la cabeza por la ventanilla cuando giraba, y, sentado al volante, parecía el típico jubilado de escasos medios. Así era su disfraz. El «amigo» de Saveliy era rico, probablemente muy rico, y sabía muy bien cómo tocar todos los resortes, hasta los más recónditos, aunque el papel de viejo cansado con su cabeza canosa lo interpretaba no sólo con gran talento, sino que era genial. Se vestía con una vieja chaqueta de lana y unos zapatos deformes sin tacón, miraba de una manera graciosa por encima de las gafas, arrastraba los pies al andar, le salían pelos de las orejas..., en definitiva, era el típico abuelo bonachón caucasiano en su variante de los que se ponen enemas de kefir y llevan siempre un comprimido de Validol en el bolsillo del pecho por si les da un ataque al corazón. En la realidad, era prácticamente la persona más todopoderosa y peligrosa con que se había cruzado Saveliy en toda su vida.

Dos veces dieron la vuelta al edificio Libertad —la primera abajo, a nivel del suelo, después por el puente elevado hasta llegar al nivel cuarenta— hasta que dieron con la entrada. En Moscú las comisarías de policía eran las organizaciones que menos llamaban la atención en toda la ciudad. En ellas la actividad de defender la ley se realizaba muy activamente, al tiempo que de forma oculta y callada con el fin de no alterar la comodidad personal psicológica de los ciudadanos.

En la entrada de la sección estaba de guardia un androide, un madero electrónico vestido de paisano. Se apoyaba en la pared fingiendo que no hacía nada. Musa pasó a su lado, giró en una esquina y frenó en seco.

—Yo negociaré. Después vendré a por ti.

—Ahí hay cámaras por todas partes —le advirtió Hertz—. Todas las comisarías de policía están conectadas al proyecto Vecinos.

Musa se rió despectivamente. Saveliy se sintió incómodo. En realidad, ¿qué puede enseñarle un periodista a un canalla profesional?

El canalla profesional volvió bastante de prisa. Se acercó al coche e hizo una señal instantánea, casi imperceptible. Hertz saltó a toda prisa del coche y corrió hacia él.

—Vamos —ordenó Musa—. Pero no te aceleres. ¿Para qué acelerarse?

—Perdone. —Saveliy echó a andar.

—Tampoco tienes que disculparte. ¿Para qué pedir perdón? No has hecho nada.

Saveliy no supo qué contestarle.

—Siempre —le advirtió Musa mirando a su alrededor—, siempre, compórtate como si no hubieras hecho nada. Aunque hayas matado a alguien hace cinco minutos, aparenta que no has hecho nada.

—Entendido —asintió Hertz con gran aplicación.

El androide que vigilaba la entrada no les prestó ninguna atención. Al entrar se encontraron en un vestíbulo intensamente iluminado, donde, desde un mostrador cromoniquelado, les sonrieron dos chicas jóvenes con aspecto de azafatas.

—Vamos al despacho número siete —dijo amablemente Musa.

—Les acompañaré gentilmente —les dijo— una de las chicas.

El anciano malhechor mostró una sonrisa paternal.

Desde lejos les llegó un grito. Saveliy se asustó.

—Hoy tenemos muchos borrachos —explicó en seguida la chica.

«Lo que nos faltaba —pensó Hertz—. No soy el único listillo».

Tras un cuarto de siglo de práctica periodística, había estado incontables veces en las dependencias de la policía. Año tras año habían mejorado la limpieza y cada vez olían mejor. ¿Había menos delincuentes? Saveliy no lo sabía. Nadie lo sabía, ni los mismos delincuentes. Oficialmente la capital de Rusia estaba declarada una ciudad absolutamente segura. Sin embargo, los anuncios oficiales nunca habían conseguido eliminar de ella la ruidosa y vibrante vida extraoficial. Y cuanto más viejo se hacía Hertz, cuanta más experiencia adquiría, con más frecuencia se convencía de que Moscú era el lugar más extraoficial de todo el planeta.

La delincuencia había mutado. Los robos de un trozo de pan habían quedado en el pasado, y habían sido sustituidos por refinadas maquinaciones. A los niños y niñas con tendencia al robo y la violencia los ponían bajo control desde que estaban en el útero materno, pero esto no puso fin al robo ni a la violencia. La victoria sobre la pobreza no garantizaba la victoria sobre la avaricia, la envidia y el afán destructor.

En el despacho número siete, al otro lado de la mesa, se puso de pie un joven de aspecto frío con estrellas de sargento y musculatura de atleta. Sin mirar a Hertz, inclinó la cabeza brevemente ante Musa, salió y cerró la puerta tras él. El cierre neumático emitió un sonido significativo. «Totalmente aislada acústicamente —adivinó Saveliy—. Casi como la que tengo en mi dormitorio. Garantiza la tranquilidad de Bárbara. Auténtica calidad china. Sólo que esta puerta policial es diez veces mejor».

—Siéntate —le recomendó Musa—. Ten en cuenta que vamos a tener sólo tres minutos, no más.

Hertz se sentó en la silla metálica y miró a su alrededor.

—Aquí llevan a cabo los interrogatorios —explicó Musa—. Esta habitación es un enorme detector de mentiras. En las paredes, en el techo, en el suelo, por todas partes hay sensores que miden la variación de la temperatura corporal del detenido, la producción de sudor, la dilatación o contracción de sus pupilas. También analizan la composición química de las espiraciones... En una habitación como ésta es difícil mentir.

—Pero se puede —dijo Hertz, por alguna razón como esperanzado.

—Se puede —respondió el viejo granuja con voz monótona—. Pero ¿para qué? Al que no ha hecho nada no se le puede pillar. El que no tiene nada que confesar, jamás confesará.

Saveliy asintió e hizo un gesto como si lo hubiera entendido. La pausa se alargaba. Tosió.

—Yo, de todos modos..., en relación con Mijáil Evgráfovich...

—Cállate —le ordenó Musa, enojado—. Ya te lo he dicho: no me preguntes nada de él. Y tú vas y vuelves a preguntar. ¿Por qué?

—Perdone.

El anciano malhechor suspiró pesadamente.

—Otra vez disculpándote. Eres duro de mollera, ¿eh? No entiendes a la primera. Pareces un tipo maduro, director de una revista... ¿También se lo repites todo dos veces a tu gente?

—A veces hasta diez.

El cierre de la puerta volvió a sonar. Saveliy se puso en pie de un salto. En el vano apareció una conocida figura larguirucha. Detrás de Godunov entró el sargento, lanzó una mirada a Musa y con un dedo le señaló la muñeca. Musa asintió. Hertz abrazó a Godunov. El genio de la literatura había estado sólo unas horas en prevención, pero ya tenía un aspecto demacrado y estaba más delgado. Tal vez el motivo no fue el estar en prevención, sino que, siendo como era un alcohólico crónico, no había tomado



su dosis para desayunar. Sea lo que fuere, Saveliy estuvo a punto de echarse a llorar, y apoyó la nariz en la dura barba de dos días de la mejilla del genio.

El sargento salió sin hacer ruido.

—Hablad con libertad —dijo Musa—. Pero de prisa. Si tenéis algún secreto, me apartaré a un lado.

—¡Papaíto! —exclamó Godunov—. ¿Qué secretos? ¡Estoy tan contento! ¡Aquí es todo increíblemente divertido! ¡Hacía veinte años que no estaba en el trullo!

—Garri —dijo Saveliy—. ¡Garri! Tranquilízate. ¿Qué hiciste?

Garri se serenó.

—Esa pregunta se la haces a Pruzhinov. Es un montaje suyo.

—Me lo imaginaba —asintió Saveliy—. ¿Y por qué te metiste?

—Tú habrías hecho lo mismo —respondió Godunov con los ojos brillantes—. Habrían encarcelado al chico. Le habrían destrozado la vida.

Hertz desvió la mirada hacia Musa, que estaba sentado con la mano apoyada en el pómulo. Incluso era posible que estuviera dando una cabezada.

—Van a encerrarte a ti o al chico.

—El chico ya ha salido —declaró Godunov sonriendo—. Hace dos horas. He firmado la declaración de culpabilidad. He dicho que las cápsulas eran mías, que las tengo desde hace tiempo. No me acuerdo dónde las conseguí, estaba borracho...

—Eres un bobo. Os van a hacer análisis de sangre a los dos, a ti y a Filippok. Y tú hace mucho que no comes hierba.

—Ya la he comido —declaró Godunov—. Se la compré a mi compañero de celda. Se la cambié por un cigarrillo. Tercera destilación, una mierda asquerosa.

Saveliy empezó a transpirar.

—Mierda. No he caído en la cuenta. Ni siquiera te he traído tabaco...

El genio hizo un negligente gesto aristocrático.

—Olvídalo. Filippok no desaparecerá. Le he soplado una dirección donde hay gente fiable; le van a limpiar la sangre en un día con una química especial... En general no es un tipo tonto, se librará de ésta.

—¿Y tú?

—Yo iré a la cárcel.

—Estás loco, Godunov.

—Un poco —respondió éste, y soltó un silbido—. Ya lo ves, Saveliy, estoy escribiendo un libro. En ocasiones, una vez al año, incluso me llegan a llamar escritor. Pero los libros, hermano, no se escriben en los despachos. Mejor dicho, también se escriben en despachos, pero los mejores libros se escriben en sitios como éste... —dijo, señalando la habitación con las manos—. En las cárceles, en las trincheras, en los fosos, en los restaurantes asquerosos, en las servilletas de las tabernas. Mi lugar está aquí. No te preocupes, volveré en seguida. No me van a echar mucho. Cinco años como máximo. Y de paso me quito de la bebida. Ya pensaré en algo. No tengo familia, mi madre murió, nadie me va a llorar, así que...

—Sí —manifestó Saveliy—, alguien va a llorar por ti.

Godunov sonrió.

—Di a quien vaya a llorar por mí que no lo haga. No hay que llorar, hay que reír. Es la única forma de sobrevivir. ¿Me has entendido?

Hertz negó con la cabeza.

—¡Papaíto! —exclamó Godunov. Musa abrió los ojos—. No hay que provocar al sargento, es un tío normal. Ve a llamarlo.

Musa se puso de pie.

—Garri... —musitó Hertz—. Aguanta, ¿vale?

Godunov adoptó una pose valiente.

—Aguanta tú.

—Y no comas hierba —farfulló Saveliy—. En especial la refinada. Después... no alcanzas a comprender cómo te vas convirtiendo... Pensarás solamente en la luz transparente...

Volvió a sonar el pitido de la puerta. Godunov estalló en carcajadas.

—Hace tiempo que me di cuenta de que estás leyendo el Cuaderno Sagrado.

—Ya lo he leído.

—¡Joder! —exclamó el genio—. Fui yo quien lo escribió hace quince años. Me proporcionó unos buenos ingresos suplementarios, un buen dinerito, y lo escribí en dos semanas. Perdona, hermano.

—Espere —dijo Musa deteniéndolo—. Hemos olvidado lo más importante. —Metió la mano en un bolsillo y sacó dos paquetes de cigarrillos chinos baratos.

—Se lo agradezco de todo corazón —declaró Godunov con emoción—. Papaíto, cuida de Saveliy. Ya veo que eres capaz de todo. En cuanto salga en libertad te encontraré. Yo, Garri Godunov, no olvido las buenas acciones.

Mirando la espalda un poco contraída de su amigo, Saveliy pensó que lo creía en todo menos en una cosa: no pensaba que su colega fuera a volver pronto.

—Tienes un buen amigo —dijo Musa cuando se quedaron solos.

—Eso sería como decir mi «amigo» —dijo secamente Saveliy—. Pero Garri es... Nosotros...

—Que no se te peguen las palabras —le advirtió Musa suavemente—. Yo no soy «amigo» de nadie. Hace mucho tiempo que me salí del sistema. Ahora no pienses en Garri. La cárcel no es el peor sitio. Ahora piensa en ti.

—No hay nada que pensar —replicó Hertz sombríamente—. Piense o no piense, me ha llegado el final. Mañana me harán las pruebas. Desde luego, no he consumido pulpa a cucharadas, pero... Y a todas las personas de la redacción les van a pedir también que se hagan las pruebas. Lo más probable es que la mayoría se niegue. Yo también me negaré... Pero eso no importa.

—¿Y qué es para ti lo más importante? —preguntó Musa.

Saveliy inspiró profundamente, dispuesto a responder, pero en ese momento entró el sargento e hizo una seña.

—Vayámonos de aquí —dijo el viejo delincuente a Hertz. Estaba claro que abandonaba aquellas paredes con gran alivio.

Las señoritas de la entrada les mostraron unas fascinantes sonrisas de despedida.

—Agradecemos su visita —dijo una de ellas con voz melodiosa—. Si tienen ustedes alguna queja sobre el contenido de la conversación o sobre el aspecto exterior de nuestros empleados, o cualquier sugerencia o deseo...

—Cállate ya, hijita —la interrumpió Musa—. Todo ha sido excelente.

Se dirigieron hacia el coche.

—No he entendido muy bien por qué piensas que estás acabado —dijo Musa en voz baja.

—Porque no creo en sus comprobaciones —contestó Saveliy con aire sombrío—. En los análisis de sangre y todo eso. ¿Qué coño de análisis de sangre si nada más entrar ya pueden determinar si la

persona miente o no? Creo que el análisis de sangre es un cuento para tontos. Con sus técnicas pueden detectar a cualquier herbívoro a cien metros.

—Tienes razón —convino Musa amablemente—. ¿Adónde te llevo?

—¿Adónde? —Saveliy se quedó pensando—. Al trabajo.

El «amigo» arrancó a toda prisa y se alejó del lugar.

—¿Quieres decir que lo más importante para ti es el trabajo?

—No. Lo más importante para mí es mi familia. Y el niño.

—¿Tienes un hijo?

—Lo voy a tener.

—Lo dices como... Sin ninguna emoción.

Hertz se quedó callado y luego preguntó:

—¿Ha oído hablar de los hombrecillos verdes?

Musa giró la cabeza y miró a Saveliy con interés.

—Algo he oído. ¿Eso significa que vosotros...?

—Sí.

—¿Lo sabe tu mujer?

—Lo sabe.

—¿Y qué habéis decidido?

—¿Hay algo que decidir? Si nace verde, entonces veremos qué hacemos. Pero en cualquier caso, no lo vamos a entregar. Ya sea verde, azul o violeta, no pienso entregar a mi propio hijo.

—Mmm... —suspiró tristemente Musa—. No lo entiendes. Vendrán personas armadas y te lo quitarán. Si te resistes, te encarcelarán. Y a tu mujer también. Te romperán tus modernos dientes rojos y te echarán diez años, y hasta la vista. Nadie querrá defenderte.

—¿Y usted? —preguntó Hertz.

Musa pareció sorprenderse.

—¿Qué pinto yo en esto? Tú mismo has dicho que estás acabado. ¿Para qué voy yo a defender a un tipo que se tira de los pelos y grita que le ha llegado el final?

—Grito porque no veo salida.

El viejo canalla no contestó nada.

—Es mejor girar aquí —asintió Saveliy—, en la avenida de Konstantin Ernst. Queda más cerca.

—Pues giramos —dijo Musa—. Pero antes vamos a un sitio. Allí nos sentaremos y hablaremos tranquilamente. Me encanta cuando uno puede sentarse y hablar con calma...

—¿De qué? —preguntó Saveliy poniéndose tenso.

—De la vida —respondió severamente el canalla—. Vamos a un tercer piso, pero no tengas miedo.

Estuvieron mucho tiempo en el coche mientras se alejaban del centro. Atravesaron el sexto y el séptimo anillo de circunvalación. Se desviaron de las autopistas con puentes elevados, se adentraron entre bloques de viviendas levantadas apretadamente unas contra otras, torres de pisos construidas con bloques de hormigón barato de la época en que empezaron a aparecer los tallos. Ahora, al cabo de los años, aquí todo era absolutamente lúgubre. En uno de los cruces yacía calcinado con las ruedas hacia arriba un camión recogedor de basuras. Al lado de las cabinas de solarios callejeros se divisaban grupos de gente mal vestida con rostros pálidos. Ante los ojos de Saveliy se hicieron visibles los resultados de la intensa lucha del gobierno con los ciudadanos herbívoros: cada tallo local estaba cercado por una valla de cinco metros de resina de carbono superresistente. Como afirmaron los fabricantes chinos, este

material único no cedía ante ninguna acción destructiva: ni se rompía, ni se podía cortar ni quemar. Pero ahora Hertz vio que en las vallas había trozos rotos, cortados o quemados, suficientes para que por el agujero se colara cualquiera que lo deseara.

Se acercaron a una de las torres con las paredes cubiertas de moho. Las ventanas de los cinco primeros pisos estaban tapiadas con ladrillo o simplemente cegadas toscamente. El vestíbulo apestaba a restos de comida y tenía el aspecto de una tienda, con escaparates miserables tras el sucio cristal llenos de garrafrones y cantimploras de agua potable. Al ver a Musa, un vendedor desgreñado salió del estado de postración («El tío está en la típica fase de salida», adivinó Hertz) e hizo una respetuosa inclinación.

—El ascensor no funciona —advirtió Musa.

—No pasa nada —respondió Saveliy con un poco de hipocresía.

Subieron por una escalera cubierta de esputos, adentrándose en húmedos pasillos medio en penumbra. De repente, tras una puerta llena de rasguños, apareció un pequeño restaurante inusualmente acogedor, sin gente y decorado con buen gusto. Incluso había una chimenea. En un rincón emitía destellos una excelente instalación en tres dimensiones: un asiático atractivo y musculoso lo mismo sonreía con tristeza que adoptaba una de las posiciones del arsenal del kung-fu. A juzgar por las apariencias, esto era una cueva de ladrones, un cuartel general de delincuentes, lugar de encuentro y de reuniones de negocios.

Para ocultar su nerviosismo, Saveliy se inclinó hacia el destellante combatiente.

—Jackie Chan, ¿verdad?

—No —respondió Musa—. Éste no es Jackie Chan. Éste es Talgat Nimagtulín. ¿Has oído hablar de él?

—Era algún héroe del siglo xx.

—Bueno, héroe o no, al menos murió como un hombre.

—Ah —dijo Saveliy—. ¿Y cómo murió?

—Lo apuñalaron hasta matarlo.

Olía a carne frita. De una pared colgaba un anuncio con letras grandes:

LOS AMIGOS PAGAN.

Y en la pared de enfrente habían pintado una advertencia más:

NO SERVIMOS AGUA.

Se acercó un camarero. Sin decir una palabra, apartó las sillas de una de las mesas y encendió una vela. Aquí Musa se comportaba de otra manera, no encorvaba la espalda y no arrastraba los pies al andar. Ahora mostraba una buena planta, con una mirada de macho duro y unas canas que le aportaban nobleza. Así fue como lo vio Hertz la primera vez, hacía dos meses, en el despacho de Pushkov-Riltsev.

—Es un buen sitio —dijo Musa con aire práctico, sentándose medio de perfil y cruzándose de piernas majestuosamente—. Tras la pared de la cocina está el silenciador más potente de todo este barrio. Normalmente mandamos a la gente directamente desde aquí.

—¿Mandan? —preguntó Hertz—. ¿Adónde? ¿Al otro mundo?

La silla en que estaba sentado rechinó como si fuera de madera auténtica. Y tal vez fuera una silla de madera de verdad.

—No digas groserías —se enfadó Musa—. ¿Qué sentido tiene ser grosero? No te he dado motivos.

—Lo he soltado sin pensar —reconoció Saveliy—. Se me ocurrió y lo he soltado. Sin pensarlo.

Musa sonrió. —Eso ocurre cuando una persona pasa de la pulpa al alcohol. Intentas hablar con él de un asunto y lo único que hace es parpadear.

—¿Y nosotros ya hemos hablado de algo?

—Lo estoy intentando —dijo Musa amablemente—. Pero me interrumpes todo el tiempo.

—Perdone.

—No te disculpes.

Saveliy suspiró.

—Por cierto —dijo con aire de tristeza el canalla narigudo—, no te sirve de nada beber vodka.

—¿Por qué? —Porque tú, Saveliy, tienes medios. Y según creo, consumías solamente pulpa muy refinada. Octava o novena destilación. ¿He acertado?

—Sí.

—De la octava destilación —dijo Musa, con una suave entonación— nunca se ha salvado nadie. Con o sin vodka, es absolutamente imposible. De la pulpa cruda, sí, se desenganchan. De la cuarta o quinta, se desenganchan. De la séptima es prácticamente imposible. Del séptimo grado de concentración se desenganchan solamente las personas muy fuertes. Y de la octava todavía no se ha desenganchado nadie. Por no hablar ya de la novena.

Saveliy guardó silencio, pensó en lo que había oído y dijo:

—Mi amigo, Garri, al que han metido hoy en la cárcel, se desenganchó. A base de vodka y carne...

—Seguramente eso fue hace veinte años. Cuando el número cuatro se consideraba todo un lujo. Pero ahora, cuando empieza a salir la undécima... —Musa negó con la cabeza con pesar—. ¿Sabes lo que es la destilación? Cogen un cubo de materia prima, extraen el agua y el resultado es un producto seco. Después lo ponen debajo de una prensa y aplican una presión enorme, convirtiendo la cosa en una tabletita de este tamaño. —Musa encogió la mano y unió el pulgar con la punta del índice—. Digamos que si durante tres o cuatro años te has estado tragando a diario pastillas de la séptima y octava destilación, haz la cuenta: tú solito te has tragado un tallo maduro entero.

Hertz sintió que empezaban a entrarle escalofríos.

—¿Y qué pasará conmigo?

—Concretamente contigo no lo sé. Sólo sé que en tu situación la gente normalmente se transforma en buceado-buceadores. Los suelen llamar «corredores». Se sumergen desde el piso noventa al décimo. Se convierten en terminales. La hierba, amigo Saveliy, es una planta. No asalta, no te clava un puñal, pero mata lentamente a las personas. Sin que se den cuenta. Cada mañana se toman una nueva cápsula para estar todo el tiempo en estado de movimiento. Es muy perjudicial estar todo el tiempo en movimiento. Porque después, más o menos al cabo de un año, comienzan los ataques de rabia. La persona necesita sol, la mayor cantidad posible de sol, y si alguien se lo quita el herbívoro monta en cólera. Hay casos conocidos de violencia, incluso de asesinato. Va por ahí un joven cualquiera ocupado de sus propios asuntos, casi contento, disfrutando de alegría pura, y poco después, por casualidad, pasa una persona que se interpone entre él y los rayos directos, y el tipo coge cualquier objeto pesado que tenga a su alcance y le pega con fuerza en la cabeza...

—Yo no pienso bajar —contestó lúgubrementes Saveliy—. No me convertiré en un corredor. Eso sería lo último.

—... Y con relación a los hombrecillos verdes —continuó Musa como si no lo hubiera escuchado—, no lo sabes todo sobre ellos. El mayor hombrecillo verde está dentro de ti. ¿Hace mucho que

consumes pulpa?

—Casi siete años.

—¿Y siempre concentrada?

—Sí.

Musa guardó silencio.

—Eso es muy malo. Ni siquiera sé cómo decirte...

—Dígame la verdad. —De acuerdo, te la diré. Pero tienes que escuchar mis palabras como corresponde a un hombre... —Musa entornó los ojos—. El caso es que tú ya no eres una persona.

—Vaya —murmuró Hertz con la boca seca.

Su interlocutor se inclinó sobre la mesa y dijo en voz baja pero firme:

—Te hablo como a una persona sólo por respeto a aquél que nos presentó. Por respeto a mi antiguo comandante, a mi compatriota militar. Tú lo conoces como Mijáil Evgráfovich. No puedo hacer nada por ti, Saveliy. Tú ya no eres una persona, eres un tallo verde y tu destino está sellado. Te irás convirtiendo en una planta larga y dolorosamente. Pero no eres el único, hay muchos, muchísimos como tú. Todos los adictos a la pulpa. Los pobres que mascan pulpa aguantarán unos cuantos años. Tal vez hasta diez, o veinte. Podrán andar, conversar, tener hijos. Pero los ricos de los pisos superiores, los antropófagos, como los llaman... los adictos a los concentrados refinados... se convertirán en plantas en los próximos años. Perderán el aspecto de persona. Literalmente. Fisiológicamente. No sé cómo será. Nadie lo sabe. Es algo que acaba de empezar hace poco, y yo personalmente he visto sólo el principio del proceso... —Musa apretó los labios—. Es una pena que justamente me haya tocado a mí, un viejo pecador, la tarea de comunicarte que has desaparecido. Pero es mejor que lo haga yo, Musa Chechen, en esta tranquila taberna, que el primer ministro por el primer canal, ¿no es así?

Saveliy no contestó nada, ni siquiera se movió.

—Todo el que haya consumido el concentrado —la voz del mafioso canoso sonaba como si saliera del fondo de un barranco— está condenado. Empiezan a echar raíces y sus caras estarán siempre orientadas al sol. Sólo se salvarán los que nunca hayan rozado siquiera la hierba. De esos hay muy pocos. Incluso yo probablemente no me salvaré, porque me enteré demasiado tarde de todo esto... Y ahora, una cosa más, la última y más importante. Yo no te conozco, Saveliy, y la verdad es que me importas un carajo. Eres un muerto viviente. Pero Misha me suplicó que te ayudara: «Ayuda a todos los que puedas —me dijo—, pero especialmente te pido que ayudes a Saveliy y a su mujer». Eso me dijo. Y yo le tenía mucho respeto, así que haré lo que me pidió. No soy Alá, no te puedo curar, pero te puedo hacer la vida más fácil, darte un año o dos más de tranquilidad... Ahora te voy a detallar cómo lo voy a hacer. Después me dices sí o no. A mí me da igual lo que digas. Siempre tengo cola de gente deseando que los ayude, casi no me los puedo quitar de encima... Pero si me dices no, dentro de una hora te despertarás en algún lugar del centro de la ciudad con la sensación como de que has perdido el conocimiento durante cinco minutos. Lo recordarás todo: tu revista, tu redacción, a tu mujer, a tu colega arrestado. Pero a mí, a tu «amigo». Musa, jamás me recordarás. Y tampoco te acordarás de esta conversación. Y ahora, escúchame con atención.

# Capítulo 10

A las cinco de la mañana se acercaron al banco y Hertz sacó casi todo el dinero que tenía en su cuenta. Obedeciendo a su instinto de burgués empedernido, dejó unos cuantos cientos de reserva. No pudo evitar reírse de sí mismo. ¿Para qué dejar, a quién? De mala gana se metió en los bolsillos los paquetes de billetes tornasolados, ultramodernos, fácilmente convertibles, inarrugables, ininflamables, los fiables *Russian rubles*, decorados con los retratos de grandes personajes, desde Vladímir Monómaco[11] hasta Alla Pugacheva[12]. Y además, emitidos en China.

Al volver al coche, empezó a enseñarle su riqueza a Musa, quien se apartó asustado.

—¡No es el lugar ni el momento!

—¿Cuándo, entonces?

El canalla, convertido de nuevo recientemente en un pacífico viejecito, explicó ceremoniosamente:

—Aceptaré el pago al final. Después de la entrega a domicilio.

—De acuerdo.

—Esconde el dinero y muéstrame tu teléfono.

—Lo tengo implantado.

—Entonces, desconéctalo.

Hertz hizo dócilmente lo que le pedía.

—Hace tan sólo un año —dijo Musa—, antes del envío les quitábamos obligatoriamente los implantes a todos. Teníamos nuestra propia clínica, nuestro cirujano... Pero ahora son otros tiempos. Hay que trabajar de acuerdo con el programa de emergencia. Hay demasiados solicitantes.

—Probablemente —supuso Saveliy lúgubremente—, y pronto habrá más. Y usted se va a hacer de oro.

Musa negó con la cabeza.

—Al contrario. Si todos se escapan tendré que cerrar mi negocio. Empezará el caos, el pánico, la histeria... El ejército, veinticinco tipos de policías... No me gusta trabajar en esas condiciones. Pero no me distraigas. ¿Tu mujer también lo tiene implantado?

—No. A las embarazadas les aconsejan no utilizar medios de comunicación intradérmicos.

—Hacen bien en aconsejarlo. Dile que también ella lo desconecte. Y que deje el aparato en casa. Hay que dejar en casa absolutamente todo. Y no decir nada a nadie. Nada de notas de despedida, absolutamente nada. ¿Me has entendido?

—Sí.

—¿Tienes animales domésticos? ¿Perro, gato, un loro?

—No.

—Eso está bien. Porque hay veces, ya sabes... Nosotros trasladamos al pasajero y de repente nos aparece con su querido perrito. Después el perrito empieza a corretear alrededor de un tallo, como si allí hubiera un difunto...

—¿Qué nos podemos llevar, entonces?

—Lo que quieras. Pero para los dos el equipaje no debería superar los dos kilos. El helicóptero es pequeño.

—¿Y qué se llevan normalmente... los otros?

—Fotografías, algún recuerdo de sus familiares y personas más cercanas. Ropa, comida, medicamentos, dinero y documentos no os van a hacer falta. Allí os darán de todo, incluidos los objetos de aseo, o como se llamen... Ahora vamos a tu casa, y por el camino vas pensando qué vas a coger. Llévate fotografías; dicen que ayudan mucho...

—¿En qué sentido?

Musa puso cara seria.

—Cuando empieza la despersonalización, las fotos de los parientes ayudan a hacer más lento el proceso.

Saveliy tragó una saliva amarga. Se sentía roto. A veces sentía escalofríos, en otros momentos se ahogaba de calor. Una hora antes el viejo canalla le ofreció unas pastillas pequeñas de un repulsivo color pardo. Le dijo que era extracto de pulpa cruda, que aliviaba durante la transformación. Pero Hertz le dijo orgullosamente que no tenía intención de comer hierba. Nunca más.

—Como quieras —asintió Musa, indiferente—. Más adelante será peor. Yo en tu lugar escucharía a un amigo con experiencia...

En lugar de las tabletas, Hertz se bebió un vaso de agua. No quería creer en lo que había oído de labios de Musa. Sabía que estaba obligado a creer que tenía sólo una salida: creer sin reservas, porque todo encajaba, cada detalle estaba en su sitio, los hechos aislados conformaban un sólido sistema. Pero él, Saveliy Hertz, se reservaba el derecho a no creer hasta el final. Tenía esperanzas en algo mejor.

Las plantas no las tienen. No esperan nada, saben todo de sí mismas. Un tallo no quiere para sí un destino mejor, todo le parece bien. Crece hasta llegar a su límite y nada más.

Después todo fue realmente peor: el malestar físico dio paso a la tensión nerviosa. Durante cinco años Hertz había vivido en estado de pura alegría, y a medida que la quinta destilación —placer de los empleados creativos pero no ricos— se cambiaba por la sexta, era apreciada entre los empleados creativos ricos, y después se cambiaba por la séptima, la octava y la novena —símbolo de estatus, las preferidas de los esnobs y ricachones—, la alegría era cada vez más pura, más transparente y fascinante. Ahora alrededor de Saveliy se cernía el mundo real, gris y carente de alegría.

No dijo nada a su mujer. De cualquier modo no se lo hubiera podido explicar porque ella no le creería. Así que, simplemente mintió. Le dijo que la iba a llevar a la consulta de un médico, un especialista de primera clase.

—El profesor está muy ocupado. Nos ha dado hora para las seis de la mañana. Date prisa, querida.

Al oír lo del médico, Bárbara preparó sus cosas a toda prisa y se fue a dar una ducha. Las mujeres embarazadas sienten mucho respeto por los médicos. Bueno, las demás mujeres también. Mientras esperaba, Saveliy se paseó por el apartamento intentando acostumbrarse a la idea de que nunca más volvería allí. Mirase lo que mirase, todo lo veía por última vez. Aun estando borracho, medio sordo, tembloroso, le sorprendió la cantidad de cosas y objetos que todavía ayer le parecían absolutamente necesarios y que en ese momento se habían convertido en coágulos de materia sin sentido.

Siempre se había considerado un minimalista, no le gustaban los recuerdos de viaje —todos esos floreros, estatuillas, figuritas, retratos enmarcados—, y ahora se horrorizaba de su propia insensibilidad. ¿Qué puedes llevarte cuando te marchas para siempre? ¿El televisor? ¿El frigorífico? ¿El armario lleno de ropa? Encontró fotografías en el último cajón de la mesa. Su padre, su madre. Cogió una de unos escolares: Hertz y Godunov, orejudos, con catorce años, riéndose maliciosamente, con un mechón de pelo cayendo sobre la frente, ojos ardientes. Dos patas de un mismo banco, uña y carne, sobresaliente en literatura, suspenso en conducta. Encontró una foto de Bárbara siendo joven, mostrando abiertamente el



escote, con la mirada de una elegante locuela, los labios húmedos. Una morena fatal con pendientes de brillantes. Reprendiéndose a sí mismo, amontonó todas las fotos, las que pudo sujetar con una mano, e intentó guardárselas en el bolsillo interior de la chaqueta, pero ahí estaban apiñados los montones de billetes tornasolados. Probó con el otro bolsillo, con el mismo resultado. Al final se sacó la camisa por fuera y las metió por dentro del pantalón.

Después llevó a su mujer en coche fuera del centro de Moscú. Se alegró de que Bárbara se hubiera dormido acomodándose en el asiento trasero y que no hiciera preguntas sobre la ruta que seguían. No tenía que ver los arrabales inseguros, de paredes antiguas infectadas de hongos, las charcas putrefactas en las calzadas con los adoquines levantados, ni la chusma pálida vestida con andrajos, ni las botellas de plástico vacías, arrastradas por las corrientes de aire a lo largo de negros callejones. «No hay que preocuparla con nada —pensó él—. Ojalá pudiera atraer hacia mí todas las preocupaciones del mundo con tal de no dejar ni una para la madre de mi hijo».

«Perdóname, Señor, y déjame ir. No te pido nada porque sé que no es tanto lo que Tú tienes. Que te pidan otros, no yo. Y si está en el destino algo especial para mí, un poco de felicidad, o de salud, o de sol, o de aire, dáselo todo a la madre de mi hijo».

Dejó el coche junto a la entrada del edificio. En el piso treinta y cinco cambiaron el hediondo ascensor de los pobres por uno seco y amplio que llevaba a los pisos superiores. Iba tres veces más de prisa que el anterior y en pocos minutos los dejó en la azotea de la torre.

Bárbara estaba callada, bostezando y tapándose la boca con la mano.

Aquí corría un viento helado. «Pronto llegará el invierno —pensó Saveliy—. ¿Eso es bueno o malo? A las plantas no les gusta el invierno. ¿O quizá es al contrario? ¿Sólo esperan el frío para poder dormir?».

El helicóptero era realmente pequeño, casi de juguete, y lo habían pintado con un color muy llamativo. Por alguna razón, Hertz esperaba ver algo más austero, negro —un expreso de medianoche, un *runaway train*—, pero en la pista de aterrizaje zumbaba sonoramente con sus alas una delicada mariposa, y un atractivo piloto sujetaba la puerta para ellos vestido con un mono amarillo que llevaba el emblema de alguna corporación comercial que Saveliy recordaba vagamente.

Por lo demás, el divertido y pequeño helicóptero le gustó mucho a Bárbara.

Musa entró el último y se abrochó el cinturón de seguridad. Con un gesto sugirió a los pasajeros que hicieran lo mismo. Bárbara tardó en ajustárselo, velando por su barriga.

Al medio minuto de despegar, Saveliy miró hacia abajo y se quedó sin respiración.

No se veía la ciudad. La ciudad no existía. El helicóptero volaba sobre un prado de color verde intenso. Las azoteas de los edificios que sobresalían entre la hierba parecían ajenas al entorno. Era como si alguien enorme hubiera salido a campo abierto y hubiera clavado unas estacas marcando la superficie para futuras construcciones, y de repente hubiera cambiado de idea dejándolo todo tal cual estaba.

Una alfombra esmeralda se perdía en el horizonte. Saveliy miró a la derecha, a la izquierda, y empezó a temblar horrorizado. Su conciencia se negaba a creer que en el mundo no existiera nada excepto el cielo azul y la hierba verde. Azul y verde, ningún otro color. Sólo cielo y plantas, nada humano.

—No mires —le aconsejó Musa, preocupado—. Te sentirás mal.

—Ya me siento mal —consiguió decir Saveliy.

—Algunos vomitan —afirmó Musa—. Y casi todos lloran.

# Tercera parte

# Capítulo 1

Tiene mucha sed. No quiere ninguna otra cosa, sólo beber agua.

Por mucho que le den, Saveliy se lo bebe todo de golpe. Pero le dan poco, seis tazas al día, y cada taza contiene doscientos treinta mililitros.

El café o el té lo sirven sin limitaciones, pero los herbívoros no toman ni té ni café. Ellos sólo tienen necesidad de agua pura.

Se puede salir del territorio de la colonia. A quinientos metros al este hay un barranco; en los bordes, sauces blancos y sauces llorones retorcidos, y bajando por la pared del barranco aparece una espesa zona de cardos, y más abajo aún corre un arroyuelo. Pero aquí beber del arroyo se considera algo muy indecente. Todos los que van a beber del arroyo lo ocultan escrupulosamente.

Por otra parte, el agua no está prohibida. En la colonia no hay ninguna prohibición, todo es voluntario, incluso la estancia. No quieres más, estás harto, cansado, pues vuelve a Moscú. La distancia hasta allí es de cuatrocientos cincuenta kilómetros, de alguna manera te las arreglarás. Eso, si no te devoran los lobos.

Y hay mucha agua. Una vez cada dos días, alguno de los voluntarios —por ejemplo, Gosha Degot— se sube a una vieja camioneta con motor de gasolina, la carga con grandes contenedores de plástico y se dirige al norte, a una aldea en la que hay un pozo. La camioneta hace un ruido horroroso y huele asquerosamente. Cuando Gosha la despierta a la vida, los herbívoros se apartan corriendo. No soportan los olores industriales. Pero, según la costumbre, hay que ayudar a los voluntarios. Saveliy se tapa la nariz y se va a trabajar, llevándose consigo normalmente a un compañero apodado el «Mediomuerto».

Mediomuerto está en la segunda fase de despersonalización, apenas si habla, es alto y muy delgado. Mide dos metros y ochenta centímetros. No tiene sialismo, pero suda mucho. Como todas las plantas, evapora el noventa y nueve por ciento de la humedad que absorbe.

Su piel tiene un color oliváceo. Los dedos de sus pies son muy largos. El médico dice que así es como se inicia la formación del sistema de raíces.

Saveliy todavía aguanta, todavía está en la primera etapa. Por fuera tiene aspecto de ser una persona común y corriente, pero en los hombros y en el abdomen hace poco que le han empezado a salir unas manchas deformes de color verde claro. Al principio eran totalmente pálidas, después adoptaron un color más intenso, y su tamaño va aumentando poco a poco. Esta clorofila se forma en las células de la epidermis.

Mediomuerto trabaja muy mal, pero en la colonia trabajan todos, incluso los que tienen dificultades para desplazarse. Hacen la limpieza, pintan donde haga falta o hacen turnos de cocina. Todos los jueves, Saveliy, junto con Mediomuerto, ayudan a Gosha Degot a cargar los contenedores en la camioneta. Después Gosha se arremanga los pantalones sucios de grasa y se sienta al volante. En el asiento de al lado deja un rifle automático. Saveliy y su larguirucho compañero se meten en la parte de atrás de la camioneta y se agarran con las manos a la barra de metal mientras recorren el tortuoso camino hasta la aldea.

En realidad no hay caminos. Hubo uno hace cincuenta años, y lo único que queda ahora de él son unas zanjales llenas de basura. El asfalto propiamente dicho está cubierto por una capa de arena y arcilla con una profundidad de medio metro. Por todas partes hay malas hierbas y bardanas del tamaño de una

persona. Pero después de muchos meses, las ruedas de la camioneta han abierto en la maleza un carril bastante fiable.

Los habitantes locales cobran con sal, cartuchos, hachas, cuchillos y chocolate a los miembros de la colonia por utilizar el pozo. Los locales tienen una miel muy buena, pero les encantan las golosinas de ciudad. Aceptan donaciones a pesar de que desprecian a los colonos. Y los colonos, en respuesta, desprecian a los locales. Aunque hay excepciones. Gosha, por ejemplo, conoce a la mayoría de los indígenas de allí, y sabe mucho de sus usos y costumbres. Al contrario que Musa, que ni siquiera los considera seres racionales. Dice que las personas no pueden vivir en condiciones tan sucias y descuidadas, en cuevas con techos agujereados. Los locales odian a Musa y tienen mucho miedo de su helicóptero. En su dialecto ni siquiera existe un término para describir una máquina como el helicóptero. Tal vez odian a Musa no porque su helicóptero haga mucho ruido y no entiendan cómo puede volar, sino simplemente porque en su vocabulario no existe esa palabra.

A veces Gosha dice que los locales quieren matar a Musa. Pero entre todos no tienen más que tres rifles oxidados, y Musa nunca se separa de su automático.

Los locales son barbudos, tienen las piernas torcidas y son muy suspicaces. Es difícil hablar con ellos. Por lo demás, casi todos los voluntarios, más o menos, se defienden con su dialecto. A veces Saveliy tiene la sensación de que hasta ellos mismos hablan su dialecto con dificultad.

En relación con el sol, aquí todo está bien. Hay sol gratis, todo el que quieras para todo el que quiera. Especialmente ahora, a mediados de mayo. Al amanecer, la colonia ya no duerme. Los herbívoros, todos a la vez, salen de sus casitas y se encaran al este. Es el momento del encuentro, los minutos más mágicos de cada día. La hierba está cubierta de rocío, los pájaros cantan, sopla un viento fresco. Después aparecen los voluntarios y los médicos: sacuden a sus pacientes moteados y los devuelven al mundo consciente. Si alguno está especialmente colgado, puede que le pongan una inyección. Después llevan a toda la multitud a tomar sus medicamentos. Los herbívoros van adormilados, tambaleándose, algunos ni siquiera miran a ninguna parte, pero todos avanzan obedientes. Aquí nadie provoca conflictos. Sólo quieren beber, estar bajo los rayos del sol y crecer. Todo lo demás es superficial.

Los medicamentos cambian constantemente. Los médicos y farmacéuticos prueban, experimentan. Lo que más dan son unas pequeñas tabletas de color pardo con un sabor repugnante: extracto de sangre de ternera. Después viene el momento más dramático del día: miden a todos los enfermos. Si el herbívoro empieza a superar su altura normal, le diagnostican el segundo nivel. Pero en realidad esto no significa nada. Nadie sabe cómo curar el primer nivel de la enfermedad, así que nadie sabe nada de cómo tratar el segundo. Nadie sabe por qué la pulpa cruda no perjudica en absoluto la salud, y la pulpa de tercera destilación tampoco, ni de la quinta, pero el grado de concentración de la séptima convierte a las personas en semiidiotas verdes.

Después de las mediciones —altura, longitud de los dedos de las manos y de los pies— anuncian el riego matinal. A todos les dan dos vasos de agua con sales minerales. En ese momento los herbívoros son felices. No beben, no tragan, sino que absorben como cualquier otra planta, con la misma fuerza inhumana, con una potencia cercana a las quince atmósferas (la presión de una manguera de bomberos es cuatro veces inferior). Se oye el sonido de un chapoteo brusco, gutural y uterino a la vez, muy alto y, por así decirlo, poco decente, y te quedas sin agua. Después el herbívoro permanece de pie, con los ojos cerrados, las cejas alzadas, meneando lentamente la cabeza y haciendo movimientos suaves con las manos. Para que el agua se distribuya por el cuerpo, hasta que cada célula reciba su ración.

Agua, sol, tierra fértil, no hace falta nada más.

Los bioquímicos repiten todos los días que han sintetizado un medicamento absolutamente novedoso que bloqueará totalmente el proceso de despersonalización. Pero Saveliy y otros cuantos herbívoros con una visión crítica de las cosas están convencidos de que los médicos cuentan mentiras a propósito para infundir ánimo a sus pacientes.

Después del mediodía Gosha Degot va a la casita de Saveliy. A veces se queda hasta muy tarde. Ésa es la labor del voluntario: estar al lado del tutelado y no dejar que se olvide de que es una persona. Algunas veces Gosha obliga a Saveliy a escuchar música o ver una película. Gosha tiene un *pendrive* muy pequeño, del tamaño de un garbanzo, y allí tiene copiado todo lo que ha sido creado por la humanidad: toda la música, todas las películas, reproducciones de todos los cuadros, libros, versos, obras filosóficas. Gosha lleva en el bolsillo toda la cultura mundial, y no pesa nada. Gosha pone una película y Saveliy hace como que mira y escucha. El cine no le interesa lo más mínimo. Las pasiones humanas —llantos, gritos, los aspavientos con las manos, el correr de un lado a otro— le parecen cosas sin sentido. Ayer vio *Lolita* y no entendió nada. El protagonista era un tipo ya maduro y la protagonista apenas una adolescente, pero el protagonista por alguna razón no parece ser consciente de ello (aunque realmente, ¿de qué tiene que ser consciente?) y se comporta con ella como si ya fuera mayor. Después el protagonista mata a alguien y se acaba la película. Saveliy a duras penas aguantó hasta el final.

Anteayer fue más interesante. Gosha le trajo un documental nuevo, de los que Moscú les presta durante sólo una semana. Una película de tres horas filmada al estilo moderno, con extraordinaria sinceridad, titulada *Atrás, atravesando el Amur*. Describía artísticamente los detalles exactos de cómo se iba a liquidar la Zona Económica Libre de Siberia Oriental. Se afirmaba que en los últimos años, al otro lado de los Urales vivían nada menos que quinientos millones de chinos. Y casi un millón en Moscú. En los últimos cuatro decenios, este millón se había infiltrado en la hiperpolis de manera imperceptible, y en el momento oportuno desapareció silenciosamente y sin alertar a las autoridades de emigración. A Saveliy no lo impresionaron tanto los quinientos millones de chinos de Siberia como el millón de chinos de Moscú. El ex redactor jefe de la revista *Lo Más* siempre había supuesto que en la capital vivirían como mucho diez o quince mil originarios de la Tierra bajo el Sol, pero ¿un millón?

Para casarse con un chino siberiano los guionistas del documental afirmaban que no era necesario en absoluto comprarse el libro *Cómo casarse con un chino siberiano*. Las mujeres inteligentes sin gran sabiduría volaban a Siberia y allí encontraban el novio que les convenía. Ciertamente ni mucho menos todos los chinos siberianos tenían helicóptero privado y eran millonarios. La mayoría vivía modestamente, y a las potenciales esposas se les exigía lo mismo.

Los autores del documental habían reunido una gran cantidad de material real y habían hecho cientos de entrevistas. En su opinión, el éxodo de Siberia se había debido más que nada a razones naturales. Los chinos son amantes del calor, y durante cien años llevaron a cabo la expansión hacia el sur —India, Australia, Filipinas—, pero nunca aspiraron a la taiga o la tundra. Una vez establecidas en Siberia, las familias trabajaron mucho, se enriquecieron, se multiplicaron, pero mandaban a sus hijos a vivir a lugares que tuvieran un clima más propicio. En la misma China el proyecto siberiano nunca fue especialmente popular. Ni los más pobres y desesperados, ni siquiera los más perversos enemigos de sangre *mao siang tsia* o los aventureros querían irse a vivir para siempre a la taiga rusa. Sólo temporalmente, durante unos cinco o siete años, con el fin de reunir un capital. Pero la idea principal y más sensacionalista del documental era que el proyecto de colonización de Siberia, el *Cheng Sin Bei Fan*, o *Expedición al norte*, se consideraba un ensayo antes de llevar a cabo otro proyecto colosal

pensado para dentro de ciento cincuenta años, el *Den Yue Sing Don*, o *Expedición a la Luna*. Precisamente para esta migración cósmica global se levantaron en Yakutia ciudades cerradas con enormes cúpulas, invernaderos de miles y miles de kilómetros cuadrados, se construyeron millones de kilómetros de carreteras, fábricas e industrias en las que se fabricaba de todo, empezando por instrumentos musicales y acabando por combustible para cohetes espaciales. La epopeya siberiana era un ensayo general del lanzamiento hacia el satélite natural de la Tierra. Crearon tecnologías de supervivencia, prepararon especialistas, calcularon presupuestos. Al fin y al cabo, la temperatura a la sombra en la Luna era de doscientos grados bajo cero, y en invierno en Oimiakón era de setenta bajo cero, es decir, dos temperaturas hasta cierto punto comparables.

El documental sabía mantener muy bien un correcto equilibrio político. A los chinos no se los presentaba como unas hormiguitas tacañas ni a los rusos como unos vagos desalmados. En opinión de los documentalistas, tanto los unos como los otros llegaron a ser participantes de pleno derecho en un experimento histórico que no tenía precedentes. Cada bando perseguía sus metas, y como resultado todos recibieron lo que esperaban: unos acumularon experiencia y adquirieron conocimientos extraordinarios, reforzaron su carácter y ganaron tiempo, y otros ganaron dinero para gastar y comida para comer.

«Dependiendo de donde vivamos, así seremos», afirmaba uno de los protagonistas del documental, un antiguo partisano siberiano que había acabado siendo copropietario de un taller chino donde se hacían recuerdos rusos como juegos de *laptá* y *matrioskas*.

La voz del narrador comentaba inteligentemente: «La desgracia del hombre ruso radica en que todo el tiempo intenta dolorosamente ser un ciudadano digno de su país. Por muy grande que haya sido cada uno de nosotros por separado, comparándose con el territorio es absolutamente nada. Nuestro drama nacional son las incomparables dimensiones de las partes y el todo. El experimento siberiano sólo fue posible en Rusia, ya que todo ruso es por naturaleza un megalómano sin remedio que ama sólo lo inmenso...».

En este punto, Gosha Degot apagó el televisor y estuvo largo rato declamando casi a gritos toda una gama de palabras injuriosas.

—¡Demagogos! —los insultó—. ¡Filósofos en proceso de degradación! Se cagaron en su patria, dejaron escapar de sus manos a una gran potencia, entregaron su patria en préstamo, pronto no nos quedará nada más que el propio esperma...

Saveliy no contestó. No quería estar sentado en la penumbra de la casita, quería salir a la calle a disfrutar de los rayos directos del sol.

Esa tarde la va a pasar solo. Después de la puesta del sol los herbívoros en proceso de despersonalización quedan sumidos en una profunda melancolía. Gosha también viene por la tarde, pero rara vez. Y cuando viene es porque está borracho. Consigue *medobuja*<sup>[13]</sup> de los nativos y se emborracha. En la colonia prácticamente todos los voluntarios se emborrachan por la noche, les resulta muy duro ver cómo las personas se van convirtiendo en plantas. Y para Gosha es doblemente duro, porque Saveliy es su amigo.

A Saveliy le da pena Gosha. El médico dice que eso es muy bueno, que sienta pena.

Gosha le da pena sobre todo cuando viene de hacer su turno en el pabellón de infectados. Ahí sí que sin duda se emborracha. Por supuesto, Saveliy no ha estado ni una sola vez en el pabellón, y Gosha no cuenta nada. En aquel lugar se permite la entrada sólo a los médicos, pero confían en Gosha Degot —un antiguo habitante de la colonia, uno de sus fundadores, jefe de los voluntarios, no trabaja por dinero

sino por lealtad a sus ideas— y lo dejan entrar en el pabellón para que ayude a los médicos. En este pabellón están los herbívoros en el tercer nivel de despersonalización. Dicen que uno de ellos es Iván Evrópov, pero nadie lo sabe con seguridad. Y además, tampoco importa. En la colonia todos son iguales. En la vida que llevaban antes en Moscú todos los pacientes eran personas influyentes, famosas o, por lo menos, ricas. La pulpa con un alto grado de pureza era consumida solamente por personas con mucho dinero. Ahora todos ellos son mitad humanos, mitad tallos verdes.

Sin embargo, aquí no se verá nunca una cara triste. Las costumbres son de lo más sanas. Los herbívoros son inmutables. Los que están en el segundo nivel viven absolutamente en su propio mundo. En lo referente a los voluntarios, casi todos ellos se enrolaron en la colonia no por dinero, sino porque andaban huyendo de sus problemas en Moscú, de desencuentros con la ley o simplemente porque buscaban aventura. Algunos de ellos conocían muy bien el sistema penitenciario. Por las tardes se podían escuchar algunas canciones desentonadas:

*Arriba cedro, abajo subsuelo,  
en el medio un pequeño gulag.  
Hoy estoy muy nervioso,  
por tercera vez en el calabozo.*

El ambiente del poblado estaba empapado del sano encanto de la aventura, y si de repente desapareciese alguno por los que se había montado todo esto —hombres y mujeres silenciosos y casi inmóviles, con manchas verdes en la piel—, difícilmente los demás iban a querer volver a la hiperpolis. Aquí todo estaba mejor organizado. Aquí había silencio y aire fresco. Entre los pacientes había mujeres comunicativas y amables, y también hombres que respetaban tanto el fútbol, como, digamos, el póquer. Aquí no existía el aburrimiento.

Por supuesto, los que llegan por primera vez se quedan impactados al ver, por ejemplo, a Mediomuerto o a sus colegas, seres de tres metros de altura con la piel verde satinada. Pero en seguida se acostumbran. Además, Mediomuerto tiene períodos de lucidez, y entonces asegura a todos que tiene la intención de curarse y seguir siendo persona pase lo que pase.

Bárbara vive en la casita de al lado. Saveliy y ella se ven todos los días, pero a él le resulta difícil estar con ella, porque Bárbara hasta el momento sigue siendo persona. Las mujeres se despersonalizan mucho más despacio que los hombres. Bárbara resiste de manera increíble y está totalmente determinada a parir un niño sano. Regaña a Saveliy, lo acusa de falta de voluntad, e incluso, a veces, le pega. Lo obliga a cuidarse, a llevar ropa limpia y afeitarse, y ella misma le corta el pelo. A Saveliy no le gusta afeitarse, le cuesta mirarse en el espejo. La mitad de la laca roja de sus dientes ha desaparecido, y por alguna razón eso lo entristece especialmente. Y lo peor de todo son las manchas de la piel. Tienen un color como de hojas tiernas de abedul, esmeralda claro.

Las casitas tienen las paredes muy delgadas y están muy pegadas unas a otras. A veces Saveliy oye el llanto de su mujer, aunque también de vez en cuando la oye canturrear una cancioncilla alegre.

En la colonia todos quieren mucho a Bárbara, la respetan y la ponen de ejemplo. «Mirad, Bárbara quiere seguir siendo persona y así será». Pero a otros herbívoros no les interesa saber qué quiere Bárbara. Sólo les interesa beber agua y ponerse al sol. Si un voluntario por alguna razón deja sin vigilancia a su tutelado aunque sea durante cinco minutos, el herbívoro inmediatamente sale de casa y



se queda petrificado mirando al sol, en pie, inmóvil y con los ojos cerrados. Si se mira por la ventana siempre se puede ver a alguien que huye del tutelaje del voluntario y se queda colgado.

Cuando te cuelgas, te sientes bien, alegre, sin ganas de pensar. Se confunden las ideas, aunque sean pocas. Pero se entiende el mundo. Hay sol, muy bien. Hay agua, también bien. No hay agua, mal. No hay agua ni sol, muy mal. Todo se puede explicar a base de bisílabos y trisílabos. Mediomuerto sólo concibe el mundo al nivel de sí, no, bien y mal. Ni siquiera es capaz de pronunciar su apodo. En Moscú era un alto directivo, vendía la elitista agua del Baikal, extraída por los chinos con instrumental chino, embotellada en botellas chinas y distribuida en vagones chinos para cubrir las necesidades de los ciudadanos rusos de acuerdo al principio promulgado por la teoría de la prosperidad absoluta: el agua es nuestra, el estómago también, todo lo demás carece de sentido. Ahora Mediomuerto espera que le llegue el tercer nivel para florecer definitivamente. No echa de menos Moscú. Saveliy tampoco.

Pensar en Moscú produce un tipo especial de pereza. Que Moscú piense sobre sí mismo. Es lo único que ha hecho en los últimos trescientos años.

Los pensamientos son pesados, al cerebro le cuesta mucho esfuerzo producirlos. A veces de la memoria saltan algunos retazos, como versos infantiles:

*Va el torito bamboleándose.  
Mamá limpió el marco.*

Y fragmentos de ciencias que en algún momento los pedagogos metieron en la cabeza del pequeño Saveliy. Retazos de cultura, con cuya ayuda hicieron de Saveliy una persona. Al chiquillo salvaje lo cultivaron con poesías, cuentos y canciones. Ahora en su cabeza rondan restos de frases, estrofas y rimas.

*Ése es mi pueblo, ésa es mi casa natal.  
Todos saben que la tierra empieza en el Kremlin.  
En la ensenada hay un roble verde.  
Una vez durante un frío invierno me siento  
tras la verja de un oscuro calabozo,  
y cuando miro, levanta el vuelo hacia la montaña  
una joven águila criada en esclavitud.*

El cerebro transpira cultura y lentamente se va secando. El cerebro no es necesario. Al herbívoro en fase de despersonalización le basta con el sistema nervioso vegetativo, una sencilla lógica vegetal. Por supuesto, a Saveliy le gustaría verse en el futuro no como un vegetal, sino como algún árbol exótico dador de dulces frutos y con una corteza sedosa. O como una flor desprendiendo aromas opiáceos. Pero Rusia, en cualquier caso, es un país de hortalizas, y Saveliy, haciendo un esfuerzo mental, recuerda que dentro de un año o año y medio se convertirá en algo parecido a una patata.

A veces siente en las piernas una punzada agradable. El calzado es insoportable. El herbívoro despersonalizado camina por la tierra solamente descalzo. No, no anda, no quiere andar. Quiere estar de pie, y que las plantas rocen la tierra viva. Entonces, de los dedos de los pies saltan chispas, y algo atrae

dulcemente, y hace cosquillas, y pica, y las piernas quieren hundirse más y más en la tierra fértil.

Mediomuerto tiene los dedos de los pies más largos que los de las manos y muy separados. Para estos herbívoros del segundo nivel, cuyos pies ya no caben en el calzado normal, los voluntarios hacen unas abarcas especiales. A Mediomuerto le tienen prohibido salir sin ellas. Una vez no se dieron cuenta y estuvo media hora de pie fuera, aferrándose a la tierra. Casi llegó a echar raíces. Y cuando intentaron arrancarlo del sitio, pegó al voluntario, rugió y empezó a llorar.

Pero también ocurre lo contrario. Hay períodos de lucidez que a veces duran horas. Saveliy retorna al estado de persona, piensa mucho y conversa. El médico dice que la lucidez es muy buena.

—Si te apetece pensar —dice el médico—, piensa, es muy saludable. Piensa con todas tus fuerzas en cualquier cosa. Recuerda, fantasea, discute contigo mismo.

Saveliy no quiere decepcionar al médico, por eso miente. Le dice que piensa con frecuencia, pero en realidad los períodos de lucidez no se dan a diario.

Sobre todo piensa en Bárbara, en que tiene que dar a luz.

Gosha afirma que no tiene por qué preocuparse por Bárbara. Todas han dado a luz y ella también lo hará. En la colonia tienen los mejores medicamentos, instalaciones chinas de primera clase. Los médicos siempre animan a las pacientes y se alegran mucho aunque den a luz a un niño verde. Y si nace uno normal, rosadito, entonces la colonia es una fiesta. Aunque, la verdad, esos casos no son muchos. En medio año sólo han nacido unos pocos niños normales.

Gosha suele decir que Saveliy tendrá un niño normal. Saveliy se queda callado. En primer lugar, porque le horroriza, y en segundo porque todo depende de la voluntad de Dios.

Hace seis meses, poco después de llegar, estuvieron reconociendo a Bárbara. El ginecólogo la puso en trance y ella lo contó todo: cuánta pulpa consumía, de qué destilación... Recordaba todos los días y todas las veces en que había consumido. Los médicos dijeron que no se trataba de un caso extremo, y que la probabilidad de que naciera un niño verde no era muy alta. Pero eso se lo dicen a todas.

Aquí hay buenos médicos y toda la colonia está organizada y de forma racional. Cada miembro de la colonia, ya sea herbívoro, voluntario, médico o empleado, tiene su casita de plástico, y aparte están el comedor, el edificio del laboratorio, los almacenes y la pista para el helicóptero. Por tres lados hay un espeso bosque de pinos y abedules, y en el cuarto hay un barranco y un campo inmenso, con frambuesas salvajes, trébol y bardanas del tamaño de un edredón. A lo lejos hay un cerro, y tras él miles de kilómetros de espacio en estado salvaje, territorios olvidados por la gente, pueblos y ciudades abandonados, a un lado y a otro raíles de ferrocarril oxidados, edificios derruidos, esqueletos de maquinaria, malas hierbas, polvo, alces, osos, alguna que otra tribu salvaje dedicada a la caza y a la agricultura. Aquí no hubo guerra, no estallaron bombas, aquí todo era sano y apto para una vida plena. Pero nadie quería vivir en esa tierra, y sus propietarios no sabían qué hacer con ella.

A veces, en los períodos de lucidez, Saveliy llegaba incluso a pasear: por la casa, de un rincón a otro, por los senderos que comunicaban las casitas, o salía del territorio de la colonia y se iba al bosque a dar una vuelta, sorprendiéndose a sí mismo y escuchándose. Si se pensaba mucho e intensamente, las piernas te llevaban solas a algún lugar. La reflexión es un paseo.

A decir verdad, el bosque no era seguro. A los habitantes locales no les gustaba que los colonos anduvieran por ahí espantando a las presas. Por lo demás, tampoco eran agresivos, como mucho podían asustarte apareciendo de repente en tu campo de visión sin hacer ruido. Los indígenas podían deslizarse ágilmente entre los troncos, saltar por encima de las ramas negras y retorcidas. El bosque era su casa, y ¿quién aguanta en su propia casa a unos desconocidos?

Saveliy no les tiene miedo, le encanta pasear por el bosque y maravillarse del gran placer derivado del proceso de reflexión. Cuando era persona no se daba cuenta de esto. Y ahora, cuando tiene menos de persona cada día que pasa, cada retorno momentáneo lo percibe como una gran fiesta.

«¿Por qué antes no valoraba todo esto? —se preguntaba Saveliy, desconsolado—. ¿Por qué olvidé hasta qué punto era interesante seguir siendo persona? Una planta sólo quiere agua y sol, pero la persona quiere todo lo que hay en el mundo. Más aún, para él es de poco desear todo lo que hay en el mundo, y constantemente está pensando en algo nuevo, en algo que antes no ha existido. Y después empieza a desear lo que ha pensado. Desde el punto de vista de una planta, eso es totalmente absurdo. Un hombre inventó el alcohol y después se dio a la bebida y murió. Otro hombre inventó el helicóptero, despegó y después se estrelló. La conclusión es que la humanidad sufre a causa de lo que ella misma ha inventado. Pero sigue inventando y sufriendo. ¿Por qué?».

Saveliy Hertz, ex redactor jefe de una revista de moda, y actualmente herbívoro crónico en el primer nivel de despersonalización, conoce la sencilla respuesta: porque pensar es una diversión.

Normalmente piensa en Bárbara, en la suerte que tiene de tener esa mujer. Si el hombre se siente orgulloso de su mujer, es motivo de felicidad. A la mujer se le pueden perdonar muchas cosas si da motivos para que el hombre se enorgullezca de ella. Si no hubiera sido por ella, Saveliy habría perdido muchas cualidades humanas.

La noche anterior Bárbara fue a verlo, se sentó en la cama, estuvo callada un buen rato y luego dijo: —Es raro.

—¿Qué es raro? —preguntó Saveliy.

—¿Es posible que tuviéramos de todo? —preguntó ella—. Vida social, apartamento con paredes de cristal, un trabajo interesante y divertido, restaurantes, clubes, gente elegante a nuestro alrededor, máquinas inteligentes que te quitaban el polvo. Nos parecía todo tan sencillo, esperanzador... eterno...

—Eso no nos ocurrió a nosotros —respondió Saveliy—. Nosotros no estuvimos allí, es imposible. Nosotros hemos estado aquí todo el tiempo.

Bárbara pensó unos instantes y respondió:

—Claro, naturalmente. Tienes razón. Hemos estado aquí todo el tiempo. Nos aseábamos en un aguamanil, andábamos descalzos... Tuvimos esa suerte, ¿verdad?

—Por supuesto —respondió con total seguridad Saveliy—. Somos unos afortunados.

Bárbara juntó las manos alegremente.

—Y nuestra vida anterior sólo ha sido un sueño. En realidad no existió. Ni ciudades, ni edificios de cien pisos.

—Naturalmente —convino Saveliy—. ¿A quién se le ha ocurrido? ¿Qué tontería es ésa, casas de cien pisos? No entiendo en absoluto por qué te has puesto a hablar de eso. Enséñame la más mínima prueba de que en algún lugar del planeta hay casas de cien pisos. La menor indicación.

—Sí —asintió Bárbara, echándose a reír—. Debería haberlo entendido mucho antes. Todo encaja. Siempre hemos estado aquí.

—No existe el pasado —afirmó Saveliy—. El pasado es un sueño. Y además, un mal sueño, feo. ¿Para qué necesita una persona paredes de cristal? ¿Qué necesidad hay de ellas? La mejor pared es la ausencia de paredes. La mejor ciudad es el bosque. En el mundo no hay ciudades. Y si las hay, nosotros no las necesitamos. Cuando necesitemos una ciudad, nosotros mismos la diseñaremos. Y no será una ciudad cualquiera de piedra, donde todos andan de prisa, chocando unos con otros y dándose codazos y mirando quién tiene tales pantalones o tal coche.

—Sí —sonrió Bárbara—. Será una ciudad especial para nosotros dos.

—No sólo para nosotros. —Saveliy puso una mano en el vientre de su mujer—. Para él también.

Después, Bárbara se fue y Saveliy empezó a pensar en sí mismo. Si no hubiera sido un periodista de éxito, si no hubiera ganado tanto dinero, entonces no habría podido comprar la octava destilación y habría comprado otra más modesta, como la quinta, por ejemplo, y seguiría siendo persona, y no tendría ahora en el cuerpo esas manchas verdes.

Luego pensó en Moscú. Las noticias de Moscú las trae Musa, y siempre son malas. Los chinos han dejado de mantener a los rusos. Los depósitos están congelados, el trabajo de los bancos se ha paralizado. En Moscú se ha interrumpido la venta de productos alimenticios, se ha introducido el sistema de cartillas de racionamiento. Ahora en Moscú trabajan todos, pero muy poco. La mayoría ha olvidado cómo se hace eso. Se han puesto en marcha cursillos gratuitos financiados por el Estado para las profesiones de barrendero, zapatero y enfermera. El proyecto Vecinos se encuentra en fase de liquidación: por un lado, a la gente le encanta ver cómo trabajan otros, y por otro lado, el que no trabaja no existe. Y así es como una vez más las necesidades del alma son vencidas por las necesidades del cuerpo.

Cuando viene en helicóptero de la ciudad, Musa siempre trae la revista *Lo Más*, dos ejemplares. Uno para Saveliy y otro para Gosha. La revista ahora tiene pocas páginas y es muy mala. Está impresa en papel gris barato. La llevan entre Valentina, Filipokk y Garri Godunov.

A Godunov lo condenaron a siete años de cárcel por posesión de pulpa de tallo, pero a los cuatro meses lo soltaron por una orden especial del primer ministro. Dejaron en libertad a todos los que podían trabajar. El pueblo bautizó esa orden con el epíteto de «amnistía obrera».

Musa asegura que Godunov hace mucho tiempo que sabe de la existencia de colonias secretas para los herbívoros, pero es muy razonable y mantiene la boca cerrada.

Saveliy ha pedido muchas veces a Musa que le entregue una carta a Godunov, pero Musa es inflexible: se prohíbe estrictamente cualquier tipo de contacto con la ciudad, aunque sea una breve carta. Saveliy sólo quiere informar a su antiguo compañero de estudios de una conjetura que ha hecho. El antiguo jefe de redacción hace tiempo que comprendió el motivo por el cual el escritor Godunov escribió el Cuaderno Sagrado.

No fue para ganar dinero, sino para decir a la gente que cualquier prosperidad sólo es posible construirla sobre los cadáveres de otros.

Después de unas cuantas matanzas organizadas por ciudadanos furiosos en los pisos cien, prácticamente la totalidad de los hombres de negocios chinos abandonaron la capital de Rusia. Varias decenas de novias y amantes rusas se suicidaron, pero alguna que otra siguió a su hombre hasta su histórica patria.

Contrariamente a los recelos de Musa, después de la salida de los chinos no se produjo una huida masiva de los habitantes de la capital hacia la periferia. Ahora las mujeres barren calles, y los hombres instalan invernaderos o baterías solares en las azoteas de las torres de pisos. El nanoestado altamente tecnológico se resquebraja por todas partes, en las cabinas de los solarios callejeros ahora se cultivan rábanos. El ambiente es de nerviosismo. Todos los laboratorios dedicados a la destilación de pulpa han sido destruidos. Ahora los ciudadanos beben vodka. Los herbívoros terminales no pueden hacerlo, así que ahora se comen la sustancia cruda. Debido a la falta de alimentos, se está produciendo una tala ilegal a gran escala. Todas las noches derriban en la ciudad dos o tres mil tallos, y el gobierno no puede luchar contra eso porque no hay dinero. Las veinticinco empresas de policía privadas han ido a la

bancarrotas, y las fuerzas del orden del gobierno son insuficientes. En los suburbios de la hiperpolis los tallos no tienen tiempo de crecer, y en algunas partes, según dicen los rumores, la recuperación de la biomasa es cada vez más lenta. Para alcanzar la altura adulta, el brote joven necesita ahora varias semanas. Con frecuencia dejan que el nuevo tallo crezca diez o quince metros y después lo talan, ya que la gente tiene hambre. En los pasillos del gobierno citan una frase que dijo el primer ministro en una reunión particular: «Que coman, que coman, ojalá se lo coman todo».

Una noche cortaron incluso la planta más antigua del bulevar Maxim Galkin[14], antes llamado Bulevar de las Pasiones. El reportaje sobre el incidente salió en la CNN.

Ahora ya no encarcelan a nadie por consumir pulpa, sino que mandan a todos los infractores directamente a Siberia Oriental para que la colonicen. Los chinos se han desplazado a la otra orilla del río Amur, pero bajo la presión de Moscú —que los asustó con sus tanques, sus cabezas de misiles, sus aviones capaces de volar de lado y panza arriba— tuvieron que dejar toda la infraestructura: carreteras, casas, centrales eléctricas... También es cierto que los bosques han quedado talados hasta la raíz, que la tierra de los sembrados es estéril y la fauna ha sido aniquilada. Pero el gobierno está totalmente decidido a mejorar la situación. La última vez que el primer ministro dirigió un mensaje a la nación, acabó con la frase: «Algo pensaremos».

Los precios de la vivienda cayeron bruscamente. En Moscú hubo una llegada masiva de extranjeros, sobre todo procedentes de los países europeos más pobres: Inglaterra, Francia y Suiza. Venían familias enteras, con sus niños y ancianos, y se asentaban en los pisos veinte. Son buenos estafadores y comen pulpa. Intentan hacer contrabando con ella mientras la población originaria de la capital, de acuerdo al siempre complaciente amor ruso por los sinvergüenzas, demuestra por ellos una impresionante compasión e incluso los ayuda dándoles consejos.

Además, gracias a la exportación ilegal, ahora también hacen envíos a Siberia Oriental.

Pero no todo es malo, también hay victorias: por ejemplo, se cree que se ha localizado la epidemia de despersonalización. Unas treinta mil personas fueron trasladadas a las colonias secretas de la periferia, una pérdida que fácilmente pueden soportar los cuarenta millones de habitantes de la hiperpolis. Unos cientos de niños verdes crecen bajo la supervisión de un grupo de científicos. Lo que falta verdaderamente es dinero, y Musa dice que están liquidando las colonias lejanas y aumentando de tamaño las demás. Corren rumores de que pronto se ampliará la colonia. Comprarán un trozo grande de terreno a los habitantes locales y el pueblo se convertirá en una pequeña ciudad.

Pero todo eso le da igual a Saveliy.

Cuando se le acaba el período de lucidez, vuelve a soñar solamente con el agua y los rayos directos del sol.

## Capítulo 2

—Aquí hay que tener cuidado —dijo Gosha Degot meneando la cabeza con preocupación.

—Déjalo ya —replicó Musa riéndose—. Son unos salvajes ¿A qué viene tanto miramiento con ellos?

El todoterreno traqueteó y el doctor Smirnov volvió a coger el fusil automático que sujetaba entre las rodillas.

—Precisamente con los salvajes es con los que hay que tener más miramientos —indicó.

—Eso es lo que quiero decir —recalcó Gosha, girando bruscamente el volante—. Por tanto, escuchadme. En la aldea viven dos tribus. Antes sólo había una, pero hace poco tiempo el hijo mayor del jefe decidió separarse. Ahora mismo están en proceso de repartición de propiedades y territorio. El jefe es viejo, rico y tiene experiencia. El hijo es fuerte, joven y temerario. Los cuchillos, el fusil y la mermelada se lo daremos al viejo. Y la chica se la ofreceremos al joven. Como resultado, ambos nos respetarán.

Musa hizo una mueca de desdén.

—Ésos no nos van a respetar jamás. Solamente se puede respetar a los que son iguales a ti. Y nosotros para ellos somos semidioses. Lo único que pueden hacer con nosotros es temernos. O no temernos. Hay que dárselo todo al joven, los regalos y la chica. El viejo se asustará porque nos hemos olvidado de él y vendrá corriendo hacia nosotros él solito.

—Estoy de acuerdo —afirmó Glybov—. Es igual que en los negocios.

—Da igual —declaró con desagrado el doctor Smirnov—. Me preocupa la chica, sigue siendo una persona viva. Esto se parece a la venta de esclavos.

—No se parece —replicó Musa con indiferencia—. En primer lugar, porque la chica es una herbívora de segunda generación. Una completa idiota. Hay que ver cómo la ha degradado esa... En segundo lugar, fue condenada a siete años de colonia por consumir pulpa de tallo. En estos momentos debería estar en Siberia Oriental. En tercer lugar, doctor, no lo entiendo. Usted mismo dijo que los salvajes se están degenerando, que necesitan sangre nueva. ¿Qué tiene eso que ver con la trata de esclavos? En Moscú esta menor estaba tumbada a la bartola en el sofá hurgándose la nariz. Aquí tendrá hijos y será feliz. Es incluso más salvaje que los propios aborígenes de aquí. No sabe leer ni escribir. Créame, doctor, precisamente aquí se convertirá en persona. Por lo menos aprenderá a sembrar zanahorias.

El doctor negó con la cabeza, dubitativo.

—Si esto sale a la luz...

—Doctor —lo interrumpió Glybov en tono de reproche—, ¿qué le pasa en realidad? ¿Tiene miedo de algo?

—Ciertamente —afirmó Musa.

Las ramas de pino golpeaban las ventanillas blindadas. Glybov se sacó del bolsillo de la pechera una cantimplora plana y echó un trago. Se limpió la barba y se quedó mirando a Saveliy:

—Ahora en Moscú beben todos.

—Sin duda —dijo Saveliy encogiéndose de hombros—. ¿Cuánto cuesta ahora una dosis de novena destilación?

—No tengo ni idea —respondió con animosidad el millonario—. No soy un especialista.

—No se ofenda con nuestro Saveliy —dijo amablemente el doctor Smirnov—. Tiene un momento de lucidez. El nuevo medicamento da buenos resultados. Que diga todo lo que quiera. Y usted hable también con él.

—La novena destilación —respondió Musa en lugar de Glybov— no cuesta nada. No está a la venta. No se vende ninguna destilación. Por la preparación de concentrado ahora te caen veinte años de régimen especial: celda de aislamiento y media hora de paseo al día. Todos los laboratorios han sido derruidos. O tal vez la propia gente los ha arrasado. La joven generación se está llevando a algún lugar el número dos, incluso el tres, pero no para vender sino para consumo propio. En general, es mejor no bromear con este tema.

Glybov echó otro trago. Venía en helicóptero todas las semanas, y mientras estaba en la colonia se pasaba el tiempo bebiendo.

—Y no sólo con él, Saveliy —observó con fría amabilidad—. Que sepas que ahora en Moscú las cosas son totalmente distintas. Los chinos, Saveliy, eran los distribuidores en la ciudad del setenta y cinco por ciento de la carne, sesenta por ciento de las frutas y noventa por ciento de las verduras. Ahora el porcentaje es cero. Ahora, Saveliy, la gente de Moscú come hierba no porque les dé alegría en forma pura, sino porque tienen hambre. El tallo apenas alcanza los diez metros y ya lo talan y se lo comen. Por las noches vas por un puente elevado y ves que hay un montón de tallos bien espeso y crecido. Por la mañana miras y está vacío, lo han devorado todo. Treinta millones de parados, y hay que alimentarlos a todos. Incluso fríen la pulpa, la hierven... En lugar de comer pan, mascan pulpa. ¿Lo entiendes, Saveliy?

—Entiendo.

El millonario se pasó los dedos por el entrecejo.

—Mis bioquímicos dicen a una sola voz que pronto se acabará todo. Un buen día sólo quedarán las raíces de la hierba. Los nuevos retoños crecerán débiles. Incluso tendrán otro color, como amarillo grisáceo. Apenas será ya un micelio, un todo único. Me explicaron que para conseguir que el micelio se reproduzca enteramente necesita que cada tallo llegue necesariamente a la edad adulta...

—Se lo han explicado bien —dijo el doctor Smirnov—. La parte del micelio que está bajo tierra recibe la energía del sol desde las puntas de los tallos maduros. Si se cortan constantemente las puntas, esa parte carecerá de alimento y poco a poco morirá. Pero para eso hay que destruir unos cuantos miles de brotes de una sola vez, cada día, durante un largo período de tiempo...

—Ya los están destruyendo —dijo Glybov, haciendo un gesto con la mano—. Los talan, los cortan, los sierran. Los arrancan hasta con las uñas. Usted se ha mudado a la periferia, querido doctor. Si quiere, volamos hasta Moscú para que lo vea por sí mismo.

—Tengo pacientes aquí —respondió secamente Smirnov—. Y en general...

—La hierba no irá a ninguna parte —interrumpió sombríamente Gosha Degot—. Esto no es un micelio, ni una planta. El problema es nuestra torpeza. La despreocupación rusa materializada en algo concreto.

—¿Qué pasa, yo no soy ruso? —preguntó Musa riéndose.

—Pero vives en Rusia —soltó Glybov—. Por eso no tienes nada de qué reírte... delante de ciudadanos de esta nacionalidad. Con micelio o sin micelio, esa mierda verde no va a durar ni un mes.

—Será interesante —musitó Gosha— ver lo que va a pasar.

El todoterreno atravesó una ciénaga y un agua de color marrón salpicó todo el parabrisas.

—No hay manera —dijo el millonario apoyando las manos en el costado del coche—. ¿Creen que es la primera vez? Revoluciones, guerras, la *perestroika*, intentos de golpe de Estado, crisis. No nos ha faltado de nada. Abrimos nuestra ventana a Europa, dimos de comer a medio mundo mientras nosotros andábamos sin pantalones. Y nadie sacó la lección de todo esto. Y ahora la hierba. La devoraremos y todo volverá a ser como antes. Nunca cambiará nada.

—No —replicó tranquilamente el doctor Smirnov—. Cambiará. Es necesario hacer todo lo posible para que cambie. Hay que cerrar este círculo vicioso. La hierba no es una guerra, ni una crisis. Llevamos cuarenta años viviendo con ella. ¡Cuarenta años! Si desaparece, la historia volverá a empezar de cero. Toda persona que no sea indiferente debe aprovechar este momento y tratar de cambiar la conciencia social hacia algo mejor.

—Sí —opinó Gosha—. Estoy de acuerdo.

Glybov asintió, y de repente parecía haber envejecido. En su rostro se reflejaba un profundo desprecio.

—Pues manos a la obra, caballeros —dijo, riéndose irónicamente—. Empezar de cero, estupendo, maravilloso. Cambiar la conciencia social para ir por el buen camino. Yo, personalmente, paso. Tengo cuarenta años y llevo veinte trabajando de sol a sol. Y todo el tiempo veo lo mismo. De diez, sólo trabaja uno. El segundo le enseña cómo trabajar mejor. El tercero vende los resultados de ese trabajo. El cuarto cuenta el dinero. El quinto vela por la seguridad. El sexto dirige. El séptimo alegra a todos con canciones que levantan el ánimo... Y los tres restantes simplemente no hacen nada. Estos diez se pasan la vida molestándose unos a otros, riñendo e interfiriendo en sus asuntos... Nuestro querido jefe de voluntarios —dijo el millonario apuntando con un dedo al pecho de Gosha Degot— lo ha expresado muy bien. La hierba representa nuestra falta de amor nacional por el orden. Durante mil años hemos acumulado tal cantidad de ese desamor que al final pasó a ser una virtud. Se separó de nosotros y se convirtió en un ser biológico independiente.

—Yo no he dicho eso —observó Gosha—. Eso lo escribió Garri Godunov en su libro *Gente pálida*.

—Lo he leído —comentó el doctor—. Es un libro interesante, pero totalmente anticientífico.

Glybov maldijo entre dientes.

—¿Y es científico poner el propio destino en manos de los chinos? ¿Es científico exportar gas y petróleo para importar planchas de vapor, cafeteras y automóviles de bajo consumo? ¿Y qué me dice de concentrar toda la riqueza de este enorme país en una sola ciudad, para que la gente que vive en ella se vuelva loca de voracidad mientras el resto del país se hunde en la mierda? ¿Es eso científico?

—Quién va a hablar... —apuntó el doctor Smirnov.

—Ah, perdone. —Glybov sonrió maliciosamente—. Lo había olvidado. Es que yo soy rico, soy un burgués, un explotador, un estafador. No tengo derecho a opinar. —Se volvió hacia Saveliy—. Habla tú, entonces, hombre verde.

Saveliy pensó un poco y contestó cortésmente.

—Probablemente, si la hierba deja de crecer nos irá mal a todos. Pero eso será algo... bueno. ¿Lo entiende?

—Lo que faltaba —intervino Gosha—. Cuanto peor, mejor. Por cierto, eso es muy ruso. Pero la hierba no va a desaparecer en seguida. Allí hay millones de toneladas de biomasa.

—En estos momentos se están consumiendo dos mil toneladas al día —añadió Glybov—. Y no es un espectáculo para gente nerviosa. En los extrarradios han destrozado todas las farolas de las calles. Treinta millones de personas duermen durante el día y por las noches cortan la hierba y comen. Una



auténtica Sodoma. Quinientos helicópteros de la policía patrullan constantemente desde el aire. Todo el que tiene rasgos asiáticos, o está encerrado en casa o ha huido ya. Por el centro patrullan tanques...

—Da igual —lo interrumpió Musa—. Aquí es más divertido.

El millonario hizo un ademán con la mano. Era un borrachín honrado. En cuanto a los colonos Smirnov y Gosha, era evidente que la medida de la vida rural los había vuelto más tranquilos. Las descripciones que había hecho Glybov de los sucesos apocalípticos desde luego los habían conmovido, pero no los habían horrorizado. Al que había estado en el pabellón de infectados y había visto el tercer nivel de despersonalización no era fácil convencerlo con relatos sobre millones de parados hambrientos. Musa, un sujeto emocionalmente gélido, no alimentaba absolutamente ninguna ilusión con respecto a la raza humana. La conversación le resultaba divertida, nada más.

El sensible doctor cambió de tema. Dio unas palmaditas a Saveliy en el hombro y preguntó:

—¿Cómo se siente?

—De ninguna manera —contestó Saveliy—. Pronto empezaré a echar raíces.

—No hay que ser tan trágico. Lo curaremos. Veo que las tabletas le van bien.

—Sí, sólo que sus tabletas dan náuseas.

—Un efecto secundario —disparó Glybov, y volvió a dar otro trago.

Él en persona no había curado a nadie ni había inventado ninguna tableta, pero financiaba el proyecto. Toda la colonia había sido construida con el dinero de Glybov. A Saveliy y a Bárbara, como a todos los demás, los había llevado hasta allí un helicóptero de Glybov. Glybov era el dueño del todoterreno en el que iban ahora, y de las armas y los regalos que habían elegido para los aborígenes. Probablemente también pertenecía a Glybov el destino de todos los habitantes de la colonia, a excepción, probablemente, del destino de Gosha Degot y unos cuantos voluntarios.

—Tres cajones con regalos —suspiró Musa—. Un coche lleno. No puedo ni estirar las piernas. No lo entiendo. Necesitamos terreno. Si nos molestan esos salvajes, lo que hay que hacer simplemente es mandarlos a... tomar por el culo. ¿Dónde está el problema?

—El problema está en usted —respondió Gosha, enfadado—. El problema es que usted no entiende nada. La población local no distingue los conceptos entre terrenos, casas, patios o mesas para comer. Entrar sin permiso en el terreno de un salvaje para él es lo mismo que si usted intenta tirarse a su mujer. Su tierra son ellos mismos. Le voy a poner un sencillo ejemplo: a veces nuestros pacientes sienten necesidad de más agua y quieren bajar por el barranco a beber de su arroyo. Si los colonos beben, los locales lo sienten, a nivel inconsciente. Le aseguro que soportan nuestra presencia sólo con gran dificultad.

—Habría que fusilarlos —refunfuñó Musa.

—Son cuatrocientas personas. ¿Piensa acabar con todos ellos?

—¿Por qué a todos? —sonrió Musa—. Enterramos a un tercio o una cuarta parte de ellos, a los más molestos. Los demás huirán sin que tengamos que ahuyentarlos. O al revés, vendrán arrastrándose ante nosotros. Entonces nombraremos al señor Glybov gran soberano, emir, faraón, jeque... Un dios viviente. Y yo, un modesto virrey, dirigiré un departamento especial.

—Gracias, amigo —respondió el millonario—. La categoría de dios viviente es precisamente lo que me faltaba.

—Te gustará —dijo Musa sonriendo—. Por cierto, ¿tienen alguna creencia? ¿Rezán? ¿Tienen chamanes o hechiceros?

—Hechiceros, seguro que no —respondió Gosha—. Pero tienen animales totémicos, símbolos del

bien y del mal. El Alce Blanco y el Gallo Enjuto.

Musa prorrumpió en carcajadas.

—El Alce Blanco —repitió Gosha sin inmutarse— representa la justicia y la abundancia de los animales del bosque. Y el Gallo Enjuto no es otra cosa que el demonio. Con él asustan a los niños. Por ejemplo a usted, querido Musa, lo consideran un siervo del Gallo Enjuto. Su helicóptero los altera mucho...

Musa sonrió.

—Eso está bien. En el último mes les he traído más de una tonelada de mermelada, y ahora resulta que soy un siervo del Gallo Enjuto.

El doctor Smirnov se rió.

Sus burdas botas militares estaban anudadas con alambre. A pesar del fusil automático, el médico daba la impresión de ser una persona muy cívica. Sentado a su lado iba Glybov, con el aspecto de ser el típico rico que va de safari. Hasta su nuevo traje de camuflaje olía a tela de reciente fabricación. Y ciertamente, con el arma en la mano, Glybov hablaba casi tan tranquilamente como Musa.

Musa estaba en su salsa. Se reía de buena gana y disfrutaba. Acariciaba el fusil automático como si fuera su querido perro fiel. Pero entre risa y risa Musa era el único de los cinco que no dejaba de mirar a su alrededor. Estaba sentado apoyándose sólidamente en las piernas y la espalda y no quitaba el dedo gordo del dispositivo de seguridad del arma.

• • •

A trancas y barrancas llegaron a la aldea. Saveliy no conocía este camino. Cuando iban a por agua rodeaban el pueblo por detrás, pero ahora avanzaban lentamente por la calle principal. Gosha redujo la velocidad para no espantar a las gallinas y los perros. Cerca de las viviendas se vislumbraban unas figuras femeninas envueltas en pieles y trapos. Las mujeres eran anchas de caderas y de baja estatura, los miraban con indiferencia y bostezaban frecuentemente. No eran guapas, tenían los dientes pequeños e irregularidades y las barbillas desfiguradas, o bien salidas hacia fuera, como si colgara de ellas un gran peso, o bien metidas hacia dentro, como si se las hubieran cortado. No se veían ancianos. Saveliy sabía que los viejos estaban tumbados en sus casas agonizando. Aquí la esperanza media de vida no llegaba ni a los cuarenta y cinco años. Comparado con ellos Saveliy, que ya pasaba del medio siglo, parecía un jovenzuelo.

Las viviendas de los aborígenes representaban las ridículas casuchas de la era postindustrial: medio chozas, medio cuevas. Sin embargo, las familias acomodadas se habían instalado en chozas cubiertas con trozos de polietileno, maderas de contrachapado podridas, paja y tablas. Por allí corrían gallinas, gatos y niños sucios y desnudos con el ombligo retorcido. Entre las casuchas, por encima de los montones de porquería y desperdicios, zumbaban las moscas. Según Gosha, la aldea era considerada rica y la tribu local poderosa e influyente. Su territorio abarcaba unos cuantos cientos de kilómetros cuadrados. Los habitantes locales se dedicaban a la caza y la agricultura. Había conejos, alces y lobos, y plantaban coles, nabos y zanahorias. Iban vestidos con pieles de animales y eran autosuficientes. No obstante, lo más valioso aquí se consideraba los objetos de épocas anteriores. Peinaban incansablemente los territorios cercanos y lejanos. Los pueblos y ciudades pequeñas abandonadas a mediados del siglo pasado; los edificios vacíos, apestosos y llenos de malas hierbas despertaban en estos aborígenes un interés especial. Allí buscaban y encontraban zapatos carcomidos, trozos de espejo, teteras oxidadas,

trozos de alambre. Todo esto tenía un valor incalculable para ellos, lo desmontaban por ladrillos, por piezas y lo utilizaban para sus casas.

El jefe de la tribu, como se supone que debe hacer un jefe, habitaba en un palacio. Para construir este palacio recogieron de otras aldeas cercanas unos cuantos troncos viejos, luego arrastraron otros troncos posiblemente desde una distancia muy larga. Los troncos eran muy distintos unos de otros, de color y de forma.

Saltando del todoterreno, Glybov miró a su alrededor y dijo:

—Viven pobremente. Hace un año volé a la región de Rostov y allí los aborígenes son más ricos. Aquéllos tienen yeguas, cerdos, cabañas con tejados metálicos... Pero éstos son absolutamente salvajes. No tardarán en extinguirse.

—No se extinguirán —dijo en voz baja Smirnov—. Hay instrucciones secretas del gobierno. No tocar a los aborígenes, cuidarlos, no entrar en contacto con ellos.

—Pues los contactaremos —dijo enérgicamente Musa tomando el fusil automático.

—No gesticuléis con las armas —aconsejó Gosha—. No lo entenderán.

Alrededor se oía el sonido del bosque, auténtico, frondoso, y al instante empezaron a caer sobre ellos todo tipo de hierbas voladoras, pero especialmente mosquitos. Aterrizaron en sus cabezas escarabajos voladores y abejas —por curiosidad—, y a Savely casi le rozó la cara una araña que estaba tejiendo su tela gris brillante.

—¿A qué esperamos? —preguntó Glybov.

—A que nos inviten —contestó Gosha—. En cuanto lo hagan, nos acercaremos. Todos juntos. Tenemos que ser muchos, así es la costumbre. Además, les tengo miedo. Sin «dispararrápido» es mejor no acercarse a ellos.

—¿Sin qué? —preguntó Smirnov.

—Dispararrápido, así llaman al fusil automático. Uno de ellos me ofreció cincuenta gallinas por uno. Toda una fortuna.

—No hay que darles armas —dijo Musa moviendo enérgicamente la cabeza de lado a lado—. Ni siquiera cuchillos. Y tú vas y les traes cuchillos.

—No les traigo nada —corrigió tranquilamente Gosha—, yo sólo hago intercambio. Por el aguamiel. Su aguamiel es pura como una lágrima, mientras que tu vodka moscovita me da dolor de cabeza. Una advertencia: las conversaciones las llevo solamente yo. Si habla otro que no sea yo, el jefe se lo tomará como una ofensa. Savely, tú encárgate de los regalos.

—De acuerdo —aceptó Savely.

Estaba contento de haber ido con ellos. Gosha Degot había hecho especial hincapié en la candidatura de Savely. Iba todas las semanas a la aldea y sus habitantes se habían acostumbrado a él.

—Si la delegación se compone sólo de desconocidos, el jefe puede echarnos a todos a patadas —advirtió Gosha.

Nadie lo contradijo.

Aparte de eso, las nuevas tabletas realmente habían ayudado a Savely, y no sólo a él. Hacía ya una semana que entre los médicos y voluntarios reinaba una gran animación. Se empezaba a hablar del desenganche definitivo, de la detención del proceso de despersonalización. Savely estaba dispuesto a alegrarse junto con ellos, pero se lo impedían los dolores de cabeza y una profunda depresión.

En ese momento Musa abrió la puerta trasera del todoterreno y sacó a la soñolienta y raquítica Ilona.

Hacía dos días que Savely la había visto bajar del helicóptero, y no se sorprendió. No se acercó a

ella para saludarla. No porque temiera las preguntas de su mujer. Aquí nadie se acercaba nunca a saludar cuando veía a sus conocidos de Moscú entre el grupo de recién llegados. Aquí todos borraban el resumen de su vida anterior, escardaban y arrancaban las malas hierbas de su memoria. Las relaciones anteriores, los contactos, las aventuras amorosas, todo eso se secaba, se marchitaba, todo se arrancaba de raíz. Y los novatos entendían esto desde el primer minuto. Hombres de negocios de la capital, altos funcionarios, estrellas del cine y del mundo del espectáculo, personas exitosas, la *crème de la crème*, todos se comportaban con tranquilidad, se miraban con horror y se instalaban sin altanería ni soberbia en sus casitas.

En cuanto a Ilona, la primera mañana se encontró con Saveliy en el comedor de la comuna y no lo reconoció. Lo miró sin interés y apartó la vista.

Ahora se encogió y preguntó con voz caprichosa:

—Moisés, ¿adónde me llevas?

—Al campo —contestó amablemente Musa—. Allí se está muy bien.

—Sí —convino Ilona desperezándose—. Muy bien. ¿Y qué vamos a hacer?

—Ya lo verás.

En ese momento salió del palacio un aborígen cojo con la fisonomía de un bandido de pelo castaño. Saveliy recordó que se llamaba Fediay. Al verlo, Ilona soltó un «gritito» y empezó a reírse en voz baja. Apartándose el pelo de la cara con un dedo negro y torcido, Fediay examinó a los delegados, escrutando a cada uno de la cabeza a los pies, inclinándose amigablemente ante Gosha y después, balanceándose un poco, ante Saveliy, quien al instante se llenó de orgullo. En la vida que llevaba antes en Moscú era el director de una revista muy conocida, pero nunca se había sentido tan imprescindible como ahora, cuando a él, un herbívoro en proceso de despersonalización, lo habían incluido como parte de la delegación para negociar con los aborígenes.

El viejo del pelo castaño dio media vuelta y se fue a su casa. Los delegados lo siguieron. Dentro olía a quemado y todo estaba en penumbra. En la chimenea ardían unos leños y el humo salía por un agujero abierto en el techo. A Saveliy empezaron a llorarle los ojos. El jefe, un anciano corpulento y encorvado, envuelto en una capa de piel, se sentó en su trono, que no era otra cosa que el asiento de un coche viejo con reposacabezas. El patriarca tenía unas cejas enormes. A su lado, recogiendo por debajo sus piernas flácidas y desnudas, llenas de nudos varicosos y venas de color violeta, estaba sentada una vieja menuda con cara de pocos amigos. Junto a la pared, en el suelo de tierra, se sentaban otros cuatro hombres; su séquito o guardias de seguridad: peludos, fibrosos, armados de puñales y con la mirada tétrica y concentrada de los futbolistas profesionales antes de sonar el silbato que da comienzo al partido.

—Ay, mamaíta —murmuró Ilona.

Con el rabillo del ojo Saveliy vio que tanto Musa como Glybov, que estaban a su lado, apenas podían contener la risa.

—¡Mi honorable Mitiay! —pronunció solemnemente Gosha.

El encorvado Mitiay asintió precavido sin mirar a los delegados.

Gosha dio dos pasos al frente y preguntó:

—¿Qué tal?

El jefe volvió a asentir con la cabeza y empezó a acariciarse la barba lentamente.

—Deseamos hablar —dijo Gosha.

El jefe empezó a resoplar. La vieja mantuvo una pausa y con una voz baja y chillona dijo:

—Puede.

—Tenemos un asunto que tratar —empezó Gosha—. Danos terreno, Mitiay. Muy necesario. Da bosque. Desde el barranco hasta el campo. Diez veces diez pasos, y así cinco veces. Era tuyo, será nuestro.

El patriarca arqueó las cejas, volvió a mirar a la vieja y sonrió. Los monstruos peludos que estaban sentados junto a la pared se rieron al mismo tiempo, dejando ver sus dientes marrones y picados.

Gosha esperó a que se acabara la diversión y continuó sin inmutarse:

—Damos ocho cuchillos. Cinco hachas. Y además una carabina berdan. Para ella te daremos cartuchos. Y cinco veces diez raciones grandes de mermelada. No das terreno, no damos nada. Nos iremos enfadados. Das terreno, seremos buenos.

El viejo Mitiay guardó silencio.

—También daremos chica. —Gosha apuntó a Ilona—. Vuestras mujeres no paren. La nuestra es blanca, sana.

La vieja refunfuñó. El jefe guardó silencio un buen rato, casi un minuto, y luego, con una voz seca y cascada dijo:

—Enseña berdan.

Gosha echó su mano hacia atrás y Saveliy puso sobre ella el fusil deportivo de bajo calibre. Gosha tiró del cierre con ostentación. Los cortesanos peludos suspiraron fascinados, uno de ellos incluso no pudo contenerse y chascó la lengua con entusiasmo. Por lo demás, el jefe no mostró ninguna reacción.

—Mira esto —continuó Gosha—. Éstos son cartuchos. Dos veces por diez. La mermelada en alforjas de corteza de abedul la tengo yo. ¿Quieres palpar mujer? Mujer no flaca, mansa. Lo mejor.

Saveliy pensó que el viejo probablemente preferiría no probar el rifle, sino a la chica, pero tenía miedo de la vieja. Ahora el canoso Mitiay guardaba completo silencio.

Se notaba que era un hombre con fuerza, física y espiritualmente. Saveliy supo en seguida que el viejo iba a rechazar los regalos. O inmediatamente, o después de meditarlo, pero de todos modos los iba a rechazar.

El jefe estaba triste. Tal vez presentía el final de su vida normal y la llegada de nuevos cambios. Los recién llegados son demasiado fuertes, tienen máquinas que vuelan por el aire y otras máquinas que disparan diez balas por segundo. Llegaron, tomaron parte de la tierra, construyeron casas resistentes y limpias donde brilla una luz intensa. Volverán otra vez, y volverán, cada vez se quedarán con más y más territorio. Esto se puede retrasar, pero no detener.

«Debe de tener unos cincuenta años, es más o menos de mi edad», pensó Saveliy. Naturalmente había escuchado de sus padres relatos de que en algún momento la tierra salvaje había sido distinta, tierra cultivada. En los pueblos y ciudades vivía gente, por los caminos corrían unas máquinas de hierro. Después, esta colorida y dura vida se extinguió por sí sola, la gente se fue. Y los que se quedaron no tardaron en convertirse en salvajes, de alguna manera tuvieron hijos y crearon una nueva civilización, en la que un pedazo de polietileno, un cuchillo o una gallina se consideraban los bienes más preciosos. El *homo sapiens* se adapta con rapidez y regresa al estado de troglodita instantánea y fácilmente.

La pausa se alargaba. Los troncos de abedul crepitaban en la chimenea. Uno de los guardaespaldas se rascaba sonoramente. La vieja miraba con odio a Ilona, que no paraba de bostezar. Glybov se pegó un manotazo en el cuello para matar un mosquito.

Finalmente, el jefe se aclaró la voz y clavó la mirada —unos ojos amarillentos, temibles— en Gosha Degot. Luego habló:

—Tú. Escucha bien.

Gosha enderezó los hombros. El viejo movió la mandíbula y dijo:

—Yo sé quién soy. Vivo en bosque, mastico bardana, como corteza de abedul. Soy sucio, salvaje, tengo piojos en pelos. Ayer era así, y mañana así será.

Gosha asintió con la cabeza.

—Pero yo —continuó con orgullo el viejo— tierra por mermelada no cambio. ¿Entiendes?

—Sí.

—Muy bien, ahora largarse de aquí.

—Es inútil —dijo Gosha.

Pero Fedaiy, el castaño, que vigilaba la entrada, ya había puesto en su hombro una enorme mano, dando a entender que la audiencia había terminado.

De camino al todoterreno los delegados intercambiaron miradas.

—No has tenido suerte —dijo Musa a Ilona.

Ésta se echó a reír.

—El abuelo no era difícil —musitó Gosha—, pero esa vieja tonta lo ha estropeado todo.

—Exacto —dijo Musa, rompiendo en risotadas.

—Vale. —Glybov escupió—. No hemos convencido al viejo, vayamos a ver al joven. ¿Dónde podemos encontrarlo?

—Silencio —ordenó Gosha con voz asustada—. No gritéis. Me vais a estropear toda la diplomacia. El joven está en el bosque. Para eso es joven, para andar corriendo por el bosque. Sólo que ahora la conversación tendrá un tono un poco distinto.

Se dirigieron hacia allá. A Ilona la llevaron aparte, en el maletero. Toda su vida, desde la infancia, se había alimentado solamente de pulpa de tallo, y ahora, privada de su alimento habitual, poco a poco se estaba volviendo loca. No entendía en absoluto para qué habían ido allí. Nadie sabía qué hacer con alguien como ella. Mientras la pulpa se consideraba inofensiva, el nanogobierno, de una manera atenta e inteligente, aceptaba la existencia de los herbívoros terminales. Pero cuando la odorífera ciudad de Moscú se convirtió en un manicomio, varios millones de seres abúlicos, hombres y mujeres totalmente alejados de la realidad, se quedaron colgados en el vacío. La pulpa concentrada dejó de estar a la venta; la cruda no era suficiente para abastecer a todos. Físicamente eran totalmente sanos, pero cientos de personas psicológicamente destrozadas se suicidaron, miles se volvieron locas, y cientos de miles se dieron a la bebida. Los más fuertes, los que por naturaleza tenían un sistema nervioso más resistente, intentaron volver a la vida normal. Pero no había dinero y nadie tenía intención de ayudarlos, darles de comer y buscarles una colocación. Musa contó cómo había conseguido que la junta de una cárcel de deportados soltara a Ilona después de muchas combinaciones de «amistades», y creía que con eso había hecho un bien.

No había ningún lugar para dar la vuelta al pesado vehículo, y Gosha decidió salir del poblado por la parte de atrás. Bajó la ventanilla y sacó la cabeza y un hombro. Los mosquitos se apresuraron a meterse en el coche.

Musa sacó un cigarro, se sentó más cómodamente y acarició el fusil automático.

—Recuerdo que una vez en Siberia la situación era casi igual que aquí. Estábamos a las afueras de Irkutsk, muriéndonos de frío, llegó un parlamentario de los chinos. Por cierto, que hablaba ruso como una cotorra, mejor que yo. «Entregaos —dijo—, u os mataremos a todos. Enviaremos a una brigada del Grupo Especial de Operaciones, os cogemos y os propinaremos un buen castigo. Nosotros, los chinos, en lo referente a torturas y castigos somos los mejores expertos del mundo, podéis creerme...». Por

cierto, nadie se lo discutió. Y es verdad que su GEO no es precisamente un regalo, son unos demonios sin escrúpulos, no tienen miedo a nada... «Soltad las armas», nos dijo el parlamentario. —Musa volvió a pasar la mano suavemente por la culata—. «Entregaos a nosotros. Aceptaremos vuestra rendición con gran respeto. Y todo saldrá por la televisión: “Éstos son los terroristas rusos que finalmente han recapacitado y se han entregado, por cierto no a su país, sino a los chinos...”». Para entonces ya nos habían declarado fuera de la ley y sólo quedábamos treinta y cinco. Y entonces Misha, nuestro comandante, le dijo a ese parlamentario: «¡Escúchame!, aquí yo soy el jefe y tú un mero invitado. Para mí todo lo que hay aquí es mío, y para ti todo esto es ajeno. Si me entrego, no me acogerá mi propia tierra. Por mi tierra puedo andar solamente yo, porque en esta tierra enterré a mi padre. Y me llegará la hora y no me enterrarán aquí. Tú eres un chico inteligente, tienes que entenderlo. Los rusos no tienen nada, ni cerebro ni cultura. Hubo un tiempo en que tenían petróleo, gas, carbón, piedras preciosas y metales de muchos colores, pero todo eso se vendió hace mucho, y el dinero se lo llevó el viento. Teníamos una gran cultura, pero se fue con el televisor como si se la hubiera tragado un retrete. Teníamos cerebros, y todavía los hay, ¡y qué cerebros!, pero son muy pocos. Por cada gran mente hay mil borrachuzos estúpidos. Ésa es nuestra proporción nacional. Ahora lo único que pueden hacer los rusos es beber vodka y darse golpes en el pecho. Todo lo que nos queda es esta tierra, que no se puede recorrer entera ni en cien años. Y toda nuestra esperanza reside en cuidar esta tierra y legársela a nuestros nietos, con la intención de que nuestros descendientes sean más inteligentes que sus abuelos y sepan dar un uso digno a su tierra...». —Musa sonrió maliciosamente—. Después de eso estuvimos otros dos años huyendo de los GEO chinos a lo largo de la orilla del Angará. Hasta que nos hartamos.

Aplastando la vegetación de monte bajo, el todoterreno rodó por el cauce del arroyo. No había otra forma de atravesar aquella salvaje espesura.

Glybov miró por la ventana y preguntó:

—Bueno, entonces ¿qué hacemos con la idea de ir a ver al joven?

—No se preocupe —contestó Gosha—, tendrá a su joven. ¿Ha visto al castaño Fediyay? Tiene muchas mañas. Parece como que está del lado del viejo jefe, pero en cualquier momento puede irse al bando del joven. Hemos pactado que yo iré al lugar convenido y esperaré. Fediyay organizará la reunión. El joven necesita armas. Por cierto, tampoco es tonto en lo referente a la mermelada. Por no hablar de las mujeres... Creo que lo convenceremos...

—Muy bien —convino Glybov—. El joven aceptará. ¿Y qué pasará con el viejo?

—El viejo no irá contra su propio hijo.

—Escucha, sargento —lo interrumpió Musa—. No te ofendas, pero nos tienes hartos a todos. Tienes que entender que aquí la vida de los aborígenes es más complicada que la vida en Moscú. Mermelada, berdanes... ¿Quieres que lo solucione todo yo solito, a mi manera? Voy a ver a ese peludo jefe de la tribu, suelto una ráfaga de metralla en el techo y salen todos corriendo, los viejos y los jóvenes.

—Descartado —dijo el doctor Smirnov—. Nada de violencia. Y lo mismo va para la chica.

—La chica ya ha dado su consentimiento —replicó Musa—. Le resulta interesante y divertido. Pregúntele usted mismo.

—No voy a preguntarle nada —dijo el médico, poniendo cara de viernes santo—. Todo esto es indecoroso. ¿Por qué la llevan metida en el maletero?

El partisano siberiano empezó a carcajearse.

—Esto no es indecoroso, doctor. Todo esto es la vida misma. ¿Qué más le da a ella dónde revolcarse? ¿Aquí, en el bosque, con esos aborígenes, o en Siberia con los criminales? ¿O incluso en el

maletero? La he dejado ahí envuelta en un edredón. Estarán de acuerdo en que para ella es mejor quedarse con los aborígenes. Si le digo que este bosque es Siberia, y que esos hombres peludos son herbívoros condenados, se lo creará todo.

—Eso sólo lo sabe el diablo —farfulló Smirnov dándose la vuelta.

—Tranquilo —intervino Glybov frunciendo el ceño—. Deje a un lado sus opiniones inteligentes. Se preocupa usted de una tontorrón terminal, mientras en Moscú un millón de chicas como ella se vuelven locas y se venden a sí mismas por medio gramo de pulpa cruda. No podemos salvarlas a todas, pero salvamos a las que podemos y como podemos.

Smirnov no respondió.

—Hemos llegado —anunció Gosha Degot—. Vamos.

El todoterreno se detuvo en medio de un campo.

Salieron y estiraron las piernas. Se pusieron a escuchar los trinos de los pájaros, entornaron los ojos mirando al sol. Musa abrió el maletero y ayudó a salir a la soñolienta pasajera.

—Es un buen bosque —dijo Glybov en voz alta—. Me gusta. Observen qué musgo, se me hundan los pies en él.

—¡Ay! —chilló Ilona—. Es verdad que se hundan. ¡Qué guay!

—Por si acaso, no se alejen mucho —advirtió Gosha—. Esto está lleno de serpientes.

—Yo soy un siervo del Gallo Enjuto —observó Musa burlándose—, a mí no se me acercan las serpientes. Pero en general estoy de acuerdo. Se está bien aquí. ¿Qué dice usted, señor Hertz?

Saveliy sonrió. Hacía medio año que nadie se dirigía a él por su apellido.

—Lo de señor sólo se utiliza en Moscú —dijo bromeando.

A él también le gustó el bosque. Aquí reinaba el imperio de la clorofila, aquí había un orden sencillo y claro: si creces, te habrás ganado la luz transparente, y si no creces significa que eres un líquen o moho. O un helecho, por ejemplo.

—¡Hey! —exclamó Musa en voz baja—. Ahí los tenemos.

Glybov se asustó.

—Pero no vuelvan la cabeza —musitó Musa entre dientes—. Hay dos a la derecha, uno a la izquierda, y todos los demás están detrás de nosotros. Diles algo, Gosha, para que se muestren. Dale a entender que los hemos visto.

—¡Eh! —gritó Gosha—. ¡Mitiay! ¡Fediay! ¡Buenos días!

Ninguna reacción.

—¿Por qué lo llamas Mitiay? —preguntó Glybov, agarrando fuerte el rifle automático—. ¿El jefe viejo no se llama también algo así como Mitiay?

—Sí —contestó Gosha—. Aquél es Mitiay el Viejo, y éste es Mitiay el Joven.

—Eso es lo que significa, Dimitri Dimítrevich —musitó Smirnov—. Ahí los veo. Están saliendo.

El séquito de Mitiay el Joven se componía de siete muchachos, muy jóvenes e imberbes. Todos tenían hombros amplios y eran musculosos, pero sus músculos no tenían nada en común con los de los atletas: nada de musculatura prominente, ninguna belleza, sólo unos bastos tendones bajo una piel oscura, traseros grandes y rollos de grasa alrededor de la cintura. Dos de ellos sostenían en las manos unas armas de anticuario con burdas culatas talladas de fabricación casera. Los demás iban armados con grandes lanzas o agitaban unos garrotes nudosos.

El jefe, un tipo de unos diecisiete años, ancho de hombros, echó un vistazo a los negociadores vestidos con trajes de camuflaje y empezó a sonreír. Su torso estaba cruzado por una cicatriz y le



faltaban unos cuantos dientes delanteros, pero tenía unos ojos hermosos, azulados, descarados. «Un joven interesante» —pensó Saveliy—, lleno de impertinencia. Se mueve con aire de poderío, resopla por la nariz. Típico morro redondo eslavo, las mejillas con una incipiente barba sedosa que deja traslucir cierto rubor. Le tiemblan las aletas de la nariz. En el civilizado Moscú un tipo así llevaría ya tiempo por el camino equivocado, se habría adherido a los “amigos”, estaría talando tallos por la noche, riéndose y gozando de la vida.

—¿Dónde está Fedaiy? —preguntó Gosha.

—¿Para qué quieres a Fedaiy? —preguntó tranquilamente el jefe—. ¿Qué pinta aquí Fedaiy si tienes ante ti al mismísimo Mitiay? Habla, di qué quieres de mí.

—Negocios.

—¿Qué negocios?

—Queremos tierra tuya. Desde barranco hasta campo.

—Busca tú mismo. —Mitiay se volvió para mirar a sus valientes compañeros—. Tierra.

—A cambio daremos... —Gosha levantó la mano y empezó a contar con los dedos— ocho cuchillos, cinco hachas, una berdan y cinco veces diez raciones grandes de mermelada. Y además, una mujer.

—Mujer, eso está bien —pronunció despacio el joven echando una mirada rápida a Ilona—. ¿Estuviste con el viejo jefe?

—Estuve —asintió Gosha—. Tu viejo no dio tierra. Nos echó.

—¿Ves? —dijo despectivamente el joven Mitiay apoyándose en una maza—. Primero fuiste a viejo y sólo después a mí. Eso está mal. Eres tonto. Primero tenías que venir a mí, y yo con viejo... eh... Eres tonto.

—Perdona —se disculpó Gosha, anonadado.

El salvaje negó con la cabeza.

—Viejo, él... Sí, es eso.

—¿Y tú?

—Yo —declaró con seriedad el joven, y volvió a mirar a sus compañeros de armas— soy yo mismo.

Sus compañeros adoptaron una pose de orgullo.

—Lo sé —dijo Gosha—. ¿Barranco, tuyo?

—Mío.

—¿Y campo?

—Considera mío.

—Dame tierra, entre barranco y campo.

El salvaje negó con la cabeza como con pena.

—No. Imposible. No daré. Tierra no daré. Es mía. Por ella sólo ando yo. Y también el Alce Blanco. Tú no puedes, imposible.

—Ella es tuya, desde luego —insistió Gosha—. Nosotros nos instalaremos en ella y nos dedicaremos sólo a nuestros asuntos. Entiende, hermano, cuánto bueno para ti. Para ti berdan, para ti mujer, para ti cartuchos, cuchillos, mermelada. Y para nosotros, tierra.

El salvaje sonrió y miró un instante a Ilona. Luego miró la culata. En ambos casos sus ojos brillaban con la misma fuerza.

—Berdan, eso sí —dijo—... Y mujer también.

De repente hizo un movimiento imperceptible y en una fracción de segundo se adelantó unos

cuantos metros. Con un dedo señaló a Smirnov. El médico retrocedió, pero en seguida comprendió que lo que interesaba al salvaje no era él, sino el automático que llevaba colgado delante del pecho.

—Dispararrápido —dijo con firmeza el salvaje— y berdan. Y mujer. Cinco veces diez porciones grandes de mermelada. Cinco cajas de cartuchos. Dos veces por diez cuchillos.

—Es demasiado —se negó Gosha.

—Ajá —asintió divertido el joven Mitiay, mirando a sus guerreros. Éstos empezaron a reírse.

—Dispararrápido no daré —afirmó con convencimiento Gosha.

Mitiay se encogió de hombros.

—Si dispararrápido no, tierra tampoco.

—No puedo.

—Por consiguiente, yo tampoco puedo.

Gosha guardó silencio y se metió las manos en los bolsillos.

—Bueno, pues hasta mañana, Mitiay. Mañana hablaremos otra vez.

—Escucha —lo detuvo el joven jefe—. ¿Y dos mujeres?

—Dos no. Sólo hay una.

—Eh... —suspiró con aire bondadoso el joven—. Mientes. En tu aldea hay cuatro veces por diez mujeres. Todas blancas, todas huelen a miel. Mujeres no flacas.

Gosha sonrió maliciosamente.

—Yo tengo mucho de todo. Mujeres, dispararrápidos, cuchillos y muchas cosas más. Dame tierra y no te equivoques en tus cálculos. Vamos a estar aquí mucho tiempo. Tú también. Piensa, Mitiay.

Mitiay elevó la cabeza al cielo y parpadeó.

—No me gusta —replicó alegremente—. No me gusta pensar.

En un instante los salvajes desaparecieron en la espesura del bosque sin mover una sola rama.

—Chingachgook[15] de los cojones —refunfuñó Glybov, furioso, sacó su cantimplora y echó un trago.

—Es un golfo —dijo Musa, y escupió.

—Un tipo normal —comentó Gosha—. Pero no podemos darle el automático.

—Lo que necesita no es un automático, sino un buen cogotazo —dijo fríamente Musa—. Pero tienen buenas lanzas. Me gustaron. Muy buenas lanzas. No me esperaba que estos papúas tuvieran unas lanzas así.

—Son cazadores —explicó Gosha—. Con esas lanzas aciertan a un alce a cincuenta pasos. Lo he visto con mis propios ojos.

Musa hizo un gesto despectivo con la mano y se volvió hacia Ilona.

—¿Qué tal, querida? ¿Qué te han parecido estos jóvenes locales?

—No están mal —contestó divertida Ilona—. Sólo que apestan. Además, aquí hay algo que vuela todo el tiempo y me está picando...

—Se llama mosquito.

—Pues duele. Haz que no me piquen.

Musa asintió.

—Lo intentaré.

Ilona se encogió.

—¿Dónde hay un cuarto de baño por aquí?

—Por todas partes —contestó burlescamente Glybov—. Escuchad, vamos a disparar un poco.

¿Acaso he hecho en vano el vuelo desde Moscú? Allí ahora es un aburrimiento... He soñado toda la semana con venir aquí para levantar el ánimo...

—No es aconsejable —señaló Gosha—. Mañana llegaremos finalmente a un acuerdo, tendremos nuestra tierra. Después podrá disparar.

—Idos al diablo —dijo enojado el millonario frunciendo el ceño—. Musa tenía razón. Me he hartado de vuestra diplomacia troglodita. Cuchillos, mermelada, Alce Blanco, Demonio Enjuto... ¿Qué os pasa? ¿De verdad habéis decidido hacer tratos con esos apestosos neandertales? Usted, señor Degot, ¿se imagina toda la pasta que he soltado para su colonia?

—Un momento, déjelo ya —intervino el doctor Smirnov dando señales de vida—. No se las dé de benefactor. Le recomendaron lo de la colonia y usted puso su dinero. Si no lo hubiera puesto, nos habríamos ido a otra colonia junto con esta chica. A Siberia, o tal vez más lejos.

—Vale, vale, doctor —repuso Glybov, evidentemente herido en su amor propio—. Usted parece intocable. Empuja con el pie y se le abre cualquier puerta. Muy bien, hágase a la idea de que no he abierto el pico. —El millonario se agachó, cogió una florecilla pálida, la olió y la tiró.

—¿Qué significa in-to-ca-ble? —preguntó Ilona, pronunciando esa palabra sílaba a sílaba.

Todos se volvieron hacia ella.

—Ay —murmuró la chica—, ¿he dicho alguna tontería?

Glybov y Gosha Degot empezaron a carcajearse.

—Intocable —explicó Musa amistosamente— es un tío al que nadie puede hacerle nada. ¿Ves al doctor? Es un tío especial...

Smirnov sonrió levemente. Musa continuó sin inmutarse:

—Una vez, hace mucho tiempo, nuestro querido doctor reunió en una sola guardería a todos los niños con menos talento del país. Y empezó a enseñarles. Los niños eran tontos, vagos, pero el doctor se ocupó de ellos como si fueran niños genio. Él los crió y los educó. Resumiendo, les abrió un camino en la vida. Estos niños no se convirtieron en científicos, ingenieros, inventores, pilotos, cosmonautas, marinos o médicos. Todos ellos, sin excepción, se convirtieron en exitosos funcionarios del estado. Hicieron una gran carrera. Los tres últimos primeros ministros fueron discípulos de nuestro querido doctor. Por eso nuestro doctor hace lo que quiere, conoce todos los secretos de Estado y le confían las tareas más difíciles y arriesgadas...

—¡Qué interesante! —exclamó Ilona entusiasmada—. ¿Y quién es esa gente, los primeros ministros?

—Vámonos —dijo Gosha Degot cortando la conversación.

—Espere un momento —lo detuvo Glybov con un gesto de la mano—. Ahora nos vamos.

Se quitó el fusil automático del hombro, tiró fuerte del cierre, apuntó al tronco de pino que tenía más cerca, y disparó. Una astilla blanca salió disparada del árbol. Ilona empezó a chillar entusiasmada. Unos cuantos pájaros levantaron el vuelo por encima del bosque.

—Saveliy —preguntó el doctor Smirnov—, ¿se encuentra usted bien?

—Sí, pero me da vueltas la cabeza. No voy a volver a tomar esas pastillas nuevas. Producen una sensación tenebrosa, como si estuviera enterrado entre cenizas. Es mejor convertirse en tallo que volverse loco.

—Basta —lo regañó bruscamente Gosha Degot—. No te han estado tratando para que ahora te vuelvas loco. Aguantarás, Saveliy. Vámonos a casa. Allí te espera el orden y una revista recién llegada de Moscú. Se llama *Lo Más*.

## Capítulo 3

Gosha se aclaró la voz, se mojó burdamente los dedos con saliva y pasó la página.

—«Hace tan sólo un mes nos parecía que el mundo estaba patas arriba. La salida de los chinos, el cierre de la Zona Económica Libre Chinosiberiana, la suspensión de la producción de alimentos, etcétera. Hoy día está claro que todo eso era sólo el prólogo...».

—No intentes imitar a un presentador de televisión —lo interrumpió Bárbara—. Lee tal como hablas. Te entenderemos.

—«... era sólo el prólogo. Lo más importante está por venir. Nos esperan nuevas pruebas. En el país vuelve a tener lugar una vez más una gran metamorfosis. Una fuente gubernamental que ha solicitado permanecer en el anonimato nos ha informado de que una comisión de expertos de la Academia de Ciencias está preparando una declaración oficial. El gigantesco micelio ha agotado sus recursos. La hierba se está muriendo. La maleza que nos ha estado destruyendo durante cuarenta años está dejando de crecer. Esto no es ninguna novedad, ni siquiera una noticia sensacionalista. Esto es el final de toda una época. El final de la vieja historia del mundo y el inicio de una nueva historia. Se ha derrotado a la hierba, pero no gracias a los esfuerzos de la ciencia, ni como resultado de la toma de medidas definitivas adoptadas por el gobierno. Sencillamente, la gente se la ha comido entera...».

—Lo ha escrito Godunov —supuso Saveliy.

—No has acertado —replicó Gosha—. Ahora la redactora jefe es Valentina. Es su columna. El artículo de Godunov viene después.

—Lee, lee.

—«Aquí, en la columna del redactor, voy a contar cómo las multitudes cortan y prensan los tallos. No voy a hablar de las aceras que se han vuelto verdes a fuerza de extraer sobre ellas la pulpa. Ni de los enfrentamientos de la policía con las bandas organizadas y armadas de herbívoros. Ni de las conversaciones entre distintos laboratorios secretos sobre la purificación de la pulpa, a lo que se destinan pisos enteros para producir decenas de toneladas de concentrado. Bastante nos ha alimentado con estos temas la televisión hasta hartarnos. Ahora lo principal es saber qué nos espera. La cuestión de “¿quién es el culpable?” no es tan importante como la de “¿qué podemos hacer?”. La respuesta a la primera de estas preguntas la sabemos desde hace tiempo. Culpables somos todos. A Moscú llegaban desde Siberia Oriental cuatro quintas partes de todos los productos alimenticios. Vivíamos de los frutos del trabajo ajeno. Ahora la nación de Lomonósov y Dostoyevski, de Chkalov y Gagarin, necesita pensar en cómo alimentarse a sí misma. Un primer análisis rápido y superficial de los hechos demuestra lo siguiente: el consumo masivo de pulpa de tallo continuará hasta que sea comido el último brote. Y he aquí el interrogante de los últimos meses, tal vez de las últimas semanas: ¿qué pasará después? El gobierno asegura que no existe la amenaza del hambre; que antes de finales de año se habrán creado en Moscú diez millones de puestos de trabajo; que se han asignado cantidades extraordinarias para comprar en el extranjero productos alimenticios. Tendremos que creer al gobierno. Por lo menos nuestro primer ministro actúa con decisión. Uno quiere mantener la esperanza de que tenemos fuerzas suficientes para no enloquecer, para reconstruir la economía y crear una nueva sociedad civil. Durante cuarenta años hemos vivido entre tallos, y ahora no nos resultará tan difícil vencer la dependencia fisiológica como la dependencia psicológica. La hierba nos ha convertido en esclavos, en especuladores

de la luz solar. Peleábamos entre nosotros por un lugar bajo el sol, trepábamos cada vez más y más. De entre millones de caminos nos interesaba solamente el que conducía hacia arriba...».

—No —negó Saveliy meneando la cabeza—. Eso lo ha escrito Godunov, es su estilo. Se nos ha vuelto todo un caballero. Escribe en lugar de Valentina, ella sólo pone la firma.

—Eso no importa —dijo Bárbara—. Sigue leyendo.

—«Ahora hay luz suficiente para todos. Vivir en un décimo piso es más sencillo y rentable que en el piso noventa. Es hora de aceptar honradamente que vivir en el nivel noventa, contemplar el mundo a vista de pájaro, era excesivo. No somos aves, somos personas. Tenemos que bajar de las nubes. Tenemos que derruir la ciudad colgada del cielo, ya no la necesitamos. Ha muerto, era demasiado pomposa, exageradamente complicada y cara. No hay ninguna razón por la que tengamos que llevar una vida pomposa y cara. Tenemos la tierra, gran cantidad de tierra, en ella hay suficiente espacio para levantar miles de ciudades sencillas. Tenemos que suprimir las cuadras de Augías que existen a los pies de nuestras torres de pisos. Tal vez incluso debemos derribar las propias torres. Todo lo demás lo rematará el sol. Él nos secará. Él freirá todo lo que era crudo. Él nos enseñará a salir de la indolente vida de las sombras. Él hará que lo oculto se vuelva evidente...».

Bárbara extendió una mano.

—Dámelo —dijo—. Será mejor que lo lea sola.

—Perdona —manifestó amablemente Gosha—. Leer en voz alta es una de mis obligaciones. Los médicos lo recomiendan. Todos los días y no menos de media hora...

—Al diablo los médicos —replicó Bárbara, tirando de la revista—. Yo no estoy enferma de nada.

Saveliy miró a su mujer —furiosa, decidida, hermosa— y suspiró.

—Es una pena —dijo— que Evgráfovich no esperara un poco más. Se habría alegrado.

—Sí —asintió Gosha.

—Hay que ir a arreglarle la tumba.

—Mañana vamos y lo hacemos. Volvemos de ver a los salvajes y lo hacemos.

—Con todo y con eso, irse así —recordó Saveliy arrugando el entrecejo—... No avisó a nadie, simplemente desapareció... Como si fuéramos niños pequeños... Y nosotros lo buscamos, nos rompimos la cabeza...

Gosha se encogió de hombros.

—Era viejo e inteligente. Para él era más evidente. Nada más llegar aquí dijo que había venido para morir. Dijo que siempre había querido vivir en Moscú y morir en una aldea.

—Cambiad de tema —ordenó Bárbara.

—Sí. —Gosha se levantó y cerró la ventana—. Tienes razón. Hay temas más importantes.

Se inclinó y empezó a murmurar con voz ronca, desviando rápidamente la mirada de Saveliy y Bárbara:

—Escuchad, tenemos que hacer algo. Tengo la sospecha de que nuestro patrocinador y bienhechor, el señor Glybov, en cualquier momento se sentará en su precioso helicóptero y nos dirá adiós con la mano. Y se largará corriendo a algún lugar de Paraguay. Y nosotros nos quedaremos aquí sin comida y sin energía. Los voluntarios se largarán inmediatamente...

—¿De dónde has sacado que Glybov se va a largar? —preguntó Bárbara.

—Algo he oído. Cuando se emborracha dice muchas cosas, incluso sobre Paraguay. Así que, hermanitos, os propongo pensar en regresar. Tenemos que volver a Moscú.

—¿Quieres ir a pie? —quiso saber Saveliy.

—No —musitó Gosha, bajando aún más el tono de voz—. Quiero secuestrar el helicóptero.

—Una idea genial —resopló Bárbara con sarcasmo.

—Volver andando también es otra posibilidad.

Saveliy sonrió con tristeza.

—Yo no puedo ir. Soy medio tallo.

—Y medio persona —recalcó Bárbara—. Deja de hablar así. Si te quejas, yo misma haré un agujero y te plantaré en tierra. Hasta la cintura. Y te regaré para que no te pongas mustio. ¿Entendido?

—Entendido.

—No discutáis —pidió Gosha—. No es el momento. Puedo irme solo. Cuatrocientos cincuenta kilómetros. Puedo llegar en dos semanas. Cogeré la ametralladora y me iré. Traeré ayuda.

—Es una locura —dijo Saveliy negando con la cabeza—. No te creo. Tenemos a Smirnov, es un tío influyente. No va a permitir que se abandone la colonia en manos del destino. Y Glybov tampoco es el tipo de persona...

—¿Es que es una persona? —preguntó Bárbara irónicamente—. A lo mejor de repente empieza también a despersonalizarse. ¿Acaso bebe para no levantar sospechas?

—Puede que también sea un despersonalizado —comentó tranquilamente Gosha—. Nadie lo ha visto nunca sin ropa. Pero para que lo sepáis, en el pabellón de infectados de aquí está su esposa. Angélica. Lleva ya siete meses y medio. Está en el tercer nivel: sistema radical, brotes laterales y todo eso... Cuando viene, él mismo va a regarla cada mañana.

—Eso se llama amor —dijo tristemente Bárbara.

—Eso no se llama de ninguna manera —replicó Gosha—. Su cerebro ya no funciona. ¿Para qué la necesita él? ¿Para qué necesita la colonia? ¿Para qué necesita un millonario como él vivir en Moscú, que se está tambaleando? No, muchachos. Saldrá corriendo de este país. Y ya es hora de que nosotros empecemos a pensar con nuestra cabeza. Y a actuar.

—Pero él —reflexionó Saveliy— fue el que comenzó con la ampliación del territorio, las negociaciones con los aborígenes. Si quisiera huir...

—Si yo quisiera salir del país —observó Gosha, enojado—, también desplegaría una grandiosa actividad. Para desviar las miradas. Haría planes, empezaría nuevos proyectos, para que todos lo vieran. Para que nadie tuviera la más mínima sospecha de que en mi mente ya me encuentro en el otro extremo del globo... Por eso, hermano, nosotros vamos a hacer lo siguiente: mañana, como si tal cosa, vamos otra vez a ver a los aborígenes, cerramos el acuerdo con ellos, intercambiamos tierra por mermelada. Que piensen todos que a mí, el jefe de los voluntarios, lo único que me importa es el destino de la colonia. Y empiezo a reunir cositas. Es hora de volver a Moscú, chicos.

—Escucha —dijo Saveliy—, ofreciste a los aborígenes diez porciones grandes de mermelada...

—Cinco veces por diez. Cincuenta.

—¿Qué es una «porción grande»?

Gosha encogió la palma de su mano como si fuera una cuchara.

—Ésta es una porción pequeña. Y ésta —dijo, uniendo las dos palmas— es una grande. Muy sencillo, Saveliy. Esos chicos llevan una vida muy sencilla y sin complicaciones. Mucho más sencilla y sin complicaciones que nosotros. Godunov lo ha escrito muy bien: llevamos una vida complicada y tonta. Y los salvajes son estupendos, viven de manera sencilla e inteligente...

—Los que llevan una vida más sencilla e inteligente —sonrió Saveliy— son los tallos. No miden nada. No tienen medidas grandes ni pequeñas. Crecen y punto.

—Vete al diablo —dijo Gosha, enfurruñado—. ¿Cómo lo sabes? Todavía no eres un tallo.

—Me queda poco tiempo.

Bárbara suspiró, enrolló la revista y le pegó a Saveliy en la cabeza con ella.

—¿Sabes una cosa? —chilló—. ¡No deberías cabrearme! Debo evitar ponerme nerviosa. Me tienes harta con tus quejas. «¡Ah!, dejadme, soy un tallo, me importa todo un carajo...». ¡Es un asco escucharte! ¿Quieres lamentarte y llorar? Pues vete con tu amigo el Mediomuerto. Sentaos los dos en algún sitio de esta guarida y poneos a llorar. Pero delante de mí no hace falta.

—De acuerdo —dijo pacíficamente Saveliy, y se puso de pie—. Entonces me voy.

—¿Adónde? —preguntó Gosha Degot.

—A buscar a Mediomuerto.

—Vete, vete —dijo Bárbara, frunciendo los labios con desprecio—. Búscalos. Él te comprenderá, te compadecerá. ¿No te he dicho que lo recuerdo desde cuando estaba en Moscú? Vivía en la misma torre que mis padres. Era un hombre rico, tenía negocios. ¿Quieres que te hable de él?

—No —contestó sinceramente Saveliy—. No quiero.

—Pues de todas formas te lo contaré. Tu Mediomuerto siempre fue una planta. Dedicó toda su vida a consumir hierba, dormir y broncearse. No hacía nada más.

—Trabajaba —dijo Saveliy.

—No, no trabajaba. Obligaba a otros a trabajar. Les daba puntapiés, les pegaba... Despedía a los que lo molestaban, contrataba a quien le resultaba cómodo... a los dóciles que no abrían la boca... Eso no es trabajar. Así que ahora va de cabeza a ser nada más que un tallo verde. ¡Pero tú no eres así!

—¿Y cómo soy? —preguntó Saveliy sin mirar a su mujer.

—Escuchad —interrumpió Gosha—. Si necesitáis regañar, yo me largo. Pero tenemos que tomar una decisión sobre lo de Moscú...

—No —dijo Saveliy—. Quedaos. Mejor me largo yo. Hoy mi mujer no está de humor. Con respecto a Moscú...

—Puede que hoy no esté de humor —lo cortó Bárbara—, pero tengo ánimo, y tú no. Tú eras creativo, Saveliy. Tú hacías cosas, inventabas, concebías ideas. Nunca te convertirás en una planta. Recuérdalo. Y el hijo que va a nacer no será un monstruo verde, sino un niño normal y sano. Y ahora, si quieres, puedes irte.

Ella estaba grande, redonda, resplandecía con la cercanía de la maternidad. No tenía miedo a nada, ni a Dios, ni al diablo, ni al desorden de Moscú. Pronunciaba los reproches como si estuviera leyendo unos preciosos versos líricos, como cantando, con los ojos brillantes, con una inteligente semisonrisa. Tal vez estuviera proyectando a su marido en su hijo, practicando la entonación en su subconsciente.

•••

Saveliy quería disculparse, tocarla, acariciarle la cabeza, pero en vez de eso dio un puntapié a la puerta, salió a la noche sintiendo rabia, enojo y otras emociones en absoluto propias de una planta.

Cierto que no quería irse. En la casita de su mujer olía a comida. Una hora antes Bárbara había estado cocinando carne, pollo para ser más exactos. Olía a sopa. Bárbara rara vez iba al comedor común, cocinaba ella misma. Aseguraba que eso la tranquilizaba, la ayudaba a aguantar. Mientras leían la revista, Saveliy inspiró con placer el olor de un ser vivo que había sido matado, cocido y comido por otro ser vivo, y pensó con prudencia en la curación.

A juzgar por todo, el nuevo medicamento milagroso estaba haciendo su efecto. Según la costumbre que había arraigado a lo largo de muchos meses, pensaba en sí mismo como en una planta; pero la apatía había remitido, sus nervios tenían ansia de excitación, sus músculos se tensaban solos, y la idea de comerse un trozo de carne caliente no se le iba de la cabeza.

Dio un salto desde el porche e inspiró el aire húmedo.

«Realmente sería bueno volver a Moscú. Allí hay carne caliente, peleas, pasiones. Allí hay vida. Hay que regresar, no importa que sea una persona o un tallo verde. A pie, en helicóptero, de cualquier manera. ¡Señor, ¿qué tallo puede salir de mí?! Soy una persona, un depredador de depredadores. Hay que regresar, sí. Abrazar a ese viejo borrachuzo de Godunov. Hablarle de la aldea secreta en la espesura del bosque. Y después, juntos (cogeremos a Filippok), encontraremos a Pruzhinov, lo sacaremos de debajo de las piedras, le abriremos la cabeza y le arrancaremos la lengua. Y a olvidarse de ese canalla para siempre. Nos dedicaremos a lo nuestro, a arrancar con los dientes el meollo de los acontecimientos, a escribir artículos, a publicar una tirada de cien mil ejemplares, a encontrar palabras cortas y precisas en lugar de largos cuadrisílabos. Convencer a la gente para que dejen de comer todo lo que crece sin su participación, y que coman sólo lo que han cosechado con el sudor de su frente.

»El que inventó eso de comer pulpa era un tonto. ¿Para qué comer algo blando si has nacido para roer, desgarrar, arrancar y hacer pedazos? ¿Para qué comprar una pastilla ilegal de la felicidad si la felicidad está ahí, es un don, y puedes coger todo lo que quieras con sólo poner la mano sobre el vientre de tu mujer embarazada?».

La aldea no dormía. Por todas partes se oían exclamaciones, gritos y risas. En algunos lugares ardían hogueras, se agitaban las sombras, la brasa de los cigarrillos iluminaba la oscuridad. Alguien cantaba con voz ronca, otro vomitaba, otro proclamaba a voz en grito, sin poder casi articular, lo bueno que sería meterse ahora una dosis del número ocho, o mejor aún, de la novena, para recordarlo siempre. Alguien le objetaba, acalorado, que era malo comer demasiado dulce.

Y no sólo dulce, añadió Saveliy por propia experiencia, evitando pasar por el lugar de la discusión. En general, comer demasiado es malo, ya sea duro o blando, carne o pastillas de la felicidad.

Culpable no es el que prueba algo nuevo, sino el que asegura que la felicidad se puede condensar en una tableta. Delincuente no es el primero que mordió el tallo, sino el que decidió purificar esa sustancia y fabricar concentrados.

Les da igual de dónde sacar la materia prima. Si no va a haber tallos verdes gigantes se buscarán algo nuevo. Saben que siempre habrá demanda de dulce. Entienden muy bien que el hombre no es capaz de resistirse si lo tientan con felicidad en estado puro. La cogerá, la comerá y se olvidará de que en la naturaleza no hay nada en estado puro.

«Es hora de volverse a Moscú —se repitió Saveliy—. Ya basta de estar sentado en el bosque, ya no tengo nada más que hacer aquí».

En el Cuaderno Sagrado —lo recordaba literalmente— estaba escrito así:

*Si algo desconocido germina a tu lado o cerca de ti, no te apresures a degustarlo. Y si ya lo has probado, no te apresures a llamarlo miel, porque puede ser un veneno. Tampoco lo llames veneno, porque puede ser al mismo tiempo ponzoña y ambrosía. Todo depende de la magnitud de tu deseo.*

*Cuanto más degustes la miel dulce, más se convertirá la miel en gran veneno. Y el que desee comerse toda la miel de este mundo, acabará comiéndose también todo el veneno.*



## Capítulo 4

Aquí ayer hubo vientos fríos y suaves. A medianoche las tinieblas se hicieron tan densas que casi se las podía tocar extendiendo la mano, como a un animal asustadizo. En el tejado de cada casita había una farola encendida, pero más allá del espacio iluminado vacilaba una incertidumbre húmeda y violeta.

En el comedor común los voluntarios bebían vodka. Olía a gachas quemadas.

Saveliy no tenía miedo de la oscuridad, y mucho menos del bosque. Sintió que lo invadía una oleada de fuerzas. Las piernas lo llevaban solas. La tierra desprendía calor, y sintió un fuerte deseo de quitarse las botas.

En el límite del bosque lo llamó Musa.

—No deberías andar por aquí —le aconsejó éste.

A su lado apareció Glybov, vestido de camuflaje, borracho, la ametralladora terciada. Resoplando ruidosamente y oliendo a alcohol viejo (ayer se emborrachó) y nuevo (hoy también se había emborrachado), el millonario poco se parecía al atleta robusto y descarado que en cierta ocasión había respondido condescendentemente a las preguntas del periodista Saveliy Hertz mientras recorrían su soleada residencia moscovita. El vendedor de sol había adelgazado mucho, se había dejado crecer la barba, con motivo o sin él decía obscenidades y se sonaba ruidosamente la nariz, apretándose una de las fosas con un dedo. Recordaba a un pequeño ladronzuelo que hubiera escondido el botín de sus compinches y supiera que al día siguiente sus cómplices criminales lo iban a moler a patadas. Al recordar al antiguo Glybov, Saveliy miró al actual y pensó cuál de los dos sería el auténtico. Si las personas sólo son reales en los momentos de prueba, entonces resulta que la comodidad y la prosperidad están contraindicadas para ello, y que están en lo cierto aquéllos que viven de acuerdo al principio «cuanto peor, mejor». Si las pruebas hacen humanas a las personas, significa que lo primero que necesitan las personas son pruebas, y después todo lo demás.

El cielo estaba encapotado.

«Hay nubarrones —pensó Saveliy—. Lloverá. Eso está bien».

—Nos están observando —anunció Musa a media voz, mirando a la espesura—. Toda la noche. Veo por lo menos a dos. Allí, en aquel pino.

Saveliy intentó divisar algo en la oscuridad, pero no vio nada.

—Normalmente no suelen acercarse tanto —advirtió Musa—. Pero ahora están ahí de pie y mirando con curiosidad. Sin ninguna vergüenza.

—Pues que miren —dijo Saveliy encogiéndose de hombros.

—¿Qué crees tú que quieren?

Saveliy se quedó pensativo y dijo:

—Hoy ha habido mucho alboroto en la colonia. Y a eso han venido, a ver qué pasa.

—¿Quieres decir que ayer no había tanto ruido? —preguntó Musa.

—No. Ayer por la noche todo estaba tranquilo. En primer lugar, ustedes no estaban...

Musa rió maliciosamente.

—¿Y en segundo?

—Ustedes trajeron noticias de Moscú. Ahora se están comentando.

—¿Quieres decir noticias en relación con la hierba?

—Sí.

Glybov soltó un escupitajo.

—En Moscú todavía no está nada claro lo de la hierba —afirmó.

—En mi opinión —replicó Saveliy— ya está lo suficientemente claro. La hierba se está muriendo. Los voluntarios están animados. Otros lo celebran bebiendo y poniendo música. Los salvajes se inquietaron y han enviado a sus espías.

El millonario volvió a escupir.

—No me gusta que me observen —declaró—. Ya he tenido suficiente de eso en Moscú. ¡Dos videocámaras por cada metro cuadrado de espacio! Y tengo que volar quinientos kilómetros para encontrarme con lo mismo. ¿Qué tenemos aquí, un bosque virgen o el proyecto Vecinos?

—Vale —asintió Musa—, que miren todo lo que quieran. Vámonos a dormir. Mañana tenemos muchas cosas que hacer.

—Ahora vamos —farfulló Glybov dando un paso hacia adelante. Rozó a Saveliy en el hombro, tiró del cierre del arma y gritó con voz ronca—: ¡Eh! ¡Ciudadanos indios! ¡Salid si os atrevéis! ¡Somos todos de la misma sangre!

Musa se carcajeó en voz baja.

—¡Señores Mowgli[16]! —continuó gritando el millonario—. ¡Dentro de nada tendréis que hacernos un hueco! ¡Vamos a traer cien mil vagos urbanitas y tendréis que enseñarles a sembrar nabos y a pescar! ¡Se acabó nuestra ciudad! Tal como la Atlántida se hundió en el océano, así se va a hundir Moscú en su propia grasa. Vamos, salid, vamos a hablar. La civilización ha muerto. La historia se ha acabado. Llevadme con vosotros, soy fuerte, os seré útil. ¡Solicito que se me admita en las filas de la tribu del Alce Blanco! Si no, organizaré mi propia tribu. ¡La tribu de los masticadores de pulpa verde! ¡Vamos, salid! ¡Os estamos viendo! ¡Sabemos que estáis ahí!

Los aborígenes, naturalmente, no salieron. Si Saveliy hubiera sido uno de ellos seguramente tampoco habría salido.

—¡Venga, salid! —gritó Glybov, cargando el arma—. ¿Qué cojones hacéis escondiéndooos en los arbustos? ¡Yo soy Petia Glybov! ¡Tiré abajo mi primer tallo cuando tenía trece años! ¡Salí del moho, nací en un séptimo piso! ¡Que salga el que se atreva! ¡Cuchillos, hachas, mermelada. También soy el dueño de todo eso! ¡Os voy a cortar la cabeza a todos! ¡En cuanto saltéis de la rama, os meto un tiro que os vais a caer de espaldas! ¡Os aplastaré, os destruiré, cien veces os compraré y os venderé!

—Ya basta —dijo Musa en tono conciliador—. No van a salir.

—¡Pues que se larguen de aquí! ¡¿Me oís, comanches de mierda?! ¡Vamos, largaos a casa, a vuestra guarida! ¡Meteos en vuestros agujeros y quedaos allí sentados! ¡Os aplastaré! ¡Todo Moscú ha estado a mis pies, y también lo estaréis vosotros!

Glybov levantó la ametralladora y disparó al cielo. En la zona del comedor, donde pasaban el rato los voluntarios, se oyó un chillido de mujer.

—¡Eh! —protestó Musa, enfadado.

Glybov esperó.

—¡O salís —gritó— u os largáis con viento fresco! ¡Contaré hasta tres! ¡Si no, os dejaremos sin mermelada!

«Ahora va a empezar a disparar —pensó Saveliy—, y no va a disparar al cielo, sino al bosque».

El millonario ebrio sostuvo con fuerza el arma con la intención de soltar una ráfaga apoyándose la ametralladora en la cadera. El arma escupió una llamarada naranja. Saveliy dio un salto, asombrándose

de su propia destreza. Agarró el cañón, apuntó con él al cielo y las balas desaparecieron en el follaje. El eco de los disparos cruzó el cielo de un extremo a otro, como una bola de billar que rebota de un lado a otro de la mesa. Se quemó la palma de la mano. Glybov, asombrado, dio un grito, empujó a Saveliy y le propinó unas cuantas patadas brutales en el abdomen. Saveliy tropezó con una raíz y cayó, y en ese mismo momento se levantó de un salto, apretó los puños y le devolvió los golpes con todas sus fuerzas, impactándole en el vientre y los pómulos. El millonario resultó ser un tipo robusto y apenas se tambaleó. La oscuridad ocultaba sus verdaderas intenciones, pero se veía la expresión de su cara. Musa reaccionó de inmediato, lo sujetó, lo apartó y evitó que la ira del millonario se convirtiera en algo peor. Glybov podría haber matado a Saveliy, o haberlo herido gravemente. O al revés, Saveliy podría haber mutilado al millonario. O ambos se habrían agarrado y rodado por la hierba húmeda.

En un instante se tranquilizaron los dos. Saveliy se puso en pie y bajó las manos. Le dio pena. De buena gana lo hubiera golpeado otra vez, o cuatro veces.

—¡Eh! —ordenó Musa—. ¡Basta, basta!

—¡Mira —dijo Glybov entre dientes, soltándose de un tirón del abrazo de su compañero—, nuestro tallo ha demostrado que es muy activo! ¿Qué, te da pena de los hermanos verdes? ¿Crees que un árbol protege a otro?

—Yo no soy un árbol —le cortó Saveliy.

—Basta ya —repitió Musa.

—Los árboles no pintan nada aquí —dijo Saveliy, resoplando—. En el bosque viven personas.

—¿Y yo? —rugió el millonario—. ¿Soy una persona para ti?

—Sí, así que compórtate como tal.

Después se oyó otra voz, y los rayos de una linterna iluminaron sus rostros. Glybov retrocedió y dio media vuelta. Empezó a soltar palabrotas en voz baja y casi daba la sensación de estar llorando.

—¡Os habéis vuelto locos! —gritó el portador de la linterna—. ¿Qué pasa aquí?

—Todo en orden, doctor —lo tranquilizó Musa.

—¿Por qué ha pegado a un enfermo?

—Yo no soy un enfermo —dijo Saveliy, alzando la voz—. Todavía no está claro quién es el enfermo aquí. No se debe disparar al bosque. Se puede herir a alguien.

—¿Y quién ha disparado?

—Nadie —respondió en voz baja Glybov—. Ha sido una torpeza. Por no manejar el arma con la debida precaución. Entre paréntesis, doctor, ¿sabe usted que la colonia está rodeada? Los neandertales nos están observando desde cada arbusto.

—Son sus arbustos —dijo tranquilamente Smirnov—. Que miren, si quieren.

—Ah, así que es eso.

—Sí, exactamente es así. Saveliy tiene razón, no se debe disparar. No se les puede hacer nada malo.

—¡Puede incluso incluirlos en el Libro de Honor!

—Escuche, nosotros estamos en deuda con esta gente.

Glybov estalló en carcajadas nerviosas.

—Yo no debo nada a nadie.

—Sí —afirmó Smirnov—, ya lo creo que debe. Todos nosotros debemos. Precisamente por nuestra culpa ellos viven como salvajes.

—¿Por nuestra culpa?

—Viven en el mismo país que nosotros. Hablan el mismo idioma.

—¿Y yo qué tengo que ver con eso?

—Si quiere, puede excluirse.

Musa farfulló algo, pero no en ruso. Smirnov suspiró y con una voz nueva y cansada dijo:

—Formalmente el jefe aquí soy yo. El director. Les pido que se vayan, y de ahora en adelante cumplan con las normas de disciplina de la colonia. Bastantes dificultades tengo ya para mantenerla. Ya conocen el tipo de público que tenemos aquí: gamberros, jugadores de cartas empedernidos, canallas de toda índole... Y cuando usted aterriza con su ametralladora se organiza un auténtico caos... No altere al colectivo. Que no se vuelvan a repetir los disparos. ¿Le queda claro, Glybov?

La cara del millonario, de color amarillo por la luz de la linterna, parecía enteramente la de un loco.

—Tiene usted razón, doctor —dijo lentamente—. Por supuesto. Ningún problema. Vamos a amar y a compadecer a todos. Todos somos hermanos y todo eso...

—Si quiere le pongo una inyección. Se tranquilizará de inmediato.

Glybov escupió en el arbusto más cercano.

—¡Váyase a la mierda con sus inyecciones! ¿Cuándo y a quién han ayudado sus inyecciones? ¡Usted me prometió que salvaría a mi esposa! ¡Y resulta que se preocupa de los salvajes! ¿Por qué está aquí ahora? ¿Por qué no está al lado de ella? ¡Me he arrastrado ante usted! ¡Le he suplicado! ¡He hecho de todo! ¡He dado una enorme cantidad de dinero! Devuélvamela, no puedo vivir sin ella, me falta el aire... Toda su ciencia no puede salvar a una sola mujer... ¡Todo lo hice por ella! Negocios, solaríos, el piso noventa y cinco... ¡Todo, absolutamente todo! Y ahora usted está aquí y ella...

—Hago todo lo que está en mis manos. Le ruego que se tranquilice.

Glybov arrojó la ametralladora y empezó a alejarse medio tambaleándose.

—Musa, vigílelo —pidió Smirnov.

—Y usted —replicó amablemente Musa—, no le vuelva a permitir la entrada en el pabellón de infectados.

Smirnov resopló.

—Escuche, el problema es su mujer, no el pabellón. Toda la colonia es de su propiedad. ¿Cómo puede concebir eso?

—He hecho una simple sugerencia.

—Les pido que mañana mismo por la tarde vuelen de regreso a Moscú.

—De acuerdo —respondió Musa tranquilamente levantando el arma del suelo.

—Y tú, Saveliy, vas a venir conmigo. Voy a examinarte.

• • •

La casita de Smirnov por dentro se asemejaba a la celda de un monje. Saveliy echó un vistazo general y dijo:

—Usted, doctor, probablemente no se tiene ningún cariño a sí mismo.

Smirnov se sentó cerca de una minúscula mesita baja y encogió los hombros.

—¿Cómo que no me tengo cariño? Me amo. Pero digamos que no muy intensamente. ¿Qué te ocurre con Glybov? ¿Algún conflicto?

—Ningún conflicto. Quería disparar y yo se lo he impedido.

Smirnov bajó la mirada y empezó a examinar a Saveliy de los pies a la cabeza.

—¿Cómo te sientes?

—¿Que cómo me siento? Pues mire, nada mal... No tengo sueño. Tengo la cabeza clara, estoy muy despierto. Es posible que esas nuevas pastillas estén haciendo efecto...

—Ya —murmuró Smirnov—. ¿Sientes una sensación extraña en las piernas?

—Un poco.

—¿Excitación? ¿Como que te pican los puños? ¿Quieres pegar?

—Lo ha adivinado. ¿Qué es eso?

—Nada. Preguntaba por si acaso... ¿Te ha pegado Glybov?

—No ha sido nada. Olvídelo. —Saveliy se estiró con placer y se quedó mirando los ojos apagados de su interlocutor—. Dígame mejor qué pasará con nosotros. Corren rumores de que nuestro millonario puede dejar de mantenernos. Que va a coger su dinero y va a emigrar a otro país. En Moscú no tiene nada que hacer. Moscú ha dejado de ser una ciudad cómoda para vivir.

Smirnov movió su taburete y se sentó junto a la mesa. Hizo una mueca y estiró las piernas con cuidado. Saveliy recordó que ese mismo taburete paticojo estaba en la vivienda del médico en Moscú. El asiento no era mayor que una hoja de cuaderno.

—Moscú —declaró Smirnov— siempre ha sido así.

—¿Y qué me dice de la hierba? ¿Es verdad que se ha acabado?

—Es muy probable.

—Entonces es el final de Moscú.

Smirnov negó vehementemente con la cabeza.

—Con Moscú no va a pasar nada. Nunca. Moscú es una ciudad eterna. Si piensas, la hierba... Tengo noventa años, Saveliy. Me crié en Moscú, es una ciudad que siempre he querido. Recuerdo el auténtico y antiguo Moscú. Sus casas independientes tipo palacete, sus patios, bulevares. Iba uno por la calle y había ruido, estruendo, los coches pasando a toda velocidad. Dabas la vuelta a una esquina y reinaba la tranquilidad de un callejón, el que fuera, Dénezhniy, o Starokoniúshenniyy[17], y ahí mismo te entraban ganas de acostarte y echarte un sueñecito... Era una ciudad que parecía cuidar de ti, como si en el momento que lo necesitaras te pusiera una almohada bajo la cabeza... Después todo se vino abajo. No sé quién y para qué tuvo la idea de levantar esas torres, esos penes de hormigón armado, esa arquitectura... Pero bueno, no importa. —Smirnov suspiró—. No temas. Glybov no irá a ninguna parte. Sencillamente no lo dejarán. Antes, la gente como él huía a Londres, pero ahora los ingleses exigen un certificado a cada turista ruso, un certificado de que no tiene dinero. A los ricos no les extienden visado. En cuanto a la hierba... Claro, si el micelio realmente se ha consumido, dentro de poco todo cambiará. Nos encontraremos con treinta millones de marginados con una psique dañada y sin posibilidad alguna de curación. Siempre serán personas perdidas para la sociedad. Hasta el día en que se mueran no podrán olvidar la sensación que les producía la pulpa de tallo. Les espera un trabajo triste y pesado, una comida monótona y de mala calidad. Será imposible infundirles ánimo, organizarlos, invitarlos a tener paciencia. Se estarán envenenando constantemente con los recuerdos de un pasado cómodo. Se acordarán de los tiempos en que los chinos trabajaban y los rusos tenían felicidad en estado puro... Tal vez haya que sacarlos a la periferia, construir comunas parecidas a los viejos *kibbutz* de Israel y obligarlos a cultivar la tierra. Habrá que enseñarles a trabajar. Convertir poco a poco a la plebe en personas valiosas... Será duro, pero no moriremos. Estuvimos trescientos años bajo el yugo tártaro, los polacos nos pasaron a sangre y fuego, y Napoleón, y Hitler. Nuestro camarada Stalin nos mandaba a los campos de concentración. Todo el mundo estaba en deuda con nosotros, pero se burlaba de nosotros. ¿Qué representa esa hierba para nosotros? Un arbusto. Encontraremos la solución. Siempre fuimos y

seremos...

—Estoy de acuerdo —asintió Saveliy con decisión—. Escuche, doctor, yo tengo la sensación... de que me he curado.

Smirnov movió lentamente la cabeza de arriba abajo en señal de asentimiento.

—Quiero volver atrás —dijo Saveliy—. Volver a la ciudad. Es una tontería quedarse sentado en el bosque cuando allí se está cocinando una bien gorda. Al fin y al cabo, soy periodista... Mándeme de vuelta.

—¿Y Bárbara?

—Bárbara es mi mujer. Me quiere y me apoya totalmente. Esperaré a que dé a luz y me iré en el primer helicóptero que pueda. Quiero hacer algo. No soy un marginado y no busco sólo una alegría en la vida.

—Bueno, eso es estupendo. —Smirnov empezó a ordenar cuidadosamente sobre la mesa varios lápices y cuadernos—. Eres estupendo. ¿Estás diciendo que has rejuvenecido?

—Sí.

—¿Tienes deseos de correr, de saltar? ¿Tienes buen humor? ¿Estás dispuesto a remover cielo y tierra?

—Exactamente.

—¿Y quieres comer? ¿Tienes apetito?

Saveliy se quedó pensativo.

—No se le puede llamar apetito... Pero el olor a comida me resulta agradable. Lo que sí quiero es beber. Probablemente es un fenómeno residual...

Smirnov se puso de pie y, sin prisas, estiró su camisola larga.

—Ven aquí... —Guardó silencio—. Vamos a medir tu altura.

—Cree que...

—De momento nadie cree nada. Vosotros, los periodistas siempre os apresuráis a sacar conclusiones. Ponte de pie aquí y mantén recta la espalda.

Mientras Smirnov realizaba las oportunas mediciones y estudiaba el historial clínico de la enfermedad, Saveliy se mantuvo callado. La animación se había ido a alguna parte, como el deseo de remover cielo y tierra.

—¿Qué pasa, doctor?

Smirnov apretó sus finos labios.

—Cómo explicártelo...

—Hable claramente...

—¿Sabes, Saveliy? Ahora no te puedo decir nada. Mañana tu médico de cabecera realizará una segunda medición. Entonces sacaremos las conclusiones.

—Mañana —recordó sombríamente Saveliy— iremos al bosque, a ver a los locales, a cambiar tierra por mermelada.

—A ti no te obliga nadie. Quédate aquí. Pasa el tiempo con tu mujer, descansa.

—¿De qué? No estoy cansado. Iré como todos.

—Está bien, irás.

—¿Cuánto he crecido?

—Casi dos centímetros. Pero de momento no hay de qué preocuparse...

—No me preocupo.

—Hay que hacer mediciones exactas de los dedos de los pies. Entonces estará claro.

—¿Significa eso que sentirme más fuerte, más vivo y todo eso son síntomas del segundo nivel?

Smirnov asintió.

—Se confunden con los síntomas de curación. En realidad hay una mejora temporal del estado interior inmediatamente antes de iniciarse el período de deformación del tejido óseo. Perdona, Saveliy. Me resulta muy desagradable decirte esto precisamente a ti...

—No pasa nada —dijo Saveliy, tragando amargamente—. Sobreviviré.

—No te olvides de tomar la medicina.

—La tomaré, pero ¿para qué? Si ya ha empezado la segunda fase...

—No pienses para qué. Simplemente tómala, eso es todo. ¿Sabes que en una de las colonias se ha dado un caso de completa recuperación? La mujer tenía exactamente todo los síntomas de la primera fase: apatía, tendencia a la inmovilidad, cambio de color de la pigmentación de la piel y todo eso. Pero se curó.

Saveliy sonrió.

—Déjelo, doctor, se lo ruego. No sabe mentir. Cuénteles ese cuento a otro. A Mediomuerto, por ejemplo, que tanto cariño le tiene a usted. Y le cree.

—Tú también puedes creer. Realmente hubo un caso de curación. Sólo uno, es cierto. Pero nos alegramos mucho. Lo importante es que tenemos un precedente. Ese hecho lo relacionamos con la disminución del crecimiento del micelio. Quizá existe alguna conexión entre los tallos adultos y los herbívoros infectados. Por así decirlo, a un nivel sutil... Así que, amigo mío, para ti todavía no está todo perdido.

—¿Y para los que están en el pabellón de infectados?

—No lo sé. Pero tenemos intención de sacarlos a todos. Cueste lo que cueste.

—Oiga, doctor, usted siempre habla en plural cuando se refiere a usted mismo. Desde que lo conozco siempre se comporta como si detrás de usted hubiera alguna fuerza. Como una orden secreta. ¿Quién es usted? ¿Un templario? ¿Un masón?

—¿Masón? —repitió Smirnov riéndose—. No soy un masón, Saveliy. Pertenezco a otra orden, mucho más numerosa y noble. Es la más grande e influyente organización no oficial en la historia de la humanidad. Somos más astutos y fuertes, e invencibles... —El médico adoptó un aire de tristeza. Era evidente que su propia invencibilidad no lo alegraba—. Somos mucho más fuertes que todos los rosacruces y masones. En comparación con nosotros, los masones no son más que una pequeña secta decorativa. Nuestras proporciones son enormes. Nuestra historia hunde sus raíces en la profundidad de los siglos. Nosotros tenemos poder sobre las mentes. Nosotros creamos la historia, la política y la cultura. Nosotros castigamos a los zares, organizamos revoluciones, fabricamos cohetes, bombas y medicamentos para todas las enfermedades. Estamos en todas partes y somos omnipotentes.

—Entonces, ¿quién es usted?

—Yo soy un intelectual ruso —respondió Smirnov—. Como tú. Así que, créeme, Saveliy. Y no sólo a mí. Cree en ti, cree en tu esposa, en tus compañeros. Cree. Cuando me refiero a mí hablo en plural para que tú creas que hay muchos como yo... Todo el mundo debe recordar esto: si nos sucede alguna desgracia, alguien vendrá en nuestro socorro. Y vendrán muchos. Esto es muy importante: creer que vendrán MUCHOS. En general hay más gente buena de lo que nos parece. Tú también eres una buena persona, Saveliy. Créetelo.

—Lo intentaré.

—Si te soy sincero, estoy un poco enfadado contigo. Desde el primer día que llegaste aquí te veo abatido. Y yo contaba contigo. En Moscú dirigías una revista, eras el líder. Aquí espero lo mismo de ti. Olvídate del abatimiento. Somos personas, y nos vamos a alimentar unos a otros de fe y esperanza. Yo creo y espero, y haré todo lo posible para que tú también tengas fe y esperanza. De lo contrario, ¿qué clase de personas seríamos?

Saveliy asintió y en seguida comprendió que parecía más abatido que nunca.

—Gosha Degot, tu compañero, dice que te has rendido —continuó el doctor—, y que vas diciéndole a todo el mundo que eres medio tallo. Eso no se debe hacer. Tú eres una persona. Siempre lo has sido, y lo seguirás siendo mientras te quede un porcentaje de humanidad. La punta de una uña. Y ahora, vete, y no pienses en qué fase estás ahora. Busca a tu compañero Gosha y ayúdalo a calmar a esa banda de borrachos. Si pasa algo, me llamas.



## Capítulo 5

Llevaba lloviendo desde la noche anterior. De madrugada remitió un poco, pero no cesó. Parecía estar sembrando. Después de media hora de marcha bosque a través, el todoterreno estaba cubierto hasta el techo de ramas de pino, hojas húmedas y pegotes de arcilla. Desde fuera tenía un aspecto imponente, como si fuera la prueba de la omnipotencia de la civilización tecnológica.

La espesura del bosque ululaba. Las ramas de los abetos se doblaban bajo el peso del agua. De las ramas se desprendían gotas gruesas que les caían encima de la cabeza y de los hombros. Saveliy se empapó en seguida. Como persona le resultaba desagradable, pero era sólo medio persona. Como tallo novato disfrutaba de la abundancia de humedad y miraba con aire de superioridad a sus compañeros.

Musa y Gosha Degot no prestaban ninguna atención a las condiciones climáticas, pero Glybov inspiraba pena con su barba mojada. Sin haber dormido por la noche, con aspecto tétrico, el millonario olía fuertemente a agua de colonia y bebía a cada minuto de una botella de Baikal Double Premium Lux. Sin duda se había olvidado de la riña y los disparos del día anterior y también de su ataque de histeria. Por supuesto no llevaba los ojos tapados, pero ni una sola vez miró a Saveliy. Como persona, a Saveliy le importaba un carajo, y como tallo, más todavía.

El antiguo redactor jefe aguzaba atentamente el oído, intentaba percibir todos los detalles relacionados con la llegada de la segunda fase de despersonalización. Mientras ayudaba a Gosha y a Smirnov a arrancar la hierba en medio de los claros, mientras extendía la lona impermeabilizada, pensaba en que, a juzgar por lo que sabía, él era el único periodista del planeta que estaba experimentando una mutación, el único *homo florus* capaz de juntar palabras para componer una frase, y que su deber era escribir todo este proceso con detalle con moraleja añadida. Mientras la cabeza le funcionara, mientras los brazos no se le convirtieran en ramas.

«Empezaré hoy mismo», se prometió solemnemente.

La lona no tardó en empaparse, adoptando un color pardo, pero la lluvia fue cesando poco a poco, y a través de las capas de nubes grises empezó a asomar una luz transparente. El acero pulido de los cuchillos y las hachas reflejaba el intenso azul del cielo.

Fulguraban los fillos y las etiquetas. Fabricado en China. Fabricado en China. Fabricado en China.

No tuvieron que esperar mucho. Los aborígenes no conocían las horas, vivían de la mañana a la noche, pero nunca llegaban tarde a un encuentro. El bosque era su casa. Naturalmente, sentían la presencia de extraños a una distancia de muchos kilómetros. Saveliy sintió de repente la mirada de muchos ojos atentos. De la selva verde emergieron unos cuerpos mojados semidesnudos. Cejas separadas, los pelos enmarañados hasta los hombros, unos trapos que colgaban de la cintura y las rodillas, los hombros y los codos llenos de arañazos.

Musa puso de repente una mano en el hombro de Saveliy.

—Algo no va bien —dijo en voz baja.

—¿En qué sentido? —preguntó Smirnov.

Mirándose las piernas, Musa habló intentando no mostrar preocupación:

—Son demasiados, unos treinta, tal vez más. Tienen rodeado todo el claro.

—Lo que faltaba —farfulló despectivamente Glybov—. Mermelada, cuchillos, hachas, chicas...

Los comanches se han traído a todo el campamento. En cuanto nos larguemos se van a dar un buen

banquete. Tienen mucho que repartir.

Mitiay el Joven parecía aún más divertido que el día anterior. La lluvia, evidentemente, no lo molestaba lo más mínimo.

—Buenos días —lo saludó Gosha con toda solemnidad.

—Y para ti también —respondió el salvaje echando un vistazo a los montones de regalos.

«Ahora va a preguntar por la ametralladora», pensó Saveliy.

La lluvia fastidiaba al ex jefe de redacción. Bajo la lluvia era mejor ser un tallo verde que una persona. El tallo se siente alegre bajo la lluvia, mientras que la persona se entristece y se agobia. Está bien ser persona si estás en una casa seca y cálida, pero en cuanto cruzas el dintel empiezas a envidiar a las fieras peludas y al tallo verde.

La lluvia le hizo recordar a Saveliy las ventajas de la existencia vegetal. El proceso de negociaciones no despertaba en él el más mínimo interés. Cuchillos, cajas de zinc para los cartuchos, envases con mermelada, sonrisas, las miradas encendidas de la gente del bosque, todo eso no eran más que tonterías y aburrimiento. Vanidad de los antropófagos. La lluvia es mucho más interesante. Pronto cesará y la estrella amarilla derramará felicidad y se elevará un vapor caliente, al principio desde las copas cuando empiecen a secarse, después desde el esmeralda monte bajo, y más tarde desde la tierra, cubierta con una alfombra de musgo y agujas de abeto. El aire se impregnará de agua, el mundo se volverá húmedo y de color verde intenso, como el prístino Edén antes de que hiciera su entrada el primer bípedo erecto.

En ese momento Mitiay entornaba sus vivarachos ojos probando con los dedos los filos que con antelación había afilado Gosha Degot hasta dejarlos como una hoja de afeitar.

—No es buen negocio.

—¿Qué dices? —replicó Gosha.

—Pocos cartuchos.

—A ti, Mitiay, siempre te parecen pocos.

—Da más cartuchos.

—No hay más.

—Mientes. Tienes.

—No me ofendas, ya me conoces. Nunca he mentido, ni miento ni mentiré. No hay cartuchos.

—Y el mechero, ¿me lo das?

—No te lo daré. Hace sólo ocho días que te di otro mechero.

—Ya no enciende.

—Ciertamente, Mitiay. Se ha acabado y no enciende. Tíralo.

—Mi viejo me enseñó a no tirar nunca nada.

—Te enseñó bien.

—Sí, él es jefe viejo. No dirá nunca nada malo.

—¿Y sabe de nuestro acuerdo?

—Tú piensa que sabe. Si quieres, vete a verlo y le preguntas.

—No, Mitiay, no quiero ver al viejo. Mejor tratar contigo.

Gosha respondió un poco grosero, aunque servilmente, a las réplicas del salvaje. A Saveliy le dio la impresión de que exageraba su papel. Curioso, pero el salvaje también hacía en cierto modo el papel de hombre de las cavernas. Por las miradas que lanzaba de vez en cuando a sus peludos compañeros de armas, estaba claro que el sucio *bogatir*<sup>[18]</sup> estaba utilizando su astucia y esperaba algo. Sus

compañeros, unos con porras, otros con trabucos, se apoyaban en un pie y luego en el otro, se guiñaban el ojo entre ellos, pero mantenían a los colonos dentro de su campo de visión. Saveliy se quedó mirando a Musa. El viejo partisano siberiano estaba tenso y tenía el arma preparada.

La lluvia remitió un poco más. Glybov bostezó y empezó a mirarse las uñas.

No hablaron de la ametralladora. Y tampoco de Ilona. Esa mañana Musa la había sacado a las rastras de la cama mientras dormía dulcemente envuelta en un edredón, la había colocado en el maletero, y ahora seguía durmiendo.

El joven Mitiay sopesaba cada objeto en la mano, se lo lanzaba a uno de sus hombres, éste a otro, y así, al final, la cosa desaparecía sin dejar huella entre la maleza. La mermelada fue el último tema de conversación. Mitiay metió un dedo sucio en el bote, lo chupó y empezó a reírse. Hizo una señal, y desde los arbustos trajeron un bidón cubierto con una tapadera de aluminio aplastada.

—Alcohol local —dijo Gosha en voz muy baja—. Cada uno debe beber un trago.

—Lo que faltaba —dijo Glybov con cara de asco.

—No tengáis miedo. Es algo ecológicamente limpio. Os gustará.

En ese momento el joven jefe ya estaba sacando el aguamiel con un cucharón hecho con corteza de abedul. Se enderezó y echó una mirada a sus compañeros por encima del hombro.

—La tierra es mía —anunció con lentitud, y empezó a mirar intensamente a los ojos a cada uno de los delegados—. Todo lo que hay en ella es mío. Todo lo que hay dentro de ella también es mío. Cuando andes por ella, haz lo que tengas que hacer y recuerda de quién es la tierra en la que te encuentras. Si lo olvidas, vendrá el Alce Blanco y te coceará hasta matarte.

Bebió del cucharón y se lo pasó a Gosha. Éste, muy serio, probó un poco y se lo pasó al doctor, y éste a Musa.

Cuando Musa estiró la mano, salió disparada del bosque una jabalina que le dio en la espalda, entre los omóplatos, atravesándolo de lado a lado. Los huesos crujieron al romperse. Musa emitió un sonido gutural y cayó encima de la lona golpeándose la barbilla.

A su lado se desplomó Glybov.

A Gosha Degot lo derribaron tres jabalinas. Quizá tenían especial prisa por matarlo. Casi era su amigo, era uno de los suyos, pero al parecer a los suyos aquí no los compadecían.

Al médico desarmado le apuñaló Mitiay. Saltó sobre él con un cuchillo y se lo hundió en el abdomen. Como Saveliy, no tuvo tiempo de hacer nada, sólo lanzar un grito. Con la mano libre el salvaje le tapó la boca y después, acuclillándose un poco, con la fuerza del antebrazo levantó hacia arriba a la persona que tenía ensartada en la hoja para que ésta se hundiera más profundamente y fuera una muerte segura.

El espacio alrededor del todoterreno quedó sembrado de figuras desnudas. A todos los yacientes les reventaron con saña la cabeza a base de garrotazos. Se inclinaban, miraban, —¿está muerto o todavía respira?— y volvían a golpear con fuerza. Entre el borboteo de la lluvia se oían a lo lejos unas tranquilas réplicas: «Aquí», «Tiempo», «Ahora». En el claro del bosque apenas había sitio para todos los guerreros, pero a Saveliy no lo tocaron, ni siquiera lo rozaron. Después sintió que se le doblaban las piernas, se sentó en suelo mojado y apoyó la espalda en una rueda del todoterreno. Vio cómo Mitiay limpiaba la hoja con un puñado de hierba y después levantó la mirada hacia él con sus intensos ojos azules.

Los demás habían empezado a desnudar a los muertos. Resultó que Glybov tenía un abdomen grasiento, y unas manchas verdes deformes en la espalda y los hombros. Estaban inclinados sobre él,

observándolo atentamente.

—Podrido.

Los cuerpos desnudos de los hombres de la ciudad daban pena en contraste con los de los fuertes y musculosos aborígenes de grandes manos.

Mitiay se sentó al lado de Saveliy y le preguntó en tono divertido:

—¿Dónde está la mujer?

—No hay mujer —mintió Saveliy con voz ronca.

Sabía con certeza que los habitantes locales tenían miedo de entrar en el todoterreno. Ni siquiera eran capaces de imaginar cómo se abría la puerta. Lo más importante era que Ilona no gritara ni empezara a golpear las ventanillas desde dentro.

—No hay mujer —repitió—. Ella... está enferma.

—Ah. —El salvaje levantó el puñal y con un movimiento rapidísimo hizo un corte en la mejilla de Saveliy—. ¿No mientes?

—No —afirmó Saveliy, y por encima del hombro de Mitiay el Joven vio cómo traían en brazos a Mitiay el Viejo.

Envuelto en pieles, el anciano se desplazaba muy lentamente, apoyándose por ambos lados en dos súbditos barbudos. Plantaba con dificultad los pies, metidos en una enormes botas de lana medio comidas por la polilla. Los guerreros se callaron y en seguida le abrieron paso. De sus porras chorreaba en abundancia un líquido rojo desleído. El viejo observó atentamente los cuerpos ensangrentados, arqueó las cejas y se quedó mirando a su hijo. Éste sonreía con malicia. En ese momento saltaron sobre Saveliy, lo agarraron del pelo unos dedos de hierro, después lo pusieron en pie levantándolo por los codos. Empezó a gemir de dolor, pero entonces le golpearon el vientre, dejándolo sin respiración. Durante unos segundos estuvo jadeando con los ojos semicerrados, y cuando los abrió se encontró delante de sus narices con las botas de lana, e incluso llegó a percibir su olor ácido.

Mirándolo de arriba abajo, Mitiay el Viejo suspiró y declaró:

—A ti no te mataremos.

De repente Saveliy tomó la decisión de agarrarlo por las piernas, abatirlo y apretarle la garganta hasta asfixiarlo. Mientras a su espalda siguieran clavando puñales y rompiendo cabezas con los garrotes, le daría tiempo a acabar con el viejo, y de esa forma podría morir también él de una manera más digna. Pero luego recordó que su destino era convertirse en un tallo verde, y las plantas no vengan a sus camaradas.

—Siéntate en tu trineo verde —continuó el viejo—. Regresa con los tuyos, y cuéntales lo que aquí ha pasado. Y al que no lo entienda se lo vuelves a contar. Y transmite mis palabras. Que todos cuantos estáis aquí os vayáis. Aquí todo es nuestro, y vuestro no es nada. Ni lo será. Si no os vais, os mataremos a todos. Si os vais y regresáis, también os mataremos. ¿Me has entendido?

Una pierna envuelta en un cuero crudo hediondo empezó a golpear a Saveliy en la ingle. El viejo esperó pacientemente a que el prisionero dejara de gritar.

—Mi padre me dijo —continuó— que lejos de aquí se levanta una ciudad grande donde hay de todo. Sé que vosotros vinisteis de allí, de la ciudad donde hay de todo. Para qué vinisteis, no lo sé, y no te lo voy a preguntar. De todos modos no me lo dirás, porque ni tú mismo lo sabes. Lo veo en tus ojos. Pero aquí no vais a poder vivir. Sois malos y depravados. Sois capaces de entregar a vuestras mujeres a unos extraños para remediar vuestras desgracias. Por eso mismo os va a picar bien fuerte el Gallo Enjuto en el trasero. Se dice, y con razón, que cuanto más tiene uno, más quiere. Vete a tu aldea, diles

las palabras del viejo Mitiay y de su hijo: ojalá el Gallo Enjuto os mande a todos de vuelta. Allí donde hay de todo menos provecho. Y no llores por tus amigos. El Alce Blanco los ha pisoteado, como debía ser. Y tu mujer blanca no se la des a nadie, quédate con ella.

Las botas de lana quedaron fuera de su campo visual. Para cuando Saveliy logró ponerse de pie, el claro estaba ya vacío. Solamente quedaba en el centro un montón formado por cuatro cuerpos desnudos, sangre roja y hierba verde. El médico estaba de espaldas, con el cráneo aplastado, pero sin un solo arañazo en la cara, y sus ojos abiertos tenían una expresión de calma. Los cuerpos de Gosha Degot y Glybov estaban tan desfigurados que era imposible reconocerlos. Musa tenía cortes por todas partes.

Los aborígenes se habían llevado hasta la lona impermeabilizada.

«Cavar una fosa —se dijo mentalmente Saveliy—. Enterrarlos. No, es mejor montarlos en el todoterreno y llevarlos a la comuna, y preparar un destacamento para volver y castigarlos. Pero ¿para qué? Yo no soy un castigador. Ni siquiera soy una persona. Volveré, dejaré de tomar las pastillas milagrosas y me convertiré en tallo. Echaré raíces, me estiraré hacia el sol. Me convertiré en una bardana, o en un racimo de grosella, en cualquier cosa».

La lluvia cesó, y por encima del claro ya sobrevolaban en círculos cada vez más cerrados unas aves de ala ancha, de las que no tienen escrúpulos en desgarrar la carne aún caliente.

Saveliy miró a su alrededor. Se metió en el todoterreno y debajo del asiento encontró lo que buscaba: el otro rifle automático que pertenecía a Smirnov. Comprobó el cargador. Estaba lleno. Abrió la puerta trasera y vio que Ilona seguía durmiendo, envuelta en el edredón y con las manos recogidas en las rodillas. No había visto nada, ni había oído los sollozos de agonía antes de morir, ni cómo crujían los huesos. «¡Qué bien! —pensó Saveliy—. ¡Qué bien que está durmiendo! No tendré que cargar los cuerpos. Llevaré a la chica a la colonia, cogeré a Mediomuerto y dos o tres más y regresaré. No le diré nada a Ilona. No diré nada a nadie, será lo más humano».

Arrancó el todoterreno y se ajustó el volante. El potente vehículo chino avanzaba aplastando los matorrales con una facilidad inesperada.

«Mejor dicho, se lo diré pero no inmediatamente, y no a todos. Ahora me es imposible convertirme en tallo. No hay tiempo para eso. Todos los que dirigían la vida de la colonia están muertos. Hay que armar a los demás, organizar un sistema de defensa armada. Si se les antoja a esos salvajes, pueden descuartizar a los delicados colonos en cuestión de minutos. Y más ahora, que tienen una ametralladora. Hay que organizar la evacuación y regresar a Moscú, a la ciudad donde hay de todo, aunque no quede ya casi nada. Hay que poner a un vigilante armado cerca del helicóptero, tranquilizar a los alarmistas, emplear los recursos que tenemos. Tal vez evacuar primero a las mujeres y los niños, después a los que están en la cámara de infectados. En el primer vuelo tengo que mandar una nota a Garri Godunov, que venga a toda prisa a ayudar. Y después, cuando todos estén a salvo, cuando esté terminado el trabajo, quedará tiempo para transformarme en tallo. Para olvidarme de la venganza. Porque no soy un vengador, lo único que soy es un ex periodista, un herbívoro en proceso de despersonalización».

A llegar a la colonia se sintió aliviado, y en seguida se quedó sin fuerzas. Apagó el motor del todoterreno y se bajó de él. Vio a un viejo amigo, a Mediomuerto, como si fuera un espectro verde tambaleándose y sonriendo felizmente.

«Muy a propósito», pensó Saveliy. Se metió por la cabeza la correa de la ametralladora, alargó el brazo y le puso la mano en el hombro a Mediomuerto

—Escúchame atentamente. Es muy importante. ¿Me escuchas?

—Sí —respondió Mediomuerto, mirándolo amistosamente de arriba abajo y despegando los labios

con evidente dificultad.

—Siéntate en el coche. Ciérrate por dentro. Ahí hay agua. Siéntate en el coche y bebe agua. ¿Me has entendido?

—Ajá —farfulló Mediomuerto.

«Tengo que recordar cómo se llama —pensó Saveliy—. Vadim, eso es. ¡Se llama Vadim! Para ser un herbívoro medio despersonalizado tengo buena memoria».

—¿Me has entendido, Vadim?

Mediomuerto asintió con un gesto de cabeza.

—Agua —dijo—. Muy bien.

—Sí —convino Saveliy—. Agua es buena. Siéntate dentro y no salgas. Si sales, te mato. ¿Comprendido?

—Ajá.

—Si se acerca al vehículo alguien que no sea yo y abres la puerta, también te mataré. ¿Entendido?

—Ajá.

—Te vas a sentar ahí dentro, a beber agua y esperar a que yo vuelva. En el maletero hay una mujer durmiendo. Si se despierta, no la dejes salir. ¿Entendido?

—Sí.

—Eres un buen tío, Vadim. Si haces todo lo que te he dicho, te consideraré una persona.

Mediomuerto frunció las cejas y se metió en la cabina. Saveliy le hizo un gesto de agradecimiento con la mano y se encaminó a la casita de su mujer. Pero allí no encontró a Bárbara. Cogió una toalla y se secó la sangre del corte de la mejilla. Se colocó mejor el cinto de la ametralladora y se dirigió al comedor. En la entrada vio a una mujer joven y gorda, una ayudante del laboratorio. Como dirían los aborígenes, una mujer blanca no delgada. La cogió por el cuello. Seguramente su aspecto era muy convincente, ya que la mujer dio un pequeño grito y palideció.

—Todo el mundo lo está buscando —anunció ella—. Su esposa ha dado a luz.

—Gracias —dijo Saveliy con voz ronca—. Es una buena noticia.

—Por cierto, desde hoy le han prescrito un nuevo tratamiento. Inyecciones intravenosas, goteo y...

—A la mierda el tratamiento —la interrumpió Saveliy—. No estoy enfermo de nada. Escuche, esto es muy importante. Déjelo todo urgentemente y reúna a todas las personas de la colonia. A todas. Médicos, voluntarios, personal sanitario... Urgentemente. Dentro de diez minutos los quiero a todos aquí, en el porche.

—¿Qué ha pasado?

Saveliy se quedó pensando: contarle o no contarle. Pero si lo contaba, ¿cómo hacerlo? Decidió hacer un breve anuncio:

—Han matado a unas personas.

La mujer se tapó la boca con la mano.

—El resto se lo contaré cuando estemos todos... —No pudo contenerse y gritó:

»¡Vamos, vaya! ¡De prisa!

La mujer asintió y salió corriendo.

«Con las mujeres será más fácil —pensó—. Las mujeres harán todo lo que yo les diga. En cuanto a los hombres, habrá que hacerlos entrar en razón a la antigua y amable usanza: con el dedo firme en el gatillo. ¿O acaso el doctor Smirnov tenía razón y hay más gente buena de la que parece? Entonces no habrá ataques de pánico, intentos de secuestrar el helicóptero o el todoterreno. Por lo demás, me da lo

mismo. Estoy dispuesto para cualquier contingencia. Si es necesario, amenazaré, gritaré y dispararé. El doctor dijo que quería sacarnos a todos, lo que significa que hay que sacarlos a todos, incluidos los medio personas, los que tienen una cuarta parte de persona, y los que ya casi no son personas. Todos.

»A mí me da igual cómo me sienta yo. Me importa un carajo cualquiera que sea mi diagnóstico. Me da lo mismo estar al sol o a la sombra.

»Me da igual quién soy, un tallo, un animal o un *homo sapiens*. Herbívoro, caníbal, pálido o todo lo contrario. Seré más persona cada vez que actúe como un humano. Y mientras me quede cerebro y corazón, intentaré llevar a cabo ese tipo de acciones cada día, cada minuto.

»Me da igual en qué puedo convertirme mañana, y aún más pasado mañana. Si hoy soy persona, haré todo lo posible para seguir siéndolo mañana.

»Todavía sigo siendo persona. Persona».

En la entrada del hospital volvió a tropezar con la misma ayudante.

—Ya he —dijo la mujer hablando muy de prisa—... Se lo he dicho a casi todos... Pronto se reunirán... Pero aquí no se puede entrar con ropa sucia...

—¿Cómo está mi mujer? —preguntó Saveliy.

—Todo en orden. La mamá y el niño están perfectamente. Es un niño precioso, totalmente sano... Le está saliendo sangre de la cara.

—No es nada —dijo Saveliy—. ¿Está segura de que el niño está sano?

—Lo sé de sobra. Rosadito, llorón. Ha pesado casi cuatro kilos.

—¿Y qué tengo yo que hacer ahora?

La mujer gorda blanca se puso a llorar.

—¡Alegrarse!

— FIN —



ANDREI RUBANOV. Nacido en Rusia y periodista de profesión, empezó a ser conocido por los lectores rusos en 2006, gracias a la publicación de su novela autobiográfica *Do time, get time*, en la que relataba su paso por la cárcel.



# Notas

[1] Narguile: una forma de fumar tabaco aromatizado (rosa, menta, etc.), propia de países árabes, para lo cual se pone en el suelo un recipiente con vapor de agua y un cuenco con carbones para encender el tabaco. El consumidor aspira por un tubo. Está muy de moda en Moscú desde hace unos años. Los buenos clubes y restaurantes se precian de ofrecer un menú exclusivamente de narguile. <<

[2] Existe una ironía en este apellido, pues *blojá* significa «pulga». <<

[3] Thomas Chippendale (1718-1779) fue un ebanista inglés, creador del estilo de muebles de lujo que lleva su nombre y que ha pasado a considerarse típicamente inglés. <<

[4] Nuevamente el autor juega irónicamente con el apellido: Petujov significa «Gallo». <<

[5] Traducción de la antigua forma de designar en chino, primero toda la superficie de la Tierra, y finalmente la totalidad del territorio chino. <<

[6] Dazibao: cartel escrito en caracteres chinos. <<

[7] Balashija: pequeña ciudad a las afueras del nordeste de Moscú. <<



[8] Distrito de las afueras de la ciudad de Moscú. <<

[9] La transcripción correcta de esta letra cirílica sería «Sch». <<

[10] Esta palabra tiene un doble sentido, ya que «piano» en la grafía del original ruso significa «borracho, bebido». <<

[11] Vladímir Monómaco (1053-1125), Gran Príncipe de Kiev. <<

[12] Alla Pugacheva (Moscú, 1949), famosísima cantante de la URSS y la Federación Rusa, denominada «diva emblema», cuyas ventas superan los doscientos cincuenta millones de discos. <<

[13] Una especie de aguamiel ruso cuyo contenido en alcohol puede variar de cinco a quince grados y que originalmente era de fabricación casera. <<

[14] Maxim Galkin, nacido en 1976. Popular humorista, presentador, actor y cantante. El Bulevar de las Pasiones existe actualmente en Moscú, forma parte del llamado Anillo de los Bulevares. <<

[15] Chingachgook, el último mohicano. <<



[16] Referencia al personaje protagonista de El Libro de la selva, de Rudyard Kipling. <<

[17] Ambos callejones existen actualmente en la zona centro de Moscú. <<

[18] Bogatir: guerrero heroico de la Edad Media rusa. <<